LINA
GALÁN

Hechizado

The Bachelors, 2

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo
Biografía
Banda sonora
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Gwen Sharp no necesita un novio. Pero sí necesita que los demás crean que lo tiene.

Por eso, cuando un desconocido la llama «cariño» y le da un beso en un restaurante delante de todos, Gwen cree que las hadas madrinas que conceden deseos existen.

Pero no, no existen. Y lo sabe en cuanto el desconocido aparece de nuevo en su camino, pero esta vez en forma de importante ejecutivo de la empresa en la que la han contratado como becaria.

Para su asombro, Reese Dawson le propone continuar con su falsa relación, puesto que a él también le conviene. Aunque Gwen crea que no pegan nada.

Porque ella sabe que el hombre de la sonrisa más bonita del mundo jamás se habría fijado en ella.

Porque él piensa que lo mejor es que la chica de colores no sepa que se sintió hechizado en cuanto la vio, mucho antes de lo que ella imagina.

HECHIZADO

The Bachelors, 2

Lina Galán

esencia

Prólogo

Nueva York, septiembre de 2001

Era el primer día del nuevo curso en las escuelas de todo el país. No es que Reese fuera de los que maldecían la vuelta al instituto, pero tampoco se sentía especialmente eufórico.

Como todos los días de clase de anteriores años, había salido de casa con sus padres, que lo llevaban en coche al colegio desde que tenía uso de razón, puesto que ellos trabajaban juntos en un bufete de abogados y les era más cómodo dejar a su hijo de camino. Durante el trayecto, había centrado su atención en su nueva Game Boy, aislándose así, como muchos otros adolescentes, de la conversación de sus padres sobre los casos que estuviesen llevando o la lista de la compra de esa semana. Por eso, cuando alguno de ellos necesitaba que él escuchase, tenía que llamarlo varias veces para que alzara la vista.

—Reese, hijo. —La grave pero suave voz de su padre consiguió que el chico interrumpiera la colocación de sus piezas del Tetris—. Te está hablando tu madre.

—¿Qué pasa…? —respondió con un bufido.

—Procura no pasar tanto tiempo pegado a esa pantalla —lo amonestó su madre con una sonrisa que él vio a través del espejo retrovisor, ya que era ella la que conducía—. No me gustaría que les ocurriera nada a esos ojos dorados tan bonitos que tienes.

Reese no pudo evitar sonreír. Solo su madre era capaz de echar una buena regañina y, al mismo tiempo, hacerte sentir bien.

—Ya sabes lo que nos confesó hace poco —intervino el padre, que se giró ligeramente hacia el asiento trasero antes de continuar—. No quiere ser abogado como nosotros, sino ingeniero. Debe de ser por eso que practica con la tecnología todo el rato.

Reese puso los ojos en blanco. Su padre también regañaba de una forma bastante sutil. Aun así, agradeció para sus adentros tenerlos como progenitores. Para él, eran los mejores del mundo, aunque, como buen hijo adolescente que se preciara, tenía que quejarse todo el tiempo.

—¿Me vais a decir ya qué pasa? —exigió.

De reojo, observó cómo los dos adultos se lanzaban una mirada inquietante.

—Tu madre y yo hemos pensado en… algo —titubeó el padre—, pero tenemos que hablar primero contigo. Cualquier decisión de esta familia se ha de tomar entre todos.

—Si se trata de las vacaciones de Navidad —les dijo el chico—, ya sabéis que me da igual dónde las pasemos y…

—No es sobre las vacaciones —lo interrumpió ella—. Es algo bastante más… importante. —Cogió aire y le lanzó otra rápida mirada a su marido—. ¿Qué te parecería tener un hermano, cariño?

A Reese casi se le salieron los ojos de las órbitas. Había sido espectador involuntario en montones de ocasiones de las muestras de afecto de sus padres. Incluso los había visto encerrarse en su dormitorio a pleno día. Pero… ¿embarazados a esas alturas?

—Sé lo que estás pensando. —Su progenitor sonrió—. Y, no, no estamos esperando un hijo. Cuando tú naciste, los médicos nos dijeron que ya no habría más niños. —Su voz se apagó.

—Pero, el otro día —prosiguió su madre, bastante más optimista—, fuimos a visitar un centro de acogida de menores. —Hizo una pausa—. Y pensamos que podríamos darle un hogar a uno de ellos.

Reese no supo qué decir. Nunca se había planteado tener hermanos, puesto que habían ido pasando los años y ya no pensaba que existiese esa posibilidad. ¿Le parecía bien? ¿Le parecía mal? No tenía ni idea.

—No hace falta que digas nada ahora, cielo —le sugirió la mujer, que ya estaba parando el coche junto a la acera que bordeaba el instituto—. Ya lo hablaremos esta noche en casa más despacio, ¿de acuerdo?

—Vale —respondió él mientras accionaba la manija de la puerta. Salió del vehículo y se acomodó la mochila al hombro.

—¡Eh! —lo llamó su madre—. ¿No piensas darnos un beso?

—¡No! —dijo el muchacho entre dientes, mirando a su alrededor.

Pero luego vio el mohín de decepción de su madre y se sintió fatal. Se acercó a la ventanilla y ofreció su mejilla para que ella lo besara.

—Que pases un buen día, hijo —le deseó su padre con un gesto de la mano.

Solo unas horas después, se vio inmerso en una situación demasiado extraña. Unos hombres vestidos de negro aparecieron en el instituto y se lo llevaron a un lugar desconocido. Él confiaba en su profesora, que les había dado permiso, pero no acababa de entender que el Servicio Secreto se lo estuviese llevando en un coche.

Sí, estaba seguro de que eran del Servicio de Inteligencia, puesto que llevaban pinganillos en sus orejas y hablaban en susurros y con la mano sobre la boca.

¿Serían sus padres espías o algo por el estilo?

Pero su curiosidad terminó en frustración cuando lo introdujeron en una casa y lo abandonaron en un gran salón de la primera planta. Allí se encontró con otro chico un poco menor que él que tampoco sabía por qué estaba allí. Un instante después, divisó a un niño más pequeño que ambos, sentado en el suelo, que se sujetaba las piernas con los brazos y apoyaba la cabeza en las rodillas. Decidieron preguntarle a él, pero ni siquiera alzó la vista. Solo se encogió de hombros.

—¡Pues menuda mierda! —se quejó Reese.

—¡¿Alguien puede decirnos qué hacemos aquí?! —gritó el muchacho que había hablado con él—. ¡Exigimos hablar con nuestros padres!

Unos segundos después, aparecieron un hombre y una mujer que se presentaron como Grant y Molly, que se limitaron a pedirles calma y paciencia y a mirarlos con lástima justo antes de asegurarles que les darían de cenar.

Los chicos bufaron al tiempo que se dejaban caer en el suelo.

—Hablaré con mi padre —gruñó el otro crío, malhumorado—. Él tiene un cargo importante en una gran empresa y sabrá qué hacer.

—El mío es abogado —dijo Reese—. Solo por tenerme aquí tirado, él y sus colegas pondrán una demanda a toda esta gente que se van a cagar.

Ambos sonrieron y decidieron presentarse.

—Yo me llamo Reese Dawson —anunció con orgullo—. ¿Y tú?

—Blake Sherrington. —A pesar de su corta edad, le tendió la mano y estrechó con fuerza la del chico—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce. —Pareció erguir sus hombros para dar más énfasis a su respuesta.

—Yo tengo doce —respondió Blake antes de que ambos dirigieran sus miradas al chiquillo que seguía sin levantar la cabeza—. Eh, tío, ¿cómo te llamas tú? ¿Y cuántos años tienes?

Tras varios segundos de silencio, el pequeño alzó el rostro y mostró su expresión atormentada. Reese y Blake sintieron una especie de desasosiego al contemplar aquellos ojos, grandes y tristes y de un extraño color violeta.

—Me llamo Noah y tengo diez años. —Miró directamente a los dos muchachos—. Y deberíais saber que nuestros padres están muertos.

—Es muy mayor, te lo he dicho mil veces. […]
¿Cómo te puede gustar un tipo tan viejo?
—No es viejo —gruñó Brooklyn—, y es guapísimo. ¿No habéis visto los bonitos hoyuelos que se le forman cuando sonríe?

Lina Galán, *Sweet Manhattan*

Capítulo 1

Nueva York, octubre de 2022

GWEN

Bajo del taxi a toda prisa y diviso a Ellie al otro lado de la calle, sentada en el bordillo, con las piernas encogidas y el rostro sobre las rodillas. Cruzo la calzada cuando el semáforo me lo permite y corro hasta ella. Me preocupa que no le importe estar tirada en el suelo, llorando, mientras, a su alrededor, la gente pasea, charla o ríe despreocupada. Aunque también es verdad que, en una transitada calle de Greenwich Village un sábado por la noche, no puedes esperar que alguien repare en ti. Esto es Nueva York, la ciudad que nunca duerme, la ciudad donde todos los sueños se hacen realidad, la ciudad que a todos enamora y donde todos se enamoran… pero donde no somos más que diminutos granos de arena en un desierto interminable. Dicho de una forma más clara: donde nadie te hace ni puñetero caso.

En realidad, nada me ha preocupado más hoy que la llamada telefónica de mi amiga. Todavía con la nariz metida en mis apuntes, encerrada en mi cuarto —no, no tengo un plan mejor para un sábado por la noche—, he recibido una llamada de Ellie que me ha encogido el corazón. Lloraba, hipaba y suspiraba, y, de manera entrecortada y casi ininteligible, ha podido decirme que había pillado a su novio con otra. Sin perder tiempo en cambiarme, he salido de casa, he cogido un taxi y me he presentado de inmediato en la ubicación que le he pedido que me enviase.

Al llegar a su altura, me siento en el bordillo, junto a ella. La rodeo con mis brazos y la atraigo hacia mí. Las personas que a estas horas colman la concurrida acera siguen sin hacernos caso.

—Ya estoy aquí, contigo —le susurro—. Dime, ¿qué ha pasado?

Ella alza el rostro y me mira. Su maquillaje está hecho un desastre. Parece que haya llorado alquitrán. Y su cabello castaño cae sin orden ni concierto por sus hombros. El bonito recogido que ha tardado una hora en hacerse se ha ido al garete. Con el rato que ha estado la pobre delante del espejo…

—Dexter…

Es lo único que puede decir antes de ponerse a llorar otra vez. Si ahora mismo tuviera frente a mí a DD, o sea, a Despreciable Dexter, le daría un puñetazo en la boca. Ni siquiera lo conozco, puesto que, cada vez que viene a nuestro apartamento, es tardísimo y se van directamente al

dormitorio. Luego, por la mañana, el tipo se esfuma antes incluso de que me haya levantado. Creo que una sola vez coincidimos en mitad del pasillo, pero yo todavía no me había puesto las lentillas y solo vi una figura borrosa que se disculpaba en un susurro y se largaba.

Porque Despreciable Dexter, como yo suelo llamarlo ante las quejas de mi amiga, quería llevar la relación en secreto. Una relación, por otro lado, que se basa en venir a nuestro piso a pasar la noche un par de veces por semana.

Quiero aprovechar este momento para agradecer la existencia de los auriculares, que te permiten escuchar música, audiolibros o *podcasts* con los que tapar el insoportable sonido de los gemidos de mi amiga y de DD.

Pensándolo bien, lo único que sé de él, por lo que me ha contado Ellie, es que está haciendo un doctorado en Ciencias Políticas en Columbia, la misma universidad en la que nosotras estudiamos Psicología y donde resultan muy populares los rollos que se traen los doctorandos con las estudiantes de carrera, máster o posgrado.

Pero, después de la llamada de mi amiga, lo que siento hacia él es un odio visceral. Porque, como intuí y le dije a Ellie en su momento, ese tío solo la busca para el sexo, mientras que ella cree haber encontrado a su príncipe azul. Y ese no llega ni a gris descolorido.

—Vamos, Ellie, tranquilízate —le pido mientras le ofrezco un pañuelo—. Empieza desde el principio. Quiero saber el motivo por el que le voy a dar una paliza a ese majadero.

Mi amiga sonríe un diminuto instante entre lágrimas.

—Me encanta cuando sacas tu arsenal de insultos anticuados.

Después, se suena la nariz ruidosamente y, aunque habla de manera entrecortada, logro ir descifrando lo que me dice.

—Él… ha cortado conmigo con un mensaje. Me lo ha enviado esta tarde.

—¿Ha cortado contigo mediante un maldito mensaje? Será rastrero…

Ellie vuelve a llorar. Me reprendo a mí misma por mi falta de tacto, pero es que no soy muy empática en estos instantes. A mis veintitrés años no he tenido nunca un novio formal. Para ser sincera, no he tenido nunca novio. En realidad, no he salido con nadie, si con salir entendemos algún tipo de interés romántico. La mayoría de los chicos me parecen unos inmaduros, mientras que yo a ellos les parezco un poco rara, por lo que he decidido centrarme en mis estudios y en mi futuro y pasar de tíos.

Me convenzo del todo al ver a mi amiga hecha un mar de lágrimas por Despreciable Dexter.

—Sigue, por favor —le pido en un tono tranquilizador. Ellie vuelve a sonarse.

—Yo… no podía creer que estuviese haciéndome eso —continúa—, así que he decidido ir a su casa.

—¿Y por qué no me has dicho lo que había ocurrido? —me quejo—. Solo te he visto arreglarte y he supuesto que ibas a salir con él. ¡Te habría acompañado, jolines!

—Estabas muy liada, y yo solo quería averiguar qué estaba pasando. —Suspira—. La cuestión es que me he presentado en su piso, pero solo estaba su hermano.

Intento reordenar la poca información de la que dispongo: Dexter No Se Qué, pijo rematado que comparte un apartamento en el Upper East Side con su hermano pequeño, estudiante de Derecho al que se le dan mejor las fiestas, las mujeres y la cerveza que el Derecho Penal.

—Le he preguntado si sabía algo de Dexter —prosigue—, y me ha sugerido que lo olvide, que solo había estado conmigo para pasar el rato, pero que tiene novia formal desde hace dos años y que la conoce toda la familia.

—Familia que ya tiene a dos impresentables en sus filas —mascullo.

Un nuevo sollozo de mi amiga. Un nuevo uso del pañuelo.

—Me he cabreado, Gwen —solloza—. Así que le he exigido a Roger que me dijera dónde podía encontrar a su hermano si no quería que publicara las fotopollas que me envió un día por equivocación en mitad de una borrachera.

—Así me gusta —pronuncio con orgullo—. ¿Y te lo ha dicho?

—Sí. —Se sorbe los mocos—. Está ahí —señala con un dedo a nuestra espalda—, en ese restaurante. Con su novia.

—Un momento. —Me aparto de ella—. ¿Me estás contando que DD está ahí, a unos pocos metros de nosotras, con su novia? Lo habrás encarado, ¿no? —gruño—. Y le habrás montado un pollo, ¿verdad? Me refiero a tirarle la bebida a la cara, llamarlo cabrón y decirle a su novia que se lo regalas porque has tenido que fingir los orgasmos por lo malo que es en la cama…

—No, Gwen —me corta—. No he hecho nada de eso porque, cuando estaba a tan solo unos metros de ellos, he visto cómo él le regalaba un anillo. —Vuelve a sollozar—. ¡Se ha prometido con otra en mis propias narices!

—¡¿Prometido?! —exclamo alucinada—. ¡Más motivo para lanzarle la bebida, llamarlo cerdo o…!

—¡Ya lo sé! —se lamenta—. Es que… ¡me he quedado tan pasmada que no he sabido hacer otra cosa que salir corriendo!

—Y ponerte a llorar. —Suspiro.

Mi amiga me mira, con sus ojos castaños enrojecidos, con sus mejillas cubiertas de churretes negros y parte de su carmín rojo en el bigote y la barbilla. La pobre parece la modelo para un cuadro abstracto.

—No vale la pena ponerse así por un tío —afirmo al tiempo que saco otro pañuelo e intento limpiar un poco el estropicio. Aunque lo único que consigo es extenderlo todo aún más. Hago el amago de humedecer el pañuelo con la lengua, pero Ellie me detiene.

—Déjalo, Gwen. —Suspira—. Además, tú no puedes entenderlo. Si no te has enamorado nunca, no puedes comprender qué se siente cuando te rompen el corazón.

Ahora sí que odio a DD. Me pongo en pie impulsándome con las piernas y la levanto también a ella.

—Tal vez no me haya enamorado nunca —rezongo—, pero sí sé que una putada semejante no puede quedar sin castigo. —La cojo de las manos—. Vamos a entrar ahora mismo en ese local y

vamos a ponerlo verde en público. ¿Qué se ha creído, que puede tratarte como le dé la gana porque estás enamorada? ¡Que al menos se sienta avergonzado de lo que ha hecho! ¡Y que se entere su prometida de la joyita que se lleva!

—Me gustaría… si tú me acompañas —me dice algo más animada—. ¿Se nota mucho que he llorado?

Se refriega los ojos con sus puños y acaba de un plumazo con cualquier posibilidad de disimular el llanto.

—Tendrías que lavarte el rostro con agua y jabón, colocarte un par de bolsitas de manzanilla sobre los párpados, un par de cucharillas en las ojeras, volverte a maquillar… —Compongo una mueca—. Lo siento, Ellie, pero tu cara está… está…

—Y seguro que me pongo a llorar otra vez.

En cuanto acaba la frase, vuelve a sollozar.

—Será mejor que nos marchemos, Gwen —me dice utilizando un nuevo pañuelo—. Ya pensaré en algo para…

—Ni hablar —la corto—. Ese mentecato no se va a ir de rositas después de lo que te ha hecho. Voy a entrar yo y lo voy a poner en su sitio. ¿Dónde está?

Agarro la mano de mi amiga y la arrastro hasta la puerta del restaurante. Hay tanta gente entrando y saliendo que apenas podemos divisar el interior.

—Los encontrarás fácilmente —me sugiere Ellie—. Están sentados en una de las mesas del fondo, allí, ¿las ves?

—Más o menos —le digo mientras trato de distinguir dichas mesas entre cabezas que van y vienen.

—Ya sabes que Dexter tiene el pelo castaño —me explica—. Hoy lleva una camisa azul índigo, que, por cierto, ya se había puesto conmigo y que le sienta tan bien…

—Céntrate, Ellie. —Tomo sus manos para calmarla y ella inspira con fuerza antes de seguir hablando.

—Ella es rubia y lleva un vestido de color claro… beige, crema, no lo recuerdo bien.

—Suficiente —le digo—. Y, ahora, lo mejor es que cojas un taxi y te marches a casa, te duches y le pidas a Justin que te haga un té.

—No, Gwen. —Frunce el ceño—. Voy a quedarme aquí. Esperaré un tiempo prudencial antes de entrar y verte en acción.

—Te pondrás a llorar, Ellie…

—Tal vez, pero…

—Llama a Justin, por lo menos —le pido—. Así podrás hacer tu aparición triunfal acompañada de un chico guapo.

—¿A Justin? —bufa—. Con lo bruto que es y lo mal que le cae Dexter, le partirá las piernas.

—Tampoco lo veo tan grave —farfullo—. Un par de meses de reposo no me parece un castigo excesivo para lo que ha hecho.

—Gwen…

—No le va a partir nada —me exaspero—. Aunque te aconsejo que le cuentes lo que ha pasado poco a poco si no quieres que rompa cualquier otra cosa. Y será mejor que entre ya, o los tortolitos se me van a escapar.

—Sí, sí, date prisa —me apremia Ellie antes de componer un mohín—. Por cierto, sabes que vas a destacar ahí dentro, ¿verdad?

Miro mi atuendo y compruebo que tengo todo el aspecto de alguien que ha salido de casa corriendo, que es lo que he hecho yo. Llevo unas viejas mallas de color fucsia, unas Converse que fueron blancas algún día y una sudadera verde donde puede leerse «COLUMBIA UNIVERSITY» cuyas mangas me están demasiado cortas porque me la encontré tirada en un vestuario.

Sí, me gustan los colores. Creo que el mundo ya es lo suficientemente gris.

Aunque lo peor de mi aspecto creo que es mi pelo. Si no tengo bastante con que sea tan rizado, no lo mejoro mucho si lo llevo apartado de la cara con una diadema elástica con dibujos de gatitos. ¡Ah!, y, para colmo, no me ha dado tiempo a ponerme las lentillas y llevo las feas gafas que suelo usar en casa.

—No creo que a DD vaya a importarle mucho. —Me encojo de hombros.

—No hagas eso —me dice Ellie mientras se acerca a mí. Después tira de mi diadema para sacármela y ordena un poco mis rizos rubios, que ya caen más allá de mis hombros.

—¿A qué te refieres?

—A pensar que no eres lo bastante guapa como para que alguien se fije en ti —me dice con cariño.

Prefiero no recordarle que en el colegio me apodaban Pelota, por lo grande que parecía mi cabeza con el pelo corto y rizado… o que, en el instituto, con el cabello más largo y con mi altura, mi mote cambió a Palmera. «¡Hostias! —exclamaban al verme—. ¡Una puta palmera!»

—Llama a Justin —zanjo la conversación—. Yo voy a cantarle las cuarenta a Despreciable Dexter.

* * *

Todavía estoy intentando atravesar la barrera de gente para poder localizar la mesa a la que pueda estar sentado mi objetivo cuando siento un fuerte impacto en la espalda. Creo que ha sido alguien que ha pasado corriendo, porque he oído un «perdón» que se ha perdido en el aire. El golpe casi me deja sin respiración, aunque lo peor no es el dolor, sino que mis gafas hayan salido volando y acabado en el suelo. Intento crear un cerco con los brazos para que nadie se acerque a mí y las pise, pero mi visión se vuelve borrosa y solo distingo piernas y zapatos que se mueven demasiado rápido. Maldigo con saña cuando noto el «¡crac!» bajo la suela de la zapatilla de mi pie derecho.

—Oh, no, mierda…

En esta ocasión, no me vale «¡diablos!» o «¡recórcholis!». «Mierda» es bastante más apropiado para definir la rabia y la impotencia que siento.

Tras agacharme consigo coger las gafas. Me las coloco y vuelvo a maldecir. Están destrozadas y veo menos que sin ellas.

¡¿Por qué no habré parado un momento a ponerme las lentillas?!

Por un instante, contemplo la posibilidad de marcharme y decirle a Ellie que la operación «Descubrir a Dexter delante de su Novia» tiene que abortarse debido a mi precaria visión. Pero me enfurece tanto esa posibilidad que guardo mis gafas rotas en el bolsillo de la sudadera y sigo adelante, puesto que ya diviso las mesas del fondo del restaurante. No veo tan mal… si se entiende que «no ver mal» sea no ver nada. Soy capaz de distinguir siluetas, formas, colores, lo que veo cada mañana al despertar. Encuentro las gafas en la mesilla cada día, ¿no? Pues ya está.

Dejo a un lado la barra y las mesas donde los clientes parecen bastante animados entre las conversaciones, las risas y la música. Suena *Boy's a liar*, de PinkPantheress —muy apropiada, por cierto—, cuando consigo vislumbrar la hilera de mesas del fondo. Achico los ojos e intento enfocar: un grupo de chicas, una pareja en la que ella va vestida de negro y… *voilà!*, localizo por fin una camisa azul frente a una rubia vestida de claro.

—Allá voy, DD.

Mientras me acerco, la chica se levanta y se aleja de la mesa, lo que me frustra un poco, pero me digo a mí misma que no pasa nada. Empezaré ya a poner en situación al impresentable de la camisa azul para que, cuando vuelva su novia, oiga todas las lindezas que estaré diciéndole.

Ya estoy lo suficientemente cerca como para distinguir su cabello castaño. Está bebiendo algo de una copa. Espero hacer que se atragante.

—¡Cómo se puede ser tan cabrón! —le grito con todo el odio que siento.

Satisfecha, observo cómo escupe el contenido de su boca y se limpia con una servilleta. Ni me ha visto venir. Gira después su rostro hacia mí, aunque no consigo enfocar bien sus facciones. ¡Joróbate, DD!

—¿Perdona? —me suelta—. ¿Te conozco?

Solo nos cruzamos un segundo en mitad de un pasillo en penumbra, así que ni me recuerda.

—¡Afortunadamente no!

—Entonces, ¿por qué acabas de insultarme?

—¿En serio me lo preguntas?

Indignada, me siento en la silla que ha dejado libre su prometida frente a él y coloco las palmas de mis manos sobre la mesa, aunque parece que no he visto la copa a la que acabo de golpear y que termina volcada sobre el mantel. Una ola de color carmesí se expande sin piedad por la tela blanca.

«Joder —pienso. Me puedo permitir pensar los tacos—. Espero que no se dé cuenta de que no veo una mierda.»

—¿Se puede saber qué haces? —exclama Dexter con exasperación mientras hace un gesto para alejarse del peligro inminente de una mancha en sus pantalones.

Agarro una servilleta y trato de limpiar un poco. Al menos, para detener el avance del líquido. Por un instante, olvido con quién estoy hablando y me disculpo. Al fin y al cabo, no estoy muy acostumbrada a insultar a hombres que apenas conozco, por muy despreciables que sean.

—Lo… lo siento —murmuro—. Se acaban de romper mis gafas.

Para ilustrar mi comentario, las extraigo del bolsillo de la sudadera y se las muestro.

Un extraño desasosiego recorre mi cuerpo cuando creo que el tipo ha mirado las gafas y después se ha centrado en mí, durante demasiados segundos. Su rostro me aparece borroso, aunque veo que sus ojos son castaños, como los describió mi amiga, pero no me parecen marrones, sino mucho más claros, de un tono tan dorado como su cabello…

¡Por favor! ¡¿Qué hago mirándolo embobada?! ¡Es Despreciable Dexter!

Una inmensa furia roja me envuelve por completo… a pesar de no recordar que la voz de este impresentable no me pareciera tan grave y masculina como me está pareciendo esta noche. Debe de ser uno de esos seductores profesionales que despliegan todas sus armas para atraer a incautas como mi amiga.

¡Pues conmigo lo tiene claro!

—¿Puedo preguntarte qué hace una desconocida sentada a mi mesa? —me plantea con evidente ironía.

—Decirte a la cara que eres un cobarde y un cerdo. ¡Y que no puedes ir dejando corazones destrozados por ahí!

Parece que se toma un momento para procesar lo que acabo de decirle.

—¿Y a quién se supone que se lo he roto? —inquiere con un toque de guasa que me pone enferma—. ¿A ti, tal vez?

—¿A mí? —respondo con desdén—. Ni se me ocurriría acercarme a un capullo como tú.

—¿Te parezco un capullo? —me pregunta con sorpresa.

—¡Totalmente!

—¿Porque te he roto el corazón? —añade.

—¡Sí! Digo… ¡no! ¡A mí, no!

—¿A quién, entonces?

—Oye, mentecato —le espeto ante su tono de broma—, deja de intentar ser gracioso. Conmigo no cuela.

—A mis amigos les parezco gracioso —me suelta.

Pero… ¿de qué va este memo?

—Y seguro que a esa rubia que estaba contigo también se lo pareces —le recrimino—. ¿Sabe ella que te tiras a otras?

—Pues… sí, lo sabe —responde con total impunidad—. Tenemos una relación bastante… abierta.

—Me importa un rábano vuestro tipo de relación —rezongo—. De lo que me quejo es de que no seas sincero con las mujeres a las que seduces vilmente para luego dejarlas tiradas con un maldito mensaje.

—¿A las que seduzco vilmente? —Emite una carcajada que me desconcierta, porque suena aún más grave y varonil que su voz—. ¿Mentecato? —Vuelve a reír—. ¿No eres demasiado joven para hablar de esa forma?

—¿De qué forma?

—Como una mujer del siglo pasado.

—Del siglo pasado hace poco más de dos décadas —me defiendo.

—Vale, pues como de principios del siglo pasado —puntualiza.

—No hablo como a principios del siglo pasado —me indigno—. Bueno, solo a veces, cuando trato de no decir palabrotas…

¿Qué disparatada conversación es esta? ¿Qué diablos hago explicándole mi vida a este imbécil?

—Mira, experto en historia —gruño—. Vamos a dejarnos de tonterías y admite de una vez que engañas a pobres incautas, a las que utilizas solo para el sexo, mientras ellas se ilusionan contigo y creen que eres su novio.

Dexter inclina ligeramente la cabeza hacia un lado. Creo que me está mirando de nuevo a los ojos, lo que me provoca la misma incomodidad de antes.

—Está bien —contesta tras el lapsus de silencio—. Admito que solo busco sexo en mis relaciones, pero nunca he hecho creer a ninguna mujer que espere más de mí.

—Pues hace tiempo que Ellie te consideró su novio —contraataco.

Un nuevo instante de silencio.

—¿Ellie es amiga tuya?

—¡Pues claro que es mi amiga! —gruño—. ¿O te creías que iba a cruzarme de brazos mientras tú la tratabas como a un desecho?

—Has venido hasta aquí, entonces —prosigue—, y me has insultado y recriminado un montón de cosas… por defender a tu amiga.

—Son cosas que se hacen por amistad verdadera —mascullo—. ¿No tienes amigos, acaso, para saber lo que harías por ellos?

—Sí, los tengo —responde. Me ha dado la impresión de que se le ha suavizado la voz—. Por eso te entiendo perfectamente. Yo también sé lo que es la amistad verdadera.

Lo que yo no entiendo es que esta conversación esté derivando en temas que nada tienen que ver con el drama de Ellie. ¿Dónde diablos estará su prometida?

—¡Deja de cambiar de tema! —insisto, furiosa—. Aquí lo único que importa es que has sido un miserable por acostarte con una chica mientras salías con otra.

—¿Acaso tú nunca has hecho algo así?

—¿A qué te refieres?

—A estar con una persona por inercia, por costumbre o por simple atracción sexual, solo porque no encuentras a la adecuada.

¿Despreciable Dexter me ha parecido triste o melancólico?

—No, nunca. —Alzo la barbilla.

—No me extraña —murmura.

—¿Cómo dices? —espeto, indignada—. ¿Me estás llamando…?

—Joven —me corta—. Eres demasiado joven como para haber experimentado lo mismo que yo.

—No nos llevamos tantos años —refunfuño. Creo recordar que aún no ha cumplido los treinta, según la información de Ellie.

—Créeme. —Detecto una sonrisa mordaz en su respuesta—. Ya te digo yo que sí.

—A ver, centrémonos —gruño—. Estábamos hablando de jugar con dos mujeres, de utilizar a una de ellas solo para el sexo y de…

—¿Sabes que te ruborizas? —me vuelve a cortar.

—¿Perdona? —inquiero. Sí, sé que me ruborizo con facilidad, pero…

—Cada vez que pronuncias la palabra *sexo* —me aclara.

De pronto, percibo su rostro más cerca, su voz más profunda y su suave olor varonil colándose por mis fosas nasales.

—Al parecer —susurra— debe de ser algo que no has practicado mucho.

Justo después de oír semejante insolencia, el corazón se me detiene un momento cuando noto el roce de la yema de un dedo en mi nariz, sobre el pequeño *piercing* que la atraviesa. Un calor abrasador inunda no solo mi rostro, sino cada centímetro de la piel que cubre cada parte de mi cuerpo.

—Me gusta cómo te queda —musita.

Una mezcla de vergüenza e indignación se apodera de mí. Estoy enfadada, muy enfadada, porque el simple roce del dedo de este cretino me haya hecho sentir así, agitada, inquieta, acalorada.

—Eres el tío más gili…

Estoy a punto de soltarle toda una lista de improperios cuando se presenta su novia. La rubia del vestido claro se coloca a mi lado, por lo que me levanto con rapidez de la silla. A pesar de no distinguir bien sus facciones, percibo su belleza y elegancia. No puedo calcular bien su edad, pero diría que es varios años mayor que Ellie y que yo misma. Parece que DD aspira a casarse y formar pronto una familia.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta ella mientras se sienta a la mesa—. ¿Quién es esta chica, cariño?

Se acabaron las conversaciones pacíficas. Empiezo a estar harta de tipos engreídos, diálogos absurdos y de que todo lo que me rodea esté borroso. ¡Ha llegado el momento de que esta pobre mujer sepa quién es su prometido!

—Soy la que ha venido a avisarte de la clase de novio que tienes —le suelto.

—Y… ¿qué clase de novio tengo? —me pregunta con cierto deje de cautela.

—Un sinvergüenza que le ha roto el corazón a mi amiga.

¿Puede ser que DD se haya limitado a sonreír y a beber?

—¿Eso es lo que querías decirme antes de que me sonara el teléfono? —pregunta la rubia con suspicacia.

—Claro que no —suspira él.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —me pregunta ella a mí.

—¡Avisarte! —exclamo—. ¡Hacerte saber que ahí fuera, tirada en la acera, hay una chica destrozada mientras tu novio te regala un anillo de prometida!

—¡¿Cómo?! —explota Dexter.

—¡Oh! —La chica rubia se lleva las manos a la boca en señal de emoción—. ¿En serio? ¿Un anillo? ¿Esa era la sorpresa, cariño?

—¡No! —responde él, visiblemente desconcertado.

—Lo sabía, lo sabía —repite la mujer con la voz llena de entusiasmo—. Sabía que al final reconocerías que entre nosotros hay mucho más que…

—No voy a regalarte ningún anillo, Violet —la interrumpe Dexter—. Te pedí esta cita para decirte que lo mejor es que lo dejemos. Lo siento.

—¿Me… me estás dejando?

¿La está dejando?

—¡Gwen! —Me sobresalta la voz de Ellie, que proviene de la puerta del local. Me giro hacia el sonido y solo soy capaz de ver unos brazos agitándose sobre las cabezas—. ¡Gwen, aquí!

Corro hacia ella, esquivando codazos y pisotones en el proceso, y me la encuentro junto a Justin.

—¡¿Qué hacéis aquí?! —les grito—. ¿Por qué no habéis entrado? ¡Estaba con Dexter y su prometida!

—¡Eso es imposible! —chilla ella—. ¡Porque acabamos de cruzarnos con ellos y ya se han largado!

—¿Cómo… cómo que os acabáis de cruzar? —murmuro—. ¿Cómo que se han ido?

—¡Hace un minuto! —asegura Justin con una risotada—. Salían del restaurante justo cuando entrábamos nosotros. ¡Menuda cara ha puesto el gilipollas de Dexter al vernos!

—Pe… pero… —balbuceo—. No entiendo…

Dejo que mis amigos me tomen de los brazos y me arrastren hacia la calle.

—¡Que sí, Gwen! —insiste Ellie—. El muy cabronazo me ha pedido que le deje explicarse, que nada era lo que parecía… La misma canción de todos los tíos a los que se pilla con las manos en la masa. Pero le he dado una bofetada y lo he enviado a la mierda. ¡Su novia alucinaba!

—Creo que, ahora mismo, le arden las dos mejillas… ¡por la hostia que ha recibido de cada

chica! —se carcajea Justin—. Y da gracias a que Ellie me ha frenado, porque mi idea era convertirlo en eunuco. Todavía me jode no haberle roto las pelotas.

—Por cierto —me dice mi amiga—, ¿dónde estabas? Pensaba que te encontraríamos con ellos.

—Yo… estaba con ellos —musito.

—¿Con quién, Gwen?

Buena pregunta.

—¿Qué demonios le ha pasado a tus gafas? —Justin me las arrebata de las manos cuando observa cómo las manoseo. Creo que han vuelto a crujir entre mis dedos.

—Se me han roto —respondo.

—Pues sin gafas y sin lentillas no ves más allá de tu nariz. —Justin frunce el ceño—. ¿Con quién has estado, Gwen?

—No… no lo sé… —Giro la cabeza, pero solo logro distinguir, más allá de la multitud, a un hombre y a una mujer que parecen discutir.

—No importa —interviene Ellie mientras me coge de la mano para dirigirnos al taxi—. Lo bueno es que lo he hecho, chicos, ¡lo he hecho!

—Estás llorando otra vez —bufa Justin.

—Lo sé —gime mi amiga al tiempo que nos introducimos en el coche—. Dadme tiempo. Todavía tendréis que aguantar mi llanto y mis quejas unos días más. O unas semanas…

—Hasta que te enamores otra vez —se exaspera Justin.

Yo sigo en una especie de trance.

¿A quién demonios he insultado?

Capítulo 2

Nueva York, siete meses después

GWEN

—Estoy supernerviosa, Gwen —me dice Ellie por enésima vez—. ¡Por fin nos van a decir dónde vamos a realizar las prácticas! En realidad, me da igual cualquiera de las opciones que puse, porque todos son lugares donde ayudar a mujeres maltratadas. Ya sea en un centro, en alguna asociación o para colaborar con la policía, me sentiré útil.

Me mira con una sonrisa triste.

—Claro que sí, Ellie. —Aprieto una de sus manos—. Podrás ayudar muchísimo.

La madre de mi amiga fue maltratada durante años por su padre, y la cosa no cambió hasta que la mujer no se decidió a pedir ayuda. Ellie recuerda lo importantes que fueron aquellas personas que apoyaron y ayudaron a su madre. Aun así, a ambas les costó tiempo recuperarse y avanzar. Fueron muchas lágrimas y muchas latas de sopa, pero consiguieron volver a vivir sin miedo y sin dependencia. Ahora, su madre ha rehecho su vida con otro hombre y está feliz, lo mismo que Ellie al verla a ella. A veces pienso que su constante búsqueda del amor no es más que su empeño en demostrar que existe de verdad. Pero tampoco estoy segura del todo. Establecer un perfil psicológico de alguien a quien quieres es más complicado que hacerlo de un desconocido.

—¡Mira, mira! —exclama, señalando la pantalla del ordenador—. ¡Ya han salido las listas! ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy…? ¡Aquí! —chilla eufórica—. Ellie Ramsey: Centro de Ayuda a la Mujer, en el Bronx. —Inspira con fuerza—. Lo he conseguido, Gwen, ¡lo he conseguido!

Ambas nos abrazamos mientras ella ríe y llora al mismo tiempo.

—¡Madre mía, madre mía! —Se limpia una lágrima con movimientos acelerados y torpes y vuelve a reír—. Ahora que la menciono, ¡voy a llamarla ahora mismo!

—Se alegrará muchísimo por ti, Ellie —le digo, todavía con nuestras manos unidas—. Yo también me alegro por ti.

Ella se aparta justo después.

—Pero ¡qué egoísta soy! ¡Todavía no hemos mirado dónde te toca a ti!

—No pasa nada. —Sonrío mientras busco mi nombre en el listado—. Mis objetivos no son tan interesantes e importantes como los tuyos. Ya sabes que enumeré varias compañías que

ofrecían puestos de becaria en sus departamentos de Recursos Humanos. Me gustaría trabajar en el ámbito empresarial.

—No es poco importante —me rebate Ellie con suavidad—. Solo es diferente. —Se centra en la pantalla—. A ver, veamos… ¡Aquí! —exclama, antes de que yo pueda ver mi nombre en la lista—. Gwendolyne Sharp: Departamento de Recursos Humanos de Bell Technology. ¡Madre mía, Gwen!

—Oh, vaya. —Me llevo las manos a la boca, emocionada—. Me han cogido en una de las multinacionales tecnológicas más relevantes. —Miro a Ellie—. ¡Me han cogido!

—¡Síííí! —grita ella—. ¡Ya te imagino con tus trajes de chaqueta y tus tacones, como una ejecutiva superguay!

—No creo que me ponga tacones. —Compongo una mueca—. Me tropezaría con las rayas de las baldosas. Además, soy demasiado alta como para añadirme varios centímetros más.

—¿Demasiado alta? —replica Ellie—. ¿Y quién ha dicho eso?

—¿La cinta de medir, cuando señala un metro ochenta y cinco? —respondo con mordacidad—. Y eso sin contar el bulto del pelo.

—Chorradas. —Hace un gesto con la mano—. A mí me pareces llamativa y guapísima, Gwen.

—Sobre todo llamativa —rezongo—. Aunque no de la forma que lo es Samantha Zucher, por ejemplo.

—Samantha es una arpía —bufa Ellie—. Se cree la tía más buena del campus, pero en realidad…

—Lo es. —Termino la frase al tiempo que alzo una ceja.

—Por favor, Gwen, no te compares con ella. Tú tienes más personalidad en la uña del dedo gordo que ella en todo su conjunto.

—No parece que los tíos piensen igual que tú —bromeo.

En verdad, ni me importa. No tengo tiempo para hombres. Tampoco es que se acerquen mucho, pero, en fin…

—Bah —gruñe—. Lo que pasa es que son todos una panda de inmaduros inseguros —asevera Ellie—. Les das miedo, les impones.

Elevo una ceja.

—Vaaale —suspira—. También tiene un poco de culpa que los espantes a todos.

—¡Yo no los espanto! —me quejo—. ¡Son ellos los que huyen de mí! —Bufo—. Les parezco rara, lo sé.

—Eso es porque no te conocen —me anima—. Y tú, simplemente, no te dejas deslumbrar por el primer gilipollas que se te acerca.

—No me digas que no es raro que, con veinticuatro años, sea todavía una inexperta y una pringada —rezongo.

—Claro que no —niega con ternura—. No todo el mundo ha de tener el mismo ritmo.

Además, ¿quién otorga las etiquetas de «raro»? ¿Existen niveles en ciertos comportamientos para que se lleguen a considerar rarezas? Hemos estudiado Psicología, Gwen, y sabes perfectamente que alguien que te llama «raro» automáticamente se está autoproclamando normal. Recuerda a Robert Frost y su poema *El camino no elegido*.

—Ya sé, ya sé —refunfuño—. Que sea psicóloga no significa que tenga que entenderme a mí misma.

—De todas maneras —me dice mientras me mira de una forma traviesa—, si quieres volverte más «normal», puedo presentarte a algún amigo de Troy…

—Eres mala. —Le tiro uno de los cojines del sofá a la cara—. ¡No necesito un novio con urgencia!

—¿Ni para el sexo? —me pincha mi amiga al tiempo que se levanta del sofá y huye de mis proyectiles.

Emito un bufido.

—En serio, Gwen —insiste—. ¿Nunca te ha gustado nadie?

Sin pretenderlo, mi mente evoca un recuerdo. En él hay una voz profunda, unos ojos dorados y una extraña sensación que no había percibido antes. Es una sensación cálida a la vez que perturbadora.

Cierro los ojos con fuerza para tratar de borrar ese recuerdo. ¡Dios, me muero de la vergüenza! ¡Insulté y le dije un montón de barbaridades a un desconocido! ¡Y ni siquiera le pedí disculpas! ¿Y si rompió con su novia por mi culpa?

Por fortuna, Justin aparece en este momento. Se acaba de levantar y se está rascando sus perfectos abdominales con una mano y la cabeza con la otra mientras habla entre bostezos.

—¿Se puede saber a qué vienen esos gritos? ¡Aquí no hay quien duerma!

A Justin le encanta cuidar su cuerpo, algo que salta a la vista en cuanto le echas un vistazo a su tableta de chocolate, sus bíceps y sus piernas musculosas, por lo que se ha aprovechado de ello para ganarse la vida. Trabaja como entrenador personal en un gimnasio por las tardes y como portero de discoteca los fines de semana. Por eso no se levanta hasta el mediodía.

—Joder, Justin, tápate —lo abronca Ellie—. O, al menos, no te presentes rascándote los huevos.

—¡No me estoy rascando…! —El chico baja la vista y contempla su mano tras la cinturilla de sus calzoncillos—. Ah, pues es verdad. —Ríe—. No me había dado cuenta.

—¿En serio? —bufa mi amiga—. ¿Ni siquiera cuando has palpado… eso?

Los tres fijamos la vista en el bulto que marca la tela de su bóxer. Y los tres acabamos soltando varias carcajadas.

—Es lo que tiene vivir con un tío. —Río y pongo los ojos en blanco—. Hay que aguantar sus erecciones mañaneras.

—¿Me vais a decir por qué chillabais tanto? —murmura Justin mientras se acerca a la pequeña cocina abierta, saca una taza de un armario y se sirve un poco del café que queda en la

jarra de la cafetera.

—Ya nos han asignado una plaza para nuestras prácticas —señala Ellie antes de coger aire—. ¡Voy a trabajar en un centro de mujeres en el Bronx!

—¡Eh! —exclama Justin antes de darle un abrazo—. ¡Enhorabuena, Gusanito!

—Gracias. —Ella sonríe antes de señalarme a mí—. ¡Y Gwen va a trabajar de superejecutiva en Bell Technology!

Justin tira de mi mano, me levanta del sofá y da unas cuentas vueltas sujetándome por la cintura.

—Enhorabuena a ti también, Ricitos —me susurra al oído.

Ellie, al principio, se cabreaba cuando mi amigo la llamaba Gusanito por ser tan delgada y delicada. Con el tiempo, no solo se ha acostumbrado, sino que le gusta la idea de que el chico nos llame a las dos con motes cariñosos. Fue una forma de sentirse más parte del grupo, puesto que Justin y yo nos conocíamos de toda la vida, mientras que a ella la conocí en la facultad. Fue entonces cuando supe que buscaba alojamiento barato y le ofrecimos un hueco en el apartamento en el que ya vivíamos mi amigo y yo. Nos fue genial para reducir los gastos. Y fue genial tenerla a ella.

Siento una oleada de ternura al pensar también en mi historia con Justin, amigos inseparables desde nuestra infancia. Él era el que me acompañaba a casa cuando volvía sola porque no tenía amigas; el que me consolaba cuando las burlas me pesaban tanto que me hacían llorar; el que me animaba diciéndome que yo sería un día mucho mejor que todos ellos. Y yo fui también su hombro amigo cuando en el instituto se supo de su bisexualidad; cuando lo miraban con aprensión las chicas; cuando lo miraban con recelo los chicos. Como si sentir atracción por ambos sexos fuese sinónimo de abalanzarse sobre cualquiera.

Qué mentes tan cerradas.

Por supuesto, siempre ha tenido muchísimo éxito a la hora de ligar, tanto con hombres como con mujeres, aunque solo mantenga aventuras esporádicas. Aventuras, por otro lado, también muy continuadas, puesto que Justin encandila a cualquiera con su cuerpo musculado, su sonrisa traviesa y sus ojazos verdes.

—¡Esto habrá que celebrarlo! —propone Ellie—. ¿Qué os parece si nos apuntamos a la fiesta de esta noche en la residencia del campus?

—¿Una fiesta? —bufo.

—Vamos, Gwen —me anima mi amiga—. No me digas que hoy no hay motivos para beber, bailar, besarse por los rincones… ¡Por cierto! —salta de repente—. Voy a llamar a mamá y después a Troy. Tengo que celebrarlo también con mi novio esta noche. —Ríe traviesa mientras se marcha a su habitación.

—¿Qué te pasa, Ricitos? —Justin se sienta a mi lado en el sofá. Todavía sigue en calzoncillos, pero nunca me ha molestado. Él es para mí como un hermano.

Como un hermano…

—No me gustan mucho las fiestas, ya lo sabes —contesto—. Pero veo tan eufórica a Ellie que me resulta difícil negarme. —Sonrío.

—Tienes que ir, Gwen —me comenta con entusiasmo—. Será divertido. ¿Quieres que te acompañe, como en otras ocasiones?

—¿Quieres decir para parecer un poco más guay por llevar a un tío bueno del brazo?

—Ya lo hemos hecho otras veces, ¿no? —me pregunta con una sonrisa.

Sí, lo hemos hecho muchas veces. Cuando se celebra alguna fiesta, reunión informal o cualquier evento de este tipo que incluya a estudiantes cotillas, Justin se ofrece a ir conmigo para que yo le parezca al mundo un poco menos pringada. Algunos ya saben que solo somos amigos, pero mola mucho que el resto piense que he sido capaz de ligarme a un guaperas como él.

—No esperes que vaya a negarme —le digo, riendo—. Por supuesto que vas a acompañarme.

* * *

Sigue sin gustarme estar en un sitio con tanta gente. Me suele dar la impresión de que todos me miran, de que cuchichean, de que no encajo. Pero, pasado el rato —mejor si he bebido un poco—, intento pasármelo lo mejor posible.

—¡Está muy animado! —grita Ellie por encima del sonido de la música. Suena *I'm good (Blue)*, de Bebe Rexha y David Guetta, y la gente salta y baila haciendo oscilar peligrosamente sus vasos de plástico llenos de alcohol—. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a dar una vuelta por ahí? —le propone a Troy, su novio desde hace un mes. Él asiente y desaparecen por entre la multitud.

—La verdad es que no está mal esta fiesta —señala Justin, todavía con su brazo enlazado al mío. No deja de mirar por encima del borde de su vaso, seguro que oteando el panorama. Aunque es más que probable que se haya dado cuenta de que ya es el centro de muchas miradas. Si su cuerpo y su rostro ya son espectaculares, él se saca mucho más partido con la ropa que suele llevar. En este momento, viste unos vaqueros descoloridos, una camisa blanca con varios botones desabrochados y una americana azul marino.

Lo dicho: ir de su brazo es una auténtica pasada.

—Si quieres irte por ahí un rato no pasa nada —le comento. Luego le doy un trago a mi bebida. Necesito entonarme un pelín para enfrentarme a la posibilidad de quedarme sola—. Aprovecha para ligar un poco, tener sexo y esas cosas que hacéis la gente normal —le sugiero con una sonrisa.

—No voy a dejarte, Gwen. —Presiona mi antebrazo—. Lo que vamos a hacer ahora mismo es meternos ahí, en el mogollón, y bailar y beber como posesos, los dos juntos, ¿de acuerdo?

—¿Con qué objetivo? —inquiero, emocionada ante su respuesta.

—Para celebrar que vas a trabajar en una gran empresa.

—Solo voy a ser becaria —le aclaro—. Voy a ganar tan poco dinero que tendremos que

seguir robando parte de la compra que le envían a domicilio a nuestra vecina. ¿Recuerdas que nos hacemos pasar por ella cuando no está?

—Pues, entonces, para divertirnos, simplemente —contesta con su sonrisa de modelo—. Y porque nos da la gana. Y porque ya hemos llorado bastante en esta vida, Gwen. Nos toca reír y no pensar en nada de una maldita vez.

Intentando no emocionarme y abrazar a Justin aquí en medio, le hago caso y comienzo a contonear mis caderas delante de él mientras reímos y bebemos. Es precisamente a causa de la ingesta de alcohol que mi mente se nubla y mi cuerpo se vuelve más ligero que nunca. Y, la verdad, lo agradezco. Sobre todo, para aguantar el momento en el que se me acerca la inaguantable de Samantha Zucher.

—Joder —murmura Justin—. La arpía rubia. ¿Qué pinta esta tía todavía en una fiesta de estudiantes? Tiene una cara de bótox que no se aguanta.

—Creo que le está costando un poco más de la cuenta graduarse —murmuro—. Pero está obligada porque su padre es empresario, creo. Está cursando MBA, el famoso Máster en Administración de Empresas. Por eso tenemos que seguir aguantando su presencia por aquí año tras año.

—Menuda tortura —rezonga—. Por suerte, la vas a perder de vista muy pronto.

—No sabes las ganas que tengo —susurro, justo antes de que la aludida nos muestre una de sus sonrisas más falsas.

—Oh, pero si es mi querida Gwendolyne Sharp y su amigo el musculitos —suelta Samantha—. Qué suerte tener siempre a mano a un tío para no aparecer sola en las fiestas. —Compone una mueca con los labios apretados—. Sería algo tan penoso… Aunque tú ya deberías estar acostumbrada, después de tanto tiempo sola.

Aletea sus pestañas y echa hacia atrás su larga y lisa cabellera rubia.

—Qué agradable eres, Samantha —gruñe Justin—. Todavía no entiendo cómo no hemos echado un polvo, con lo dura que me la pones.

—¿Contigo, descerebrado? —le espeta con desdén—. Perdona, pero no eres mi tipo. Me gustan más inteligentes.

—Es bueno que una parte de la pareja aporte lo que le falta a la otra —remata Justin.

Samantha le dedica una peineta y después me mira a mí.

—Me han dicho por ahí que estás rozando la excelencia con tus notas y que has podido elegir dónde ejercer las prácticas.

—Pues sí. —Elevo la barbilla.

—No me extraña que se te den tan bien los estudios. —Dibuja una sonrisa que anticipa el siguiente menosprecio—. Tienes mucho más tiempo que nadie.

—¿Más tiempo? —titubeo.

—El resto de los mortales necesita tiempo para otras cosas. —Pone los ojos en blanco—. Novios, chicos, sexo… Y como tú no tienes nada de eso, partes con una gran ventaja. Puedes

pasarte incluso los fines de semana estudiando. Oh. —Se lleva una mano a la boca—. Creo que es eso lo que haces, literalmente.

Juro que el alcohol es el culpable. Si me hubiese pillado sobria, le habría asegurado a esta petarda que su teoría es ridícula, pero, como estoy un poco achispada, no controlo mi lengua a la hora de responder.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo no tengo de todo eso?

Samantha emite una sonora carcajada al tiempo que le hacen eco Jessica y Zoey, las otras dos pijas que suelen acompañarla.

—No hace falta que nadie me lo diga —sigue burlándose, riendo—. Verte siempre acompañada del musculitos lo dice todo.

—Pues perdona, pero Gwen tiene novio.

Justin y yo nos volvemos al oír la voz de Ellie, que acaba de aparecer y que, por lo que podemos ver, ha escuchado la conversación. Ha colocado los puños en su cintura y su rostro está contraído en una mueca de furia.

—¿Novio? —pregunta Samantha con un bufido—. ¿Dónde está si puede saberse? ¿Y por qué no lo hemos visto nunca?

—Tiene cosas más importantes que hacer que aparecer en fiestas cutres —vomita Justin.

—Sí, eso —añado, a pesar del mareo que comienza a enturbiar mi visión—. Es un tío muy… ocupado.

—Perdona, pero no me lo creo —gruñe la rubia.

—Pues, si quieres, te lo presento —suelto sin pensar.

—Claro que quiero. —Ríe taimada.

—Hora y lugar —expone Ellie.

—El sábado —responde Samantha tras cruzar sus brazos—, a las ocho, en el Madison.

—Ahí estaremos —espeto.

—No faltaremos —sentencia la chica rubia al tiempo que desaparece con sus amigas.

—Joder con las Hermanas Fatídicas —gruñe Justin—. Deseando estoy de ver sus caras el sábado.

—¿En serio? —inquiero—. Porque, que yo recuerde, no tengo novio.

—Pero lo tendrás. —Ellie sonríe.

—Eso por supuesto —añade nuestro amigo.

—Tú has sido siempre mi única opción, Justin —le recuerdo—. No tengo a otro amigo en la recámara para hacerse pasar por mi novio.

—No hace falta que sea tu amigo. —Justin y Ellie se dedican una mirada cómplice.

—Qué miedo me dais —murmuro antes de que se me revuelva el estómago y tenga que correr en busca de un baño.

* * *

—No sé cómo estoy haciendo esto —gimoteo—. ¿Cuándo hemos vuelto al instituto y no me he dado ni cuenta? ¡Tenemos veinticuatro años!

—Oh, vamos, Gwen. —Ellie sonríe al tiempo que se sienta a mi lado en el destartalado sofá de nuestro diminuto salón—. Será divertido. Además, yo me he puesto los treinta como límite para empezar a tomarme la vida más en serio. Me quedan seis años todavía para seguir haciendo chorradas inmaduras. —Ríe—. ¿Y tú, Justin? ¿A qué edad te volverás serio? Por ejemplo, ¿cuándo dejarás de follarte a todos tus clientes y clientas del gimnasio?

—Hum. —Se lleva a la boca el dedo índice—. Creo que a los cuarenta y cinco. ¡No!, a los cincuenta. —Tuerce el gesto—. Quizá nunca.

Ellie pone los ojos en blanco.

—Vaale, lo he captado, voy a divertirme un poco —rezongo—. Pero lo que pretendéis que haga…

—Imagina por un momento la escena —prosigue Justin con expresión pícara—: las Hermanas Fatídicas apareciendo en el restaurante, y tú sentada junto a un tío bueno que te mira hechizado. ¿Visualizas sus caras de zorras estreñidas?

—No tiene por qué ser un tío bueno —me quejo—. Con que no sea demasiado bajito…

—Ya puestos —señala Justin mientras sigue concentrado en algún tipo de página que desconozco—, vamos a buscar a uno que sea mono. ¡Mira! Me salen algunos estudiantes de Columbia. Estos pijos ya no saben ni ligar.

—Me da igual si es estudiante o no —le digo—. Lo único que tiene que quedar claro es que solo lo necesito para una noche y para fingir que es mi novio. No quiero malentendidos.

—Eso está hecho. —Justin sonríe mientras trastea en su móvil.

Capítulo 3

REESE

Emito un suspiro cuando bajo del taxi y contemplo la hora en mi reloj. Solo son las ocho. Falta una hora para mi cita.

Bufo mientras camino por la acera de la avenida. ¿Cómo se me ocurre sincerarme con mis amigos? En cuanto les confesé que yo nunca había pretendido llevar la vida de un soltero empedernido y que mi intención era la de tener lo más parecido posible a lo que tuvieron mis padres, se desató el caos. Tanto Blake como Noah comenzaron a tomarse esa confesión como la excusa perfecta para buscarme posibles candidatas para una relación formal. Amigas, vecinas, compañeras de trabajo e, incluso, citas de aplicaciones comenzaron a desfilar por mi vida.

Joder… Soy un maldito ejecutivo de Bell Technology, una de las más importantes multinacionales tecnológicas de Estados Unidos, tengo treinta y seis años y he salido con un incontable número de mujeres desde los quince. ¡Soy mayorcito y tengo experiencia, maldita sea!

Sí, reconozco que el punto de partida fue conocer a Rachel, la primera mujer que realmente me hizo creer que, por fin, había llegado a mi vida la persona adecuada. Aunque fuera un pensamiento que me duró un suspiro, porque ella estaba destinada a Blake desde el principio. Mi amigo y ella se enamoraron tan profundamente que lo único que pude hacer fue ayudarlos a estar juntos. Y no pretendo llevarme el título de mártir ni nada parecido. Simplemente, quiero a Blake y a Noah como si fueran mis hermanos, y jamás se me ocurriría interponerme entre ninguno de ellos y su felicidad. Aunque, ahora mismo, sienta unas enormes ganas de enviarlos al mismísimo infierno por haberme organizado una nueva cita.

En esta ocasión, he decidido escoger un restaurante con un gran salón comedor y una larga barra en el bar. Así, si la cosa se pone tensa y hay que despedirse de forma precipitada, pasaremos más desapercibidos.

Experiencia que he ido adquiriendo gracias a mis amigos, precisamente.

Me detengo un instante entre los coches aparcados y busco en mi teléfono el perfil de Grace, la mujer que ha quedado conmigo esta noche. Tiene treinta y dos años, está divorciada, no tiene hijos y trabaja en el departamento de Comunicaciones y Marketing que dirige Noah. Nunca habría imaginado que mi amigo tuviera esa vena casamentera. Aunque lo que en realidad creo es que las féminas caen rendidas ante su apariencia atormentada y sus ojos color violeta y aceptan hacer lo que él les pida.

Busco la última conversación que mantuve con Grace para asegurarme de la hora de la cita cuando un tipo se apoya en el coche que tengo al lado para sacar su teléfono. Lanzo un bufido al oír parte de una llamada que no me interesa en absoluto. Observo al tipo. No aparenta más de veinticinco años. Un niñato que demuestra serlo en cuanto comienza a hablar.

—Que no, tío —gruñe—, que no pienso entrar ahí. ¿Tú sabes quién es la cita que me está esperando ahí dentro? ¡Es Gwen Sharp! Sí, la friqui que siempre tropieza… ¡La que parece que hable sola…! ¡Sí, la misma…! Sí, me dijo que se llamaba Gwen, pero no la relacioné con esa… Ya, ya sé que es más alta que yo, no me lo recuerdes…

Será gilipollas… Seguro que la cree una friqui porque es más inteligente que él. Y que no le guste que una mujer sea más alta solo demuestra que no quiere que ella destaque sobre él. Cretino inmaduro…

—Yo me largo, tío —continúa—. No, no le he dicho nada ni pienso hacerlo. Que se aburra de esperar o que se busque a otro. Yo paso…

No oigo la última frase porque ya se aleja del aparcamiento.

Bufo mientras accedo al restaurante. He decidido que tomaré una copa mientras espero a Grace, aunque el capullo con pinta de universitario me haya dejado un regusto amargo en la garganta. Por ello le pido un whisky con hielo al camarero, aunque me habría apetecido algo más ligero, como una cerveza. Apoyo un codo sobre la barra, le doy un trago al líquido ambarino y paseo la vista por el local.

Detengo la inspección cuando contemplo a una chica sentada sola a una mesa. Parece nerviosa e inquieta. Un camarero se le acerca y le pregunta si le sirve ya la cena, puesto que su acompañante no aparece. Ella mira el móvil, hunde los hombros y le pide unos minutos más al empleado, que se aleja con reticencia y con ganas de echar a la pobre chica.

Desde aquí solo puedo observar su perfil, pero hay algo en ella que me provoca un leve cosquilleo por todo el cuerpo. Esa cascada de rizos rubios…

Y, entonces, gira la cabeza hacia la barra y puedo verle la cara. Es un rostro de facciones armoniosas y piel inmaculada, con unos grandes ojos de un aterciopelado color oscuro. Su boca, tal como la recuerdo, es ligeramente grande, de labios rosados de aspecto suave. Es bonita, sin ser llamativa. Y joven. Muy joven.

«No me lo puedo creer —pienso—. Es aquella jovencita con ropa multicolor que, a pesar de su extraña mezcla de insultos y lenguaje anticuado, casi me clava un tenedor en el cuello…»

Pero me queda bastante claro que, aquella noche, ella no pudo verme bien, porque pasea su vista por todas las personas sentadas delante de la barra, incluido yo, y ni siquiera la detiene un instante al toparse conmigo.

Sonrío sin poder evitarlo al recordar aquel episodio tan surrealista. Una chica miope con las gafas rotas, una equivocación, Violet y su indignación por haberla dejado… A pesar de lo deprisa que ocurrió todo y de la forma caótica en que sucedió, reconozco haber disfrutado de las pullas de aquella chica, de sus sonrojos, de su ímpetu juvenil y de su ansia por defender a su

amiga. El resultado fue terminar con Violet de una manera demasiado abrupta, algo por lo que le pedí disculpas, pero de lo que sigo sin arrepentirme. Estaba cansado de sostener aquella relación abierta de amantes esporádicos que no me satisfacía en absoluto.

Suspiro con fuerza al entender que aquella joven miope es la cita que el niñato imbécil ha rechazado. Una inesperada ola de furia me invade y se topa con otra de ternura. Entre las dos consiguen que un arrollador instinto de protección me posea y solo sea capaz de pensar en evitar que ella sufra.

Pero ¿cómo? ¿Me acerco a ella y le digo que su cita no se va a presentar? ¿Le ofrezco mi compañía como consuelo? ¿Me reconocerá?

Ya he dado el primer paso cuando se acercan un chico y una chica. Los acompañan tres rubias que parecen disfrutar ante el plantón que le han dado a Gwen. Me acerco un poco más y escucho la conversación.

Capítulo 4

GWEN

—¿Señorita? —Alzo la vista y veo al camarero, que me mira con los labios fruncidos en una mueca de exasperación—. ¿Le sirvo ya la cena? Su acompañante está tardando más de la cuenta y usted está ocupando una mesa.

Miro el móvil. Nada. No hay mensajes. Habíamos quedado a las siete. Y ya llevo casi una hora esperando.

—Solo unos minutos más, por favor —le pido.

—Diez minutos —gruñe el hombre antes de alejarse.

Suelto el aire que estaba conteniendo. Nunca me había sentido tan ridícula.

¿A quién se le ocurre organizar semejante cita? Y no me refiero a que lo haya hecho a través de una aplicación, que también, sino a que el motivo sea fingir una relación para que tres rubias pijas y aburridas decidan dejarnos en paz.

¿Lo peor? Que tenía que conseguir un novio falso en unas treinta horas.

Por eso accedí a que Justin trasteara con una de esas aplicaciones de citas rápidas. Su plan era encontrar a un chico de buena apariencia, que fuese estudiante y lo suficientemente guapo para provocar envidia. Ah, y que estuviese dispuesto a hacerse pasar por mi novio solo durante unas horas.

Y lo encontramos. Se llama Sean, está cursando un máster en Salud Pública en Columbia y hemos coincidido en alguna fiesta de estudiantes. No está mal. Es mono y parece entregado a sus estudios.

Justin y Ellie estaban tan contentos que decidí seguir adelante. Al fin y al cabo, joder un poquito a las Hermanas Fatídicas siempre sienta bien.

Perdón, había querido decir «fastidiar», o «tomar el pelo». Tengo que dejar de decir tacos, pero la vida me lo está poniendo realmente difícil.

* * *

Y aquí sigo, en el Madison, aunque ya lleve más de una hora esperando y la gente empiece a mirarme con lástima. Incluso yo doy por sentado que Sean no se va a presentar.

¡Hasta las citas a ciegas huyen de mí!

Suspiro con fuerza. Ahí están, Justin y Ellie, que habían acordado aparecer una hora después

de la cita, para darnos tiempo a Sean y a mí a ensayar. Y las Hermanas Fatídicas detrás. Genial. Más vale que confiese la verdad. Quedaría bastante más patético decirles a las rubias acosadoras que mi cita no ha podido acudir porque le ha surgido una importante conferencia en Washington D.C. titulada «Promoción de la salud para el bienestar, la equidad y el desarrollo sostenible».

—Hola, Gwen —saluda Ellie con cautela mientras mira la silla vacía—. ¿Dónde está…?

—Eso, eso —interviene Samantha—. ¿Dónde narices está tu novio? Parece que se retrasa un poco —añade con una sonrisa perversa—. Si es que existe…

Las tres sueltan una carcajada que me pone los pelos de punta. Pero ya no puedo hacer nada. Han ganado. La idea de Ellie y Justin me pareció un absoluto disparate, pero me había sentido vencedora por unas horas, pensando en la cara que pondrían estas arpías cuando me vieran con un chico. Ya no soy una adolescente tímida y marginada, pero sigo teniendo aquellos sueños en los que me veía a mí misma como a alguien popular y de éxito.

Sueños que seguirán siendo sueños. He pasado por el instituto y la universidad y sigo siendo invisible. Qué le vamos a hacer…

—Pues… resulta que…

—Gwen, cariño, estás aquí.

Todos nos volvemos hacia la voz masculina que acaba de pronunciar mi nombre de una forma tan familiar. Yo soy la primera alucinada al contemplar a un hombre alto, elegante, con el cabello castaño claro y unos luminosos ojos de un tono parecido. Su sonrisa es… ¿Cómo describirla? ¿Espectacular? ¿Perfecta? ¿Hechizante?

Y él es… guapísimo. Quizá mi comentario no tenga el valor que se merece debido a mi falta de experiencia, pero, aun así, apuesto a que es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Y no solo por el tono dorado de sus ojos y su cabello, su hermosa sonrisa o su altura. Es también por su cuerpo, delgado pero fuerte; por su manera de moverse, elegante, casi felina. Sentir que un hombre como ese haya pronunciado mi nombre junto a la palabra «cariño» me ha provocado la misma sensación que me dejarían docenas de burbujas calientes subiendo desde mi estómago.

Y ya no me da tiempo a pensar en nada más, porque el desconocido se inclina hacia mí, me da un rápido beso en los labios y después acaricia el *piercing* de mi nariz con su dedo pulgar, gestos que consiguen que un inesperado calor invada mi cuerpo. Me está mirando con ternura, aunque puedo leer en su mirada un toque de advertencia.

¿Cómo puede saber que necesitaba justamente esto y en este momento? ¿Tengo alguna especie de hada madrina que hace realidad mis deseos?

Soy demasiado pragmática para pensar algo así. Sin embargo, me mantengo unos segundos quieta, muda, hipnotizada ante unos ojos que me recuerdan a los de un tigre, bellos, atrapantes y peligrosos.

Antes de que pueda articular palabra, el enviado de mi hada madrina se incorpora y, con una mano sobre mi hombro, se dirige a los demás.

—¿Qué tal? Me llamo Reese. —Les estrecha la otra mano a Ellie y a Justin—. Vosotros sois

sus amigos, por supuesto.

No tengo ni idea de dónde ha salido este ángel salvador, pero tengo que reaccionar y aprovechar su milagrosa aparición.

—Ellie y Justin —intervengo, por fin—. Ya te he hablado de ellos.

—Como si os conociera. —Ríe… ¿ha dicho Reese?

—Y ellas son Samantha, Jessica y Zoey. —Señalo a las rubias, que permanecen tan anonadadas que, solo por sus caras de pasmo, vale la pena lo que está pasando. Aunque no tenga ni la más remota idea de lo que está pasando.

—En… encantadas —murmura Samantha, que mira al desconocido y luego me mira a mí—. ¿Este es tu novio, Gwen? —pregunta, como si no lo creyera y alguien debiera subrayarlo.

—Todavía es pronto para esa etiqueta —responde el tal Reese—. Pero se podría decir que sí, que estamos saliendo.

Y Reese me mira de nuevo, pero ya sin advertencias, sin cautela. Solo me mira. Y juro que me quedaría recibiendo esa mirada por el resto de mi vida. Pero es Justin quien rompe ese vínculo que jamás he tenido con nadie.

—No recordaba que tu novio fuese… así —titubea mi amigo mientras repasa al desconocido de arriba abajo—. ¿Cuántos años os lleváis? Al menos deben de ser diez…

«¿Qué haces, Justin? —pienso—. ¡Me da igual quien sea! Un tipo elegante, guapo y alto que jamás se habría fijado en mí ¡se está haciendo pasar por mi novio! ¡Déjalo en paz! ¡Desaparecerá como la carroza y los caballos de un momento a otro!»

Por suerte, Samantha se aproxima a mi novio falso y compone una de sus sensuales sonrisas. O más bien por desgracia, porque, como el tipo babee por ella como el resto de los tíos del campus, me dejará en evidencia y se acabó el cuento.

—Justin tiene razón —dice la rubia cuando se le acerca y roza la solapa de su americana—. No pegas nada con Gwen. Es como querer juntar a un tigre con un frágil ratoncillo.

—Gwen no es ningún ratoncillo —contesta mi supuesto novio con un deje de indignación al tiempo que aparta la mano de Samantha—. Si yo soy un tigre, ella ya me ha demostrado ser mi tigresa.

Perfecto. Ya me he puesto roja como un tomate.

—Si tú lo dices… —susurra Samantha.

Reese mira su móvil. Parece que ha recibido un mensaje. Lo hace tan cerca de mí que puedo contemplar el blanquísimo puño de su camisa, su gemelo de oro y su mano, grande, de largos dedos y cuidadas uñas.

—Lo siento, cielo —me dice—, pero tengo que irme. Me ha surgido un imprevisto.

—¿Irte? —balbuceo mientras me levanto de la silla. ¡Pues sí que ha durado poco el encantamiento!

—De verdad que lo siento —murmura al tiempo que acaricia uno de mis rizos rubios. Después se aleja y señala a los demás—. Cena con tus amigos. Yo invito.

—Gracias —musito mientras veo cómo se da la vuelta para alejarse.

—Qué raro todo —refunfuña Jessica—. No dan la impresión de ser novios para nada. Ni siquiera se han despedido como haría una pareja.

Reese se detiene de golpe ante la acusación. Se vuelve de nuevo, camina hacia mí y se detiene cerca, muy cerca. Puedo ver las vetas doradas de sus ojos, sus cejas anchas y algo más oscuras que su pelo. Y puedo oler su perfume, tan intenso y masculino que tengo que hacer un esfuerzo para no inspirar con fuerza y llenarme de él.

—Es verdad —dice—. No me he despedido como haría cualquier novio.

A continuación, introduce sus manos entre mi pelo y acerca su boca a la mía. Su aliento huele a whisky, a misterio y a algo muy rico que no soy capaz de descifrar. Mi corazón se acelera cuando sus labios se unen a los míos; mis latidos se detienen cuando abre mi boca e introduce su lengua.

Oh, madre mía… Si el olor de su aliento me ha estremecido, su sabor me convierte en un helado que alguien acaba de colocar al sol. Siento cómo las gotas líquidas de mi propio cuerpo se van deslizando y cómo estoy a punto de convertirme en una simple mancha que se fundirá con las ropas de este hombre. Los dedos de los pies se me agarrotan cuando él profundiza el beso y recorre con su lengua cada rincón del interior de mi boca.

Y ya no puedo mantenerme quieta. Siento un calor abrasador que me recorre las venas, los huesos y los músculos. De forma instintiva, rodeo el cuello de Reese con mis brazos y lo atraigo hacia mí para poder tocarlo, para poder sentirlo. Mi lengua, hasta ahora pasiva, busca con desesperación la suya y la envuelve, la saborea, la posee.

Tiene que ser él quien, con un suave chasquido de sus labios, dé por concluido el beso. El beso. El mejor beso de mi vida. Tal vez haya habido pocos, pero puedo distinguir perfectamente que ha sido un beso espectacular.

Cuando abro los ojos, mi ángel salvador me mira con algo parecido a la sorpresa. Sus ojos dorados brillan tanto que su rostro me parece irreal, como sacado de un sueño, como si lo hubiera imaginado en alguna ocasión y hubiese regresado de un rincón apartado de mi subconsciente. Después, sonríe y desliza la yema de su pulgar por las comisuras de mi boca para llevarse con él los restos húmedos de un beso que nunca me habría atrevido ni a soñar.

—Adiós, Gwen —musita—. Espero que se cumplan todos tus deseos.

—Tú has hecho que se cumpla uno de ellos —susurro.

Por último, besa mi frente, se aleja y desaparece por entre las mesas del local.

Se acabó el cuento. La calabaza y los ratones vuelven a aparecer.

—Jesús bendito —murmura Justin a mi espalda—. Menudo beso…

—Ha sido… lo más romántico que he visto en mi vida —musita Ellie.

—Ahí había más sexo que romance —rebate Justin—, pero me sigue pareciendo un buen beso.

—Ya veremos si vuelves a verle el pelo —interviene Samantha, que ha tenido que aclararse la

voz tras contemplar mi apasionada despedida—. Ese hombre es demasiado hombre para ti y te comerá cuando menos te lo esperes. Créeme, sé de lo que hablo. —Eleva su mentón—. De momento, has pasado la prueba, pero te estaremos observando, *tigresa*. —Dice la última palabra con un claro retintín.

Las chicas desaparecen del restaurante, por lo que mis amigos aprovechan para rodearme, sentarse a la mesa y empezar a disparar preguntas de una manera tan rápida y caótica que no puedo entender nada.

—¡¿De dónde ha salido ese adonis?! —exige saber Ellie, eufórica—. ¿Quién es? ¿Lo conoces de algo?

—Un momento —la detiene Justin—. Esto es muy extraño. ¿Dónde está Sean? ¿Por qué no ha aparecido? ¿Y quién demonios era ese tío?

—¡Y yo qué sé! —bufo—. Lo que importa es que ha aparecido mi supuesto novio y esas tres se han largado con el rabo entre las piernas. Me da igual si se llama Sean o…

—Reese —suspira Ellie—. Dios, qué guapo era, y qué elegante, y con modales de caballero. Era un puto sueño con forma de hombre. ¿No estás de acuerdo, Justin?

—¡Era un maldito desconocido! ¡Y bastante mayor que Gwen! —insiste. Ellie y yo alzamos nuestras cejas—. Bueno, vale, lo admito. Era un tío atractivo, con una sonrisa preciosa… y con un culo perfecto.

Reímos los tres en el momento en el que aparece el camarero borde de antes. Creo que ahora parece bastante más amable.

—¿Los señores han elegido ya alguna opción de la carta? —nos pregunta.

—¿Tenemos límite de dinero? —inquiere Justin.

—No, señor —le aclara el empleado—. El caballero nos ha indicado que podían ustedes pedir lo que gustasen.

—Joder —suspira mi amigo mientras le echa un buen vistazo a la carta—. ¿Cuánto tiempo hacía que no nos dábamos un homenaje semejante, chicas?

—¿Te refieres a comer en un restaurante fino sin límite de gasto? —señala Ellie con mordacidad—. Eso no nos ha ocurrido en la vida.

—Pues habrá que aprovecharlo, ¿no? —Justin ríe antes de empezar a pedir una larga lista de platos.

¿Qué puede haber mejor que una buena cena con tus amigos que encima es gratis?

Pocas cosas, estoy segura.

De todos modos, mientras comemos, reímos y bebemos, no puedo evitar echar un vistazo de vez en cuando hacia la puerta por la que ha salido el desconocido.

¿Es posible que lo conozca de algo?

«Creo que has soñado con él», me respondo a mí misma.

Capítulo 5

REESE

—¿Qué tal tu cita con Grace? —me pregunta Noah.

—Diría que nuestro amigo no parece muy contento —comenta Blake.

Nos encontramos en el bar al que solemos ir a ver los partidos de los Rangers, sentados ante la barra, cada uno con una cerveza en la mano. Hace unos meses, pensamos que Blake comenzaría a poner excusas para no venir, ya que, tras conocer a Rachel, se había convertido no solo en un hombre con pareja, sino en un hombre de familia. Pero él mismo nos hizo entender que compartir su vida con una mujer y un hijo no cambiaba en absoluto la relación especial que nos unía a los tres. Seguiríamos siendo The Bachelors, aunque él ya no lo fuera de forma literal. El nombre de nuestro grupo significaba mucho más. Significaba que continuábamos siendo los desconocidos que la desgracia convirtió en amigos y, más tarde, en hermanos. Porque no solo son familia las personas que comparten sangre. También lo son las personas que comparten pasado, recuerdos y, sobre todo, la necesidad de seguir compartiendo esos recuerdos. Y nosotros necesitamos seguir compartiendo nuestro pasado. No concebimos la vida sin nuestros encuentros, sin nuestras charlas absurdas, sin nuestra presencia y apoyo en el trabajo.

Nos seguimos necesitando.

—Pues no —les cuento tras darle un trago a mi bebida—. No estoy para nada contento. Y no lo digo por Grace. Ella… me cayó bien.

—Te cayó bien —repite Noah con escepticismo—. No es eso lo que esperaba oír.

—Pues no hay nada más que decir. —Me encojo de hombros.

—¿No cenasteis juntos en el Madison? —pregunta Blake.

—No, no llegamos a entrar —respondo.

—Descarto entonces preguntar si te acostaste con ella —rezonga Noah.

Achico los ojos para mirarlo con exasperación.

—¿Tan poco atractiva te pareció? —insiste—. ¿Le echaste un vistazo y decidiste no darle ni una oportunidad?

—No, no fue por eso —gruño—. De verdad, tíos. ¿En serio vais a seguir buscándome una maldita novia?

—No te la estamos buscando. —Blake frunce el ceño—. Te estamos ofreciendo… posibilidades.

—¿Qué te pasó con Grace? —insiste Noah una vez más.

—Nada —farfullo—. Hablamos y, en solo un par de minutos, decidimos que lo mejor sería irnos cada uno a nuestra casa. No había sido un buen día para ninguno de los dos y no estábamos de humor.

—A ella no voy a preguntarle —señala mi amigo de los ojos violeta—, pero a ti sí puedo. ¿Qué coño te pasó ayer para decir que no fue un buen día? Estuvimos haraganeando la mayor parte del tiempo tumbados en el sofá de tu casa.

Noah no tiene bastante con hipnotizarte con sus ojos. Resulta tan jodidamente insistente que acabas confesándole hasta cuánto tiempo hace de tu última meada.

—Fue justo antes de encontrarnos —acabo revelándole—. Me topé con un universitario capullo que menospreció a una chica y me puso de muy mal humor. —Bufo—. Y se acabó el interrogatorio.

Porque parecería bastante ridículo si les explicara que he tenido en solo unos meses dos encuentros de lo más surrealistas con la misma chica. Gwen. La chica miope. La chica de colores. La chica de los rizos del color del sol. La chica de los grandes ojos oscuros y los labios más suaves que he probado en mi vida.

«La chica de veintipocos años —rezongo mentalmente—. Olvídala, depravado.»

—¿Prefieres que te presentemos a alguien fuera del entorno laboral? —sugiere mi amigo de los ojos azules—. Rachel me ha hablado de una conocida de Kelsie, su amiga modelo, que…

—No, maldita sea —refunfuño—. No prefiero nada. ¿Desde cuándo nos dedicamos a buscarnos pareja los unos a los otros? Parecéis unas malditas casamenteras de pacotilla, joder.

—No sé, tío —murmura Noah—. Parecías un poco apagado.

El chico taciturno mira a Blake de reojo.

—¿Es por eso? —También miro a Blake—. ¿Es por Rachel?

—No, claro que no —bufa.

—Sí, claro que es por eso —lo rebato.

Tengo que aclarar las cosas ahora mismo. Bebo lo que queda de mi cerveza y me giro sobre el taburete de manera que mi espalda se apoye en la barra. De ese modo, puedo hablarle directamente al interesado sin que Noah pueda perderse detalle.

—Blake —suspiro—, no estoy enamorado de Rachel.

—Ya lo sé —me dice. Sé que es sincero, pero tengo que arrancarle hasta la última duda de su pensamiento.

—Rachel me gustaba —confieso—. Me gusta, si he de serte franco, pero no como al principio. Estoy seguro, incluso, de que nunca estuve realmente enamorado de ella. Creo que me enamoré de la posibilidad.

—¿La posibilidad? —me interroga Noah.

—Sí —reitero—, de saber que existía la posibilidad de encontrar a alguien que mereciera la pena.

—Y un poco de sus ojos —bromea Blake.

—Vale —sonrío—, también un poco de sus bonitos ojos tristes. Pero quiero que entiendas que he pasado a tenerle el mismo cariño que os pueda tener a vosotros, te lo prometo, Blake.

—Ya lo sé, Reese —me contesta con una palmada en mi hombro—. ¿Por qué te justificas tanto?

—Porque temo que tu afán por encontrarme a una mujer sea por alejarme de Rachel; por hacer que me olvide de ella.

Blake clava en mí sus penetrantes ojos azules e inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Sabes por qué estoy seguro de que no estás enamorado de Rachel? —Él mismo me da la respuesta—. Porque sé que, si ese fuera el caso, no esperarías a que yo te alejara de ella. Tú mismo te habrías alejado.

—Te habrías marchado hasta de la ciudad —interviene Noah—. Habrías solicitado el traslado a la sede de Anchorage.

—No tenemos sede en Alaska. —Sonrío.

—Por eso —añade Blake—. Habrías preferido vivir en un puto iglú el resto de tu vida antes que hacerme daño.

Tiene razón. Lo sé porque llegué a planteármelo cuando sentí que Rachel me gustaba demasiado. Luego descubrí que solo había sido un sentimiento fugaz. Fue como recibir una caricia cuando hace tiempo que nadie te toca, o como percibir el calor de un rayo de sol en un frío día de invierno; momentos que te hacen feliz, pero que luego pasan y podemos seguir viviendo.

Una tibieza casi dolorosa me oprime el corazón. Blake, Noah y yo somos mucho más que amigos, incluso mucho más que hermanos. Somos como tres chispas en un montón de cenizas. Nos necesitamos en su momento para renacer y nos seguimos necesitando para mantener vivo el recuerdo de nuestro pasado, de nuestra esencia.

—No exageres —le digo, sin embargo—. No soy tan jodidamente altruista.

—Vamos, Reese —señala Noah—, no empieces a infravalorarte. Eres un tío de puta madre que, si lo que más desea en esta vida es vivir feliz en una casa con jardín, con tu mujercita, un par de niños y un perro, mereces tener todo lo que anhelas.

—Aunque yo nunca haya mencionado el jardín, los niños o el perro, no me parece un mal plan. —Sonrío y alzo mi vaso.

—Es un gran plan, Reese —señala Blake con los ojos brillantes—. Te lo digo por experiencia.

—Pero —insisto—, por favor, no volváis a concertarme una cita con nadie mientras yo no os lo pida. Y, si eso ocurre, será que he tocado fondo —suspiro con una mueca.

—Te está costando más de la cuenta porque te has limitado siempre a aventuras esporádicas —apunta Blake—. Querías otra cosa, pero tú preferías no arriesgar. Créeme, sé de lo que hablo. Me costó entender que amaba a Rachel, pero porque estaba cagado de miedo.

—Pues Reese es otro cagado —añade Noah—. Muchas sonrisitas, guiños y bromas con las mujeres, pero, a la hora de la verdad, se muere de miedo. Lo que no entiendo es por qué.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —refunfuño—. ¿Qué tal si mencionamos la que se le viene encima a Blake con la nueva partida de novatos?

—Gracias por recordármelo —gruñe el aludido—. Aunque no penséis ni por un momento que no voy a delegar en vosotros y en vuestros departamentos parte de la carga.

Blake es el CEO de Bell Technology, por lo que tiene autoridad para decidir qué departamento se hará cargo de la supervisión de los becarios. Ya llevamos varios años escapándonos, pero, en esta ocasión, los gimoteos y quejas de Noah no van a servir para nada. Él es jefe de Comunicaciones y Marketing, y yo, de Ingeniería de Software, dos de los departamentos más demandados por los aspirantes a la plantilla de Bell junto al de Recursos Humanos.

—Ni se nos ocurriría —se mofa Noah.

—Recuerda que son la flor y nata de varias de las universidades de la Ivy League —alude Blake—. Algunos de ellos pueden acabar formando parte de la empresa y hay que saberlos encontrar. Confío en vosotros para esa tarea.

—A mí no me importa ayudarlos. —Me encojo de hombros—. Al fin y al cabo, todos tuvimos que empezar así. Además, creo que este año hay mayoría femenina, y eso es un paso adelante. Se necesitan más mujeres en puestos importantes.

—Es cierto —corrobora Blake.

—Genial. —Alzo el botellín de cerveza que me acaban de servir—. Por la nueva generación de ejecutivas. Aunque me hagan sentir un poco viejo.

—Los tres nos estamos haciendo viejos. —Blake ríe mientras levanta también su botella.

—No habléis por mí —señala Noah con el mismo gesto—. Creo que yo no he madurado del todo todavía. —Emite una sonrisa triste—. En muchas ocasiones, siento que perdura en mí aquel niño de diez años que empezasteis odiando.

—No te odiábamos —murmuro—. Solo estabas asustado, como nosotros.

—No —musita. Clava en nosotros sus intensos, llamativos e increíbles ojos de color violeta —. Yo no estaba asustado. Y vosotros sabéis bien por qué.

Blake y yo nos miramos. Lo sabemos. Por supuesto que lo sabemos.

Capítulo 6

GWEN

Por fin ha llegado mi primer día de prácticas. Estoy emocionada a la par que nerviosa mientras sigo las indicaciones de una de las chicas de recepción y la acompaño por uno de los pasillos enmoquetados de la cuarta planta del imponente edificio de Bell Technology. Miro a mi alrededor y me siento pequeña, casi insignificante, en mitad de todo este alboroto de comerciales, ejecutivos, sonidos de teléfono, nervios, prisas y vasos de café.

Pero también me siento privilegiada y, sobre todo, satisfecha, feliz, por haber dado el primer paso para conseguir lo que quiero, por fin. Pueden parecer banalidades, pero siempre he soñado con tener mi propio despacho en una gran compañía, ayudar a que el gran engranaje funcione bien, aunque yo solo sea una de las ruedas más diminutas.

—Ella será quien te indique —me advierte la chica al tiempo que me señala a una mujer de unos cuarenta y cinco años, de larga melena castaña y vestida con un elegante traje de falda y chaqueta en color azul pastel.

Paso mi mano por una arruga invisible de mi pantalón e inspiro con fuerza. He tenido que tirar de tarjeta para comprarme algunos trajes, blusas y zapatos para no desentonar en este lugar. Son conjuntos de chaqueta y pantalón en color negro o gris, como el que llevo ahora, y camisas blancas. Todos colores neutros que, aunque no me gusten, le van mejor a mi cuerpo alto, delgado y desgarbado para no desentonar en un ámbito tan serio como este. Por eso, además, llevo bailarinas en los pies, para no subir más centímetros, y el pelo atiborrado de horquillas para bajar el volumen y estirar un poco los rizos y tirabuzones que forman mi odiado cabello. También me he quitado el *piercing* de la nariz, por lo que, por todo el cambio, me siento extrañamente desnuda, como si me hubiese quitado una capa de mi propio cuerpo.

—Hola —saludo a la mujer, que permanece en pie junto a la mesa de su despacho abierto—. Es mi primer día de prácticas. Soy Gwendolyne Sharp.

—¿Qué tal? —Me devuelve el saludo—. Yo soy Abbey O’Brien, secretaria de Blake Sherrington. Si me acompañas, te indicaré dónde va a tener lugar la reunión.

—Encantada, señora O’Brien.

—Llámame Abbey, por favor. —Me sonríe mientras camino a su lado.

Hay personas que te transmiten calma, confianza y una suerte de paz, que consiguen que te relajes y puedas olvidar los nervios por un instante. Ese es el caso de Abbey. Apenas acabo de

conocerla y ha logrado que deje de creer en la posibilidad de padecer una taquicardia crónica o un ataque de ansiedad inminente.

—Y tú, a mí, Gwen. —Sonrío también.

Se detiene al llegar a la puerta de una sala de reuniones. Puedo atisbar varias sillas colocadas frente a una pizarra blanca y una mesa con un ordenador y un proyector. La luz que entra por los grandes ventanales me deslumbra un momento y solo consigo ver varias siluetas recortadas contra la claridad.

—Si me haces el favor de esperar aquí. —Me señala la puerta—. El CEO llegará en un instante y os dará la bienvenida.

—Oh —murmuro atribulada—, ya han llegado los demás becarios…

—Tranquila. —Sonríe—. Todos habéis llegado demasiado pronto.

Se da la vuelta y se aleja por el corredor mientras accedo a la sala. Me encuentro con un grupo de estudiantes que me saludan entre dientes, lo mismo que hago yo. Todos van impecablemente vestidos y caminan inquietos por toda la sala. Los nervios se pueden hasta masticar.

Una de las estudiantes, sin embargo, está apartada del resto, admirando desde el ventanal las vistas de Central Park. Está de espaldas y la luz oscurece su presencia, pero, aun así, siento que un escalofrío me recorre la columna.

—Vaya —señala la chica al darse la vuelta—. Pero si es Gwen, la mujer del momento por sus éxitos y por tener novio. Qué casualidad.

—¿Samantha? —balbuceo atónita.

No puede ser, no puede ser… No puedo tener peor suerte, ¡maldita sea!

¿En serio, destino? ¿Samantha Zucher? ¿Qué será lo próximo? ¿Quedarme encerrada con ella en un ascensor durante horas? ¿Que sea lo último que vea al morir?

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me pregunta mientras me mira de arriba abajo con una mueca de desdén. Ella, por supuesto, lleva un conjunto de falda y blusa que parecen sacados de un catálogo de moda.

—Bell Technology era mi primera opción —le aseguro desconcertada—. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Yo también elegí a Bell para mis prácticas —responde con menos seguridad de la esperada. Después, frunce sus labios en un mohín altanero—. Aunque yo no voy a ser una simple becaria. Voy a colaborar directamente con la jefa de Recursos Humanos.

—No me jo… no me fastidies, Samantha. ¡Yo voy a trabajar en ese departamento!

—¿En serio? —Hace brillar sus ojos mientras sonríe de forma perversa—. ¿Voy a ser tu jefa?

La presencia de la secretaria del CEO nos impide seguir hablando. Sobre todo, porque esta vez viene acompañada de un tipo alto y grande de mirada ceñuda.

—Buenos días —nos saluda el hombre—. Mi nombre es Blake Sherrington y les doy la bienvenida a Bell Technology. Pueden sentarse, por favor.

Lo obedecemos y tomamos asiento en las sillas dispuestas en la sala mientras él permanece en

pie. Su secretaria se queda junto a la puerta, pendiente de su teléfono.

—Vaya pedazo de tío —murmura Samantha—. No me importaría en absoluto tener una aventura con el jefazo. Menudo morbo.

—A mí también me pone —susurra con furia el tipo que tenemos sentado detrás—. Pero, de momento, me conformo con poder escucharlo —la reprende.

Tengo que reconocer que el CEO es un tipo muy atractivo, alto, fuerte y elegante. Sus ojos azul claro iluminan sus hermosas facciones y su cabello negro refulge bajo los rayos del sol que entran por la hilera de ventanales. Tiene una expresión algo adusta y no parece que atendernos a nosotros sea su tarea favorita del día, aunque intenta mostrar toda la amabilidad posible.

Sherrington se acerca a la pizarra, coge uno de los rotuladores y comienza a ilustrar su presentación con estadísticas, porcentajes y esquemas con su angulosa caligrafía. Nos mantiene a todos atentos y nos infunde las ganas de empezar.

—Y eso es todo, de momento —concluye mientras tapa el rotulador—. Por parte de Bell Technology, ofrecemos oportunidades a los nuevos talentos jóvenes. Recuerden que apostaremos por ustedes, les brindaremos oportunidades de crecimiento y nos fijaremos en mucho más que en sus notas o en sus currículums. Además, trabajar en una multinacional de tanto prestigio como esta será una buena catapulta en sus carreras.

Nos mira fijamente, uno por uno. Cuando llega mi turno, un ramalazo de desasosiego recorre mi columna al recibir el impacto de sus ojos celestes.

—A cambio —añade—, exigiremos de ustedes que se adapten con rapidez, que aporten ideas y que sepan trabajar en equipo. —Se dirige a la puerta—. Y, ahora, haremos una pausa mientras llegan los que van a ser sus jefes durante estos meses. Ellos mismos les comunicarán en qué departamento trabajará cada uno de ustedes. —Le hace un gesto a su secretaria y ella nos indica el camino—. Abbey, por favor…

Seguimos a la secretaria y, cuando accedemos a una sala de descanso con un par de máquinas de bebidas, somos conscientes de que el CEO nos ha acompañado y es el primero en sacarse un café. A continuación, la mujer nos entrega una tarjeta uno por uno.

—Por favor, no se corten —señala Sherrington con una sonrisa—. Todo es gratis para el personal. Con esa tarjeta podrán sacarse cualquier bebida caliente de la máquina. —Nos ofrece su mirada más punzante—. No demasiadas, por supuesto. Van a estar excesivamente ocupados.

Todos mostramos nuestros dientes, porque lo que acabamos de hacer no se ha parecido en nada a sonreír, tal es el respeto que infunde este hombre. Aun así, todos imitan a Sherrington y van pasando por la máquina de café. Todos, menos yo. El café me pone de los nervios y es lo último que me hace falta en este momento.

—¿Y usted…? —El CEO se me acerca con expresión interrogante.

—So… soy Gwen. —No sé si el castañeteo que se oye son mis dientes o los huesos de mis piernas—. Quiero decir… Gwendolyne Sharp.

—¿No toma nada, señorita Sharp?

—Es que…. el café…

—¿Tiene algún problema con el café, señorita Sharp? —me pregunta alzando una de sus oscuras cejas.

—No, no —balbuceo mientras me acerco a la máquina—. Tomaré un descafeinado.

Cualquier cosa antes que seguir aguantando la mirada clara e inquisitiva de este hombre.

Utilizo mi recién adquirida tarjeta y saco la bebida. Cojo el vaso y, antes de darle el primer trago, observo de reojo a Samantha, que está hablando con alguien mientras camina hacia mí. Cuando llega a mi altura, choca con mi brazo, por lo que no puedo evitar que mi mano golpee contra mi pecho y el contenido de mi vaso acabe derramado sobre mi chaqueta nueva y mi blusa blanca.

Atónita, observo cómo la mancha se va extendiendo por la tela de ambas prendas. Incluso siento el calor en la piel. Creo que hasta el sujetador ha debido de teñirse del color parduzco de la bebida.

—Oh, por favor, Gwen —señala Samantha, frunciendo sus perfectos labios pintados de rojo —. Siempre estás en el medio…

Le dirige una mirada al CEO mientras camufla otra de sus sonrisas maléficas.

¡La muy arpía! ¡Lo ha hecho adrede, seguro! Pero ¿por qué? ¿Quién soy yo para que tenga que tomarse tantas molestias en boicotearme?

—¡Mierda! —exclamo sin pensar dónde o con quién me encuentro—. Quiero decir… ¡me cago en todo! O sea…

La terapia de intentar cambiar tacos por palabras sinónimas menos malsonantes no tiene mucha efectividad cuando estás sumergida en una situación tan estresante.

—¿Está bien? —me pregunta Sherrington—. ¿No se ha quemado?

—No, no… —titubeo.

—Tranquila —me dice la secretaria, que ha aparecido de la nada y abre la puerta de la sala—. Te acompaño al servicio. Está aquí cerca.

De reojo, observo al grupo de becarios. Varios me miran con lástima. El resto casi se frota las manos. Samantha dibuja una sonrisa triunfal. La mayoría de ellos debe de estar pensando: «Primer punto negativo para la pringada». No sabía que una inofensiva oficina podía convertirse en territorio comanche.

A medio camino del servicio, la secretaria recibe una llamada telefónica. Tapa el auricular con la mano y me señala hacia el fondo del pasillo.

—Al final, a la derecha —me susurra—. Perdona, pero es importante.

—No hay problema —le digo.

Mientras sigo la dirección indicada, trato de cubrirme el pecho con las manos, pero creo que ese gesto hace que la gente con la que me cruzo me mire mucho peor que si no hiciera nada. A mi izquierda, toda una hilera de cristaleras separa el pasillo de diversos despachos; a mi derecha, una multitud de cubículos separados por mamparas azul oscuro acogen a una buena cantidad de

personas que atienden sus teléfonos o sus ordenadores. Se respira la típica actividad de primera hora de la mañana, entre prisas, el sonido de las ruedas de las sillas al deslizarse por la moqueta y tragos de café.

Por fin, doy con el baño y entro en él. Aunque, una vez en el interior, frente al espejo, me quedo mirando mi imagen como una boba.

—Y ahora, ¿qué? —murmuro con fastidio. Si trato de pasarme una toalla mojada será mucho peor…—. Mira que eres pringada, Gwen —bufo—. No te libras ni cuando está en juego todo tu esfuerzo.

Una mujer de treinta y pocos años, con melena oscura y vestida con falda negra y blusa azul, accede también al servicio. En cuanto me ve, compone una mueca de pesar, aunque aderezada con una sonrisa.

—Oh, vaya —me dice—. Menudo accidente.

—Diría catástrofe —me lamento—. Me ha ocurrido en mi primer día como becaria y me ha pasado delante del CEO…

—¿De Sherrington? —Me mira con benevolencia—. Pobrecita —comenta—. Mira, querida…

—Gwen —me presento.

—Encantada, Gwen. Yo soy Jenna. Lo que quiero decirte es que, si solo habéis hablado con el CEO, todavía os queda conocer a los jefes de departamento, por lo que, hagamos lo que hagamos con esa ropa, se verá manchada o mojada. —Suspira—. Suelo tener siempre alguna prenda de repuesto, pero la utilicé hace poco y me la llevé para lavarla. Si quieres, puedo preguntar por ahí…

—No importa —le digo—. Y no te preocupes. Es lo que hay. No pienso ponerme más nerviosa todavía por ir con la ropa llena de lamparones. Ya he sufrido suficiente nerviosismo delante del CEO.

—Blake Sherrington colapsa a cualquiera. —Sonríe con indulgencia—. ¿En qué departamento vas a trabajar?

—En Recursos Humanos —respondo.

—Tendrás como jefa a Gillian Spencer —señala con expresión afectuosa, como si la conociera de una forma más íntima que el ámbito laboral—. Aunque cualquier ejecutivo que te hubiese tocado sería más amable que el CEO —bromea—. Mi jefe, por ejemplo, el señor Dawson, es muy majo. Soy su secretaria. Qué pena que no te haya tocado con nosotros.

—Supongo que nos veremos en algún momento —comento.

—Seguro que sí. Ven conmigo, Gwen —me pide mientras abre la puerta del baño—, acompáñame. Así verás dónde se ubica mi lugar de trabajo, para cuando me traiga de nuevo algo de ropa y pueda prestártela. —Me guiña un ojo.

—Espero que esto no me vuelva a pasar. —Río.

Aunque, teniendo cerca a Samantha, todo es posible. ¿Por qué demonios tiene que comportarse así conmigo?

Sigo a Jenna hasta su despacho abierto, que precede al de su jefe.

—Cuando termines tu jornada, puedes pasarte por aquí y me cuentas qué tal te ha ido. Aunque te digo por experiencia que los primeros días nos limitamos a ofreceros tareas fáciles y básicas.

—Gracias por todo…

Mientras sonrío a la secretaria, mi vista se desvía hacia la puerta oscura que custodia el despacho del jefe de Jenna. Está entreabierta y, a través del hueco, puedo divisar al hombre que hay sentado frente al escritorio. Está hablando por teléfono y parece relajado, porque está un poco repantingado en su sillón mientras juguetea con un bolígrafo con su mano libre. Un rayo de sol que se cuela por el ventanal lo envuelve por completo y le da un aspecto casi místico. Su cabello dorado refulge, como si diminutos diamantes se hubiesen colado por entre los mechones.

Y lo reconozco al instante. Reconozco su cabello, el perfil de su rostro, incluso la mano que sujeta el teléfono, de largos dedos y cuidadas uñas…

¡¿Cómo es posible…?!

Un segundo después, me agacho y me oculto tras la mesa de Jenna.

Capítulo 7

GWEN

Nunca había pensado que mis largas piernas pudiesen doblarse tan deprisa.

—Mierda, mierda, mierda —farfullo mientras me encojo tras el escritorio.

—¿Qué… qué haces, Gwen? —me pregunta la secretaria, que observa estupefacta cómo me he tirado al suelo.

—¿Ese… ese es tu jefe? —inquiero casi sin aire en mis pulmones.

—No, el presidente de Estados Unidos. ¡Pues claro que es mi jefe!

—¿Có… cómo se llama?

—Reese Dawson, ya te lo he dicho —me responde mientras se sienta en su silla y me mira disimuladamente, ya que sigo parapetada tras su mesa—. ¿Me puedes decir qué te pasa?

«¡No! ¡No me habías dicho que su nombre fuera Reese!»

Parece que el ángel salvador que me envió mi supuesta hada madrina era un hombre de carne y hueso, al fin y al cabo. Algo que ya quedó demostrado cuando me besó de una forma tan humana, aunque a mí me hiciera subir al cielo.

El beso…

Rayos, rayos y mil rayos. ¿Desde cuándo el mundo es un lugar tan pequeño?

¡Con lo feliz que me hizo hacerles creer a las Hermanas Fatídicas que tenía novio!

¿Qué pasará cuando lo vea Samantha? Porque este hombre no es de esos que se olvidan en unos pocos días. ¿Qué hará? Conociéndola, dejarme en ridículo delante del CEO, de Reese y del resto de jefes de departamento. ¿Y luego? ¿Qué ocurrirá? ¿Reese hará como que no me conoce o hablará con Sherrington para que me echen? ¡No lo conozco y no sé cómo va a acabar todo esto! A mí me pareció un buen tío durante los cinco minutos escasos en los que coincidí con él en toda mi vida, pero ¿y si es un borde y un capullo?

«Piensa, Gwen, piensa —me exijo—. La vida te ha enseñado en muchas ocasiones a pensar de forma rápida para salir de un atolladero. ¡Piensa ahora también!»

—Si no fuera porque eres demasiado joven —murmura Jenna—, diría que habéis tenido algún rollo en el pasado y la coincidencia os ha hecho encontraros aquí. Conociendo la reputación de mi jefe…

—En realidad —susurro mientras me asomo con cuidado a un lado de la mesa para comprobar que él sigue hablando por teléfono—, Reese es… mi novio.

Tantos años estudiando para que, en un momento como este, sea lo único que se me ocurre.

—Tu ¿qué? —La pobre Jenna parpadea, desconcertada.

—Ya te contaré los detalles en otro momento —le susurro—. Pero, antes, tengo que entrar a hablar con él.

—¿Con tu novio? —La secretaria alza una ceja—. En serio, Gwen, todo esto me parece muy raro.

Observo con ansiedad cómo Reese mira la hora en su reloj de pulsera. Tiene toda la pinta de estar dando por concluida su conversación para poder asistir a la reunión con los becarios.

¡Tengo que impedirlo!

—De verdad que te lo explicaré todo —le digo a Jenna con un punto de desesperación—. Solo te pido que me dejes entrar en ese despacho y no llames a seguridad. —Sigo controlando de reojo que el ejecutivo no atraviese la puerta todavía.

—¿Y para qué quieres entrar si puede saberse? —Se cruza de brazos.

—Porque… porque yo no sabía que trabajaba aquí —murmuro—. Él… creerá que he estado con él para aprovecharme. Pero a mí me gusta de verdad, Jenna, y no quiero que piense mal de mí…

Yo misma me sorprendo de mis aptitudes para el teatro. Solo me ha faltado llorar.

—Está bien, está bien —me corta—. No pareces peligrosa —refunfuña—. Pero como me estés engañando y solo seas una examante despechada…

—¡Gracias, Jenna! —exclamo antes de ponerme en pie, correr hacia el despacho y cerrar la puerta detrás de mí.

El hombre, todavía sentado tras su mesa, levanta la vista y me ve. Sus ojos brillantes muestran la sorpresa, lo mismo que su boca, que se abre unos instantes sin pronunciar palabra. Un segundo después, se despide de su interlocutor.

—Tengo que dejarte —anuncia, sin dejar de mirarme—. Ya hablaremos, Steve.

Y cuelga.

—¿Gwen? —murmura. Sigue sorprendido, pero puedo atisbar un leve brillo de diversión en sus ojos.

—¿Reese? —respondo con retintín.

—¿Has aparecido de la nada en mi despacho?

—¿No apareciste tú de la nada en el restaurante?

—También es verdad. —Me dedica una sonrisa tan bonita que vuelven a mi mente ciertas sensaciones que, ahora mismo, prefiero ignorar.

Inspiro con fuerza y trato de tranquilizarme. Al fin y al cabo, no soy más que una becaria a la que pueden echar de inmediato, mientras que él es un maldito ejecutivo que puede tirar por la borda años de esfuerzo. Por muy guapo que sea y por muchas mariposas que su sonrisa me haga revolotear.

—Señor Dawson —comienzo a decirle. Siento la garganta reseca y un leve temblor en las piernas, pero, aun así, me atrevo a acercarme y colocar mis manos sobre su escritorio—. Yo soy

la primera en creer que esto es una casualidad demasiado surrealista, que se supone que usted y yo no íbamos a volver a vernos nunca más en la vida, pero, aquí estamos, usted como ejecutivo de Bell y yo como becaria, una de las elegidas por Columbia para…

Emito un jadeo, en parte porque me he quedado sin aire y en parte porque él ha colocado una mano sobre la mía.

—Tranquila, Gwen, respira.

Siento la calidez de la palma de su mano, que se traslada a través de mi brazo a todo mi cuerpo y se acaba instalando en mi pecho, calmándome casi al instante.

—Y siéntate, por favor.

Hago lo que me pide, aunque todavía siento el bombeo de mi sangre bajo la piel. El tacto de su mano, su mirada felina y su voz grave y masculina consiguen que mis músculos se relajen y mi corazón se ralentice, aunque no puedo evitar soltar una risa desganada.

—Esto es lo más absurdo que me ha ocurrido en la vida —murmuro—. En realidad, lo segundo más absurdo.

Él ríe.

—Te aseguro que a mí tampoco me suceden estas cosas muy a menudo. —Señala después la mancha de mi ropa—. ¿Qué te ha pasado?

—Oh, nada —le digo con ironía—. Me he tirado el café encima. Delante de Sherrington. Delante de todos. Qué gracioso, ¿verdad?

Reese alza una ceja.

—Samantha me ha ayudado un poquito empujándome «sin querer». —Simulo unas comillas imaginarias.

—Joder con Samantha —gruñe—. La recuerdo del restaurante. ¿Está aquí?

Me cruzo de brazos y alzo la barbilla.

—Hablando de aquella noche, ¿cómo supo que necesitaba un novio de pega? —le pregunto—. ¿Y cómo supo mi nombre?

Suspira y coloca sus antebrazos sobre la mesa.

—Oí a un capullo en el aparcamiento. Le decía a alguien por teléfono que no le… agradaba mucho su cita, y después se largó. Accedí al local, te vi sola en una mesa…

—Y le di tanta pena que se ofreció a ayudarme desinteresadamente. —Me masajeo la frente con los dedos—. Qué tonta. Y yo pensando en hadas madrinas, carrozas y caballos.

—¿Hadas madrinas? —pregunta, perplejo.

—Déjelo —suspiro—. Últimamente me pasa cada cosa….

—Repasemos un poco todo lo que me has dicho de forma tan atropellada. —Se inclina hacia delante para acercarse a mí y vuelve a posar su mano sobre la mía.

Siento un inesperado frío en mi garganta que me obliga a tragar varias veces. Por segunda vez, vuelvo a tener tan cerca este rostro masculino, tan hermoso, tan atrayente, tan hechizante. Puedo reconocer mi sombra en los dorados iris de sus ojos, percibir el calor de su aliento y oler

la fragancia que desprende su piel afeitada y la tela de su impecable ropa. Y, a pesar de la cercanía, no me puede parecer que esté más lejos de mí. Un hombre como este, Reese Dawson, jefe de Ingeniería de Lo Que Sea, y Gwen Sharp, la becaria que acaba de llegar, la chica de los rizos, la que nadie ve nunca… son dos puntos en el universo a años luz de distancia.

—Eres una de las becarias de Columbia —prosigue—. Y, debido a nuestro… extraño encuentro de la otra noche, temes que puedas tener algún problema…

—No es solo eso —lo corto. Aparto mi mano de la suya y la bajo hasta mi regazo. No puedo seguir pensando si este hombre me sigue tocando—. Se trata de… ocurre que… —Emito un suspiro de frustración por lo insensato que sonará lo que voy a decir—. Como habrá adivinado, acabo de enterarme de que Samantha Zucher, una de las chicas rubias que estaba presente la otra noche, ha empezado hoy también aquí como becaria, aunque ella colaborará directamente con nuestra jefa.

—Entiendo…

—No, usted no puede entenderlo —lo vuelvo a cortar. Es tan grande mi desilusión que ni siquiera pienso en que no paro de interrumpir al hombre que ahora mismo puede destrozar mi sueño y mi futuro con un simple chasquido de sus dedos—. Su secretaria me ha confirmado que su departamento también acogerá a algún estudiante y que usted va a asistir a la reunión. Así que, en cuanto Samantha lo vea, lo reconocerá y descubrirá mi farsa. Además, podría coincidir con usted en cualquier momento —añado en un tono de derrota.

—¿Tan importante es para ti que esa chica crea que tienes novio? —Coloca los codos sobre la mesa y las manos bajo su mentón.

—No. —Me encojo de hombros y bajo la mirada—. No es que sea tan importante, pero estoy bastante cansada de que me recriminen mi falta de experiencia, o ser la rara que no tiene una larga lista de relaciones a sus espaldas. Porque resulta que alguien ha decidido que hay que ser de una determinada manera o actuar de cierta forma si quieres encajar en el mundo.

Algo caliente presiona mi estómago cuando compruebo que él me mira, aunque un segundo después baja la vista. ¿Me está mirando la boca? Claro que no, menuda tontería. Con toda seguridad, no doy el perfil de las mujeres a las que este hombre suele mirar con algún tipo de interés. Aun así, al pensar en bocas, pienso en besos, en «EL Beso». Lo que seguro que para este hombre no fue más que una bobada a mí me ha robado muchas horas de sueño.

—Si no es tan importante, ¿para qué has entrado en mi despacho?

—Para qué va a ser —le digo con un punto de exasperación—. Para evitar que mis prácticas peligren. Puedo oír en mi cabeza a Samantha diciendo: «¡Anda! ¡El novio de Gwen!». Se armará un revuelo, se enterará el CEO y, si la cosa no se aclara, mi sueño de trabajar aquí se esfumará como la niebla al levantar el día.

—¿Y crees que yo puedo ayudarte? —me pregunta, con el ceño ligeramente fruncido. Me resulta fascinante contemplar las pequeñas arrugas que se forman en su frente.

—Sé que le puede resultar absurdo —titubeo—, incluso atrevido o audaz, pero, si pudiese

usted seguir con la farsa…

—¿Te refieres a seguir haciéndome pasar por tu novio? —Alza ambas cejas y dibuja una sutil sonrisa con sus bonitos labios.

—¡No, no! —exclamo con una risa nerviosa—. Por supuesto que no. Me refiero a que el único peligro es Samantha, que soltará algo en cuanto lo vea, por lo que podría… podría comentar que usted y yo hemos salido juntos, pero que ya hemos roto. O algo así —musito.

Trago en seco. ¿De verdad le estoy pidiendo a uno de los ejecutivos de Bell que simule haber roto conmigo?

Delirante.

—Estoy pensando… —El jefe del departamento se reclina en su silla y cruza los dedos de sus manos—. ¿Qué te parece si sigo haciéndome pasar por tu novio?

Aparece un pitido en mi oído. Tal vez sea el culpable de no haber entendido bien.

—¿Cómo dice?

—Digo que te haría quedar bastante mejor si esa chica creyera que sigues saliendo conmigo.

—Pero ¿por qué iba usted a hacer eso?

—Pues porque a mí también me conviene que algunos de mis compañeros y amigos crean que tengo novia.

Lo miro, anonadada.

—Te lo digo muy en serio —me asegura con una sonrisa—. ¿Recuerdas la noche que coincidimos en el restaurante? Yo tenía una cita a ciegas con una de las muchas candidatas propuestas por mis dos mejores amigos.

—¿Y por qué iba un hombre como usted a necesitar citas a ciegas?

El calor aparece sin piedad en mis mejillas y en gran parte de mi cuerpo. Seguro que ahora mismo parezco un semáforo.

Reese sonríe, aunque se apiada de mí y no hace referencia a mi rubor.

—Cosas de mis amigos. —Compone una mueca—. ¿Qué te parece mi propuesta?

—Pues… —emito un sonido gutural involuntario—, no sé… No nos conocemos de nada. No sé cómo podríamos fingir que…

—¿Que estamos saliendo? —me corta con un punto travieso—. ¿Que hay algo… romántico entre tú y yo?

—Eso… —farfullo.

Vuelvo a notar mis mejillas acaloradas. ¿Cuántas veces se puede ruborizar una persona en un intervalo tan pequeño de tiempo? Me da la sensación de que no hay límite. Al menos, no hay límite en mí.

—Estamos en el ámbito laboral —señala con naturalidad—. Aquí no tendríamos que hacer nada. Solo comunicarlo para que no haya problemas o cotilleos, como ya han hecho otras parejas que trabajan en Bell. No te preocupes. —Un brillo pícaro centellea en sus ojos—. No hay que ir besuqueándose por ahí ni nada de eso.

Por suerte, nos interrumpe la vibración que emite un teléfono sobre la mesa, porque creo que, esta vez, toda la piel de mi rostro va a salir ardiendo. Reese responde.

—Siento el retraso, Blake —dice—. Una llamada importante de última hora. Enseguida voy.

Cuelga y se pone en pie. Yo hago lo mismo.

—Tenemos un par de minutos, desde mi despacho hasta la sala de reuniones, para ponernos al día. —Se abrocha un botón de su chaqueta—. Me llamo Reese Dawson, tengo treinta y seis años y soy jefe del departamento de Ingeniería de Software de Bell Technology desde hace cinco años.

Se dirige a la puerta. Ni siquiera me da tiempo a dudar.

—Vale. —Espiro con fuerza—. Yo me llamo Gwendolyne Sharp, tengo veinticuatro años y mi mayor aspiración es trabajar aquí. Creo que, con los conocimientos adquiridos y mi empatía, podría…

—Gwen. —Posa una mano sobre mi hombro—. Deja ese discurso para el que vaya a ser tu jefe.

—Ya, perdone —suspiro—. Estoy tan nerviosa todavía…

—Pues, mientras hemos estado hablando, te he visto bastante tranquila —me señala—. Algo que considero muy relevante si tenemos en cuenta la última vez que nos vimos…

«Por favor, que no mencione EL Beso. No quiero saber qué cantidad de sangre acumulada soportan mis mejillas.»

Parece que tiene piedad de mí, aunque un sutil brillo travieso tilila al fondo de sus ojos.

—… o que nos hayamos vuelto a encontrar justo tu primer día en Bell —concluye—. Si has podido con esto, creo que podrás con Samantha. —Sonríe.

Una inesperada calidez penetra en mi pecho.

—La verdad es que ha sido demasiado fuerte. —Río—. Tenía todo de cara para que me diera un ataque. —Me pongo más seria y lo miro—. Gracias, señor Dawson. Podría haberme echado usted de su despacho sin miramientos, pero me ha escuchado. Y, para colmo, va a ayudarme con esta ridiculez de niñas de instituto.

—En primer lugar —me dice—, no suelo echar a la gente de mi despacho. En segundo, no me parece ninguna ridiculez. Yo también te he pedido que finjas por mí y dejé el instituto hace mucho tiempo. Y, en tercer lugar, será mejor que me llames Reese y me tutees o nadie se lo creerá.

—De acuerdo, señor… —Emito una risilla tonta—. Reese.

—Bien —responde sonriente mientras abre la puerta.

Al salir del despacho, nos topamos con Jenna, que nos mira con una mezcla de sorpresa y suspicacia.

—Jenna —le dice su jefe—, me voy a la reunión con los becarios. Por cierto, ¿conoces a Gwen, mi novia?

—S-sí, señor Dawson. Nos hemos conocido hace un momento. —La secretaria me mira,

todavía confusa—. Suerte en tu primer día, Gwen.

—Muchas gracias, Jenna.

Reese me hace un gesto para que me ponga a su lado y comenzamos a andar a través de los pasillos enmoquetados.

—No nos da tiempo de darnos muchos más detalles —comenta mientras acompaño sus largas zancadas. Por fin, alguien que no se queja de que ande demasiado deprisa—. En todo caso, podríamos decir que salimos juntos desde hace un par de semanas. Ya se nos ocurrirá algo para cuando nos pregunten cómo nos conocimos y todo eso.

—De acuerdo —respondo—. ¿No tendremos que hacer nada más? Me refiero a… bueno…

—De momento, no. —Percibo su sonrisa sin mirarlo—. Ya veremos si nos hace falta hacer esto más creíble.

Detengo mis pasos de golpe con un gemido, con lo que lo obligo a parar a él.

—Esa es la mayor laguna de este plan —me quejo—. ¡Esto no es nada creíble! ¡Usted y yo no pegamos nada de nada!

—Tal vez. —Desliza sus dedos por entre su espeso cabello y se lo despeina ligeramente, dándose así un aspecto algo más desenfadado—. La verdad… es que no eres mi tipo para nada.

Me envaro.

—Imagino que no —le digo con una pizca de rabia—. Seguro que no me parezco en nada a todas esas… aventuras que ha mencionado su secretaria.

—No sé lo que estás pensando. —Su expresión se torna seria—. Pero a lo que yo me refiero es a que nunca he salido con alguien tan joven. —Suspira—. Joder, solo tienes veinticuatro años. Voy a tener que darles demasiadas explicaciones a algunos…

—Yo soy demasiado joven para usted, usted demasiado interesante para mí… —Bufo—. Esto no se sustenta de ninguna de las maneras.

—¿Nunca te has propuesto un reto difícil, Gwen? —me plantea con un destello pícaro en su mirada felina.

—Justo empieza hoy —suspiro—. Lo que no sabía era que iba a ser por partida doble.

—Si te sirve de algo —me dice con una mueca tan divertida que me hace reír, creo que por primera vez—, lo mío también va a ser un buen reto. —Alarga su mano hacia mí—. ¿Cerramos el trato, por fin? ¿Novios falsos hasta…?

—¿Hasta las vacaciones de verano? —le propongo mientras siento la firme pero suave presión de sus dedos. Su piel está caliente y me propaga su tibieza hasta la nuca.

—Me parece bien —señala tras apartar su mano—. Cuando llegue el verano, fingiremos la ruptura y cada cual podrá irse de vacaciones sin problema.

—Genial. —Sonrío, todavía alucinada por el trato que acabo de cerrar con este hombre.

—Y ahora —mira su reloj—, será mejor que vayamos a esa reunión, o el CEO nos echará una buena bronca. Pasemos la primera prueba.

Capítulo 8

GWEN

—Perdón por el retraso —señala Reese en cuanto ambos accedemos a la sala de reuniones donde nos espera el resto, jefes de departamento incluidos. Los becarios me miran con suspicacia y los ojos de Samantha se abren como platos. Como ya imaginaba, ha debido de alucinar al reconocer al hombre que presenté como mi novio hace solo unos días.

Sherrington mira a Reese, después me mira a mí y alza una de sus oscuras cejas.

—Lo sé, Blake —le indica mi falso novio con familiaridad—. Antes de proseguir, quiero aclarar algo, para que no haya malentendidos. —Se coloca a mi lado, sin mirarme, aunque percibo el roce de la tela de su traje en mi propia ropa—. Estoy saliendo con ella. Desde hace dos semanas. Como no va a estar en mi departamento, doy por sentado que no habrá problemas.

El CEO parpadea, confuso, y después me mira con interés.

—No, claro que no —murmura—. Las relaciones no están prohibidas en la empresa. Mucho menos si os habéis conocido antes de coincidir aquí.

—No me había dicho que era ejecutivo en Bell —me defiendo, aunque mi voz ha sonado demasiado aguda, casi como un pito—. Espero que no crean que ha habido ningún tipo de intento de beneficio por mi parte…

—Tranquila —me interrumpe Sherrington—. Hará las mismas tareas que cualquiera de sus compañeros.

—Por supuesto —musito.

—Bien —concluye el CEO—. Entonces, prosigamos. Los equipos han quedado de la siguiente forma.

A continuación, Abbey, la secretaria de Sherrington, comienza a decir nombres y les va señalando el departamento al que se van a incorporar. Como ya esperaba, las últimas en ser nombradas somos Samantha y yo, justo antes de presentarnos a Gillian Spencer, la responsable de Recursos Humanos.

—Bienvenidas, chicas. —Nos da la mano—. En un principio, hemos convenido que Samantha colabore conmigo directamente. —Después se dirige a mí—. Y tú, Gwen, trabajarás codo con codo con el resto del equipo. Ellos mismos te irán dando instrucciones.

—Gracias, Gillian —le dice Samantha mientras me lanza una mirada de «te lo dije, pringada».

—Gracias, señorita Spencer —intervengo yo mientras ignoro a la arpía rubia.

La mujer me dedica una expresión afable y luego mira a Samantha con una sonrisa tan forzada que se acaba pareciendo más a una mueca de fastidio.

Voy a decirle que puede contar conmigo para lo que sea y todo el discurso que tenía preparado, pero uno de los ejecutivos se planta delante de mí y tapa con su presencia todo lo que no sea él mismo.

—¿Qué tal, Gwen? —Me estrecha la mano y la mantiene entre la suya durante un largo instante—. Soy Noah Westbrook, jefe de Comunicaciones y Marketing. Encantado de conocerte.

Me atraganto justo antes de contestarle. He estado tan ofuscada con el pensamiento del funesto destino que se cernía sobre mí que no me había fijado en ninguna de las personas que ocupaban la sala. Sin embargo, ahora solo puedo ver el rostro de este hombre. Embobada, lo observo sin pestañear. Jamás en mi vida había visto unos ojos de color violeta, tan intensos, tan hermosos, tan fascinantes. Sus facciones son suaves, cubiertas por una piel tan inmaculada que parece la de un niño. Al mismo tiempo, sin embargo, algo oscuro e inquietante parece anidar en lo más profundo de sus increíbles ojos. Y su voz… es indescriptible. Parece que esté acompañada de un sutil eco, como si le surgiera desde lo más hondo de su pecho.

—Lo… lo mismo digo, señor Westbrook —balbuceo, desconcertada porque uno de los ejecutivos me esté sonriendo y estrechando la mano en este momento.

—Así que eres la novia de Reese —murmura, sin dejar de observar mi rostro o mi pelo.

Ah, claro, era eso. Es uno de los jefes de departamento, como Reese, y debe de estar alucinando en colores al conocer a la novia de su compañero. Siento unas terribles ganas de esconderme bajo mi propia camisa manchada de café, pero he de recomponerme si quiero seguir adelante con esto. Me juego mi futuro. Además, he hecho un trato con una persona y he de cumplirlo. Él lo ha hecho también por mí.

—Pues… sí —titubeo.

—Veo que todavía no te ha hablado de nosotros. —Compone una sonrisa, bonita, aunque algo triste.

—¿Vosotros?

—No la atosigues, Noah. —Reese aparece de repente y le frunce el ceño al hombre antes de mirarme a mí—. Ven un segundo. —Me lleva a un lado de la sala, junto a una de las ventanas, desde la que se puede apreciar una buena vista de Central Park—. De momento, sígueles la corriente a Blake y a Noah —me susurra. Su boca está tan cerca de mi oído que su aliento tibio me produce un repentino escalofrío—. Ellos, además de compañeros, son mis amigos. —Baja un poco más el tono—. Los mismos amigos que me organizan las citas.

—Entiendo…

—Por eso —insiste—, aguanta como puedas el temporal hasta la hora de la salida. Tu jornada acaba a las cuatro. Te espero a esa misma hora en el vestíbulo principal.

El cosquilleo que me estaban produciendo sus palabras en mi oído termina abruptamente cuando se aparta de mí.

—Hasta luego, Gwen. Y mucha suerte, aunque seguro que te va a ir genial.

Giro la cabeza un instante para ver en su rostro una genuina sonrisa. Sus bellos ojos la acompañan, puesto que se ven rodeados de finas líneas de expresión mientras sonríe.

—Gracias —respondo.

Lo observo alejarse y me asalta un absurdo sentimiento de indefensión. Aunque, un instante después, es sustituido por la áspera sensación que me proporciona la cercanía de Samantha.

—Acompañadme, por favor —nos pide Gillian—. Os mostraré vuestros puestos de trabajo.

Ambas la seguimos y, antes de salir de la sala, capto de reojo cómo me observa Blake Sherrington. Me da la impresión de que se está mordiendo la lengua para no preguntarme nada.

—Así que tu fantástico novio es un ejecutivo de Bell —murmura Samantha a mi lado mientras recorremos un largo corredor detrás de nuestra jefa—. Qué casualidad —señala, jocosa.

—Sabía que era ejecutivo, pero no dónde trabajaba —gruño.

—Pues es un tema bastante habitual en las conversaciones de la gente al conocerse —suelta con retintín—: a qué te dedicas, dónde trabajas…

—La próxima vez te pido a ti la lista de preguntas —refunfuño.

—Veo que esta vez te las apañaste bien —murmura mientras atravesamos diversas zonas de grupos de comerciales—. Te has ligado a uno de los llamados The Bachelors, los solteros empedernidos más famosos de la ciudad.

—¿The Bachelors? —pregunto, alzando una ceja.

—Tú siempre tan fuera de todo. —Pone sus ojos azules en blanco y echa hacia atrás su larga y lisa melena rubia, la que suelo mirar con envidia al compararla con mis rebeldes rizos—. Deberías haberte documentado primero.

—Lo he hecho —replico molesta—. Pero no he basado mi búsqueda en saber el nivel de cotización de los solteros de la compañía.

Ella ignora mi queja y mi falta de interés.

—No los conocía personalmente —me aclara—. Por eso, la noche del restaurante no relacioné a tu novio con los rumores. Pero, al verlo junto al CEO y junto al buenorro del jefe de Comunicaciones y Marketing, he atado cabos. La fama de Sherrington y sus amigos es legendaria, aunque él ya está fuera del mercado. He oído decir que tiene pareja, y creo que hasta un hijo.

—Cuánta información —farfullo.

—Pero ahora —prosigue— parece que ya son dos los que abandonan el grupo. —Me mira con recelo.

—Supongo —murmuro—. Al menos, mientras sigamos juntos.

No había pensado en ese daño colateral. Mientras finjamos que somos novios, Reese no podrá salir con nadie más, al menos en público. Cuando hablemos, le recordaré que sea discreto.

—Bueno, Gwen —me dice Gillian, señalando un escritorio en el que solo hay un recipiente con lápices—. Este va a ser tu puesto de trabajo.

Alrededor del desangelado lugar, un grupo de personas trabaja en su propio espacio, separados entre ellos por biombos forrados de tela azul. Algunos levantan la vista y nos miran con interés. Otros, ni miran.

—Pero… en mi mesa no hay nada —señalo—. Ni siquiera un ordenador…

—No te va a hacer falta —responde la mujer con una sonrisilla que me recuerda que es quien manda—. Y no te preocupes. Pronto te darán trabajo para entretenerte. No vayas a creer que por ser el rollete de Dawson vas a tener más privilegios que nadie.

—Yo… —balbuceo, anonadada— no había pensado nada de eso…

Samantha yergue la cabeza, me dedica un último gesto desafiante y sigue a Gillian hasta su despacho mientras yo me quedo sola.

—Está bien, está bien —musito—. Que no cunda el pánico.

Inspiro con fuerza. Es mi primer día en un territorio desconocido y algo hostil. Por si fuera poco, Samantha va a estar a solo unos metros de mí y el tío que se hizo pasar por mi novio porque le di pena también ronda por aquí.

Vale, tengo mucho en contra, pero yo puedo. Como ha dicho Reese, si he sido capaz de superar todo lo que ha pasado hoy, podré con todo lo que venga.

Madre mía… Ya pienso en él como Reese, como si fuera mi novio de verdad…

—Tú eres Gwendolyne, ¿verdad?

Vuelvo la cabeza a mi derecha para encontrarme con una montaña de papeles parlante. Antes de que pueda contestar, todos esos papeles acaban contra mi mesa en un sonoro «¡plof!».

—Hola —me saluda un chico que no debe de ser mucho mayor que yo—. Soy Adam, y llevo trabajando aquí seis meses. —Me tiende la mano y yo, dudosa, se la estrecho.

—Llámame Gwen —le digo levantándome antes de señalar la enorme pila de carpetas que ha dejado sobre mi mesa—. ¿Qué es todo esto?

—Currículums de candidatos —me responde—. Tendrás que revisarlos.

—¿Así? —pregunto alucinada—. ¿No debería hacerlo con un ordenador?

—Todavía hay gente que los trae en persona o los envía por correo postal. —Se encoge de hombros—. Lo siento, Gwen, sé que es una mierda de tarea, pero acabas de llegar y…

—Vale, vale, no pasa nada. —Suspiro—. Soy una simple becaria y, además, la nueva. Lo capto. Me lo esperaba, tranquilo.

—Tendrás que reducir esa montaña a diez, como mucho —me aclara.

—¿A diez? —Echo un vistazo a mi mesa—. Pero ¡si debe de haber más de cien!

El chico vuelve a encogerse de hombros.

—Que te sea leve, Gwen —me desea antes de marcharse.

—¿Qué te esperabas? —farfullo—. ¿Empezar creando el perfil psicológico de los empleados?

Decido ser práctica y me siento en la silla, me acerco a la mesa y abro la primera carpeta.

Capítulo 9

REESE

Regreso a mi despacho después de conocer a las dos jóvenes que van a ayudar a mi equipo. Me satisface ver cada día más presencia femenina en el campo de la Ingeniería Informática.

Me dejo caer en mi silla con un suspiro. ¡Menudo día llevo y no ha llegado ni la hora de comer!

Sonrío de todos modos, a pesar del impacto de haber visto a Gwen irrumpir en mi despacho. Nunca en mis treinta y seis años me había quedado más absolutamente pasmado, pero, al mismo tiempo, nunca había sentido esa sensación tan parecida a la felicidad por ver a alguien a quien apenas conozco de nada. Aunque, en realidad, una suerte de destino demasiado bromista se ha encargado de ponérmela tres veces ya en mi camino. Tres momentos inesperados; tres conversaciones absurdas; tres casualidades que me hacen sonreír como un idiota. ¿Estará escrito en alguna parte que deba encontrarme con esta chica una y otra vez en mi vida?

Miro mi reloj de muñeca. Ha pasado una media hora desde la reunión, así que calculo que no deben de quedar más de tres minutos para que se abra mi puerta…

Ya se ha abierto. He errado el cálculo en dos minutos. Y, como suele ocurrir, no ha hecho falta que Jenna me avise de la visita. Blake y Noah tienen entrada libre.

Alzo la vista y me los encuentro a los dos frente a mi escritorio. Blake tiene los brazos cruzados sobre el pecho y me mira con el ceño fruncido. Noah, con las manos en los bolsillos de su chaqueta, mueve la cabeza y sonríe.

Preparados, listos…

—¡¿Tu novia?! —exclama Blake—. ¿Desde cuándo, Reese? ¿Y por qué no sabíamos una mierda?

—Solo llevamos saliendo dos semanas, tranquilo —le contesto—. Y no os he dicho nada porque era muy pronto. Ha sido una casualidad el habernos encontrado aquí.

—¿Una casualidad? —se mofa Noah—. ¿Es que ni siquiera le habías dicho dónde trabajas?

—Pues no. —Me encojo de hombros—. Ya os conté hace tiempo que estaba cansado de que las mujeres no se interesaran por mí, sino por el ejecutivo exitoso y triunfador. Preferí no explicarle a qué me dedicaba.

—Y ahora ella se presenta aquí, de becaria —bufa Noah—. Perdona, Reese, pero no me lo trago. Seguro que ha descubierto quién eres y pretende escalar puestos en poco tiempo.

—No, Noah, te lo aseguro —insisto—. Gwen no tenía ni idea.

—A mí me cae bien —señala Blake—. Y pretendo darle un margen de confianza. Recordad lo que me pasó a mí con Rachel, a la que creí una aprovechada.

—Ya veremos —gruñe Noah.

—Lo que me tiene desconcertado —prosigue Blake— es que sea tan joven, Reese. ¿Desde cuándo sales con jovencitas recién salidas de la universidad?

Ha llegado el momento de dar demasiadas explicaciones. Yo haría lo mismo, tengo que admitirlo.

—Desde ahora —farfullo—. La atracción es así, surge cuando menos te lo esperas.

—¿La has dejado embarazada? —inquiere Noah—. ¿Te sientes responsable de ella por algún motivo?

—¿Por qué me preguntas esas chorradas? ¡Pues claro que no!

—Entonces, no lo entiendo —bufa—. Si se supone que buscas algo serio, no encaja que te líes con una universitaria.

Me pellizco el puente de la nariz. No sé qué es peor, que estos dos me busquen novia o que se me haya ocurrido tener una de pega.

—¿Me he metido yo alguna vez con vuestras parejas? —espeto exasperado—. Si estoy con Gwen es porque me gusta. ¿Algún problema?

—No, no. —Blake alza las manos—. Solo nos ha chocado un poco, qué quieres que te diga. Parece bastante… inocente, Reese.

—Ni se os ocurra hacerme preguntas indiscretas. —Los señalo con el dedo índice.

—Al menos —masculla Noah—, invítala a salir alguna vez con nosotros, para conocerla un poco mejor. Como hicimos con Rachel.

—Ya veremos —rezongo—. Espero que, a partir de ahora, no me concertéis más citas. Como veis, ya no las necesito.

—Eso parece. —Blake sonríe y me palmea un hombro—. Me alegro por ti, Reese. Creo que va bastante en serio. —Compone una mueca traviesa—. La he visto mirarte embobada.

Alzo ambas cejas.

—Y a él se le pone cara de gilipollas cuando la tiene cerca, tengo que reconocerlo. —Noah sonríe.

—¿De qué hablas? —replico con el ceño fruncido.

—Si no se ha dado cuenta es que le gusta de verdad —bromea Blake mientras abre la puerta.

—Eso parece —suspira Noah—. El grupo de los solteros empedernidos comienza a no tener sentido.

—El próximo eres tú —le digo con sorna.

—Te aseguro que no —señala, serio—. Yo seré miembro vitalicio.

Suelto el aire de mis pulmones cuando cierran la puerta. No ha ido tan mal como esperaba. Al menos, no han hecho alusión al sexo… todavía.

Capítulo 10

GWEN

—¿Qué tal tu primer día?

Me sobresalta la voz meliflua y cargante de Samantha. Levanto la vista y parpadeo varias veces. Solo soy capaz de ver lucecitas brillantes durante unos segundos, después de llevar horas leyendo datos personales y experiencias profesionales.

—Muy bien —le respondo con una sonrisa que espero que no delate el entumecimiento de mis músculos—. Lo que esperaba.

—Pensaba que te habría molestado más que te pidiera algún que otro café. —Compone un mohín perverso.

—No me ha molestado —replico—. He traído un montón de cafés durante toda la mañana para más gente. No te creas tan especial —le suelto con mordacidad.

Sí, no solo he pasado el día revisando currículums. También me he dado una veintena de viajes a la sala de descanso para traer capuchinos, barritas de cereales y algún que otro sándwich. Babeo solo de pensarlo. Solo me ha dado tiempo a comerme una bolsa de patatas fritas con sabor a beicon y queso que no me han sentado nada bien. Tengo hambre, me duele la espalda y tengo los ojos como si me hubiese caído un puñado de sal en cada uno.

—Ya son las cuatro y media —me informa Samantha—. A la empresa le parecerá bien que le dediques tu tiempo, pero deberías saber que no te lo van a pagar.

—¡¿Las cuatro y media?! —exclamo al tiempo que me pongo en pie y tiro la silla en el proceso—. Jolines, tengo que irme. He quedado con Reese a las cuatro.

—Uy, es verdad, tu novio el guapo —señala con retintín—. No lo hagas esperar, que se te va a escapar.

La ignoro mientras me asomo por encima de la mampara que me separa del resto de compañeros del departamento. Algunos ya se han marchado y otros siguen en sus puestos con sus tareas. Me ha quedado claro que voy a tener que espabilarme yo solita, porque no ha habido nadie con intención de ayudarme, ni siquiera de ofrecerme algún tipo de apoyo moral para quedar bien.

—Nunca iría detrás de un tío, por muy guapo y encantador que fuera —afirmo mientras me cuelgo el bolso al hombro—. Aunque te parezca raro, algunas podemos vivir sin hombres.

—Sobre todo tú —suelta con guasa.

La dejo con la palabra en la boca antes de echar a correr hasta el pasillo. Los sonidos de la

mañana han dejado paso a una actividad más pausada, por lo que se hacen más evidentes los golpes sordos de mis bailarinas contra la moqueta del suelo. Les grito un «hasta mañana» a las chicas que custodian la entrada y bajo rauda en el ascensor hasta el vestíbulo. Allí me encuentro a Reese, apoyado en una de las columnas, mirando su teléfono.

—Perdona la tardanza —le digo sin aliento al llegar.

Él se guarda el móvil en la chaqueta, me sonríe y se acerca. Antes de que pueda darme cuenta, ha colocado la mano en mi nuca y me ha dado un suave beso en los labios. Aguanto la respiración.

—Perdona por el beso a traición —me susurra con disimulo al oído—, pero hay bastante gente mirando.

—Claro. —Sonrío cuando se aparta—. Es lo más normal del mundo que una pareja se salude así.

No he tenido ninguna, pero lo imagino.

—Lo que sí tendríamos que hacer es darnos nuestros teléfonos —me sugiere—. He estado a punto de ir a buscarte.

Nos intercambiamos los números mientras atravesamos la puerta acristalada y salimos a la calle. Percibo la mano de Reese en la base de mi espalda, lo que me hace sentir bien al tiempo que me tensa. Todo lo relacionado con él me resulta contradictorio.

—Vaya, la parejita de moda.

Me detengo de inmediato al ver a Sherrington y al jefe de Comunicaciones y Marketing frente a nosotros. Parpadeo confundida cuando observo sus sonrisas relajadas. De Westbrook me lo podía esperar, pero del CEO… Llego a tener la disparatada idea de que es un doble perfecto del tipo serio y adusto que nos ha dado la bienvenida esta mañana.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —rezonga Reese.

—Queríamos saludar a tu chica como es debido. —Sherrington se acerca a mí y me da un beso en cada mejilla—. Encantado, Gwen.

—I-igualmente, señor Sherrington.

—Oh, no, por favor. —Ríe—. Fuera de ese edificio de ahí puedes llamarme Blake.

—Está bien… —musito.

El chico de los ojos violeta repite el saludo y me pide que lo llame Noah.

—Claro…

Me siento un poco apabullada frente a estos tres hombres, el famoso trío de los solteros empedernidos del que me ha informado Samantha. Y tengo que reconocer que los tres son espectaculares, aunque el CEO me sigue pareciendo demasiado imponente, y Noah, un tanto oscuro. Es Reese quien, a mi parecer, posee una perfecta mezcla de atractivo, encanto y elegancia, aunque a veces su mirada felina contenga un brillo indómito.

—Y ahora —interviene Reese al tiempo que rodea mi brazo con su mano y tira de mí—, Gwen y yo nos vamos. Tenemos prisa.

—¡Tenemos que quedar algún día! —exclama Blake a nuestra espalda mientras nos alejamos.

—¿Nos vamos? —le pregunto a Reese mientras me señala el interior de un taxi.

—Sí, nos vamos —responde una vez nos hemos acomodado y el vehículo se pone en marcha.

—¿A dónde?

Él me mira con una sonrisa traviesa. Trago saliva. La primera vez que lo vi sonreír se me aceleró el corazón y lo sigue haciendo. Porque no es solo un gesto atractivo con el que muestra sus dientes blancos o las líneas de expresión que rodean sus ojos. Es un gesto cargado de intimidad, como si al sonreír me abrazara, acariciara mi pelo y me dijera que todo va a ir bien.

—Yo también fui becario —me responde—, aunque haga mil años de eso. ¿A que no has comido hoy?

—La verdad es que no —suspiro—. Entre la montaña de currículums y los viajes a la cafetera, no he tenido tiempo.

Reese frunce el ceño.

—Que seas becaria no significa que tengan que explotarte —gruñe—. Debería hablar con Gillian y decirle que…

—No harás tal cosa —lo corto—. Ni se te ocurra interferir, Reese, te lo pido por favor. Tal vez me exploten o me hagan hacer las peores tareas, pero sobreviviré. No te pedí que te hicieras pasar por mi novio para tener ningún privilegio. Necesito hacer esto sola.

—Lo sé, perdona. —Suspira y desliza los dedos por entre su espeso cabello. Contemplo absorta cómo sus largos dedos van despeinando los mechones—. Ni siquiera soy tu novio.

—Ni aunque lo fueras —insisto—. No he soportado lo que he soportado para que un novio me lo acabe resolviendo todo.

Reese me mira con una expresión tierna.

—¿Qué has tenido que soportar, Gwen Sharp? —musita.

—Como si no lo imaginaras —murmuro.

—Lo imagino, pero no puedo entenderlo.

—Lo dice el hombre perfecto. —Sonrío—. No tienes pinta de que se metieran mucho contigo en el instituto. Debías de ser del grupo de los populares.

—Supongo que sí. —Ríe.

—Por eso no puedes entenderlo —sentencio.

Me llevo una mano a la cabeza. Tantas horas con las horquillas en el pelo me han provocado un punzante dolor en el cuero cabelludo. Me rasco entre los rizos con un bufido.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta Reese, preocupado—. ¿Tienes dolor de cabeza?

—No exactamente —rezongo—. Son estas malditas horquillas. Me duele todo el pelo.

—Pues quítatelas.

—¿No resultará un poco… raro? —Señalo el interior del taxi.

—Ente tú y yo ya nada me parece raro —bromea.

Comienzo a extraer las horquillas una a una. Conforme voy tirando de ellas, voy suspirando

del alivio que siento.

—Espera, te ayudo —me propone Reese.

—No es necesario…

Pero no se detiene. De pronto, no solo vuelvo a tener su rostro a solo unos centímetros del mío, sino que tengo sus dedos entre mi pelo, rozando la raíz y el cuero cabelludo. Y siento escalofríos. Y algo suave y denso. Y calor, mucho calor.

¿Desde cuándo algo tan simple como que te quiten unas horquillas provoca que todo tu cuerpo arda por dentro?

Reese se muerde ligeramente el labio inferior mientras va deslizando los pequeños objetos por mi pelo y los va depositando en mis manos. Cuando acaba, introduce sus dedos por entre mi cabello para ahuecarlo un poco y luego va estirando algunos de mis rizos, que vuelven a su estado normal cuando los va soltando. Todavía tiene uno de mis bucles entre dos dedos cuando me mira directamente a los ojos. Percibo su tibio aliento en mi rostro y, tan cerca, puedo contemplar el primer asomo de barba en sus mejillas, del mismo tono dorado de su pelo. Al alzar la vista y clavarla en sus ojos, siento que me ahogo en ellos.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta con voz ronca.

—Sí —sonrío una vez me repongo y me alejo un poco de él—, gracias.

—¿Por qué llevabas esos trastos en la cabeza? —inquiere ceñudo.

—Porque mi cabello siempre parece despeinado —me quejo—. Si me lo cepillo, parezco una loca que ha metido los dedos en el enchufe, y si me lo dejo tal cual, resulta demasiado salvaje y no pega nada con ropa elegante. Es lo peor de mí. —Soplo hacia arriba para apartar un rizo que me cae por la frente. Solo espero no haber bizqueado mucho.

—Pues debo de tener algún problema ocular —bromea Reese mientras abre la puerta del coche y se apea.

—¿Problema ocular? —le planteo después de bajarme también del vehículo.

—Es lo más lógico —prosigue—. Porque a mí me parece lo mejor de ti. Físicamente hablando.

Se me queda la boca abierta.

—¿Mi pelo? —digo con una voz tan chirriante como rascar con las uñas sobre metal.

—Parece que no te hayan dedicado nunca un cumplido. —Sonríe. Vuelve a colocar su mano en mi cintura para dirigirme al lugar al que hemos venido. Sobre una puerta blanca, contemplo un letrero azul cielo con el nombre del establecimiento: Sweet Manhattan.

Olvido mi desconcierto cuando admiro el acogedor local donde sirven tarta y toda clase de dulces. Empiezo a salivar de inmediato.

—Oh, Dios mío… —musito cuando entramos—. Ahora me doy cuenta del hambre que tengo…

—Espero que te gusten los dulces —comenta—, porque son la especialidad de la casa.

—Ahora mismo me comería ese pastel de bodas que hay ahí —le digo muy en serio,

señalando una enorme tarta de siete pisos.

Reese suelta una carcajada mientras nos sentamos a una de las bonitas mesas redondas, todas ellas adornadas con tiestos blancos en los que hay sembradas pequeñas lavandas. El dulce aroma de las plantas nos envuelve y cierro los ojos. Por un instante, la mezcla de olores me hace viajar al pasado, a risas en una cocina, a magdalenas recién hechas, a una ventana abierta que deja entrar la brisa impregnada con la fragancia de las flores del jardín.

—¿Te parece bien, Gwen? —me pregunta Reese, cuya voz me trae de vuelta al presente.

—Perdona —me disculpo. Una mujer pelirroja nos mira sonriente—. Es que… me parece un lugar precioso que huele de maravilla. Y estoy realmente hambrienta. —Río.

—He pedido un surtido de tartas y la especialidad del día. —Mira a la pelirroja—. La que sea, Brooklyn, sorpréndenos.

—Marchando. —Sonríe—. ¿Y para beber? ¿Café, té, chocolate, batido…?

—¿Se puede un poco de todo? —bromeo—. Un té estará bien. De melisa si puede ser.

—Que sean dos —señala Reese antes de que la mujer se aleje.

—No hacía falta que pidieras lo mismo que yo —le digo frunciendo los labios—. No te imagino pidiendo infusiones.

—Ya bebo bastante café durante el día —contesta sonriente.

—¿Por qué me has traído aquí? —le pregunto mientras observo el cálido entorno. Del hilo musical surgen las notas de *Strangers*, de Kenya Grace—. No es una queja —le aclaro—. Este sitio parece sacado de un cuento.

—He pensado que te haría falta un buen chute de azúcar —me dice travieso.

—Me hace falta un chute de lo que sea.

Río mientras la mujer de antes viene cargada con una bandeja. Hay todo un surtido de bollitos y tartas y las tazas de té humeante.

—Que lo disfrutéis. —Nos sonríe.

Me llevo el primer bollo a la boca y expulso un gemido.

—Madre de mi vida —gimo—. Esto está de muerte.

—Sabía que te gustaría. —Sonríe antes de morder un bollito relleno de nata. Casi me atraganto al observar cómo presiona el bollo con sus dientes blancos y luego recoge con los labios la nata que se ha escapado por los bordes.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —le pregunto con la boca llena.

—Cada vez que tengo que impresionar a una chica —me suelta.

Dejo de masticar.

—¿En serio?

—Claro que no. —Ríe—. Si quiero impresionar a una mujer, me decanto por restaurantes elegantes y caros. Este lugar lo descubrí porque conozco a las dueñas y por venir a celebrar algún cumpleaños de hijos de amigos. Pero me gusta su ambiente relajado, sus colores claros y sus

aromas dulces. Me paso algunas veces, simplemente, a tomar un café y una porción de tarta. Dejo la mente en blanco y me limito a disfrutar el momento.

—Pues conmigo has acertado de lleno trayéndome aquí —señalo—. Además, no creo que necesites un restaurante caro y elegante para impresionar a nadie.

A veces no soy consciente de lo que digo. Como si no supiera que me pongo colorada a nivel Heidi.

—¿Querías devolverme el cumplido? —replica divertido.

Abro la boca y después la cierro. No se me ocurre nada que decir.

—Quería que comieras algo dulce, sencillamente. —Una vez más, se apiada de mí—. Y que aprovecháramos para hablar de nuestra… situación.

—Ah, sí, claro, nuestra situación —murmuro sin dejar de masticar. En esta ocasión, una base de hojaldre con crema y cerezas. El paladar me explota de gusto.

—Dentro del edificio de Bell —comienza explicando—, no hará falta que nos veamos si no coincidimos. El problema vendrá con mis amigos, que, de vez en cuando, nos invitarán a salir o a tomar una cerveza…

—¿Con tus amigos te refieres al CEO y al de Comunicaciones y Marketing? —Me muerdo el labio inferior.

—Sí, a ellos. —Ríe—. No te dejes impresionar por sus cargos. Al menos, fuera del trabajo.

—No, claro. —Pongo los ojos en blanco—. Sherrington solo es el CEO de Bell Technology. Además, me impone. Me pone nerviosa. Me… da un poquito de miedo, vamos.

Reese suelta una carcajada.

—Es el efecto que suele causar Blake, pero, en realidad, es como uno de esos bollitos cubiertos de chocolate: duro y oscuro por fuera y blandito por dentro.

—Me parece genial —le digo con ironía—. Dentro del edificio sigue siendo el jefazo.

—Te aviso porque ocurrirá en cualquier momento —reitera—. Solo será en una situación así cuando debamos aparentar ser una pareja, pero deberíamos concretar nuestro modo de actuar.

—¿Y qué haremos? —le pregunto—. Quiero decir… ¿Algo así como darnos la mano, que me coloques el pelo detrás de la oreja o que bromeemos sobre alguna anécdota que solo entenderemos tú y yo?

—¿Son cosas que crees que deben ocurrir en una relación? —me plantea.

—Supongo que sí. —Me encojo de hombros—. Nunca la he tenido, pero mi idea de una relación romántica incluiría momentos así.

—Vale, pues tomaré nota. —Sonríe—. Pero, de momento, hemos de contarnos algunas cosas primero. Hazme un resumen de tu vida.

—Vaaale —murmuro—. Soy de Cleveland, pero, como en esa ciudad hay pocas perspectivas de futuro, un día hice la maleta junto a mi amigo Justin y nos vinimos a Nueva York, la ciudad de las oportunidades. Me he especializado en Psicología Ocupacional y comparto un diminuto apartamento con Justin y Ellie, ahora mismo las personas más importantes de mi vida.

—¿No tienes familia?

—Sí —suspiro—. A mis padres. Pero no hay mucha relación. —Tuerzo el gesto—. En realidad, ninguna. Tuvieron un divorcio muy poco amistoso y cada uno se fue por un lado.

Un regusto amargo amenaza con camuflar el sabor dulce de los pasteles que he ingerido al resumir mi vida en un par de frases tan simples que distan bastante de la realidad.

—Lo siento —se lamenta—. A veces pienso que tengo una idea demasiado optimista del matrimonio. Mis padres se querían mucho.

—¿Se… querían?

—Murieron.

—Lo… lo siento.

—Fue muy duro —suspira—. Pero, tranquila, sucedió hace mucho tiempo.

Nos concedemos un instante de silencio mientras terminamos nuestras tazas de té. Yo he dejado la mente en blanco, disfrutando del sabor y de la grata sensación que deja la bebida caliente en mi estómago. Reese, ahora mismo, parece estar lejos de aquí.

—Hay algo que quería comentarte —le digo tras el momento de intimidad que nos hemos dispensado—. Sé que tú tienes una vida bastante más… social que yo. Quiero decir… que sales muy a menudo con mujeres guapísimas con las que tienes un montón de sexo y… eso.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que no puedo pedirte que no salgas con nadie durante dos meses, pero, si pudieses ser discreto, te lo agradecería. Sobre todo para que la cosa no trascienda y la gente me mire con lástima o Samantha me haga la vida más imposible todavía.

—Lo mejor sería que no saliera con nadie —me comenta con naturalidad—. Mis amigos se presentan muchas veces en mi casa sin avisar. Me pillarían in fraganti y nuestro plan se iría al garete.

—No, no —le pido, turbada—, no es necesario. Me hace sentir mal que por este lío que empecé yo tengas que privarte de… bueno, ya sabes, de tener sexo y esas cosas.

Un inminente calor asalta mi rostro. Ya lo esperaba, pero no por ello deja de ser más humillante.

—¿Sabes que te ruborizas? Cada vez que haces referencia al sexo.

Frunzo el ceño cuando una turbadora sensación de *déjà vu* me asalta de golpe, pero sacudo la cabeza para aclararme.

—Gracias por recordármelo —refunfuño—. Ratifico lo dicho: solo has de procurar ser discreto.

—No voy a…

—Insisto, Reese.

—Vaaale —rezonga—, de acuerdo. Si decido echar un polvo en un arrebato de deseo sexual incontenible, procuraré que nadie se entere.

—No seas tonto. —Le doy un leve puñetazo en el brazo—. Simplemente, me sentiré mejor si

no trastorno tu vida hasta ciertos niveles.

No sé cómo he podido llegar a esta situación, en la que río y bromeo con un alto ejecutivo que apenas conozco y con el que estoy planeando cómo hacernos pasar por novios. Resulta absurdo, lo mires por donde lo mires, pero hacía tiempo que no me sentía tan cómoda con un hombre que no fuera Justin. Es cierto que me atrae, que me gusta y que siento cosas innombrables cada vez que me toca o me sonríe, pero estoy tan segura de que entre nosotros no puede haber nada y que un hombre como este jamás se fijaría en mí que me aligera un poquito la presión de intentar quedar bien.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Evitarás salir con alguien mientras dure nuestra farsa?

—Pues… no sé —le suelto con mordacidad—. Voy a tener que mirar mi agenda, por si tengo que anular varias citas que tenía previstas para esta semana. ¿Eran con Paul, Jack o Lewis? —Me muerdo una uña—. Son tantos que ya no recuerdo ni sus nombres.

Reese frunce el ceño.

—Perdona, pero no estaba bromeando.

—Te estabas quedando conmigo, que es peor.

—Por supuesto que no —replica, serio—. No sé qué imagen tienes de ti misma, Gwen, pero eres una chica joven, bonita e inteligente. —Compone una expresión traviesa—. Yo mismo te pediría una cita si no fuera porque soy un carcamal a tu lado.

—¿Carcamal? —le pregunto alucinada—. ¡Qué va! —exclamo—. Eres un tío… un tío…

Alza una ceja y una de las comisuras de su boca.

—Soy un tío… ¿qué?

—Pues… eso, uno muy atractivo, interesante… Y también pareces buena gente…

Me sigue mirando con diversión mientras el calor inunda mis mejillas. Cada vez siento más y más calor…

Cruzo los brazos.

—¿Con qué disfrutas más? —gruño—. ¿Con mi vergüenza o con el espectáculo de mi cara roja?

Él suelta una risotada.

—Con todo. —Vuelve a reír—. Porque resulta que disfruto contigo.

Deja de reír, aunque sus ojos siguen conteniendo un brillo de regocijo.

—No puedes negar que hay una buena diferencia de años —comenta—, de experiencia, de vivencias. Sin ir más lejos, ¿qué música escuchas? ¿Taylor Swift? ¿Harry Styles? ¿The Weeknd?

—Al menos no te suenan a chino. —Río—. Sí, más o menos es lo que escucho —confieso divertida—. ¿Y tú? Ahora no me digas que a mi edad escuchabas a Frank Sinatra o algo por el estilo.

—No —se indigna entre risas—. Yo escuchaba Coldplay, Eminem, Linkin Park…

—¡Los conozco perfectamente! —exclamo—. ¡Y también me gustan! ¿Lo ves? —Lo señalo con el dedo índice—. No tenemos tanta diferencia generacional.

—La gente no ha parecido extrañarse de que seamos pareja —comenta sonriente.

—Bueno… —titubeo—, ahí ya discrepo. Tus amigos, por ejemplo, me miraban bastante sorprendidos.

—Eso es porque siempre he salido con mujeres más…

—¿Interesantes? —lo interrumpo—. ¿Guapas? ¿Impresionantes?

—Más mayores —rezonga—. Y más…

—Dilo, no te cortes —le reprocho con un bufido.

—Más aburridas. —Sonríe—. Eso es lo que quería decir.

—Vale. —Río—. No nos aburrimos juntos. Ya es una buena base para simular una relación.

Parece que la mayoría de puntos han quedado aclarados, así que nos despedimos de Brooklyn, la dueña del local, y nos montamos en un taxi que nos lleva hasta mi apartamento. Por un instante, siento un atisbo de temor, cuando paramos delante del edificio, en Harlem, donde comparto un séptimo sin ascensor con mis compañeros de fatigas. Temor a que Reese piense, todavía más, que nunca saldría con alguien como yo.

—Bueno. —Encojo los hombros y emito un suspiro—. Pues parece que no ha ido tan mal. Creo que puede salir bien, ¿no te parece? Aunque, si estás arrepentido de esta locura o crees que te puede perjudicar en algún aspecto, lo damos por zanjado ahora mismo. La opción de la ruptura sigue vigente. Algo que, por otra parte, sería de lo más comprensible si tenemos en cuenta que tú y yo…

—Gwen, Gwen —me corta mientras toma mis manos y las presiona—. No, no estoy arrepentido. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

—Es verdad. —Dibujo una sonrisa trémula—. Además, solo serán unas semanas. El tiempo pasa volando.

—¿Hasta mañana, entonces?

—Hasta mañana… si es que nos vemos —le respondo.

—Eso se lo dejaremos de nuevo a la casualidad. —Me guiña un ojo antes de que me baje del taxi.

* * *

Ellie sigue con la boca abierta. Justin, que todavía no ha soltado la mochila con la ropa del gimnasio, frunce el ceño como nunca lo ha fruncido.

—No me lo puedo creer —musita mi amiga—. ¡El mundo es un maldito pañuelo! —Ríe a carcajadas—. ¿Cuántas probabilidades había de que te toparas otra vez con ese hombre entre millones de habitantes? ¿Y de que fuera en tu nuevo lugar de trabajo? ¿Y de que aceptara hacerse pasar por tu novio… otra vez?

—Una entre mil millones —rezonga Justin.

—Lo peor es lo de Samantha —bufa Ellie—. Que acabe haciendo las prácticas en la misma

empresa que tú y en tu mismo departamento… es una putada. Pero ¿sabes qué te digo? Que le den. Tú a tu rollo y pasa de ella.

—Eso haré —le respondo mientras trato de quitar la mancha de mi chaqueta frotando con un paño.

—No, eso no es lo peor —interviene Justin—. Lo que menos me gusta es que andes por ahí con un desconocido que te ha pedido que finjas ser su novia.

—Primero se lo pedí yo —le aclaro.

—Ese tío busca algo, Gwen —refunfuña—. Nadie hace nada a cambio de nada. Y menos un pijo como él que lo ha tenido todo en la vida. Seguro que solo quiere aprovecharse de ti.

—¡Qué más quisiera yo! —bromeo—. Justin, en serio. Reese tiene a un montón de mujeres a sus pies, puede salir con quien le dé la gana. ¿Tú crees que se va a tomar la molestia de tramar algún plan para meterme mano?

—Qué poco conoces a los hombres, Ricitos —resopla—. Y mucho menos a un tío que te lleva doce años.

—Pues yo creo que eso es un plus para Gwen —señala Ellie—. Nuestra amiga es muy madura, por eso no le ha atraído hasta ahora ningún chico y por eso se siente tan a gusto con alguien como Reese.

—¿Con alguien como Reese? —protesta Justin—. ¿Y qué clase de tío es el maldito Reese? No lo conocemos una mierda, y Gwen ni siquiera tiene experiencia con…

—Una cosita, chicos —los interrumpo, alzando una mano—. ¿Os dais cuenta de que estáis hablando como si de verdad estuviese saliendo con él?

Me acerco después a mi amigo.

—Justin. —Coloco mis manos sobre su pecho duro y le doy unos golpecitos con los dedos—. Agradezco que me sigas protegiendo, de verdad. Pero ya va siendo hora de que pueda enfrentarme a algo yo sola.

—Siempre he estado ahí —musita al tiempo que acaricia mi cabello—. Estoy acostumbrado a ser como un hermano mayor, una especie de héroe al rescate las veinticuatro horas.

Mi mente me lleva por un instante al día en que Justin fue expulsado del colegio. Había pegado a un chico que, un rato antes, me había empujado para hacerme caer de bruces sobre un charco y reírse de mi cara, mi ropa y mi pelo manchados de barro. Y si continuara recordando, mi mente me llevaría a otros muchos momentos parecidos, en los que un chico que ya tenía sus propios fantasmas decidió ayudarme a mí a deshacerme de los míos.

—Y te quiero por ello. —Le doy un beso en la mejilla—. Pero ya soy adulta, Justin, y debo acostumbrarme a caminar sin tu apoyo.

—Que te prepares para los obstáculos de la vida no hará que la caída sea más pequeña o te duela menos, Gwen —me advierte.

—Lo sé —le respondo—. Pero aprenderé a levantarme yo sola.

Capítulo 11

GWEN

6 de mayo de 2023, 22.37
De: Gwen Sharp
Para: Heather Sharp
Asunto: Vas a flipar

Hola, Heather:

Hoy te escribo porque me ha asaltado un recuerdo muy fuerte de nosotras, de nuestra casa, de nuestra familia. Ha sido cuando me encontraba en un bonito local que olía a dulces y a lavanda.

¿Recuerdas aquellas jornadas en la cocina en las que nos peleábamos por ayudar a mamá? Ella nos acusaba de que molestábamos más que colaborar, pero, al final, claudicaba y nos daba algunas tareas sencillas, como extender los moldes de las magdalenas sobre la bandeja. Recuerdo con nitidez el burbujeo en la barriga, la expectación que sentíamos mientras mamá abría el horno y las sacaba. Y la alegría que seguía a aquel instante, cuando contemplábamos que los dulces salían dorados y esponjosos. Gritábamos como dos chifladas, deseosas de dar nuestro toque personal a aquellas magdalenas, como cubrir alguna de azúcar glaseado, virutas de chocolate o canela en polvo.

Recuerdo que la ventana de la cocina solía estar abierta, porque entraba el aroma de las flores del jardín, sobre todo de la lavanda y del jazmín. Y me encantaba esa mezcla, dulce y aromática. Era como el olor de los colores. Sí, eso es. Si te preguntas alguna vez cómo debe de ser el olor del color lila, violeta o púrpura, piensa en esos momentos y lo sabrás.

El motivo de que aquella ventana permaneciera abierta no era otro que oír mejor la llegada de papá. En cuanto tocaba el claxon de su todoterreno, a mamá se le iluminaban los ojos. Se limpiaba las manos en un paño, se miraba en cualquier espejo y salía a abrir la puerta con nosotras a la zaga. Ella trabajaba de enfermera en el turno de mañana y llegaba pronto a casa, pero papá aparecía mucho más tarde por ser el responsable de toda una sección en una fábrica de productos químicos. Llegaba cansado, pero siempre le quedaban fuerzas para abrazarnos.

¿Cómo va todo por Londres? Seguro que fenomenal. Tú siempre eras la mejor en todo y lo seguirás siendo, aunque te encuentres a miles de kilómetros de casa.

Ya te conté que conseguí entrar en Bell Technology para mis prácticas, ¿verdad? Y también te hablé del momento extraño que viví aquella noche que decidí inventarme un novio para Samantha y el resto de las Hermanas Fatídicas.

Y ahora te preguntarás: ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

Pues mucho, ya lo verás. ¡Vas a flipar!

Pero te lo explicaré otro día. Ahora me muero de sueño y tengo un pánico atroz a dormirme mañana. Imaginar que llego tarde a Bell me produce sudores fríos y taquicardia.

Besos.

Gwen

Capítulo 12

GWEN

Mientras cuelgo el bolso en la silla de mi puesto de trabajo, no puedo dejar de mirar el objeto que hay sobre la mesa, como si acabase de brotar una coliflor de debajo de la superficie de plástico. Hay un ordenador. Y tiene pinta de ser nuevo. Y, por si fuera poco, en el vaso de los lápices han aparecido un montón de bolígrafos y rotuladores fluorescentes de varios colores. A un lado del ordenador, además, se encuentran, perfectamente alineados, un taco de pósits, una cajita de clips, una libreta de notas sin estrenar, un calendario de sobremesa y un teléfono.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuro.

—¡Hola, hola!

Me sobresalto al encontrar asomado a mi cubículo al mismo chico que ayer me trajo el montón de carpetas rellenas de currículums que no se acababan nunca.

—¡Buenos días, Gwen! —Me saluda con un grado de entusiasmo que me hace rechinar los dientes—. ¿Qué tal? ¿Cómo ves tu mesa? ¿Te parece bien todo? ¿Te falta algo?

Solo me da tiempo a abrir la boca cuando aparece también una chica que lleva un vaso de cartón en cada mano. Hasta mí llega el aroma a café, a leche y a canela.

—Buenos días, Gwen —me saluda también con voz cantarina—. Te he traído café, de la cafetería del edificio. —Coloca los dos vasos sobre la mesa—. Como no sé cómo te gusta, he pedido uno solo y un capuchino especial. ¡Por cierto! Me llamo Hope y puedes colaborar conmigo cuando quieras. —Me muestra todos sus dientes y agita sus pestañas.

Desconcertada, me asomo por encima del biombo y ahogo un gemido cuando me encuentro al resto del personal del departamento mirándome y sonriendo. Varios de ellos agitan sus manos como saludo.

—¡Rábanos! —murmuro—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Solo queríamos disculparnos por ser ayer tan bordes contigo —proclama Adam—. No teníamos ni idea de quién eras.

—Y… ¿quién soy? —pregunto desconcertada.

—La novia de uno de los jefes —aclara la chica—. Si lo hubiésemos sabido, no te habríamos dado esa mierda de tarea. —Señala el ordenador—. Con tu nombre y apellido podrás acceder a todos los archivos, en cuanto añadas una contraseña. ¡Ah!, y ya hemos enviado a tu correo los currículums más recientes. ¡Se acabó el papel!

—Le hemos endosado las carpetas a Tim, un estudiante en prácticas —me comenta Adam con

un gesto de desdén de su mano—. Que se coma él el marrón.

Ambos desaparecen de mi vista con una gran sonrisa de satisfacción.

—No me lo puedo creer… —musito—. ¿Qué diantres acaba de pasar?

Tomo asiento delante del ordenador y accedo a mi correo y a mi cuenta, donde encuentro varios archivos y programas con los que poder trabajar: procesos de selección, cursos de formación, programa de prevención de riesgos laborales…

—¡La leche! —murmuro.

En principio, decido echarle un vistazo a todo, pero acabo retomando el repaso a los currículums de los candidatos a ocupar puestos en diferentes departamentos. Después, claro está, hablaré con… No sé con quién hablaré, pero a quien sea le tengo que dejar claro que yo no me he preparado durante años para acabar obteniendo privilegios por estar saliendo con uno de los jefes. Por fingir que salgo con uno de los jefes.

Como una hora más tarde, con los ojos todavía clavados en la pantalla, recibo la más inesperada de las visitas. Como si los pensamientos pudieran materializarse.

—¿Qué tal, Gwen? —Doy un respingo y alzo la vista para encontrarme con Reese, que se deja caer con indolencia sobre el marco de la mampara. Si no fuera por lo furiosa que estoy, admitiría que la visión de su atractivo rostro, su bella sonrisa y su perfecto cuerpo enfundado en un traje que debe de costar el pago del alquiler de tres meses me han alegrado el día.

—¿Qué haces aquí? —susurro mientras miro a mi alrededor, nerviosa. Eso de que el novio te visite en tu puesto de trabajo debe de ser más permisivo a otros niveles. Aunque también es verdad que Reese es uno de los jefazos y tiene de sobra ese nivel.

—He venido a comentar algo con Gillian y he pensado en saludarte de paso. —Se pone las manos a ambos lados de la boca para que nadie pueda oírlo—. He creído que nos puede ir bien. —Aparta las manos y sonríe—. ¿Cómo te va?

—Mal —respondo airada—. Muy mal. Fatal.

—¿Qué ocurre? —Con el ceño crispado por la preocupación, se acerca y se sienta en el filo de la mesa. Trago saliva cuando su pierna roza mi brazo.

—¡Esto es lo que ocurre! —Señalo el ordenador y todo lo demás.

—¿Qué le pasa? —inquiere—. ¿No funciona? ¿Te han colocado algún armatoste que han sacado de la chatarra del almacén? Estos cabrones suelen quedarse lo mejor y darles a los becarios la basura de…

—¡No! —protesto—. ¡No es eso! ¡Es todo lo contrario! —Suspiro con fuerza—. Ayer no tenía en la mesa ni un triste clip —le aclaro—. Y hoy tengo un escritorio más surtido que el del CEO. Ni siquiera tenía cuenta, correo o acceso a nada, pero hoy lo tengo todo.

—Y el problema es… —titubea.

—Que se han enterado de que salgo contigo —susurro, vigilando al mismo tiempo que nadie se asome—. Que ahora me tratan como a una reina porque se supone que puedo chivarme al jefe

de Ingeniería de Software. ¡Hasta me han traído café! —suelto sin alzar la voz—. ¿Desde cuándo se les lleva café a los becarios?

Reese me mira, clavando en mí sus ojos casi amarillos.

—Entiendo —murmura—. Y lo siento.

Habría esperado que se riera de mí, que me dijera que me aprovechase de la situación o que era una tonta por quejarme. Pero no ha sido así. Un punto para él. Diez, en realidad.

—No quiero parecer una desagradecida, Reese, pero quiero aprender; aprender desde abajo, descubrir a dónde me llevará mi esfuerzo, saber si realmente soy buena por mí misma y no porque salga con nadie. —Suelto el aire que he estado conteniendo—. Sé que soy rara, y que quizá no encajo en el mundo actual, pero prefiero actuar como me dicta mi conciencia.

—No eres ninguna desagradecida —musita—. Y si eres rara es porque la honestidad escasea.

—No pretendo ser honesta por sentirme bien —recalco—. Solo quiero hacer lo correcto. Al menos, lo que para mí es lo correcto.

—¿De dónde has salido tú, Gwendolyne Sharp? —murmura Reese con una leve sonrisa.

Siento un tirón en el pecho, como si su gesto y la cadencia de su voz fueran una cuerda atada a mis costillas que no deja de tensarse.

—Siento interrumpir, parejita.

Y Samantha aparece como las tijeras que acaban de cortarla.

—Oh —señala con su habitual sonrisa desdeñosa—, veo que hoy estás mejor surtida. —Mira a Reese—. No hay nada como un buen… enchufe —añade con socarronería.

—No te pases, Samantha —gruñe mi novio falso al tiempo que se aparta de mi mesa.

—Adiós, Reese. —Agarro su manga y lo empujo ligeramente—. Vete a hacer tus cosas de jefe. Aquí ya me las apaño yo. —Le disparo una mirada de advertencia.

Reese emite un bufido y acaba marchándose de mi pequeño espacio.

—¿Qué querías, Samantha? —le pregunto cuando estamos a solas.

—Avisarte de la reunión de las once —me dice mientras observa todos los documentos y apuntes que pueblan mi mesa, como si buscase algo—. Gillian quiere reunir al personal del departamento para que nos vayamos conociendo y para que aportemos ideas para un proceso más exhaustivo de selección y contratación. Excepto tú, claro. Los becarios no tienen voz ni voto.

Me dan ganas de preguntarle por qué ella no entra en el mismo saco, pero me callo.

—Vale, perfecto —le respondo mientras rebusco entre mis notas—. De todos modos, buscaré el momento para comentarle a Gillian que he detectado unos desajustes en los incentivos y compensaciones salariales de algunos trabajadores, tanto en áreas administrativas como de producción. Hay algunos hombres que, en puestos idénticos a los de otras compañeras, perciben un salario más alto, por lo que he pensado en un plan de igualdad que…

—Ay, Gwen, por favor, déjalo —me corta con un bufido—. Da gracias a que te han invitado a la reunión y a que yo me he tomado la molestia de decírtelo. No pretendas, además, tener protagonismo.

—No se trata de protagonismo…

—A las once, Gwen —vuelve a cortarme mientras se da la vuelta y desaparece del hueco que me separa de otros cubículos, dejando tras de sí la estela de su vaporosa falda estampada y de su perfume picante y empalagoso.

—Vale —suspiro—. Menudo día. O me traen cafés para elegir, o me recuerdan que aquí valgo menos que una chincheta.

Vuelvo al ataque con el tema de la selección de personal y me deprimo por momentos. Hay un montón de gente que desea una oportunidad laboral que jamás se le va a presentar. Están preparadísimos la mayoría de ellos, pero no lo suficiente como para aspirar a ciertos puestos. Y si lo están, todavía no les ha dado tiempo a reunir la suficiente experiencia. Emito un bufido. Se supone que las empresas desean darle una oportunidad a los jóvenes, que quieren ideas nuevas, pero, a la hora de la verdad, prefieren ir a lo seguro.

Casi me siento mal por estar aquí, aunque me quito esa idea de la cabeza cuando pienso en mi esfuerzo, en mis horas de estudio, en destinar a libros el dinero que tenía para comida, en la soledad que muchas veces he sentido en el corazón. A pesar de todo, me considero afortunada por haber conseguido dar un primer paso hacia mi sueño. Deseo lograrlo con tanta fuerza que siento un nudo en el estómago.

Doy un fuerte respingo cuando un suave pitido emerge del teléfono de sobremesa. Miro el aparato con fijeza, hipnotizada, como si nunca hubiese visto uno. Tardo unos segundos en reaccionar y descolgar el auricular.

—¿Sí? —contesto.

—¿Gwen? —me nombra una voz que me resulta conocida—. Hola, buenos días. No sé si me recuerdas. Soy Abbey, la secretaria del señor Sherrington.

—Oh, sí, perdona —le digo, todavía turbada—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—A mí, no, al director ejecutivo —responde—. El señor Sherrington desea verte.

—¿A mí? —Mi voz se vuelve tan aguda que me raspa la garganta.

—Eres Gwendolyne Sharp si no me equivoco…

—Sí, sí —titubeo—. Pero… no entiendo… ¿He hecho algo? ¿Hay algún problema…?

—No, tranquila —intenta calmarme, aunque, por supuesto, no lo consigue—. No te preocupes, no creo que pase nada. Me ha pedido que te llame sin más explicación. Si lo hubiese hecho con un gruñido, ya sería más preocupante. —Ríe—. Es broma.

Qué graciosa la secretaria…

—Bien —balbuceo—. Supongo que tendré que ir. ¿Cuándo quiere verme?

—Ahora, por supuesto.

—Ahora… por… supuesto —repito, como ida—. Iré enseguida para allá. Gracias por avisar.

—A ti, Gwen.

Cuelgo al segundo intento, porque mi mano está tan temblorosa que no atino con el hueco del auricular. Tan temblorosa como mis piernas al levantarme de la silla.

¿Qué puede desear todo un CEO de la más simple de las becarias?

No se me ocurre nada. Ni siquiera puedo pensar.

Cuando salgo del cubículo, me encuentro al resto del departamento trabajando con ahínco. Un par de chicas alzan la vista y, al verme, sonríen y me saludan agitando los dedos de una mano. Yo les devuelvo el saludo, aunque mientras tanto pienso: «Si solo fuese Gwen Sin Novio Importante, no me habríais ni mirado». Y no lo digo como queja. Estoy acostumbrada a que sea así. Es más: diría que prefiero pasar desapercibida, ser la chica invisible. Lo que más me fastidia es que la visibilidad vuelva porque se sepa que salgo con un importante ejecutivo. Pueden pasar años, décadas, y las mujeres seguiremos teniéndolo más difícil, en todo. Pero, claro, si un hombre nos avala… se nos mira de otra forma.

Inspiro hasta que ya no me cabe más aire en los pulmones y comienzo a recorrer los largos pasillos que nos separan del área de gerencia. Las suelas de mis bailarinas solo producen un tenue roce contra la moqueta o la tarima. Aprovecho cuando paso por delante de una cristalera que separa Recursos Humanos del departamento de Comunicaciones y Marketing para contemplar la difusa imagen que me devuelve de mí. Tuerzo el gesto al ver mi pelo, tan rizado y alborotado, pero es que mi cuero cabelludo no soportaría otra jornada de tortura a base de horquillas metálicas. El traje de pantalón que llevo hoy es negro, y lo he combinado con una camisa beige. Es el segundo conjunto de ropa que estreno. Ya solo me queda el marrón. Después de mañana, volveré a comenzar por el gris.

—Hola, Gwen —me saluda Abbey.

Qué pronto he llegado. Tenía la esperanza de que el recorrido hasta el despacho del sumo jefazo se hiciese en un par de horas. Pero parece que han sido un par de minutos, que me han pasado volando mientras divagaba con mi anodina apariencia.

—¿Qué tal, Abbey? —musito. Los nervios han vuelto multiplicados por tres y apenas me sale la voz—. ¿Tienes ya alguna idea de por qué el CEO querría verme?

—No, lo siento. —Sonríe mientras se acerca a la puerta de su jefe, da un par de toques y la abre—. Señor Sherrington, la señorita Sharp está aquí.

—Que pase —oigo decir desde el interior.

Trago saliva mientras doy el primer paso. Trago en seco cuando doy el segundo y siento la puerta cerrarse detrás de mí, como si fuera a quedarme encerrada en alguna mazmorra.

—Señor Sherrington… —balbuceo. Y no solo porque sea quien es, sino porque, en cuanto levanta la vista y me mira con sus acerados ojos claros, me tiemblan las piernas.

—Hola, Gwen —me saluda en un tono neutro—. Perdona que te haya hecho venir en mitad de tu jornada, pero me ha parecido mejor que presentarme yo en tu lugar de trabajo. No hace falta darle más carroña a los buitres.

He captado algo de trabajo y de buitres, pero no mucho más. Me estoy mareando un poco.

—¿Ocurre algo, señor Sherrington? —consigo pronunciar.

—Oh, no, tranquila. No es nada laboral. —Muestra una sonrisa ligeramente más humana—.

Es un tema personal.

Me tranquilizo un poco, aunque sigo perpleja.

—Quería avisarte con tiempo para que no hagas planes para este sábado —me dice—. Voy a organizar una barbacoa en mi casa y me gustaría invitarte. Ya sé que al ser la pareja de Reese tienes la invitación asegurada, pero he preferido comentártelo con tiempo, por si tenías algún problema de agenda.

Ahora mismo me siento como Alicia cuando acaba de caer por un agujero y se encuentra en un mundo absurdo.

—Pues… —logro balbucear.

—Espero contar contigo. —Vuelve a clavar en mí su mirada azul—. Rachel está deseando conocer a la novia de Reese. —Compone una sonrisa inesperadamente tierna—. Rachel es mi mujer. Aunque no estamos casados.

Ahora mismo, Rachel me cae fatal.

—Me… encantará conocerla, señor Sherrington.

—Espero que en casa me llames Blake. —Sonríe.

Yo también intento sonreír, pero lo único que consigo es juntar mis labios y apretarlos entre sí. Siento ganas de decirle a este hombre: «¿No podrías haber esperado a decírmelo a la salida y así evitarme una lesión cardiaca crónica?».

—Entonces, ¿contamos contigo? —me pregunta.

«¿Para aparecer en tu casa y compartir mesa con tu familia y amistades mientras aparento que soy la novia de uno de tus mejores amigos? ¡Ni de coña!»

—Sí, claro, por supuesto —respondo, sin embargo—. Muchas gracias por la invitación.

Ya hablaré con Reese. Aunque presiento que eso, precisamente, es lo que ha buscado este tío: ver mi reacción de primera mano, sin el apoyo de su amigo. ¿Me estará haciendo pasar por alguna prueba? ¿Será algún tipo de test al que someten a las novias de cada uno de los integrantes del grupo?

—Perfecto, entonces —señala—. ¿Todo bien con Reese?

Ahí está. Ya me ha acorralado del todo. En este despacho-mazmorra faltan unos grilletes, un potro de tortura y una rueda con pinchos. Torquemada me sigue mirando fijamente.

—Todo bien, sí —me limito a contestar.

—Solo quiero que sepas que Reese es alguien muy importante para mí, para mi familia y para Noah. —De su sonrisa, nada más se supo—. Es mi amigo, casi un hermano, y el mejor tipo que he conocido nunca. —Sigue mirándome en modo inquisidor—. Pero has aparecido de una forma un tanto… repentina en su vida.

—También es alguien importante para mí —le digo, alzando la barbilla—. Reese es una persona muy especial —añado—. Cuando estoy con él, yo… quisiera que el tiempo se parase. Jamás he conocido a nadie como él.

No sé de dónde me ha venido la inspiración, pero los ojos celestes de Sherrington vuelven a

brillar y la expresión de su rostro se relaja. Aunque el alivio le dura un segundo: hasta cuando la puerta del despacho se abre de golpe.

—Joder, Blake, ¿qué coño haces?

Reese aparece en tromba en la estancia y se coloca a mi lado. Supongo que de manera inconsciente, rodea mi cintura con su brazo y hace el pequeño gesto de apartarme de su jefe y amigo.

—Solo estaba invitando a Gwen a la barbacoa del sábado —le contesta con una expresión que pretende ser inocente pero que acaba siendo ladina.

—¿Y no crees que lo más lógico era que se lo dijera yo? —gruñe Reese.

—No pasa nada. —Poso mi mano en su brazo y lo miro a los ojos—. No te enfades, Reese. El señor Sherrington me ha asustado un poco al llamarme a su despacho, pero me ha aliviado mucho saber que solo era para invitarme a su casa.

Yo, al menos, puedo masticar la ironía.

—Si no puedes venir, no pasa nada, Gwen. —Adivino la preocupación en sus bonitos ojos felinos.

—Pero ¿tú quieres que vaya? —le pregunto. Percibo en la nuca la mirada del CEO, pero yo solo estoy concentrada en la del hombre que tengo delante.

—Claro que quiero que vengas, pero…

—Pues ya está —le digo sonriente—. El sábado… ¡de barbacoa! —exclamo con los dientes apretados.

Reese le echa una última mirada de reproche a su amigo y ambos salimos del despacho después de un breve saludo a Sherrington.

—Lo siento —suspira Reese una vez nos hemos alejado del despacho abierto de la secretaria, de quien también nos despedimos al pasar. Como ya le he visto hacer muchas veces cuando está nervioso o preocupado, se peina sus mechones broncíneos con los dedos—. Abbey me ha avisado. Maldito sea Blake…

—Vamos, tranquilízate —le pido—. Ya me informaste de que tus amigos no se iban a conformar con que les dijeras que tienes novia. Es lógico que quieran conocerme, que quedemos con ellos y todo el rollo.

—¿Estás segura de que no te importa? —insiste.

—Te juro que preferiría alistarme en los Marines antes que presentarme en esa casa —bromeo, aunque con una alta dosis de verdad—. Pero sé que tú me lo vas a poner fácil —añado con sinceridad—. Apenas te conozco y confío en ti, Reese.

—Gracias, Gwen —me dice con una media sonrisa que me produce un pinchacito en el estómago—. Verás que todo va a ir bien. —Se mira el reloj—. Son las once. Tengo que irme.

—¡Oh, madre mía, yo también! ¡La reunión!

Dejo a Reese y corro en sentido contrario a él hasta llegar a mi departamento. Nadie está en su sitio. Todo el mundo ha entrado ya en la sala de reuniones. Por suerte, la puerta todavía está

abierta. Corro hacia allí y la cierro a mi espalda.

—Perdón —susurro.

—Bien —señala Gillian, que está apostada junto a la pantalla en la que un proyector está reflejando unos gráficos—, ahora que estamos todos, podemos comenzar. Aunque, antes de presentaros, os quería mostrar el ejemplo de una de vuestras compañeras. —Señala a Samantha, que está en pie, al otro lado de la pantalla—. Esta joven, que apenas lleva dos días con nosotros, ha conseguido advertir algo que todos nosotros habíamos pasado por alto. Por favor, Samantha…

—Sí —dice resuelta la aludida—, gracias, Gillian. —Señala la pantalla, en la que yo apenas he reparado—. Si os fijáis bien, según estas cifras, todavía hay mujeres en Bell Technology que cobran sueldos más bajos que los hombres, aun desempeñando la misma función. Por eso he propuesto unos ajustes en el plan de igualdad existente que…

La sangre parece abandonar de repente todo mi cuerpo. Siento frío y una extraña sensación de ingravidez. Las imágenes de la pantalla muestran un esquema del plan de igualdad de la empresa, pero con algunas medidas o estrategias que yo misma he ideado durante la mañana y que he apuntado en una hoja de libreta que debía andar por mi mesa.

No puede ser. Esto no puede estar pasando.

Estoy a punto de gritar. Quiero gritar a los cuatro vientos que esa maldita energúmena acaba de robarme mi idea de trabajo. Sin embargo, me clavo las uñas en las palmas y respiro de forma acelerada mientras la reunión sigue adelante. Incluso he sido capaz de decir en mi presentación: «Hola, soy Gwen y estudio en Columbia». Solo para que alguien a mi espalda susurre: «Esa es la novia de Reese Dawson». Y para que otra conteste: «¿En serio?».

No he querido montar una escena en mitad de la reunión. Pero, en cuanto acaba y nos dispersamos por los cubículos, me dirijo a Samantha y le pido que me acompañe un momento al pasillo.

—Ahora no puedo, Gwen.

—¿Prefieres que hable con Gillian? —la increpo.

La bruja rubia bufa y se acerca a donde le he pedido.

—Eres una maldita ladrona y una trepa, Samantha —la reprendo con furia—. ¿Tan poco tienes que ofrecer que tienes que robarme a mí las ideas?

—No sé de qué me estás hablando —me suelta mientras se mira su perfecta manicura.

—Lo sabes perfectamente —bramo—. No te acerques a mí, Samantha —le advierto—. Esto no es el instituto, ni siquiera la universidad. No juegues con mi futuro o…

—O ¿qué? —me reta.

Aprieto los puños con más fuerza.

—O te apartaré de mi camino como sea —me defiendo—. No subestimes a la chica friki en la que nadie repara, Samantha.

—¿Con ayuda de tu novio? —se mofa.

—No necesitaré a ningún novio, te lo aseguro.

Indignada y muy cabreada, vuelvo a mi lugar de trabajo.

Capítulo 13

REESE

—No me mires así, Reese —señala Blake mientras se ajusta el puño de su camisa—. Tienes que reconocer que es normal que no nos acabe de encajar que salgas con alguien como Gwen.

Podría hacerme el indignado, pero entiendo perfectamente lo que quiere decir mi amigo.

—Sí, es muy joven, lo sé —suspiro—. Pero te aseguro que esa chica me gusta, Blake…

—Oh, no lo digo por eso. —Me hace un gesto con la mano—. Se nota que os gustáis. Ella te mira con adoración, y tú la miras cuando ella no se da cuenta. Si no me hubiese enamorado ya, me habría dado una arcada.

—Capullo —rezongo—. Al menos, no piensas como Noah, que cree que me está utilizando para conseguir algún puesto en la junta directiva solo por acostarse conmigo.

—Ah, pero ¿te acuestas con ella?

La corrosiva pregunta la hace Noah, que acaba de acceder también al despacho de Blake.

—¿Tú qué crees? —le responde este con una sonrisa incisiva—. ¿Acaso te imaginas a cualquiera de nosotros tres saliendo con una chica sin practicar sexo? ¡No hacíamos eso ni en el instituto! ¡Reese tiene ya una edad! —Ríe.

Yo también río. ¿Qué voy a hacer? Mi amigo vuelve a tener razón, como cuando me dijo que no me pegaba nada una chica tan joven e inocente. Sin pretenderlo, solo durante unos segundos, acribillan mi mente un montón de imágenes de dos personas con sus cuerpos desnudos entrelazados, que se besan, se acarician, gimen. Esas dos personas somos Gwen y yo, por lo que sacudo la cabeza para despejar esas visiones y el arrepentimiento que siento. Ella confía en mí y yo me la imagino follando conmigo. Genial. Estoy fatal de la cabeza. Hace demasiado tiempo de mi último rollo de una noche y la falta de sexo comienza a afectarme.

—No seáis cabrones —les digo en mi tono más bromista—. Espero que no habléis del tema delante de ella el sábado. Se pondrá roja como un tomate.

—¿En la barbacoa? —pregunta Noah.

—Sí —respondo—, en esa barbacoa a la que Blake ha tenido la amabilidad de invitarla él mismo —bufo con ironía.

—Me has pescado. —El aludido sonríe—. Quería pillarla con la guardia baja.

—¿Qué os pasa a los dos? —los encaro—. ¿Todavía seguís pensando que está conmigo por interés? Os aseguro que tengo tanta experiencia en el tema que sé reconocerlas de lejos. Y Gwen no es de esas.

—Creo que yo tampoco lo pienso ya —suspira Noah—. Y acabo de descubrirlo de casualidad.

—¿A qué te refieres?

—Como mi departamento pega al de Recursos Humanos, al venir hacia aquí he visto a Gwen y a la rubia nueva que trabaja con Gillian. No he podido evitar escuchar parte de la conversación antes de doblar la esquina. —Me mira con un atisbo de culpabilidad—. Parece que la tal Samantha se ha aprovechado de ella y se ha anotado un tanto con Gillian. Le ha robado una idea a tu novia o algo así. Gwen se ha cabreado cuando la rubia te ha mencionado, como si no le gustase la idea de que tú pudieras defenderla.

—Joder. —Me giro hacia Blake—. Samantha es una víbora, he podido comprobarlo personalmente. ¿Cómo demonios ha conseguido ser la ayudante personal de Gillian? ¿No puedes alejarla de Gwen?

—Te aseguro que no —rezonga Blake—. Samantha Zucher es hija de George Zucher.

—¡¿Zucher?! —exclamo sorprendido—. ¿Del consejo de administración?

—El mismo —bufa—. Tengo las manos atadas con respecto a ese tema.

—No entiendo que Samantha le recrimine a Gwen que se aproveche de salir conmigo cuando ella es hija de un accionista —mascullo.

—Tranquilo. —Noah me palmea la espalda—. Me da la sensación de que tu novia puede defenderse solita.

—No es solo por Zucher —añade Blake—. Sabes perfectamente que no voy a entrometerme en la gestión de ningún departamento para que beneficien a nadie, por mucho que sea alguien que nos importe, Reese.

—Lo sé —le digo—. Y es lo correcto. Pero me es difícil refrenar el impulso de protegerla.

—Además —insiste el CEO—, Gillian es buena en lo suyo. Confía en ella.

Cuando dejo atrás el despacho de Blake, suspiro con fuerza al tiempo que deslizo una y otra vez mis dedos por entre mi cabello. El trato con Gwen no era más que un modo de deshacerme de citas inútiles que no me apetecía tener. Así que no entiendo que me esté involucrando tanto en todo lo que pueda ocurrirle a esa chica.

* * *

—Tiene una visita, señor Dawson —me comunica Jenna antes de que pueda saludarla—. La he hecho pasar a su despacho, como siempre. Es la señorita Fernsby.

«¿Violet?», pienso con total desconcierto.

—Gracias, Jenna —digo, sin embargo, mientras accedo a él.

Me encuentro a mi antigua amante de pie, frente al aparador de bebidas, sirviéndose un vaso de agua. Qué extraño. Conozco sus hábitos, sus gestos y las intenciones que puede ocultar tras

ellos y me acaba de descuadrar que no se sirva un Martini, la bebida que suele tomar a media mañana. De todos modos, hace ya varios meses que lo dejamos y ha podido cambiar su rutina.

—¿Qué haces aquí, Violet? —le pregunto mientras me acerco a mi mesa y me dejo caer en el filo—. Dejamos claro que cualquier tema profesional lo tratarías con George, el subdirector del departamento.

Jenna no la ha dejado entrar porque fuéramos amantes en el pasado. Violet es directora ejecutiva de una empresa de software, por lo que nuestros primeros encuentros fueron meramente profesionales. Nos convertimos en amantes, pero ella seguía teniendo acceso a Bell y a mi despacho porque podía simular cualquier reunión laboral.

—Necesitaba hablar contigo, Reese —me dice después de darle un trago a su vaso.

Como siempre, aparece muy hermosa. Su melena rubia cae sobre sus hombros y luce a la perfección un vestido estampado de seda que se ajusta a las curvas de su cuerpo. Los complementos, como los altísimos zapatos, el maquillaje perfecto o el intenso perfume, consiguen que Violet brille y destaque en cualquier lugar.

—¿Sobre qué? —Me cruzo de brazos.

—¿Podríamos comer juntos? —me pide—. Tu despacho no me parece el lugar más apropiado.

—Violet, por favor…

—Solo te estoy pidiendo un poco de tu tiempo, Reese —insiste—. Yo… solo quiero hablar contigo. Creo que, después de tu cruel forma de terminar conmigo, no te exijo mucho si te pido comer juntos y charlar.

Tiene razón con lo de mi forma de terminar. Y parece sincera. No es que Violet fuera una mujer manipuladora. Ambos sabíamos lo que teníamos cuando estábamos juntos: cenas, conversaciones vacuas y sexo. Ni siquiera nos exigimos fidelidad. Al final, ella me pidió algo más, a lo que yo le contesté que yo también quería algo más, pero no con ella.

—Está bien —acepto mientras me aseguro de llevar el móvil y la cartera.

Salimos del edificio de Bell y cogemos un taxi hasta el restaurante donde solíamos almorzar antaño.

—¿Ocurre algo, Violet? —le pregunto cuando ya hemos pedido la bebida.

—Sí. —Le da un trago a su copa de agua—. Que, después de soltarme todo aquello sobre tus intenciones de tener una relación estable y llena de amor, aquí sigues, solo como la una. Y yo también sigo sola.

—¿Qué demonios quieres decirme con eso?

—Que, quizá —señala—, lo que tú buscas no existe.

—Pues me quedaré solo. —Me encojo de hombros.

Soy totalmente sincero con mi afirmación. Si no existe para mí esa otra mitad de la que todo el mundo habla, prefiero seguir solo. Sexo esporádico, sí, pero nada más. Ya no quiero más relaciones vacías.

—Entonces, ¿por qué tienes citas a ciegas con posibles candidatas a señora Dawson?

La mano que sujeta mi copa se queda suspendida en el aire.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—No me mires con esa cara. —Sonríe diabólica—. Tú no eres el único a quien conozco en Bell. Y las noticias vuelan, sobre todo esos chismes tan jugosos. ¿En serio, Reese? —se regodea—. ¿Qué será lo próximo? ¿Asistir a un programa de televisión en busca de tu media naranja?

—Es cosa de Blake y Noah —refunfuño.

—No era una recriminación, Reese, tranquilo. —Sonríe, después de darle un trago a su copa—. Te entiendo. Yo también busco a alguien, aunque me sucede que los comparo contigo y todos salen perdiendo.

—¿Has venido para hacerme ver lo maravilloso que soy? —le digo con sarcasmo.

—Tal vez. —Se encoge de hombros—. Aunque, en realidad, ha sido para hacerte ver que estás tan solo como yo. Y que te sigo queriendo, Reese.

—¿A qué viene esto ahora, Violet? —planteo, exasperado—. Hace siete malditos meses que lo dejamos.

—Porque pensaba que podría sustituirte, Reese, y créeme que lo he intentado. Debe de ser que nosotros no estamos hechos para relaciones tradicionales.

—Y has venido a sugerirme que volvamos a tener lo que teníamos antes, claro.

—Más o menos. —Frunce los labios.

—Ya sabes mi respuesta, Violet —le espeto—. No. No deseo tener algo como lo que tuvimos nosotros, ni contigo ni con nadie.

—¿Y el sexo? —me ataca—. No me irás a decir que estás viviendo como un monje.

No, no vivo como un monje. Quizá yo he sido más partidario siempre de tener relaciones esporádicas, como lo que tenía con Violet, que de rollos de una noche. Pero, desde que decidí que quería algo más, no me queda más remedio que seguir el método que utiliza Noah, el que usaba Blake antes de enamorarse, el que se supone que yo he querido siempre: un polvo y se acabó. Sin preguntas, sin nombres, sin apenas conversación. Aunque, para ser sinceros, llevo varios meses tan ajetreado en el trabajo que no he tenido tiempo ni de algo tan rápido.

—¿Me estás preguntando por mi vida sexual, Violet? —inquiero con mordacidad—. Ni siquiera te importaba cuando estábamos juntos.

—Ese era el problema, Reese —insiste—, nuestra poca implicación. Pero ya te confesé que estaba enamorada de ti. Y sigo estándolo.

—Confundes tus sentimientos, Violet —le reprocho—. No llegamos ni a vivir juntos. Follábamos con otras personas. ¿Te parece que se puede hablar de amor?

—Yo estuve dispuesta siempre a una relación seria contigo —replica, envarada—, a compartir casa, sofá y cama cada noche. Pero me dejaste muy claro que tú no querías lo mismo. Al menos, no conmigo.

—Porque no estaba enamorado de ti —confieso, a pesar de que siempre se lo dejé muy claro

—. Nunca lo he estado, Violet. Y mi idea de pareja, de relación, implica algo más que lo que teníamos nosotros. Si eres sincera contigo misma, reconocerás que, en realidad, nunca tuvimos nada.

Emite una risa amarga.

—¿Recuerdas la noche que aquella loca se sentó a nuestra mesa y nos dijo que nos habíamos prometido?

Cómo olvidarla.

—Claro —respondo, sin más.

—Pues se podría decir que, en el tiempo en el que estuvimos juntos, esos pocos segundos fueron los más felices para mí. El instante fugaz en que creí que me ibas a regalar un anillo de compromiso; que querías casarte conmigo. El mismo instante que tardaste en decirme que pretendías dejarme.

—Lo siento —musito—. De verdad que lo siento, Violet, pero no digas que te dejé. No había nada que dejar.

Deja pasar un instante. Parece cavilar. Después, retoma su sonrisa más seductora.

—Vale, lo admito, no podríamos tener una relación.

Alzo una ceja al oír tan rápida rendición. Algo me escama. Conozco a esta mujer. Quizá apenas hablábamos. No sé nada de su vida y ella no sabe nada de la mía, pero soy capaz, todavía, de descifrar muchos de sus gestos.

—Pero podríamos tener un rollo de una noche. Lo mismo que tenemos con otras personas, pero entre nosotros. Nos conocemos, Reese, al menos en el campo sexual. Tú sabes lo que me gusta, y yo sé lo que te encanta…

—¿Todo este lío has montado para echar un polvo conmigo? —le pregunto receloso.

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. Podríamos quedar una vez al mes, por ejemplo, y recordar viejos tiempos.

Ni siquiera acabo mi comida. Me pongo en pie.

—Que te vaya bien, Violet.

—Espera, Reese.

Me aferra el brazo con demasiada fuerza. Su rostro está pálido y parece asustada. ¿Qué demonios quiere de mí?

—Solo quiero pasar una última noche contigo, Reese. ¿Incluso eso me vas a negar? Te portaste conmigo como un verdadero hijo de puta. Me lo debes.

Aparto su mano con cuidado.

—Me acabas de demostrar que hice lo correcto, Violet —sentencio antes de marcharme del restaurante.

Capítulo 14

GWEN

Me encuentro a Gillian hablando con Cheryl, una de las integrantes del departamento, mientras Adam me comenta que puedo ayudarlo con las próximas entrevistas de trabajo. Me disculpo con él y me acerco a la mujer cuando deja de hablar con Cheryl.

—Perdone, señora Spencer. —Ella aparta la vista de su móvil y me mira a mí al tiempo que eleva una ceja—. Quería preguntarle si está de acuerdo con los candidatos que he elegido para el puesto de gestor de redes sociales para el departamento de Comunicaciones y Marketing.

Ahora alza ambas cejas.

—Ese es tu cometido, Gwen —me espeta, un tanto borde—. ¿De qué me sirves si tengo yo que revisar tu trabajo?

Trato por todos los medios de no tartamudear por los nervios. Lo que no consigo evitar es el calor que acude a mis mejillas y el tembleque de mis piernas.

—Perdone, señora Spencer, pero usted misma me dijo que, en cuanto hubiese hecho el proceso de selección, le enviara la información de los elegidos. Me comentó que usted debía dar el visto bueno y…

—Pero para eso tengo a Samantha —me corta—. ¿Te imaginas que tuviera que estar pendiente de cada uno de vosotros? Habla con ella —me suelta seca.

—¿Con… Samantha?

—¿Tienes algún problema con Samantha? —me pregunta con exasperación.

—No, pero…

—Solo eres la becaria, Gwendolyne. Céntrate en aprender y cíñete a hacer lo que te ordenen.

—Sí, claro —balbuceo—, ayudaré a Adam y…

—No —me interrumpe—. Prefiero que ayudes a Hope.

—¿A Hope? —Frunzo el ceño—. Pero… ella solo se encarga de tramitar las nóminas y los seguros sociales…

—Para lo que tendrá que realizar montones de fotocopias —señala—. Así que ve ahora mismo con ella y le pides alguna tarea. —Me mira con los labios fruncidos—. ¿O es que acaso creías que a mí me iba a intimidar tu relación con Dawson, como les ha pasado a algunos pardillos de tus compañeros?

—No, no —musito—. Prefiero que no se tenga en cuenta para nada…

—No lo pienso tener en cuenta. ¡Y deja de estar ahí como un pasmarote! —me espolea—.

¡Muévete!

—Ya… ya voy…

«¡Jopé! ¿Qué le pasa a esta mujer conmigo?»

* * *

Tras varias horas junto a la fotocopiadora y después de haberme preparado para la maratón de Nueva York a base de viajes, lo último que me faltaba para rematar el día era la visita de Samantha a mi pequeño cubículo, donde me dedico a grapar las copias de los seguros de cada trabajador. ¿Por qué no se limitarán a enviarlos por *e-mail*?

—¿Te diviertes, Gwen?

—Mucho —bufo. No me molesto ni en mirarla.

—Si quieres —me dice en un tono de lo más cargante—, yo puedo darte una tarea más… relevante.

—¿Cuál? —farfullo—. ¿Hacerte un masaje de pies?

Samantha suelta una risotada.

—Perdona —se limpia los ojos con cuidado de no estropear el maquillaje—, pero no he podido evitar imaginar la escena. Y, no, no me refería a eso. Adam está un poco saturado con lo de las entrevistas. He pensado que podrías colaborar con él.

—¿Y Gillian? —le pregunto, expectante ante una propuesta tan codiciada para mí.

—Está de acuerdo. —Se encoge de hombros—. La he convencido. Puedes llevarle ese montón de papelotes a Hope y trabajar codo con codo con Adam.

—¿Ahora mismo? —inquiero, tratando de no mostrar mi entusiasmo.

—Claro, ahora —bufa.

Hoy tampoco como, pero no me importa, aunque me arriesgue a que mis tripas hagan un concierto. Me pongo en pie, ordeno los documentos y me dispongo a salir de mi diminuto espacio.

—Solo una cosa más —me dice Samantha. Levanto la vista para encontrarme con un brillo diabólico en sus ojos. Malos presagios me acechan—. Tú ya has podido comprobar que el mundo es un pañuelo.

La miro con desinterés.

—Te lo digo porque Jessica, mi amiga, paseaba hoy por Lexington Avenue y le ha llamado la atención ver a una persona que ya le habían presentado.

—¿A quién? —farfullo.

—A Reese.

Me tenso un instante.

—Y no estaba solo —prosigue—. Iba con una mujer, muy acaramelados los dos. Me ha dicho que era una chica muy guapa, superelegante y de una edad parecida a la de él. Y que se notaba

una complicidad especial entre ellos. —Frunce sus labios en un odioso mohín—. He preguntado por ahí y resulta que también ha estado en el despacho de tu novio… un buen rato. Aunque ya sabes lo mala que es la gente… y lo malpensada. A lo mejor solo era una amiga…

Sin esperar más comentarios, se da la vuelta y desaparece tras los biombos azules.

Samantha es una víbora, por lo que consigue lo que se proponía: envenenarme con sus comentarios, por lo que paso el resto del día centrada en ayudar a Adam para olvidarme de que Reese ha puesto en peligro nuestro trato. Solo por eso. No me molesta en absoluto nada más.

* * *

Agradezco no haber visto a Reese en todo el día. Aunque el alivio me dura poco, porque me lo vuelvo a encontrar en el vestíbulo de la entrada al final de mi jornada.

—Hola, cariño. —Al igual que ayer, se acerca a mí y me da un suave beso en los labios. Para aparentar, por supuesto—. Hoy tengo mucho trabajo, pero puedo volver a invitarte a comer algo y regresar después a tiempo para una reunión.

—No tengo hambre —le digo de forma tajante.

El rugido de mis tripas desmiente mis palabras. Reese ríe.

—Me parece que tu cuerpo no está de acuerdo —bromea.

—No hace falta que tengas que dejar tu trabajo —rezongo—. Puedo comer cuando llegue a mi casa. Todavía me llega para comer, a pesar de mi penoso sueldo de becaria.

—No pretendo darte de comer. —Cambia su risa por un ceño fruncido—. ¿Estás bien? Me han dicho que has tenido algún problema con Samantha.

—No quiero hablar de eso ahora —farfullo—. En serio, Reese, hoy prefiero irme directamente a casa.

—Déjame que te acompañe. —Posa una mano en mi brazo, pero yo lo retiro como si sus dedos me hubiesen quemado.

—¡Te he dicho que no!

Reese me mira contrariado y yo desvío la vista a nuestro alrededor. El vestíbulo del edificio está lo suficientemente concurrido como para que no repare en nosotros todo el mundo, pero sí lo hacen algunas personas. Mierda. Rayos. O lo que sea.

—Lo siento —me disculpo al tiempo que mis hombros se hunden—. Estoy un poco agobiada…

—Anda, ven un momento.

Me quedo mirando su mano cuando la enlaza con la mía, pero me dejo hacer. Reese tira de mí con suavidad hacia la calle y camino a su lado por la concurrida acera hasta que atravesamos las puertas de un edificio que, si no he visto mal, es el hotel Plaza. Alucino en colores mientras recorremos la imponente recepción, sin ser consciente de que acabamos en la cafetería del hotel. Reese me señala una silla para que me siente. Lo hago y él se acomoda frente a mí. Sigo

embobada en observar lo que nos rodea. La única vez en mi vida que he visto este hotel por dentro ha sido al ver *Solo en casa 2: Perdido en Nueva York.* Y parece que lo han actualizado un poquito.

—¿Qué hacemos aquí? —le planteo.

—Qué más da —refunfuña—. Ha sido el primer lugar que he encontrado para poder entrar y hablar contigo.

—¿En el hotel Plaza? —Emito un suspiro—. Vale. Ya no recordaba que trabajo en la Quinta Avenida y que aquí no hay bares normales. Pero podríamos haber subido a la cafetería del edificio de Bell, la que hay en la planta veintitrés.

—No me gustan las alturas —rezonga.

Un camarero con un perfecto esmoquin saluda a Reese como si lo conociera. Mi novio falso le pide dos tés de melisa.

—Acabarás aficionándote al té —le digo con una mueca.

—Necesitamos calmarnos los dos —me asegura—. Además, sé que no te sienta bien el café.

—Ya se ha chivado tu amigo el CEO —me quejo—. Seguro que te ha explicado que lo que me tiré ayer encima fue un descafeinado.

—Él también se dio cuenta del empujón de Samantha —gruñe—. Y me parece que no es la última putada que te ha hecho.

—¿Es que te enteras de todo? —bufo.

El camarero nos sirve las bebidas con toda la pompa que exige un lugar como este. Me siento como una intrusa entre tanta taza de porcelana.

—No sé lo que ha pasado —me dice mientras añadimos azúcar a la infusión—. Y no pensaba hacerte ninguna referencia, ya me has dejado muy claro que no quieres mi ayuda. Pero me ha parecido que estabas bastante cabreada.

—Perdona, no era contigo —murmuro tras dar un sorbo. El té está muy bueno, aunque el que nos sirvieron ayer en el Sweet Manhattan no tenía mucho que envidiarle—. He actuado por impulso y no he recordado nuestro… trato.

—No me importa ahora nuestro trato —señala con exasperación—. Me importa que te lo estén haciendo pasar mal. No entiendo que Gillian…

—Ya sé que no te importa nuestro trato —lo interrumpo. Él frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Entiendo que todo esto no es más que una tontería para ti. —Suspiro—. Y que no tengo ningún derecho a exigirte nada. Pero lo único que te pedí fue que fueras discreto, y ya te han visto con una mujer en actitud… íntima. Para colmo, ha sido una amiga de Samantha la que os ha visto.

—Joder. —Se frota el rostro y suspira—. Ella… no es lo que te imaginas. Tuvimos una especie de relación en el pasado, pero ya no hay nada. En realidad, nunca hubo nada, pero…

De pronto, rompo a reír.

—¿En serio? —Sigo riendo—. ¿Me estás dando explicaciones, como si fuera tu novia de verdad?

Él también ríe.

—Parece que, desde que me hice pasar por tu novio en aquel restaurante, he acabado por meterme en el papel.

Como no puede ser de otra forma, me ruborizo al recordar aquella noche, sus miradas y, sobre todo, EL Beso. El dichoso beso.

—¿Por qué te pones tan colorada? —me pincha—. Ah, ya. ¿Porque te besé? Sabes que fue para hacerlo más creíble. —Sonríe.

—¿Tenías que recordármelo? —bufo.

—Perdona, pero no fui el único —vuelve a hostigarme—. Tú tampoco te estuviste quietecita.

Mi cara debe parecer ahora a punto de explotar. Reese se parte de risa.

—Lo siento —se disculpa. Sus ojos aún contienen el brillo de la diversión—. No sé qué me pasa contigo. Cuando estamos juntos, vuelve a resurgir en mí el graciosillo que he sido siempre.

—Ya veo —rezongo. Aunque no pueda disimular que también me he reído.

Un cómodo silencio se instala entre nosotros mientras terminamos nuestras bebidas.

—Entonces —le digo con cautela—, ¿por qué estabas comiendo con esa mujer? —Alzo una mano—. Perdona por la indiscreción, pero me gustaría saber cómo defenderme de las pullas de Samantha.

—La verdad, no lo sé —resopla—. Ella me lo ha pedido y, a pesar de que ya no hay nada entre nosotros, he pensado que podía tener algún problema o necesitar mi ayuda.

—¿Y tenía problemas?

—No —musita, algo desconcertado—. No necesitaba nada. Bueno, sí, necesitaba algo, pero…

Alzo una ceja.

—Pareces incómodo —comento con un atisbo de diversión—. ¿Qué te ha pedido? ¿Una noche de sexo desenfrenado? Y como digas que me he puesto roja, te tiro la taza a la cabeza.

Reese suelta una carcajada.

—Me acojo a la quinta enmienda —responde tras el momento de hilaridad—. ¿No piensas contarme, entonces, qué te ha hecho Samantha esta vez?

Menudo cambio de tema.

—¿Me prometes no contárselo a nadie? —le exijo.

—Síííí, tranquila.

—¿Ni hacer nada al respecto?

—Que nooo…

Decido contárselo, más que nada para desahogarme un poco. Podría esperar a contárselo a Justin y a Ellie, pero sé que ellos despotricarán e insultarán a Samantha, como bien se merece. Sin embargo, me apetece también explicárselo a alguien con el temple de Reese.

—He sido una tonta —gruño—. Le he comentado algo que yo había descubierto, he dejado

unas anotaciones sobre la mesa y ella lo ha utilizado todo para ganarse un tanto. —Emito un audible suspiro—. No te preocupes. Me servirá para aprender a defenderme de aprovechadas como ella.

Reese se reclina en la silla y se limita a mirarme. No me da muchas pistas de lo que pueda estar pensando. Por eso me sorprende tanto lo que me suelta.

—El día que te vi en el restaurante —me dice—, llevabas unos vaqueros con flores bordadas y una blusa de color púrpura. ¿Por qué vistes con colores tan tristes en el trabajo?

—¿Púrpura? —le digo divertida. Una sensación cálida se expande por mi pecho al saber que recuerda la ropa que llevaba puesta con tanto detalle.

—¿Tú qué te has creído? —responde, sonriendo también—. ¿Que por ser hombre no distingo los tonos de los colores?

—Es usted una caja de sorpresas, señor Dawson —contesto—. Pues sí, era púrpura; me encanta el púrpura. Y los colores. Y las flores. Suelo pensar que el mundo ya se presenta bastante oscuro, gris o descolorido. —Me encojo de hombros—. Pero no puedo presentarme así en el trabajo.

—¿Por qué no? —inquiere Reese—. Tal vez no te apetezca venir con pantalones de flores, pero podrías utilizar más los colores si te gustan tanto.

—Lo que me faltaba —bufo—. Si ya apenas encajo en el mundo, imagina ir de fucsia por la vida.

—Pues es una pena —me señala—, renunciar a ser tú misma por encajar.

—¿Es una pena disimular el desastre que soy?

—Es una pena que el mundo se pierda a una chica tan increíble como tú.

Mi corazón da un salto en el pecho.

—No me conoces —musito.

—No, no te conozco —admite—. Pero, aun así, he sido capaz de ver que tú no necesitas encajar en ningún lugar. Porque, tal como eres, merece la pena conocerte, Gwendolyne Sharp.

—Gra-gracias. —La taza oscila peligrosamente en mis manos mientras trato de darle un sorbo a su contenido—. Tú a mí también me… caes bien.

—Un honor. —Sonríe.

—Siento lo del numerito en la recepción. —Compongo una mueca—. No volverá a ocurrir.

—¿Por qué no? —pregunta divertido—. Las parejas reales también discuten.

—Ya, supongo…

—Por cierto. Rachel ya me ha lanzado el mensaje que esperaba. Me ha preguntado cómo nos hemos conocido. La he ignorado en espera de comentarlo contigo.

—¿Rachel es la pareja de Sherrington?

—Sí —responde. Me ha dado la sensación de que su sonrisa se ha vuelto más dulce al evocarla. Deben de llevarse bien—. Te gustará en cuanto la conozcas.

—No estoy muy segura. —Tuerzo el gesto—. Si se enamoró de un tipo como el CEO, no sé si

me va a parecer muy normal —bromeo.

—Se quieren mucho —comenta un tanto melancólico—. Entonces, ¿qué historia inventamos? Ten en cuenta que nos lo va a preguntar en cuanto aparezcamos en su casa.

—Déjame que lo piense —le pido mientras me pongo en pie—. Será mejor que yo vuelva a casa y tú regreses al trabajo. Al final, te acabarán amonestando por pasar demasiado tiempo con tu novia —me burlo.

Salimos del hotel y caminamos un minuto hasta la boca del metro. Por un instante, me hago a la idea de que Reese me dará un beso de despedida, como si hubiera cerca alguien conocido al que tuviéramos que convencer. Y, sí, es lo que hace, aunque no donde yo esperaba.

—Hasta mañana, Gwen —susurra después de darme un beso en la frente.

Capítulo 15

GWEN

La primera semana como becaria en Bell Technology va llegando a su fin. Al menos, ya es viernes. Aunque la proximidad del sábado, día en el que voy a ir a comer a casa de Blake Sherrington, oscurece un poco mi entusiasmo.

A Samantha, por suerte, la he visto poco. Me he centrado en ayudar a Adam en preparar las entrevistas y, la verdad, no puedo quejarme del chico como compañero. Aunque, para que hayamos llegado a sentirnos cómodos, le haya tenido que repetir hasta la saciedad que se olvide de con quién estoy saliendo. No podía permitir que el pobre siguiera estresado por quedar bien conmigo o por llegar cada día a tiempo con un café descafeinado y un dónut. Él es un adjunto, y yo, una becaria, ¡por el amor de Dios!

Hoy, por fin, vamos a entrevistar a los primeros candidatos. En realidad, será Adam quien se dirija a los aspirantes, pero podré estar presente, tomar notas e, incluso, hacer alguna pregunta que pueda venir al caso y que no figure en el planteamiento previo de la entrevista.

Cojo de mi mesa la libreta con mis notas y me dispongo a seguir a Adam hasta la sala donde nos vamos a reunir con el primero de los solicitantes. Sin embargo, Gillian aparece y me corta el paso.

—¿A dónde te crees que vas? —me espeta con los brazos en jarras.

—A hacer las entrevistas con Adam —respondo.

—Si no recuerdo mal —me señala con un atisbo de furia—, te dije que ayudaras a Hope.

—Pero… —titubeo—, usted me dio permiso para que trabajara con Adam en la selección de candidatos.

—¡No recuerdo para nada haberte dado semejante permiso! —brama.

—Sí que me lo dio —insisto—. El martes, cuando vino a decírmelo…

Cierro la boca de golpe.

Samantha.

—Cuando te lo dijo, ¿quién? —inquiere.

—Samantha —respondo en un susurro—. Si quiere, puede ir a preguntarle.

—Pues vayamos a preguntar —me dice con un deje de mordacidad que me hace sentir muy pequeña, aunque sea Gillian quien tiene que elevar la cabeza para mirarme.

Nos dirigimos al despacho de Samantha, que precede al de nuestra jefa, aunque algo me dice que esto va a acabar mal.

—¿Yo? —Samantha se lleva una mano al pecho cuando la responsable del departamento le plantea la pregunta—. Pero ¿qué dices, Gwen? Yo nunca te dije nada semejante. Tenías que estar trabajando con Hope, como te ordenó Gillian.

Una capa helada recubre todos mis huesos.

—Por Dios, Samantha —le pido con labios temblorosos—, no me hagas esto…

Se hace la inocente.

—Hacerte, ¿qué? No entiendo nada, de verdad, Gillian. Creo que Gwen estaba tan obsesionada con conseguir ese puesto que lo ha tomado sin más. Desde que llegó se ha creído que su relación con uno de los pesos pesados de la empresa le iba a conceder muchos privilegios. Y se ha llevado un chasco.

Mi respiración comienza a acelerarse, tanto que temo no poder tener tiempo de retener el oxígeno en mis pulmones.

—Vuelve con Hope, Gwen —me exige Gillian—. Ahora.

—E-está bien. —Me muerdo el interior de la mejilla con todas mis fuerzas para apaciguar el tembleque de mis labios. He debido de penetrar la carne, porque paladeo el sabor metálico de la sangre. Hacía ya mucho tiempo que no sentía tantas ganas de llorar—. He tomado algunas notas que le podrían ir bien a Adam —musito al tiempo que le muestro mi libreta.

—Yo se las daré. —Me la arranca de la mano—. Y ve a refrescarte un poco antes de ir con Hope —me sugiere—. Parece que te vayas a derrumbar en cualquier momento.

Samantha me lanza una sonrisilla y desaparece junto a Gillian.

No tengo aire, no tengo aire, no tengo aire. No soy capaz de respirar. El corazón me está latiendo tan aprisa que parece que se me vaya a salir del pecho.

¡Necesito alejarme de aquí!

Obligando a mis pies a que se muevan, camino por el pasillo que lleva a los servicios, pero paso de largo. Sigo andando mientras intento no asfixiarme por la falta de oxígeno, aunque, de manera ilógica, presiono mi pecho con la mano para atajar el exagerado bombeo de mi corazón. Sin apenas ser consciente de ello, dejo atrás mi departamento para acabar encontrándome frente a Jenna.

—Gwen, hola —me saluda, aunque parpadea confundida cuando comprueba que no me salen las palabras entre mis rápidas bocanadas.

—Je… Je…

—Gwen, cariño. —Se levanta de su silla y me toma del brazo—. ¿Quieres ver al señor Dawson?

Asiento con la cabeza. Me duele el pecho y percibo cómo los poros de mi piel comienzan a formar pequeñas gotas de transpiración.

—Tranquila, tranquila. —Jenna da un par de golpes en la puerta de su jefe y, a continuación, abre—. Lo siento, señor Dawson, pero no sé qué le ocurre a Gwen.

Casi lloro de alivio al ver que Reese está en su despacho y no tiene visitas. Se levanta de su

silla al verme y le da las gracias a su secretaria, que nos deja solos.

—¿Qué te pasa, Gwen? —me pregunta preocupado.

Cuando lo tengo frente a mí, intento hablar, moverme, pero no puedo. ¡Me es imposible! ¡Solo quiero respirar!

—Vale, vale, preciosa —trata de calmarme Reese. Toma mis manos con las suyas y, a continuación, las eleva lentamente, como si fuésemos a echar a volar—. Trata de coger aire, ¿de acuerdo? Muy lentamente.

Cierro los ojos cuando el dolor en el pecho se intensifica.

—No, no cierres los ojos —me ordena con suavidad—. Mírame, Gwen, mírame, por favor.

Le hago caso y fijo la mirada en sus ojos mientras él sigue subiendo y bajando mis brazos, despacio, con cuidado.

—Así es, muy bien —susurra—. Sigue respirando, Gwen, respira. Y no dejes de mirarme. Céntrate en mi voz. Respira…

Poco a poco, mis latidos se ralentizan y logro que mi garganta se abra y deje pasar el aire. Lanzo una sonora espiración.

—Así es, muy bien —me sigue susurrando—. Buena chica.

Lo malo es que, cuando consigo respirar con cierta normalidad, me rompo en un incontenible llanto. Reese me acoge entre sus brazos y deja que solloce en su hombro mientras no deja de acariciar mi espalda. Su mano sube y baja por mi columna, tranquilizándome, mientras el resto de su cuerpo calienta mi alma. Su aroma contribuye a que me sosiegue. Su camisa huele a ropa limpia y recién planchada y a un suave perfume masculino. Y todas las sensaciones juntas me hacen sentir bien, como si me encontrara en un lugar querido y conocido para mí. Reese es ese lugar, y sus brazos, la reconfortante seguridad. Reese es esa persona que necesitas aun cuando no crees necesitar a nadie.

—¿Mejor? —me pregunta cuando me separo de su hombro. La vergüenza me invade cuando contemplo la mancha de humedad en su ropa.

—Lo… lo siento —me lamento.

—Has tenido un pequeño episodio de ansiedad —me dice con voz pausada—. ¿Te había pasado alguna vez?

—Sí —balbuceo—, aunque hacía ya muchos años.

—¿Y qué lo ha desencadenado esta vez?

Levanto la mirada para volver a contemplar sus ojos. Me aparto de inmediato al ser consciente de la cercanía.

—No… no importa… Ha sido una tontería…

—Gwen. —Pronuncia mi nombre con un suspiro—. No voy a pensar que seas menos eficiente ni menos valiente porque me cuentes quién te ha provocado esto.

—Yo… no debería haber venido aquí —musito, todavía aturdida—. No entiendo qué hago aquí…

—Gwen, por favor…

Sin más explicaciones, me doy la vuelta, abro la puerta y salgo del despacho. Me detengo en uno de los servicios para refrescarme y, cuando llego al departamento, busco a Hope, que me pide ayuda para continuar haciendo fotocopias.

* * *

—¿Un día duro? —me pregunta Justin cuando me ve tirada en la cama, bocabajo y con el traje marrón todavía puesto.

—No quiero hablar de ello —farfullo contra la almohada—. Ha sido un día de…

—De mierda —termina por mí—. Tienes la misma pinta que cuando te encontraba encerrada en los lavabos del instituto porque algún gilipollas se había metido contigo.

—Ese es el problema —gruño al darme la vuelta y sentarme sobre la cama—, que ya no estoy en el instituto. Tengo veinticuatro años, Justin, y no deberían pasarme estas cosas.

—Puedes tener veinticuatro años, Ricitos —sonríe—, pero sigues siendo una chica demasiado buena. Y así es el mundo de hijo de puta —suspira—, que, a veces, le da alas a los malos y se come a los buenos.

—Tendría que ser mala —mascullo al tiempo que aparto mis enredados rizos de la cara—. Pero…

—Pero no te sale —interviene Ellie, que acaba de entrar en la habitación—. No tienes por qué cambiar, Gwen. ¿Qué ves de ventajoso en dejar de ser tú? —Suspira—. Creo que debes seguir adelante, peleando por lo que ansías, pero sin perder tu esencia.

—Llevo peleando demasiado tiempo. —Me froto la cara con las manos—. Y empiezo a estar harta de recibir golpes.

—A veces —me muestra Justin— hay que colocar nuestras dudas en una balanza. En tu caso, podrías poner a un lado tus sueños y aspiraciones, y, en el otro, tus sentimientos.

—¿Para ver qué pesa más? —farfullo—. Pues está claro. Mis sentimientos se van a tener que aguantar.

—No, no para eso —responde Justin—. Hay que hacerlo para encontrar el equilibrio.

Vuelvo a dejarme caer sobre la cama en mitad de un largo suspiro.

—Si me enfrentara a Samantha o a Gillian, me quedaría de lo más a gusto —bufo—. No imagináis los tipos de tortura que he imaginado. ¿Se puede ser mala por imaginar que torturas a alguien?

—Depende —señala Ellie—. ¿Qué tipos de tormentos has imaginado?

—Para Samantha, que le cortaba el pelo.

—¡¿Que le cortabas el pelo?! —exclama Justin.

—Pero al cero —digo con rotundidad—. Todo. Hablo de dejarla calva.

—Ah, bueno. —Mi amigo pone los ojos en blanco—. Eso sí que es cruel.

—Y para Gillian —prosigo—, he imaginado que le ponía la zancadilla justo cuando pasaba por delante de Sherrington.

Justin y Ellie me miran con la boca abierta.

—¡Caía de culo! —me defiendo—. ¡Quedaba totalmente en ridículo!

—Déjalo, Gwen —rezonga mi amigo—. Vas a tener que imaginar algo peor para creerte mala.

—No te creas —insisto—, disfruto bastante imaginándolas a las dos rogándome clemencia. Lo malo de todo ello es que me quedaría sin trabajo y no me llamarían de ningún otro en la vida. ¿Dónde está ahí el equilibrio del que hablabas?

Justin se echa a mi lado y apoya su cabeza en mi almohada. Ellie hace lo mismo al otro lado. Entre los dos forman un sándwich conmigo.

—Lo has encontrado muchas veces —me susurra Ellie—. Seguro que, esta vez, lo lograrás también.

Me dejo abrazar y besar en las mejillas entre risas. Agradezco mentalmente cada día haberme topado con estas dos personas en mi vida.

—Gracias por todo, chicos —les digo—. Pero, ahora, lo más acuciante es pensar en la que me espera mañana. ¿Os he dicho ya que tengo que ir con Reese a una barbacoa en casa del CEO?

—Como unas mil quinientas veces —suelta Justin.

—Vale —refunfuño—, pues, para empezar, necesito inventar la forma en que nos conocimos Reese y yo, porque tendré que comentárselo a él antes de mañana para que podamos dar la misma versión.

—¡A mí se me ocurre algo! —exclama Justin con júbilo mientras se incorpora sobre la colcha—. Podéis decir que coincidisteis en un vuelo con escala. Tuvisteis que hacer noche en Vancouver y en vuestras reservas constaba la misma habitación. Os visteis obligados a compartirla y, debido a la fuerte atracción que ya habíais sentido en el avión, pasasteis una tórrida noche de pasión con la que ya no tuvisteis suficiente…

Ellie y yo ponemos los ojos en blanco.

—Demasiado rebuscado y demasiado sexo. Demasiado tú, Justin —se opone mi amiga—. A mí me gusta más la idea de que os chocarais en la calle cuando ibais a coger el mismo taxi. A ti se te cayeron los libros que llevabas en las manos, él te ayudó a recogerlos y surgió el flechazo.

—No sé… —titubeo ante tanto guion de película romántica—. Me da la sensación de que metería la pata en cualquier momento.

—Pues, entonces —señala Justin con convicción—, básate en la realidad.

—¿En la realidad? —Alzo una ceja.

—La transformas un poco y ya está. De esa forma, te saldrá de manera más natural.

—No está mal pensado…

* * *

Gwen (mensaje de audio): Hola, Reese. Primero de todo, perdona por el numerito de hoy y por haberme ido de tu despacho sin más explicaciones. La vida de becaria es dura, nada más. No te preocupes, en serio.

He estado pensando y, si te parece bien, podemos contar que nos conocimos de la forma en que lo hicimos realmente… cambiando el final, claro. O sea, que yo esperaba a una cita que no se presentó y tú acudiste en mi auxilio. Te quedaste conmigo, hablamos, decidimos volver a quedar… Y, bueno, el resto que lo imaginen. ¡Nos vemos mañana! Seguro que no voy a poder dormir de la emoción…

Duración: 00.31.
Enviado a las 21.40.

Reese (mensaje de audio): Tranquila, Gwen, no pasa nada. Es cierto que me has dejado preocupado, pero no he querido atosigarte. No tengo muy claro cómo debe actuar un novio de verdad, imagínate un novio falso. En ese tema, soy un completo ignorante. ¡Ah!, y me parece perfecta esa versión de los hechos. A mí no se me ocurría absolutamente nada. Si quieres que te diga la verdad, eres la primera chica que conozco de una forma tan interesante. Mis primeros encuentros con mujeres suelen ser más… En fin, hasta mañana, Gwen. Te paso a buscar a las once. Y gracias por prestarte a esto. Ya verás cómo Blake en su casa y con su familia es un osito de peluche.

Duración: 00.26.
Enviado a las 21.49.

Capítulo 16

GWEN

—¿No os parece que voy demasiado… rosa?

—Pues como siempre —señala Ellie.

Como se supone que es un acto informal, me he puesto uno de mis vaqueros con margaritas bordadas y una camiseta de color fucsia con un solo tirante.

Me miro al espejo y me veo… bien. Me veo… a mí.

Soplo hacia arriba para apartar un rizo que cae delante de mis ojos.

—Creo que me ha quedado el pelo más rizado que nunca —rezongo—. No sé si recogérmelo un poco por aquí…

—Que nooo —gruñe mi amiga—. En serio, Gwen, estás genial.

Doy un respingo cuando suena el timbre de la puerta, por eso tardo demasiado en reaccionar. ¡Rábanos! Ya ha ido Justin a abrir, lo que yo pretendía evitar.

Cuando llego al salón, Reese todavía permanece en el vano de la puerta porque mi amigo se ha colocado frente a él en modo barrera infranqueable.

—Hola, Justin —lo saluda Reese—. ¿Qué tal?

Pero Justin sigue sin moverse, con los brazos cruzados. Sabe que, con esa pose, se le marcan mucho más los bíceps. No parece importarle en absoluto que el ingeniero sea más alto que él.

—Bien, Reese —le responde con un evidente sarcasmo—. Pero estaré mejor cuando me digas, sinceramente, por qué te estás haciendo pasar por el novio de Gwen. ¿Qué quieres de ella?

—Oh, por favor, Justin. —Pongo los ojos en blanco al tiempo que lo aparto de la entrada—. Solo te ha faltado preguntarle por sus intenciones conmigo.

Reese está sonriendo, a pesar del numerito de mi amigo. Hoy ha prescindido de sus formales ropas, aunque ha combinado un pantalón vaquero con una camisa de vestir, blanca con rayas azules. Su cabello resplandece, como si hubiese atrapado todos los rayos de sol que entran por las ventanas y luego los fuera soltando poco a poco.

—Hola, Gwen —musita—. Qué bien te sienta ese color.

Está hablando de mi ropa, creo, pero sus ojos dorados están clavados en mi rostro. Un inesperado y suave aleteo acaricia mi estómago desde el interior cuando coge uno de mis rizos entre sus dedos, lo estira y lo suelta para que se vuelva a rizar.

—Gracias —respondo—. A ti te sienta bien… lo que llevas. Como todo… Quiero decir… que todo te sienta bien, siempre…

Sonrío con los dientes apretados. ¿Qué demonios estoy diciendo? Seguro que mi blusa se acaba de reflejar en mi cara, porque debo de tener el mismo color fucsia inundando mis mejillas.

—Gracias. —Ríe. Después se dirige a Justin—. En cuanto a tu pregunta, Justin, lo que quiero de Gwen es que me ayude a que mis amigos crean que tengo novia. Nada más. Y creo que puede salir bien porque nos estamos entendiendo bien; porque nos estamos haciendo amigos. —Me mira y yo asiento.

—Es cierto —asevero—. Somos dos amigos que nos estamos haciendo un favor. Como cuando tú me acompañas a las fiestas para que la gente crea que eres mi pareja —le aclaro a Justin.

—No es lo mismo —refunfuña él—. Nosotros nos conocemos desde los cinco años. A este tipo lo conoces desde hace… ¡Qué coño! ¡No lo conoces una mierda!

Reese, lejos de molestarse, se acerca a Justin y le posa la mano en el brazo.

—Te prometo que no hay ninguna intención oscura en lo que acordamos Gwen y yo —le dice en tono prudente—. Nunca le haría daño ni me aprovecharía de ella en ningún sentido.

No acaba de gustarme demasiado esa promesa. Más que por lo que implica, por la seguridad con que Reese anuncia que jamás tendría nada conmigo. Es como un recordatorio constante de que no le gusto en absoluto.

—¿En serio, Justin? —le digo, sin embargo, al tiempo que cruzo mis brazos en actitud beligerante—. Soy mayorcita, por favor…

—No te enfades —me calma Reese—. Entiendo perfectamente a tu amigo. Por lo que percibo, es como un hermano mayor que ya te ha cuidado otras veces. Yo haría lo mismo.

Unos ojos dorados buscan a otros verdes y parecen conectar. Yo pongo los míos en blanco. No dejan de ser dos tíos que se las dan de protectores conmigo. No es que me moleste parecer una damisela en apuros, ya lo he sido demasiadas veces, pero necesito empezar a valerme por mí misma.

—Vámonos, por favor —le pido a Reese, tirando de la manga de su camisa—. No me apetece en absoluto la dichosa barbacoa, pero, los malos tragos, cuanto antes, mejor.

* * *

Un tanto vacilante, me monto en el asiento del copiloto del coche deportivo que ha traído Reese. Él lo arranca y conduce a través del tráfico de Manhattan mientras yo trato de mirar al frente. Me siento una especie de intrusa ocupando un lugar tan personal como su coche.

En realidad, tampoco creo que sea tan personal. Seguro que aquí mismo, en este asiento, se han debido de montar un montón de mujeres más. Y no me importa. Nada. En serio.

—¿Quieres que ponga algo de música? —me pregunta tras el instante de silencio.

Con esa excusa, aprovecho para mirar en su dirección y observar su perfil, la postura de su cuerpo o el brazo con el que domina el volante. Se ha remangado la camisa y muestra la piel

morena y cubierta de vello dorado de su antebrazo. En cierto momento, gira un instante la cabeza y me pilla observándolo.

—¡Vale! —respondo con rapidez para disimular mi escrutinio.

—¿Cuál prefieres? —inquiere—. ¿De la tuya o de la mía?

—La que tú tengas estará bien —le digo.

Reese conecta el reproductor y, unos segundos después, el habitáculo se llena de las primeras notas de *Viva la vida*, de Coldplay.

—Has ido a lo seguro —comento sonriente—. ¿Quién no conoce este tema?

Reese sonríe mientras, de reojo, observo cómo mueve los labios, tarareando la canción, y cómo repiquetea con los dedos sobre el volante al mismo ritmo. Yo la tarareo en mi cabeza, puesto que cantar se me da tan mal que Reese me acabaría tirando del vehículo.

—¿Qué tal son Blake y Rachel como pareja? —le planteo pasado un instante—. ¿Se… quieren?

—Mucho —me contesta con ternura—. Se puede decir que se enamoraron al poco de conocerse, pero Blake fue un cabezota y Rachel tampoco se lo puso muy fácil. Ella era viuda y tenía un hijo pequeño. —Vuelve a componer una expresión dulce—. Jeremy me llama «tío Reese».

—Si su padre es como un hermano para ti, supongo que es normal, ¿no?

Él desvía un segundo la vista para mirarme.

—Sí, supongo que sí. —Eleva una de las comisuras de su boca, gesto que no soy incapaz de ignorar nunca por las suaves burbujas que se forman en mi estómago.

Tan ensimismada estoy en la conversación que tardo en reconocer lo que me rodea. No es que me conozca Nueva York al dedillo, pero juraría que no vamos en la dirección correcta. Forest Hills, el barrio donde me dijo Reese que vivía su amigo, ha quedado atrás hace rato. En su lugar, llegamos a otra zona igual de bonita y exclusiva, pero diferente. Diría que es Carroll Gardens, barrio conocido por sus preciosas casas adosadas de ladrillo rojo. Reese detiene el coche delante de una de ellas.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

—En mi casa —responde—. Vas a tener que hacer algo conmigo antes de hablar con mis amigos para que sea más creíble. —Me lanza una de sus sonrisas traviesas y se baja del deportivo.

Casi me atraganto con mi propia saliva mientras contemplo cómo sube los pocos peldaños que separan la acera de la puerta de entrada.

¿Qué acaba de sugerirme? ¿Que tengo que acostarme con él para meterme mejor en el papel?

Indignada, me apeo también, subo los escalones a toda velocidad y detengo el movimiento de Reese, que está introduciendo la llave en la cerradura.

—¿Qué significa lo que acabas de soltarme? —le espeto—. ¡En ningún momento hemos hablado de tener sexo para hacer esto más creíble!

—¿Sexo? —replica divertido—. ¿Quién ha hablado de tener sexo?

Parpadeo, confundida.

—Me refería a que conocieras un poco mi casa, tanto por fuera como por dentro —me señala—. Por si surge en la conversación y se nota que no tienes ni idea de dónde vivo.

¿Si cierro los ojos puedo desaparecer? Al menos, ¿que este hombre no vea mis mejillas ardientes?

Me temo que no.

—Perdona si te he dado a entender algo así —me dice mientras abre la puerta y me invita a pasar—. Jamás me aprovecharía de ese modo de ti ni de la situación, como ya le he dicho a Justin —subraya.

—No, claro que no, qué tontería —murmuro—. Ha sido un pensamiento absurdo.

He intentado que suene banal, pero creo que no he podido ocultar el rastro de furia de mis palabras.

«¡Ya sé que yo nunca te inspiraría ese tipo de atracción! —pienso—. ¡Y mucho menos deseo sexual! ¡No hace falta que me lo recalques!»

—Aprovecharé para coger una botella de vino —señala Reese mientras se adentra en la cocina—. Date una vuelta por la casa si quieres.

—Vale —respondo.

De momento, lo que diviso de la cocina es que es enorme, de madera y metal y con una impresionante isla en el centro. Me muero. Es una chulada. Aunque me deprima pensar que, en ese espacio, cabe la mitad del apartamento que comparto con mis amigos. ¿Qué habrá pensado él al verlo? Al ver las humildes escaleras de los siete pisos sin ascensor, al contemplar el diminuto salón, al percatarse de que las tres únicas sillas son diferentes porque las encontramos en distintos contenedores…

Sacudo la cabeza para no pensar en ello. Le hago caso a Reese y llevo a cabo un pequeño *tour* por la vivienda. Es ahora cuando soy consciente de lo que me rodea. El salón es inmenso; está lleno de sofás y muebles modernos de color negro. Al fondo, se levanta una gran cristalera que da a un jardín muy cuidado, con plantas y una pérgola con un par de tumbonas repletas de cojines. Aunque lo mejor es la gran chimenea de gas que ocupa una buena parte de la pared. Me hace transportarme a acogedores instantes en uno de los sofás, frente al fuego, mientras la lluvia acaricia los cristales de la terraza…

Más tarde, tras recorrer pasillos, habitaciones y baños, me detengo en el dormitorio principal, en la planta superior. Hipnotizada, me quedo en la puerta, mirando la grandiosa cama, donde mi mente comienza de nuevo a hacer de las suyas. Un cosquilleo inesperado me recorre la piel mientras imagino a dos personas desnudas entre esas sábanas, besándose, mirándose, tocándose. Y lo más perturbador es que puedo reconocer sus rostros: son el mío y el de Reese. Un peso ardiente se instala en mi vientre y me sube por la garganta, por donde sale en forma de un imperceptible gemido.

—¿Te ocurre algo?

Doy un respingo tan grande que el gemido se acaba convirtiendo en un grito que ha sonado como a película porno. Sí, las conozco bastante bien gracias a Justin.

—No, nada —jadeo—. Es… estaba mirando la decoración, los muebles… ¡Me ha encantado la chimenea!

—Sí, a mí también me gusta. —Reese sonríe al tiempo que me señala la escalera y me dirijo a ella con rapidez. Él me sigue con una botella de vino en una mano.

—Seguro que es un éxito entre las chicas que te traes a casa.

No sé por qué le suelto semejante idiotez. Es como si necesitase desahogar cierta rabia. No sé qué es lo que me enfurece, pero, después de ver la chimenea, la terraza o la gigantesca cama, en lo único en lo que puedo pensar es en visitas femeninas a esta casa. En montones de visitas. Algo que, por supuesto, no debería importarme un comino. No me importa. Nada.

Reese compone una sonrisa torcida.

—Sí, suele serlo, para qué lo voy a negar.

Ahí está otra vez. Un dolorcillo en el estómago que me provoca acidez.

—¿Y a la chica del restaurante no le importaba? —le pregunto con un retintín que no sé de dónde ha salido.

—La verdad es que no. Ella y yo teníamos una relación… abierta. Diría mejor, una aventura demasiado larga.

—¿Solo sexo?

—Solo sexo —asegura—. Y te has vuelto a sonrojar.

—Al mencionar el sexo —decimos los dos a la vez.

Ambos reímos.

—Perdona, no quería parecer una cotilla entrometida —me disculpo.

—No, no, está bien —me dice—. Es una forma de conocerme mejor. Te irá de perlas para meterte más en el papel.

Es difícil odiar a Reese, porque me parece un tío casi perfecto. Pero el «casi» debe de ser muy gordo, porque ahora mismo lo odio.

—Claro —suelto con cierta ironía—, por eso me has traído a tu casa. Sería impensable que no hubieses traído aquí a tu novia si te traes a todos tus ligues.

—¿Preferirías que las llevara a un hotel? —me pregunta con el ceño fruncido.

—¿Me estás pidiendo opinión? —Alzo una ceja al tiempo que nos metemos en el coche.

—Los amigos las piden. —Sonríe mientras arranca.

—Por supuesto —digo entre dientes.

Vale, no lo odio. Pero, en este momento, me cae como el culo.

Capítulo 17

GWEN

Lo primero que me llama la atención es lo bonita que es la casa del CEO. Es como una enorme cabaña de ladrillo en mitad del bosque de *La casita de chocolate*. Me río para mí misma al pensar que, en vez de bruja, en este cuento hay un ogro.

—Hola, parejita.

Es Noah quien nos abre la puerta de color rojo y nos invita a pasar con un gesto de su mano, con la que sujeta una lata de cerveza. Al igual que su amigo, ha cambiado el traje que viste a diario por unos vaqueros y una camisa, aunque, en el caso del chico de los ojos violeta, la prenda superior sea más sencilla y deje entrever la camiseta que lleva debajo. A pesar del cambio de vestimenta, sigue ofreciendo la misma imagen misteriosa y lúgubre, que, junto a su voz profunda, me hace pensar en los protagonistas de novelas románticas de fantasía. Aunque tengo bastante claro que su papel no sería el del chico bueno.

Noah le da un abrazo a Reese y luego me da otro a mí. Tengo que empezar a acostumbrarme o acabaré con una contractura muscular por la tensión.

Atravesamos la planta baja de la vivienda, que es una preciosidad, una antigua rectoría, según me ha explicado Reese, y llegamos al jardín trasero, donde me encuentro a un variado grupo de personas. Incluso hay un niño y una niña correteando por el césped.

Presiono la mano de Reese.

—No me habías dicho que habría tanta gente —le digo entre dientes.

—Son todos amigos —me tranquiliza—. Te caerán bien.

«¡¿Para qué quieres que me caigan bien?! —estoy a punto de gritarle—. ¡Si no soy tu novia de verdad!»

Sin embargo, compongo una sonrisa mientras Reese enlaza su mano con la mía y nos acercamos al grupo. La primera en dirigirse a nosotros es una mujer joven que lleva su larga cabellera negra recogida en dos trenzas de raíz. Lleva unos *shorts* vaqueros deshilachados y una sencilla camiseta. Sonríe tanto que sus bonitos ojos rasgados se iluminan de alegría.

—¡Por fin! —Le da un abrazo a Reese—. ¡Voy a conocer a tu novia!

Inspiro con fuerza para no ponerme roja al ser el centro de atención. No me gusta que tanta gente me mire, aunque, para mi sorpresa, la mujer que me abraza me contagia una inesperada calidez.

—Tú debes de ser Gwen —me dice con una luminosa sonrisa—. Encantada de conocerte. Yo

soy Rachel.

—Lo mismo digo, Rachel. —Sonrío—. He oído hablar tanto de ti que es como si ya te conociera.

—Espero que bien. —Rachel le dedica una tierna mirada a Reese, que le corresponde con una sonrisa igual de cómplice.

—Muy bien —respondo.

—Ven, te presentaré a nuestros amigos. —La chica me toma del brazo y me arrastra hasta el grupo, que conversa y bebe alrededor de una barbacoa humeante. En una situación normal, me habría dado hambre. En esta situación extraña, pensar en comida me cierra el estómago—. ¡Mirad! ¡Ella es Gwen, la superesperada novia de Reese!

—A mí ya me conoce —señala el CEO con una sonrisa. También va vestido de manera informal.

¡Sí, sabe sonreír! Debe de ser que dispone de varias personalidades que adopta según el entorno, una especie de camaleón emocional.

—Gracias de nuevo por la invitación, señor Sherrington —le digo.

El CEO alza una ceja. Me resulta imposible de creer, pero su rostro expresa diversión. Ahora mismo me parece mucho más guapo. Y más humano.

—Me es muy difícil llamarlo Blake —bufo—. ¡Soy una triste becaria, y usted, el jefe de los jefes!

Todos ríen.

—Ya te irás acostumbrando —me comenta Rachel—. A mí al principio también me impresionaba, pero le cogí rápido el tranquillo.

—Yo a ti nunca te he inspirado temor —le recuerda él.

—¿Quién ha hablado de temor? —se mofa ella—. Tú nunca me diste miedo, Blake Sherrington. Me inspiraste… otras cosas.

Miro hacia otro lado cuando la pareja se sonríe, cómplice, y se besa de forma dulce.

A continuación, Rachel me presenta a una mujer rubia, que es su madre. Logro entender, entre los nervios de conocer a tantas personas de golpe, que es escritora de novelas de suspense. Después se abalanza sobre mí una chica con el pelo corto teñido de naranja, que Rachel me ha presentado como Kelsie, su amiga y vecina.

—¡Encantada, Gwen! —suelta en mitad de un abrazo—. Él es mi marido, Paul. —Me muestra a un tipo con el pelo rapado y los brazos llenos de tatuajes que me da también un par de besos—. Y esa pequeña pelirroja es nuestra hija, Nicole.

Señala a la niña que corretea con el crío.

—Él es Jeremy —oigo decir a Sherrington con una voz tan suave que no parece ni suya—, nuestro hijo.

Los dos chiquillos me miran, ríen y salen corriendo.

—¡A mí ya me conoces! —exclama Abbey, la secretaria de Sherrington. Reese ya me ha

comentado que es amiga de Rachel.

—Sí —respondo en mitad del abrazo—. Hola, Abbey.

—¡Menudo revuelo se formó en la empresa cuando se corrió la noticia! —exclama entusiasmada—. ¡Una de las becarias era la novia del penúltimo soltero empedernido de Bell!

Noah hace una mueca. Y yo otra, al imaginarme semejante alboroto.

—Oh, perdona —añade la secretaria—. Él es mi marido, Nathan.

Un hombre rubio con los ojos azules me abraza también.

¿Qué es esto? ¿Un festival de testosterona? ¿Un desfile de hombres guapos? ¿Una prueba de fuego para mi capacidad nerviosa?

Reese se acerca, presiona mi mano y acerca su boca a mi oído.

—¿Estás bien? —me susurra.

Me giro para contestarle, aunque no había previsto que volvería a tener su rostro tan cerca. De nuevo, quedo atrapada en sus ojos felinos, que me miran con una mezcla de preocupación y desconcierto. Su nariz roza mi nariz y mis rizos se enredan con un mechón de su cabello.

—Sí, tranquilo —le susurro también.

—¡Dejaos de arrumacos! —exclama Rachel mientras tira de mi brazo—. ¡Te toca venir con las chicas!

Los próximos minutos los paso ayudando a colocar platos, vasos y cubiertos sobre la mesa que hay dispuesta a un lado del jardín, y, por supuesto, respondiendo a las preguntas de las mujeres. Como ya esperaba, Rachel me pregunta cómo nos conocimos Reese y yo. Cuando lo explico, ella y sus amigas lanzan un suspiro de lo más teatral.

—Qué romántico…

Nos sentamos después en unas cómodas sillas acolchadas, desde las que podemos observar a los hombres, que charlan y ríen alrededor de la barbacoa. La madre de Rachel nos ofrece un refresco a cada una y se marcha después al interior de la casa con la excusa de terminar de revisar unos capítulos de su nueva novela.

—Me alegro muchísimo de que nuestro Reese haya encontrado a alguien —señala Rachel.

—Todavía llevamos poco tiempo —respondo, algo nerviosa.

—Pero seguro que ha sido suficiente para que te des cuenta de lo especial que es, ¿verdad?

—Eso sí —musito mientras observo de reojo cómo Reese ríe y bromea con sus amigos—. Él… siempre tiene una sonrisa para mí, ya sea por diversión o por saber que está ahí, para apoyarme y ayudarme, pero sin restarme. Sabe cuándo lo necesito y cuándo me necesito a mí misma.

Suelto el aire que he estado conteniendo. Ni siquiera tengo muy claro lo que he dicho, pero me perturba que no haya tenido que inventar nada extraño o rocambolesco.

Rachel me mira con ternura.

—Veo que has sabido ver más allá de lo que aparenta.

—También es lo que aparenta. —Sonrío—. Es amable, divertido, generoso y…

—¿Muy guapo? —añade Kelsie.

Como no podía ser menos, me pongo roja.

—Sí —río, a pesar de mi rubor—, lo es. Es muy guapo.

—Sois la pareja del momento —señala Abbey—. Algunas te odian y te envidian, pero, tranquila, lo superarán —bromea.

—Me estaba fijando en lo bonito que es tu pelo —comenta de repente Kelsie al tiempo que remueve alguno de mis intrincados rizos.

—¿Mi pelo? —bufo—. Estoy tan harta de él que sueño cada noche que me despierto una mañana y se ha alisado de repente.

—¡Qué dices! —exclama la chica del pelo naranja—. Deberías saber que yo fui modelo durante más de una década, y, por mi experiencia, te digo que un pelo como el tuyo habría causado sensación. La gente está harta de ver melenas rubias lisas y brillantes, pero ¿rubias con el pelo tan rizado? Te da mucha personalidad, Gwen. Me encanta.

Contengo la emoción. Ya tengo a Ellie y a Justin para reforzar mi autoestima, pero ellos son mis amigos, me quieren. Sin embargo, Kelsie es una desconocida que acaba de ahorrarme un par de años de terapia.

—Gracias —le digo con los labios temblorosos.

—Hacéis una pareja preciosa —añade Rachel.

—Sabes que nadie esperaba que estuviera con una chica tan joven —comento en un arranque de sinceridad—. Tengo veinticuatro años y acabo de salir de la universidad, mientras que Reese…

—¿Y si te dijera —me interrumpe Rachel— que mi primer marido era veintidós años mayor que yo?

Cierro la boca de golpe.

—¿Veintidós? —repito, perpleja.

—Era mi profesor en la facultad. Nos queríamos mucho. —Sus ojos dorados se inundan de tristeza, aunque se recompone unos segundos después y nos lanza a todas una sonrisa deslumbrante—. Perdonad el intrusismo en la conversación, chicas, pero tengo que contaros algo muy novedoso.

Rachel introduce la mano en un bolsillo de sus tejanos cortos y extrae algo que se coloca rápidamente en un dedo. Todas flipamos al vernos deslumbradas por un anillo con un enorme diamante.

—¡Tachán! —exclama—. Blake me ha pedido que me case con él.

—¡La hostia! —suelta Kelsie—. ¿Dónde tengo las gafas de sol para aguantar semejante destello?

—¡Oh, Rachel! —grita Abbey—. ¿Cuándo te lo ha pedido? ¡Mi jefe y mi amiga se prometen y no me entero!

—Fue algo íntimo. —Rachel hace brillar sus ojos—. Por eso lo tenía guardado. Pero, desde

ahora, se quedará en mi dedo. No me lo pienso quitar ni para dormir.

Contra todo pronóstico, la mujer que yo creía rara por estar con Sherrington es muy normal. Una chica maravillosa, si tengo que ser sincera. Incluso teniendo en cuenta que piensa casarse con él.

—Deducimos que has aceptado —señala Kelsie con una sonrisa.

—Sí —responde Rachel con ensoñación. Dirige la mirada hacia su prometido y exhala un suspiro—. Nunca pensé que podría enamorarme de nuevo, mucho menos casarme una segunda vez. Pero tampoco imaginé que la vida me brindaría una nueva oportunidad de amar y de ser feliz. Es un privilegio y, como privilegiada, pienso aprovecharla.

A pesar del discurso emotivo, Rachel nos sorprende poniéndose en pie de un salto.

—¡Voy a enseñárselo a los chicos! —Ríe—. ¡Y a darle un beso en todos los morros a Blake ahora mismo!

Entre risas, observamos cómo Rachel se acerca a la barbacoa con la mano en alto. Todos sus amigos la abrazan, aunque me da la impresión de que el abrazo con Reese dura más que ninguno. Él, después de besarla, hunde el rostro entre sus trenzas y le dice algo al oído mientras la estrecha con fuerza entre sus brazos. Rachel le responde con otro beso y con una mirada que logra que sienta una pequeña punzada en el pecho. Por último, se acerca a su prometido y le planta un beso en la boca tan apasionado y ardiente que toda la concurrencia lanza gritos y silbidos.

—Qué a gusto me he quedado —nos dice Rachel cuando vuelve con nosotras.

—¡Ya lo hemos visto! —exclama Kelsie—. Pues, ¿sabes una cosa? Me han entrado unas ganas locas de besar a mi marido también. ¡Aunque llevemos cuatro años casados!

La chica pelirroja se levanta, se acerca al tipo de los tatuajes y se cuelga de su cuello para darle un beso largo y profundo. Más gritos. Más silbidos.

—Pues deberíais saber otra cosa —señala Abbey cuando Kelsie se sienta junto a nosotras—. Fui yo la que le pedí matrimonio a Nathan. Me arrodillé en su despacho con un anillo en la mano sin saber que una veintena de personas nos miraban desde la pantalla del ordenador.

—¿En serio? —exclamo—. ¿No sabías que os estaban mirando?

—¡No! —Ríe—. Y también quiero que sepáis que, aunque yo llevo casada con él quince años, mi marido todavía logra ponerme el estómago del revés con sus besos.

Abbey se levanta, se dirige hacia el rubio de ojos azules y se planta frente a él. Da la impresión de que se sienten solos, de la manera tan íntima que se miran, antes de darse un beso que nos deja a todos con la boca abierta. Creo que hasta un hilillo de baba me ha resbalado por el labio.

Cuando vuelve y se sienta, después de aguantar también el concierto de silbidos, me mira de una manera que, en un principio, me desconcierta.

—¿Qué ocurre? —pregunto, ingenua de mí.

—¡Que ahora te toca a ti! —exclama Rachel.

—¡Claro! —la secunda Kelsie—. Ya que todas hemos besado a nuestros chicos, no vas a

dejar a Reese solo y abandonado.

La verdad es que Reese está tan tranquilo, conversando y riendo de algo con Noah y Blake. O sea, que no tiene ni la más mínima idea de lo que estoy pasando ahora mismo: me muero de vergüenza, el corazón se me va a salir por la boca y tengo ganas de irme corriendo.

—Vamos, no seas tímida —me alienta Abbey—. Ya tendrás tiempo de aguantar las ganas cuando estés en Bell y mi jefe esté revoloteando por allí en calidad de CEO supremo. ¡Bésalo!

Me pongo en pie. Cojo aire y lo expulso. Vale, no pasa nada. Nadie va a morir por esto, ni siquiera va a enfermar. Solo es un beso. Y ya he besado a Reese. Con EL Beso. Aquella noche.

Las chicas me miran con tan sincero entusiasmo que no puedo hacer otra cosa que empezar a andar, un paso, después otro, hasta que llego a la altura de mi novio falso. Me está dando la espalda mientras habla con Paul, así que, para llamar su atención, solo se me ocurre clavarle un dedo en su hombro, dos veces. Toc, toc.

Reese se da la vuelta y me mira, expectante aunque sonriente.

—¿Qué sucede, Gwen?

Prefiero no pensar ni dejarlo pensar a él. Me pongo de puntillas, acerco mi rostro al de Reese y poso mi boca en la suya. ¡Yo! ¡Lo beso yo a él!

Y, de pronto, el mundo que me rodea desaparece. No veo a nadie, no oigo nada, no percibo ningún olor ni paladeo otro sabor que no sea la boca de Reese. Mis dedos se aferran con fuerza a su camisa y él entierra una mano entre mi pelo, a la altura de la nuca, para acercarme más a él. Exhalo un gemido cuando él inclina la cabeza a un lado para profundizar el beso y enreda su lengua en mi lengua. Sabe a cerveza, y nunca pensé que una lengua con ese sabor pudiese gustarme tanto. Ni siquiera intento apartarlo; ni siquiera trato de abreviar el beso. Mi mente y mi cuerpo, en perfecta armonía, solo aspiran a besar a Reese.

Hasta que, como una lluvia helada, unas voces masculinas nos sacan del trance.

—¡Vale, vale! —exclama Noah, creo—. ¡Menuda manera de darme envidia! ¡Tened piedad de mí, que estoy solo!

Yo parpadeo, Reese parpadea. Yo suelto su camisa y él suelta mi pelo. Yo respiro de forma agitada y Reese luce confuso. Parece despertar cuando Blake le da una palmada en la espalda.

—Si puede ser, esperad a comer primero —bromea el CEO. Su amigo le responde con una sonrisa, de esas que ponen los tíos para entenderse entre ellos—. Ya echaréis luego… la siesta.

No creo que ahora mismo esté roja. Mi cara debe de estar ardiendo, literalmente.

Sentada ya junto a las chicas, me giro un instante y me encuentro con la mirada de Reese. Soy yo la que la aparta primero, cuando esos rayos dorados se intensifican y me hacen pensar en cosas que una no debería estar pensando en mitad de un montón de gente.

Capítulo 18

GWEN

Nunca lo habría esperado, pero acabo pasándolo bien en la temida barbacoa. La comida ha estado genial y me he reído un montón con las locuras de Kelsie, apoyada por sus amigas, o con las batallitas que han explicado los tres amigos. No me ha quedado muy claro, pero intuyo que están así de unidos desde que eran unos críos por algo que ocurrió, aunque no sepa realmente qué pasó.

—¿Todavía no te ha contado Reese qué lo unió a Blake y a Noah? —me pregunta Rachel cuando la acompaño a por más bebida a la cocina.

—Pues… no —le digo, avergonzada por mi respuesta. Pienso en recriminarle a Reese que no me lo haya contado.

—Tranquila —me consuela Rachel—, no te enfades con él. Blake también tardó bastante en explicármelo. Es algo de lo que les cuesta hablar, pero no porque no seamos lo suficientemente importantes para ellos. Sufrieron mucho y prefieren tomarse con calma el volver a relatarlo. Además, yo también me tomé mi tiempo para contarle a él mis… problemas del pasado. Todos tenemos algún secreto, ¿no te parece?

—Yo creo que no todo lo que no hayamos contado de nuestro pasado se puede considerar un secreto —contesto—. Simplemente, hay cosas que es mejor dejarlas ahí, encerradas, porque no vale la pena sacarlas; porque con desenterrarlas no vamos a conseguir nada. Solo volver a sufrir.

—Ya… —Me mira con sus increíbles ojos, que me recuerdan al símbolo egipcio que aparecía grabado en sarcófagos dorados—. Aunque, si te digo la verdad, al menos por mi experiencia, compartir ese pasado con la persona que quieres lo hace menos duro, menos pesado, menos malo. Es como repartir el peso de una carga entre dos personas que se aman, que se importan.

Decido retroceder a la conversación inicial. Nos estamos poniendo demasiado intensas, y yo hace tiempo que elegí bajar el grado de intensidad de mi vida hasta dejarlo al mínimo.

—Me dijo que sus padres habían muerto hace años —le señalo tras el silencio creado—, pero nada más. ¿Está relacionado ese hecho con Blake y Noah?

—Mejor que te lo explique él. —Me sonríe y sale de la cocina.

* * *

Los primeros en marcharse son Abbey y su marido. Después los siguen Kelsie y su familia. El

resto seguimos en el jardín, aunque la madre de Rachel sostiene en su regazo a su nieto, que se ha dormido. El pequeño ha pasado tantas horas jugando con su amiga que ha acabado rendido en los brazos de su abuela.

—Rachel, cariño —comenta la mujer—. Voy a dejar a Jeremy en su cama y voy a marcharme a casa antes de que se haga más tarde.

—Genial, mamá, gracias. —La hija le da un abrazo y un beso a su madre, que la mira con orgullo y cariño. Siento una punzada en el pecho al verlas tan unidas, aunque ya ni siquiera me duele.

El último en desaparecer de la casa es Noah, por lo que, a mitad de la tarde, solo quedan los dueños, Reese y yo. Todavía estamos en el jardín, charlando junto a la piscina, cuando observamos pequeños círculos concéntricos sobre la superficie del agua. Miramos hacia el cielo, que, de estar azul, ha pasado a oscurecerse hasta parecer que es de noche. Pero son grandes nubarrones que, en cuestión de un minuto, comienzan a descargar una gran cantidad de lluvia aderezada con rayos y truenos.

—¡Vayamos dentro! —grita Rachel, a la que seguimos con rapidez hasta el interior de la casa.

Aunque solo han sido unos metros bajo la lluvia, los cuatro tenemos el cabello mojado y las ropas húmedas.

—Vamos a tener que marcharnos antes de que la cosa se ponga peor —me señala Reese mientras acepta la toalla con la que me he quitado un poco la humedad del pelo. Sus mechones dorados se han vuelto oscuros y se pegan a su frente, lo que, junto a su bonita sonrisa, le da un toque más juvenil y despreocupado que me acelera el corazón.

—No veo intención de que pare —comenta Blake al tiempo que abre unas cortinas y señala el exterior—. Llueve cada vez más fuerte y puede ser peligroso.

Esperamos algo más de una hora, en la que los hombres miran un partido en la televisión mientras nosotras charlamos de nuestros trabajos. Pero la tormenta no cesa.

—Pues no se hable más —decide Rachel—. Os quedáis a pasar aquí la noche.

Se me abren unos ojos como platos y miro a Reese, que ha detenido en seco su movimiento de apartar la cortina de la ventana.

—No… no es necesario —titubeo, desesperada por no parecer eso mismo, desesperada.

—Es cierto —me apoya Reese—. No nos va a pasar nada por un poco de agua…

—Vamos, tío —lo interrumpe Blake—, deja de poner excusas. Ya has dormido en más de una ocasión en esta casa, en una de las habitaciones de la planta de arriba. ¿Acaso ves algún problema en utilizar ese mismo dormitorio con Gwen?

La estancia se inunda durante unos segundos de un silencio pesado y cargante. Yo sigo mirando a Reese, que parece querer pensar con rapidez, mientras mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas.

¡Rábanos! Una cosa es hacerme pasar por la novia de Reese, cogerlo de la mano a la salida del trabajo o, como máximo soportable, tener que besarlo en público. Pero ¿compartir

habitación? ¿Toda la noche?

¡Ni hablar!

—Vale, nos quedamos —responde Reese con una sonrisa ante mi estupefacción.

¡¿Cómo?!

—Reese. —Intento que mi voz no suene alterada—. No creo que…

—¡Vamos, Gwen! —Rachel me interrumpe, aferrando mi brazo—. Te enseñaré el cuarto. Y no te preocupes por nada. Puedo dejarte lo que quieras. —Compone una expresión pícara—. Aunque me da la impresión de que Reese no le pedirá gran cosa a Blake. Sé de buena tinta que los dos duermen desnudos. ¡Qué tonta! —Ríe—. ¡Eso ya lo habrás comprobado tú por tu cuenta!

¡Madre de mi vida! ¡Mis mejillas se acaban de carbonizar!

—Aquí es —me indica Rachel tras subir la escalera y llegar a uno de los dormitorios con techos abuhardillados—. Hay cuatro habitaciones aquí arriba, que en principio ya han sido asignadas a las visitas. Una es para mi madre; otra, para Noah; otra, para cualquier emergencia, y esta, que es la de Reese.

—Es… muy bonita —balbuceo.

Sí, muy bonita. Sobre todo, con una bonita, gran y única cama.

—¡Rachel! —grita Blake desde la escalera—. ¡A Jeremy lo ha despertado la tormenta! ¡Ya sabes lo que toca!

—¡Voy! —Rachel suspira—. Hoy toca dormir los tres juntos. —Se encoge de hombros—. ¡Qué le vamos a hacer! —Ríe.

La chica se aleja por el pasillo y se cruza con Reese, que camina hasta la habitación, cierra la puerta detrás de él y se deja caer contra ella.

—Que no cunda el pánico…

—¿Qué pánico? —suelto con voz aguda—. No siento ningún pánico. ¡Esto mismo me ocurre todos los días! —suelto con evidente sarcasmo.

—¿Qué querías que hiciera? —me pregunta—. Si seguía insistiendo en que me parecía mejor tener un accidente que quedarnos aquí, iba a resultar sospechoso.

—¡Lo sé!

Me llevo las manos a la cabeza y trato de asimilarlo.

—Vale, vale, vale —murmuro—. Solo es una noche. Somos dos personas adultas y razonables que van a salir de este atolladero sin problema. —Miro a Reese con impaciencia—. ¿Qué diantres hacemos?

—Pues lo típico en estos casos —me dice resuelto mientras se acerca al armario.

—¿Lo típico? —bufo—. ¿Qué tiene esto de típico?

—¿No has visto nunca una de esas comedias románticas en las que un hombre y una mujer se ven forzados a compartir dormitorio?

Reese saca una almohada del armario y me la lanza. La cojo al vuelo.

—¿Acaso tú ves películas de esas? —Alzo una ceja.

—Alguna he visto por ahí…

Lo dice de una forma que me hace pensar en lo que esconde: que las ha visto en compañía de alguna mujer.

Mi primera reacción es cabrearme. No sé por qué, no lo analizo. Vale, sí, lo analizo, pero descubro que el motivo son celos. Unos celos absurdos, porque, como mucho, este hombre y yo solo podremos llegar a ser amigos. Y no es que me disguste la idea. Ser amiga de Reese Dawson me parece un privilegio. Si tengo que aceptar que entre nosotros es imposible que haya nada, descubrir que puede haber una amistad me consuela bastante.

Al final, resuelvo que me parece genial que seamos amigos y que lo único que nos falta es comportarnos como tales. Así que me tomo su comentario como si hubiese sido una de las muchas observaciones con las que me ilustra Justin cuando ha estado con alguien.

—No te cortes —le digo—. Aquí ya no tenemos que fingir. Puedes decir que has visto ese género de pelis en compañía femenina.

Tuerce el gesto.

—No me parecía apropiado que…

No lo dejo acabar. Con todas mis fuerzas, lanzo contra su cara la almohada que aún sostengo entre las manos. Él recibe el golpe y atrapa el objeto después.

—¿Acabas de tirarme una almohada a la cara? —me pregunta con incredulidad—. ¿Me has dado un almohadazo?

Mi respuesta es soltar una carcajada.

—¡Y menuda cara has puesto! —Me troncho de la risa—. ¡Hasta te he despeinado!

Mis risas se interrumpen cuando, sin previo aviso, noto el fuerte impacto en mi rostro. Otra almohada ha volado desde las manos de Reese hasta mi cara. Me quedo sin respiración.

—¡Te vas a enterar, memo!

Recojo la almohada del suelo y me tiro en tromba contra Reese para sacudirle una y otra vez.

—¿Memo? —me pregunta al tiempo que coge la otra almohada para defenderse—. ¿Por qué insultas como una mujer del siglo pasado?

Siento un «¡clic!» en mi cabeza, pero nada se enciende, puesto que estoy demasiado ocupada en defenderme de los golpes. Aunque no tanto como para no oír un par de toques en la puerta, antes de que se asome Rachel. Ambos nos quedamos congelados, con las manos aún en el aire sosteniendo las almohadas.

—Perdón —se disculpa Rachel—. Os traigo un par de camisetas y unos pantalones cortos, que, aunque sé que no los vais a necesitar para dormir, os pueden ser útiles para salir de la ducha o algo así. —Deja las prendas sobre una cómoda y antes de salir se vuelve para mirarnos—. ¿Estabais haciendo una pelea de almohadas? —Alza una ceja.

Reese y yo nos miramos y luego nos ponemos a reír.

—Cada cual se excita como puede —murmura con una sonrisilla antes de cerrar la puerta.

—Ay, Dios —bufo mientras me dejo caer en la cama—. Ahora Rachel pensará que somos un

par de raritos.

—¿Te importa lo que piense la prometida del imperturbable Blake Sherrington? —bromea mientras coloca las dos almohadas-proyectil sobre la cama, como una barrera que la parte por la mitad, a lo largo, para formar una trinchera a cada lado.

—Es maja —le digo antes de fruncir el ceño—. ¿Qué haces?

—Lo vi en una de esas películas que suelo ver con mis amantes —me suelta en tono jocoso —. Colocaban mantas y cojines para crear dos zonas diferenciadas en la cama.

—Perdona —contesto con los brazos en jarras—, pero yo también he visto películas de esas.

—¿En serio?

—Le encantan a Ellie —me defiendo—. El caso es que no es eso lo que suelen hacer los protagonistas. En esas pelis, el chico tira una manta y se acuesta en el suelo.

—Uf —bufa de modo teatral—, yo no puedo hacer eso. —Se lleva una mano a la zona lumbar —. Soy muy mayor para dormir en el suelo. Puedo acabar con una lesión crónica de espalda.

—Qué tonto eres. —Río—. Menuda pinta tienes de anciano. Solo te falta el bastón.

—¿Todavía soy lo suficientemente joven y atractivo como para ligarme a una universitaria de veinticuatro? —bromea.

Parpadeo, perpleja.

—Tranquila, es coña. —Sonríe—. Deja de pensar que tengo oscuras intenciones contigo. —Coge uno de los pijamas y me lo lanza—. Puedes cambiarte tú primera en el cuarto de baño. Creo recordar que en el mueble hay cepillos de dientes nuevos.

Le hago caso y me encierro en el lavabo. Siento alivio cuando compruebo que el pijama, a pesar de ser de chica, es bastante tapado. La expresión traviesa de Rachel me había hecho pensar en un picardías con encaje y transparencias. Pero no. Solo es una camiseta de tirantes amarilla con el dibujo de una margarita en el centro. El pantalón es demasiado corto para mis piernas kilométricas, pero, si me tapa el trasero, no puedo pedir más.

Mientras me lavo los dientes observo mi reflejo. Mi cabeza es un remolino de rizos y pequeños tirabuzones rubios desparramados por doquier. Soy un cromo ahora mismo, pero me encojo de hombros. Me da igual. No tengo que gustar, enamorar o seducir al hombre que hay al otro lado de la puerta y que va a compartir la cama conmigo…

Ay, Dios…

Me enjuago la boca y salgo al dormitorio. Reese me espera con el otro pijama en las manos. Pasa por mi lado, sin apenas mirarme. No sé si es por pudor o porque tengo poco interesante que mirar. Apuesto por lo segundo.

Mientras él utiliza el baño, me tumbo sobre un lado de la cama. Elijo el de la derecha. Agradezco que sea una cama de tamaño extragrande, porque, de lo contrario, sentiría una pizca de claustrofobia con la barrera de almohadas que se yergue junto a mi costado izquierdo. La verdad es que no veo el otro lado, así que me parece que ha sido una buena idea.

Cuando Reese sale, decido mirar hacia el techo, aunque lo he decidido un poco tarde y lo he

visto en pijama. Es una prenda bastante normal, con una camiseta negra de manga corta y un pantalón corto gris. Por eso, no me parece lógico que mi cuerpo se agite de esta manera. ¿Qué diablos me pasa? ¿Desde cuándo unos brazos y unas piernas de hombre me parecen tan excitantes?

—Espero no molestarte esta noche —refunfuña mientras se dirige al lado que le he dejado libre—. Voy a estar rascándome todo el rato.

—¿Por qué? —le pregunto al tiempo que percibo su peso al otro lado del muro.

—Porque no estoy acostumbrado a dormir con tanta ropa —gruñe.

Esto de la barrera va bien. Me da menos vergüenza hablar de temas que, cara a cara, me harían enrojecer y hasta tartamudear.

—Oh, sí, ya me ha contado Rachel —comento sonriente—. Ya sé que su novio y tú dormís en cueros.

—Es muy cómodo —vuelve a rezongar—. Lo único que hace la tela es rozar y fastidiar por todas partes.

—Pues quítatela —le digo.

—¿La ropa? —me pregunta con jocosidad.

—Me refiero a la camiseta, no a todo —bufo—. Total, ya has visto que, con este parapeto, no nos vemos ni los dedos de los pies.

—Te los he visto cuando has salido del baño. —Noto la diversión en su voz—. Llevas las uñas pintadas de colores, como llevabas también antes las de las manos. Al menos, en nuestro encuentro en el restaurante. Supongo que ahora las llevas pintadas de rosa pálido por si los colorines no gustan en Bell, ¿no?

—Qué observador. —Sonrío mientras alzo una pierna para que contemple el pie—. Has acertado —le confieso—. Decidí que no pegarían nada esos esmaltes chillones en mis manos, pero me dejé así las uñas de los pies porque no los voy a enseñar. —Muevo los dedos—. Me gusta verlos cuando me descalzo. Ya te dije que me gustaban los colores, porque…

—Porque el mundo ya es lo suficientemente oscuro, descolorido y gris —termina por mí.

Río.

—Cambiaste el color de las uñas de tus manos y te quitaste el *piercing* —añade—. Creo que no necesitabas desprenderte tanto de tu esencia para acceder a Bell.

—No sé… —titubeo.

—Además, te quedaba muy bien —musita.

Mientras trago saliva, percibo un leve movimiento al otro lado y, después, oigo un suave roce contra el suelo.

—¿Te has quitado la camiseta? —le pregunto.

—Sí.

—¿Te sientes mejor? —Trato de no imaginarme su torso desnudo.

—Un poco, pero no del todo —responde—. El pantalón también me molesta.

—Ni se te ocurra quitártelo —le advierto, alarmada. Si imaginarme su pecho me ha acalorado, imaginarlo completamente a pelo consigue que algo me queme por dentro, como si alguien hubiese encendido una hoguera dentro de mi cuerpo.

—Ya lo sé —gruñe—. ¿Y tú? ¿Estás cómoda?

—Yo suelo dormir con camisetas, así que, sí, estoy bien. Puedes apagar la luz.

Vuelvo a percibir un leve movimiento antes de que la habitación se quede a oscuras. A través de la ventana, un rayo ilumina la noche, pero no me incomoda. Siempre me ha gustado la lluvia, oír llover, el olor a tierra mojada. Se suele decir que la lluvia pone tristes a las personas, pero a mí me relaja, me sosiega, me sana. Como si, de alguna forma, sintiera que las gotas se llevaran consigo las sombras que todavía anidan en mí.

—No he visto nada en el mueble del baño —me dice Reese mientras mi cuerpo se va relajando.

—¿A qué te refieres?

—¿No usabas lentillas?

—Sí —respondo, confusa—, las usaba. Me operé hace unos meses. Adiós a los botes de líquidos, a las gafas y a no ver por las mañanas. ¿Cómo lo sabes?

—No sé. Supongo que lo habrás mencionado en algún momento.

No lo recuerdo, pero podría ser.

—Me decidí después de pasarme algo bastante desagradable —le explico—. Una noche tuve que echarle la bronca a un tipo y la cosa perdió seriedad cuando me presenté con las gafas rotas.

—¿Por qué llevabas gafas y por qué estaban rotas?

—A veces, por vagancia, me dejaba las gafas para estar por casa —le sigo narrando—. Aquella noche tuve que salir tan rápido que no tuve tiempo de ponerme las lentillas. Luego, me vi obligada a atravesar una aglomeración de gente y, de un golpe, acabaron en el suelo. Yo misma las pisé.

—¿Y por qué ese suceso te animó a operarte?

—Por la vergüenza que pasé —gruño—. Me equivoqué de tío al que echarle la bronca.

—¿En serio? —Ríe—. Seguro que ha quedado traumatizado.

—No me digas eso. —Me tapo la cara con las manos.

—Sobre todo cuando le soltaras que era un memo, un mentecato o cualquier otro insulto de la primera mitad del siglo XX.

—Muy gracioso —bufo.

Es extraño recordar aquel episodio. Todavía me avergüenza pensar en lo que pasó, pero no solo por haberme equivocado de tío —eso es lo peor—, sino por lo que aquel desconocido sin rostro me hizo sentir.

—Perdona —vuelvo a hablar—. Seguro que estás haciendo un esfuerzo por no dormirte mientras te cuento mis tonterías.

—No son tonterías, Gwen —musita—. Y no me aburres, te lo aseguro.

Me quedo sin palabras. Una especie de nudo se ha instalado en mi garganta.
—Buenas noches, Reese —susurro.
—Buenas noches, Gwen —responde.

Capítulo 19

GWEN

Sigo teniendo sueño, pero los ojos se me abren. Es como si mi cuerpo supiese que no está tumbado sobre la cama de siempre y la extrañara, a pesar de que este colchón sea bastante más cómodo que el mío. En mi cama debe de haber dormido tanta gente y durante tanto tiempo que el relleno del colchón ha desaparecido.

Entrecierro los párpados para dirigir la vista a la ventana, por la que comienzan a entrar los primeros rayos de sol de la mañana. La tormenta ha dado paso a la calma y a un soleado día de primavera. Después, contemplo la sombra que se cierne a mi lado.

A decir verdad, no ha sido demasiado cómodo dormir en un espacio delimitado por una barrera de almohadas, que, por cierto, siguen intactas. Está claro que los dos hemos respetado el espacio del otro.

¿Se habrá despertado Reese? No oigo nada. Quizá se haya levantado ya. O respira de forma silenciosa. O ronca como una morsa pero el muro instalado entre nosotros ha sido capaz de insonorizar el espacio.

Con cuidado, me apoyo en un codo para incorporarme un poco. Despacio, voy subiendo la cabeza hasta que supero el obstáculo y compruebo que Reese sigue en la cama, dormido y…

¡Madre mía!

Vuelvo a dejarme caer en mi sitio, tras la barrera. El corazón se me ha acelerado de la impresión al ver tanta piel desnuda. No solo por ser piel, sino porque es la piel de Reese. Mucha piel.

Con el mismo cuidado de antes, repito el movimiento para volver a mirar. No estoy segura de que esté dormido y tengo que comprobarlo. Solo por eso necesito mirar.

Me asomo de nuevo, y esta vez me quedo quieta. Una inesperada calidez se adueña de mi estómago cuando contemplo el rostro relajado de Reese, apoyado de lado en la almohada. Los mechones castaños de su cabello, normalmente bien peinados, se arremolinan sobre su frente, su oreja y la nuca.

Bajo la mirada y me encuentro con su garganta, su tórax, que sube y baja despacio, y su estómago plano y firme. Sigo bajando. Paso con rapidez por encima de los pantalones cortos y me encuentro con sus piernas, tan largas y musculosas como sus brazos.

Trago saliva. Cuando está vestido, el cuerpo de Reese no parece que sea tan fuerte y fibroso. Es un cuerpo hermoso, cuya visión me produce una extraña languidez, una sensación tibia y

placentera. Aunque la cosa cambia cuando vuelvo a subir la mirada.

Lo siento, no he podido evitarlo. Soy curiosa, aunque me siento un poco *voyeur* cuando me centro en la zona de los pantalones cortos. Una línea de vello dorado baja desde el ombligo y se oculta bajo la cinturilla de la prenda. Vuelvo a tragar con dificultad. La tela se ciñe sobre el bulto de lo que esconde debajo y, ahora sí, la languidez se convierte en algo más pesado, más oscuro, más vibrante. Siento un hormigueo en los pechos y un tirón entre las piernas. Me obligo a cerrarlas.

Ay, madre… ¿Es esto lo que tanto le pasa a la gente y que a mí no me pasaba nunca? ¿Me estoy excitando? ¿Estoy mirando a un tío medio desnudo y me estoy poniendo cachonda?

Aparto la mirada, pero no cambio mi postura. Me muerdo el labio inferior. Deseo tanto mirar…

Y lo hago. Miro a Reese. Y me descubro sintiendo un cosquilleo insoportable en los dedos por el ansia de tocar toda esa piel. Después, la misma sensación inunda mi boca, pues imagino mis labios sobre la zona donde le late el pulso, sobre su pecho y su estómago. Puedo paladear el sabor salado de su piel cuando imagino mi lengua sobre la línea de vello que parte del ombligo, justo antes de apartar el elástico del pantalón y seguir lamiendo la dureza que esconde…

Dios… Me estoy quedando sin aire y el corazón me late con fuerza en el pecho. Siento mi piel caliente y una honda presión en el bajo vientre. Boqueando como un pez fuera del agua, alzo la vista… y me encuentro con los ojos felinos de Reese.

«¡Joder, mierda, rayos y rábanos!»

Me aparto con rapidez y me tiro de nuevo sobre mi almohada. Los latidos me rebotan en los oídos. ¿Me habrá visto babear mientras lo contemplaba a traición? ¡Jolines! ¡Eso está mal! ¡No se puede mirar a la gente mientras duerme!

—¿Gwen? —me pregunta con voz pastosa.

—¿Sí? —balbuceo.

—¿Estás despierta?

—A… acabo de despertarme.

—Ah, vale. —Emite un suspiro—. Me había parecido verte, pero he debido de soñarlo. Te aviso de que voy a levantarme.

—Vale —digo con rapidez.

Percibo el movimiento del colchón y después fijo mi vista en la bonita lámpara circular que cuelga del techo.

—Voy a darme una ducha —murmura antes de encerrarse en el baño.

Deshago la rigidez que se ha apoderado de mis músculos y me pongo en pie con celeridad. Lo primero que hago es sacar las almohadas-barrera de la cama y guardarlas de nuevo en el armario. Remuevo un poco las sábanas, como si Reese y yo hubiésemos dormido juntos de verdad.

¡Rábanos! Otra vez esa sensación en la barriga…

Doy un respingo cuando siento un par de golpes en la puerta.

—Buenos días —me saluda Rachel en voz baja después de que le haya abierto. Lleva un vestido floreado y el pelo recogido en una coleta. Está muy guapa—. Solo venía a deciros que estamos preparando algo de desayuno, por si queréis bajar. ¿Estáis despiertos los dos?

—Sí, sí —aseguro—. Reese se está dando una ducha.

Rachel lanza un bufido.

—¿En serio?

Entra en la habitación y entreabre la puerta que tiene a su derecha. Alarmada, contemplo de reojo la silueta de Reese tras la mampara de cristal, bajo el chorro de la ducha.

—¿Acaso no hacéis como nosotros? —Coloca los brazos en las caderas—. ¡Hay que ahorrar agua, por el amor de Dios! ¿Por qué no os estáis duchando juntos?

Se me abren unos ojos como platos.

—Pues…

—Vamos, vamos —me dice mientras me empuja hacia el baño—. Métete ahora mismo en la ducha con él. Ahorraremos agua y tiempo. —Compone una expresión traviesa—. Bueno, lo del tiempo es cosa vuestra.

Me guiña un ojo y se va. ¡Se va! Mientras yo estoy plantada en mitad del baño, justo delante de la ducha. Solo pienso en cerrar los ojos, darme la vuelta y salir de aquí pitando, pero, entre que lo pienso y lo hago, me da tiempo a contemplar el cuerpo desnudo de Reese. Ha alzado los brazos para aclararse el pelo, por lo que la espuma baja por sus hombros, su espalda, su trasero. Si hermoso es su cuerpo por delante, por detrás parece una grácil pantera, esbelto, fuerte, poderoso. Es perfecto.

Y, entonces, se da la vuelta. Y yo sigo en el mismo lugar, sin moverme, como si me hubiesen lanzado un dardo envenenado con algún tipo de paralizante muscular. Mis ojos se detienen en su rostro, inmóvil, mientras las gotas resbalan por él.

«No sigas mirando. No sigas bajando…»

Es un acto reflejo. ¡No se puede controlar! Mis ojos repasan todo su cuerpo mojado y se detienen ahí. ¡Sí, ahí! Observo hipnotizada cómo su miembro se yergue, aumenta de tamaño y cobra vida. El rostro entero me arde.

Un instante después, salgo corriendo del baño y cierro de un portazo.

¿Qué diantres acaba de pasar ahí dentro?

Inquieta, recorro el dormitorio arriba y abajo, mordiéndome la uña del dedo índice. Tengo que escupir el trozo de esmalte rosa que me ha saltado con los dientes.

—Puedes ducharte tú si quieres. —Me sobresalta la voz de Reese.

—Ah, sí, claro —titubeo sin mirarlo mientras cojo mi ropa y avanzo hasta el baño, observando las vetas de la madera del suelo. Me detengo cuando la mano de Reese se cierne alrededor de mi brazo.

—Gwen, espera —me pide—. Lo que ha pasado hace un momento…

—Lo siento, lo siento —me apresuro a decirle—. Rachel ha venido a avisarnos para

desayunar, le he dicho que estabas en la ducha y prácticamente me ha empujado hacia el baño con el argumento del ahorro del agua y…

—No me refería a eso —susurra.

Me atrevo a mirarlo. Tiene el cabello mojado y se ha vuelto a poner la ropa de ayer, aunque la camisa todavía está abierta. Algunas gotitas resbalan de su pelo hasta su cuello. Es tan guapo que me duele un poco el pecho al mirarlo. Parece… ¿avergonzado?

—Oh, tranquilo, no pasa nada —lo disculpo—. Vivo con Justin, ¿recuerdas? Estoy acostumbrada a sus… reacciones mañaneras. Sé que es algo instintivo, físico. No tiene importancia.

Reese suelta mi brazo, mirándome con una profundidad que nunca había atisbado en él.

—Sí, claro —musita—. Es solo por eso. Lo siento.

—Deja de disculparte por algo que no puedes controlar —le digo sonriente al tiempo que entro en el baño y cierro detrás de mí.

Me apoyo en la puerta y suelto el aire. Ha estado bien que corrobore mi explicación. No me molesta. ¿Por qué me iba a molestar que yo no tuviera nada que ver con su erección?

* * *

Me temo que nunca voy a poder mirar a Sherrington con los mismos ojos, puesto que el desayuno junto a él, Rachel y Jeremy no puede ser más divertido. La pareja no ha dejado de lanzarse miradas cómplices, sonrisas tiernas y bocados de gofres. Mientras tanto, el pequeño se ha organizado él mismo su propio desayuno. Ha colocado en su plato un revoltijo de tortitas, gofres, plátano y sirope que no sabes si te provoca hambre o arcadas.

—¡Dame el chocolate, tío Reese! —reclama el niño.

—Por supuesto. —El aludido le sonríe con el bote en la mano—. Ahí falta un poco de chocolate para que esté comestible.

—¿Quieres? —me pregunta a mí al tiempo que me ofrece lo que acaba de pinchar con el tenedor y que no sé qué es.

—¿De verdad me lo puedo comer? —le pregunto.

—Sí, de verdad —asegura Jeremy con solemnidad.

Abro la boca y dejo que deposite todo el contenido del tenedor. Mastico mientras voy paladeando la variedad de sabores. Los tres adultos me miran atónitos mientras el crío lo hace con expectación.

—Hum —murmuro—, está delicioso, Jeremy. Aunque yo le echaría un poco más de sirope de fresa.

—¡Vale! —exclama el pequeño antes de apretar con fuerza el recipiente e inundar lo que queda en el plato con un chorro carmesí.

Sus padres ríen. Reese también lo hace, aunque de una manera un tanto extraña. Me está

mirando con una especie de agradecimiento en los ojos.

Una vez nos despedimos y nos montamos en el coche, Reese corrobora mi pensamiento.

—Gracias por todo, Gwen —me dice mientras recorre las calles arboladas de Forest Hills—. Sobre todo, por esa decisión crucial de aceptar el bocado de Jeremy. —Compone una mueca.

—Creo que hay comidas procesadas y precocinadas que llevan ingredientes mucho peores —comento sonriente—. O, en todo caso, es lo que he pensado para atreverme a comérmelo.

Reímos los dos.

—Has actuado con valentía —me asegura tras las risas—. Eres una chica valiente, Gwen.

—Para nada. —Río con una pizca de amargura.

—Mira lo que has logrado —sostiene—. Has conseguido un pequeño paso hacia lo que llevas años deseando. No es fácil que Bell Technology te elija de entre cientos de candidatos. Y ni siquiera has tenido ayuda o una familia que te respalde. Lo has logrado tú sola, con tu esfuerzo, a pesar de estar convencida de no encajar. Claro que eres valiente, Gwen Sharp. Y claro que encajas. Al menos, en el mundo en el que yo estoy.

Aspiro con fuerza. Nunca me había visto así, como me describe Reese. Lo único que yo podía ver era la inseguridad, la timidez, el miedo. También he visto muchas lágrimas, las que yo misma derramaba cuando pensaba en mi familia antes de… todo. Aunque estoy segura de que las lágrimas también fortalecen. No por lo que te puedan ayudar a desahogarte, sino porque, cada vez que las derramas, piensas que esa será la última vez que lo hagas.

—Y sé tú misma, Gwen —prosigue—. Eres color en un mundo bastante gris. Deja de disculparte por ser como eres y, simplemente, sé.

—Gracias —musito, sin apenas entender que alguien que es prácticamente un desconocido haya sabido qué tecla tocar en mí para hacerme sentir más valiosa.

Reese vuelve a conectar su música al coche y me parece bien. Creo que, incluso, me gusta más su repertorio que el mío. Debo de ser una «viejoven», como dice Ellie. Todavía suena *Human*, de The Killers, cuando llegamos al edificio en el que vivo.

—No sé si nos veremos mañana —me informa Reese—. Quizá tampoco pueda mucho el resto de la semana. Tengo un montón de reuniones y visitas que…

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor —bufo—. Como si tuvieras que darme explicaciones…

Frunce el ceño.

—No me importa dártelas —me dice—. No soy tan reservado. El aire misterioso y melancólico está patentado por Noah. —Sonríe.

—Entonces —abro la portezuela del deportivo—, ya nos veremos o nos enviaremos algún mensaje. La experiencia me ha enseñado que muchas parejas no necesitan verse ni comunicarse todo el tiempo. A algunos les agobia.

—¿La experiencia? —Alza las cejas.

—Tengo un montón, tú qué te has creído —le suelto con un toque de engreimiento—. Vivo

hace años con Justin, que ha salido con tantas personas que sería imposible contabilizarlas. Y con Ellie, que es incapaz de estar más de un mes sin novio. ¡Ah!, y también están las comedias románticas, fuente inagotable de conocimiento.

—Las comedias, por supuesto. —Sonríe.

—En fin, ya nos veremos.

Salgo del vehículo y cierro la puerta, aunque la ventanilla se baja un instante después. Reese se inclina para hablarme.

—Creo que yo no me agobiaría —me revela.

El cristal vuelve a subir y el coche se aleja de mí.

* * *

Me desparramo en el sofá del salón en cuanto subo los siete pisos y entro en el apartamento. Ellie ya me ha comunicado que está pasando el fin de semana en casa de Troy y Justin ha avisado de que no lo esperemos. Como tantos sábados por la noche, ha ligado en la discoteca en la que trabaja como portero. Pocos son capaces de resistirse a su traje negro, su pinganillo en la oreja y su mezcla de autoridad y picardía. Les envío un mensaje a ambos resumiéndoles mi estancia en casa de Sherrington, así me ahorraré unas cuantas preguntas.

Con la ayuda de mis pies, me quito las deportivas y las dejo caer al suelo antes de tumbarme y de cerrar los ojos, los cuales vuelvo a abrir cuando oigo algo semejante a un lamento. Qué raro. Las paredes del bloque están hechas de cartón y se oye todo, pero juraría que lo que sea ha sonado dentro del piso. Me pongo en pie y, descalza y con cuidado, camino siguiendo el origen del sonido, que me lleva hasta la puerta de la habitación de Justin. No está cerrada del todo, por lo que me asomo por la rendija, que me deja suficiente espacio para ver lo que está sucediendo en el dormitorio.

Contengo el aliento cuando contemplo a mi amigo, que está desnudo, sentado en el filo de la cama. Tiene los ojos cerrados y su expresión es de puro placer. Otro chico, también desnudo, está arrodillado en el suelo mientras besa los muslos de Justin. A continuación, aferra el miembro de mi amigo y se lo lleva a la boca. Justin inclina la cabeza hacia atrás y lanza un gemido al tiempo que agarra el pelo del chico y mueve sus caderas.

Me quedo sin respiración y junto mis piernas cuando una punzada ardiente atraviesa mi sexo. El corazón me late a un ritmo vertiginoso, pero soy incapaz de apartar la vista de la boca del desconocido, que engulle con fruición el miembro masculino. El rostro de Justin se contrae cada vez más, sus caderas se mueven más rápido y sus manos aferran con más fuerza la cabellera castaña de su amante, que lanza sonidos guturales mientras utiliza la lengua y los labios. Por la tensión del cuerpo de mi amigo, puedo deducir que está a punto de alcanzar el clímax, por lo que, en un último momento de lucidez, me aparto de la puerta y corro hacia el baño.

Estoy resollando cuando me contemplo en el espejo mientras apoyo las manos en el borde del

lavabo. Mi rostro está sonrojado y sudoroso y mi corazón todavía late acelerado.

¿Qué demonios me pasa últimamente? Mejor dicho, ¿qué me pasa hoy? Porque solo hace unas horas que me he despertado y ya van dos veces que me comporto como una mirona, las mismas veces que me he excitado como nunca me había pasado. No es la primera vez que veo a un tío en pantalón corto. Tampoco es la primera vez que veo a Justin en la cama con otra persona. Lo he visto tanto con chicos como con chicas, pero siempre me he limitado a cerrar la puerta y a seguir con lo que estuviera haciendo.

Hasta ahora.

¿Qué es lo que ha cambiado?

Que es la primera vez que he deseado ser yo la que estuviese haciendo esas cosas.

—Oh, perdona. No sabía que hubiera alguien en el apartamento.

Suelto un jadeo cuando me giro hacia la puerta del baño, que, indudablemente, no he cerrado. Desde el vano me mira un chico con el pelo castaño ondulado, los ojos azules y una bonita y blanca sonrisa. Solo lleva encima unos calzoncillos blancos. Me sonrojo, como no puede ser de otro modo. Solo hace unos minutos que he visto a este tío desnudo y chupándosela a Justin.

—Ya-ya es-estoy —tartamudeo—, puedes pasar.

—Gracias —me responde sonriente.

Salgo al salón y me encuentro a Justin, también en calzoncillos, sacando una cerveza de la nevera.

—Ah, hola, Ricitos —me saluda mientras destapa la botella—. No sabía que estuvieras ya en casa. ¿Cómo ha ido? Dime que ese tío no ha aprovechado la tormenta para meterse contigo en la cama, porque te juro que…

De repente, me pongo a reír. Pero mucho y fuerte y con muchas ganas.

—Madre mía, Justin —sigo riendo—. ¿Te imaginas lo autoritario que te ves ahora mismo?

—¿A qué te refieres…?

Él mismo se mira y, cuando se ve en ropa interior y con la cerveza en la mano, también se echa a reír.

—¡Acabo de ver cómo te la chupaba un tío! —le suelto entre carcajadas—. ¡Menudo ejemplo!

—¿Me has visto? —Compone una sonrisa torcida.

—Lo siento, te lo juro —sigo riendo—. Pero, luego, tu amigo se ha presentado en el baño y casi me muero de la vergüenza y…

—Anda, ven aquí. —Justin suelta el botellín, me rodea con sus brazos y besa mi pelo—. Me gusta verte reír tanto —murmura antes de mirarme—. Te veo muy contenta. —Frunce el ceño—. ¿Seguro que no has echado un polvo con el ingeniero?

—¡No! —Río al tiempo que le doy un puñetazo en el estómago—. ¿Tienes que estar todo el tiempo pensando en lo mismo?

—No sé. —Se toca el mentón, rasposo ya a estas horas—. Te veo algo distinto. Estás como sofocada. ¿Te has tocado mientras nos mirabas?

Le doy un empujón y lo aparto de mí.

—Eres un pervertido —me quejo, con los ojos en blanco.

En este momento veo salir al chico de la habitación, ya vestido. Se acerca a Justin y le da un beso en los labios.

—Cuando quieras, repetimos —le dice.

—Ya te llamaré —le contesta Justin.

El desconocido luego se dirige a mí, me da un beso en la mejilla y me sonríe.

—Si te ha gustado, la próxima también puedes volver a mirar. No me importa. —Me guiña un ojo y desaparece del piso.

Mis mejillas arden.

—No lo vas a volver a llamar —le digo a mi amigo tras el sofoco.

—No. —Se encoge de hombros.

—Algún día te enamorarás y lo pasarás fatal —le advierto.

—Por eso aprovecho el momento hasta que llegue el día —me aclara—. Pero no nos desviemos del tema. Dime qué te pasa de verdad, Gwen.

—Que creo que ha llegado el momento —le confieso. Suspiro y me dejo caer en el sofá. Se me clava algo duro en el trasero y hago una mueca.

—¿Te refieres al sexo? —me pregunta, apoyado en la encimera de la diminuta cocina americana.

—¡Sí! —rezongo mientras me tapo las mejillas con las manos para aplacar el ardor. Espero que Justin me eche el típico sermón de hermano mayor, pero lo que obtengo de él me deja perpleja.

—La verdad es que ya era hora, Ricitos —me suelta.

Le lanzo un cojín del sofá que le rebota en las piernas.

—¿Qué esperabas que te dijera? —Ríe—. ¡Tienes veinticuatro años y no has echado un polvo en condiciones todavía!

—¿A qué venía entonces tanta sobreprotección con Reese? —le pregunto, ofuscada.

—Porque es un desconocido. —Se encoge de hombros.

—¿No acabas de acostarte tú con un desconocido?

—Pero yo… soy yo —bufa—. Tú eres demasiado inocente, Gwen…

—¡Pues ya va siendo hora de dejar de serlo! —espeto—. Al menos, un poco.

—Que estás cachonda, vamos —se mofa Justin.

—¿Quién está cachonda?

Ellie, que acaba de llegar, suelta las llaves sobre la mesa y se tira a mi lado en el sofá.

—¿Acabas de entrar y ya has pillado parte de la conversación? —gruño.

—Si no hay música a todo volumen y nadie grita o dispara, se puede escuchar todo al otro lado de la puerta. —Ríe—. A ver, ¿qué es eso de que estás cachonda?

—No lo repitáis más veces —digo con los dientes apretados—. Pero, sí, es eso, más… o

menos. Creo.

—¿Lo ves? —me dice Ellie con ternura mientras apoya su cabeza en mi hombro—. Tú preocupada por si no eras normal, y lo único que te pasaba era que todavía no había llegado tu momento. Ya te dije que no todos tenemos el mismo ritmo. —Se yergue de repente—. ¿Y con quién te vas a estrenar? ¿Con Reese?

—Yo podría ofrecerme —interviene Justin—, pero creo que sería un poco raro, ¿no?

—No necesito un desvirgador profesional —rezongo—. Quiero acostarme con alguien que me atraiga de verdad. Sexualmente hablando.

—Pues eso, con Reese —apunta Ellie.

—No es tan fácil —suspiro—. Yo no le atraigo a él.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta mi amiga.

Pongo los ojos en blanco.

—Esas cosas se saben —respondo exasperada—. Ni siquiera me mira, y, cuando lo hace, aparta la vista al cabo de un segundo.

—Es un tío, querrá acostarse contigo —gruñe Justin.

—¿Y qué pasa con lo de su erección? —señala Ellie.

—¿Su erección? —repite Justin—. ¿Qué erección?

—Estabas demasiado ocupado como para escuchar el mensaje de audio de Gwen de hace un rato —resopla Ellie—. Pero te lo puedo resumir en un momento: Gwen ha entrado en el baño, ha pillado a Reese en la ducha y el tío ¡se ha empalmado!

Creo que me he pasado con los detalles. Esto de tener tanta confianza con los amigos es bueno, pero también se pierde un poco la intimidad. Bastante. Mucho.

—¡No me jodas! —exclama Justin.

—¡Oh, por favor! —Pongo los ojos en blanco—. Los dos sabéis que Justin nos deleita con esa misma visión muchas mañanas.

—¡Recién levantado! —aclara mi amigo—. Pero ¿después de pasar por la ducha? ¿Justo cuando una chica me está mirando? —Ríe—. Lo siento, Ricitos, pero eso no ha sido una erección mañanera. Eso ha sido una reacción a ti. Por mucho que me pese decir esto, le pones, Gwen.

—Anda ya —farfullo.

—¿Por qué te sorprendes tanto? —me pregunta exasperado—. Eres muy guapa, cariño, y tienes un cuerpazo. Cualquier tío fantasearía con verse rodeado por esas piernas tan largas.

No me pongo roja porque es Justin, porque si no…

—¡Sí! —Ellie comienza a dar saltitos y palmadas—. ¡Ya está! ¡Asunto resuelto! ¡Te acostarás con el tío que te gusta!

—Y que ella le gusta a él —añade Justin.

Acaban convenciéndome. Aunque diría que estaba deseando convencerme a mí misma.

—¡Vale! Pero ¿y si me dice que no? —inquiero agobiada—. Pasaré tanta vergüenza que no

podré volver a mirarlo a la cara.

—¿Y entonces? —Ellie se cruza de brazos—. ¿Cuál es tu plan? ¿Emborracharte una noche y acercarte a cualquiera?

—Ni hablar —se queja Justin—. La primera vez de Gwen no será de esa forma.

—No hay que darle tanta importancia a eso —le digo—. Lo de la primera vez, la virginidad y todas esas cosas son mitos antiguos. Lo que a mí me preocupa es que mi irrupción en el sexo me resulte gratificante, satisfactoria, especial…

—¿Se te aparece la cara de Reese mientras sueltas todas esas cosas? —insiste Ellie.

—La verdad es que sí —bufo al tiempo que me dejo caer sobre el respaldo y me tapo la cara con las manos.

—¡Pues díselo! —exclama Ellie—. Haz lo que tú quieras. Decide lo que quieres hacer. Coge las riendas, Gwen.

Ya van dos personas en poco tiempo que me animan a que me deje guiar por mi instinto, a que decida, a que sea yo la que dé el primer paso.

Miro a Justin, que, a pesar de estar contento, me sonríe con un ápice de tristeza. Me levanto, me acerco hasta él y le doy un beso en la mejilla.

—Cuidado —musita con ternura—, no te me enamores tan pronto.

—Ellie tiene razón. —Le sonrío—. Ya va siendo hora de que me equivoque, la cague y, si me rompen el corazón, de que tenga que volver a casa llorando como ella cuando rompe con un chico.

—¡No lloro tanto! —protesta la aludida.

—Estoy acostumbrado a protegerte del dolor —susurra Justin—. Eres mi pequeña, mi amiga, mi niña.

Mi amigo me abraza y yo hundo el rostro en su hombro, envuelta en sus brazos, en su olor familiar, en sus arrullos. Justin es siempre mi lugar seguro. Justin es casa.

Me deshago de su abrazo unos instantes después.

—Quiero cambiar algunas cosas en mi vida —informo a mis amigos—. Y no solo en el plano sentimental, también en el laboral. Y voy a empezar mañana mismo.

—¿Le vas a cortar el pelo a Samantha? —bromea Ellie.

—No —sonrío—, pero voy a ir afilando las tijeras.

Capítulo 20

REESE

—Gracias por venir, Gillian —le digo a la jefa de Recursos Humanos, que toma asiento en uno de los sillones de mi despacho. Yo lo hago frente a ella.

—Tú dirás, Reese. —Mira la hora en su reloj—. Aunque tengo reunión en unos minutos y voy algo escasa de tiempo.

—Yo también, tranquila. —Sonrío—. Solo quería hacerte un breve comentario acerca de Samantha.

Gillian suelta un audible bufido.

—Sé lo que me vas a decir —refunfuña—, que es básicamente lo mismo para lo que me has llamado. Es por Gwen, ¿verdad? Te recuerdo que a mí me importa un maldito carajo que sea tu novia.

—Pero sí importa que tu nueva ayudante sea la hija de uno de los accionistas. —Cruzo una pierna sobre la otra y los dedos de las manos, en actitud indolente.

—No me jodas, Reese —gruñe—. Eso son decisiones internas. No puedes venir a criticar el modo en que yo acato las órdenes o doy las mías.

—No es eso, Gillian —insisto—. Pero los becarios…

—¿Estás preocupado por si maltrato a tu chica? —me pregunta con mordacidad.

—Claro que no —rezongo—. En lo único en lo que discrepo es en que no se cuestione lo que haga o diga Samantha.

—No soy idiota, Reese —replica, sin dejar de clavar en mí sus ojos oscuros—. Sé de qué va Samantha y lo que vale Gwen. —Abre una cartera de mano que ha traído al despacho y saca una agenda de su interior—. He traído esto porque sabía perfectamente de lo que íbamos a hablar. Son unas notas de Gwen y son una puta pasada. Es el tipo de persona empática y de ideas brillantes que todo departamento de Recursos Humanos anhela y solo encuentra una vez cada tres años.

Una ola tibia de orgullo me envuelve de inmediato.

—Pero no le pienso poner las cosas fáciles, Reese —prosigue—. Hay que pelear con muchas Samanthas para llegar donde yo estoy.

—No quiero parecer un tío sobreprotector que vela por su novia —le aclaro—, pero Gwen es… demasiado buena y honrada para este maldito mundo.

—Qué me vas a contar —rebufa.

Gillian también es empática, una buena tía, pero el jodido mundo también se portó bastante mal con ella y eso la ha endurecido. Es mujer, es negra y es lesbiana, suficientes motivos como para mirarme ahora mismo con cierta animosidad. Tiene delante a un hombre joven, blanco, con estudios superiores y heterosexual, condiciones que allanan bastante el camino en la vida.

—¿Solo se puede aprender en esta vida a base de palos? —le cuestiono—. ¿Por qué no podemos, simplemente, decirle a una persona lo mucho que vale?

—Porque entonces pensaría que el mundo es de azúcar, Reese, y no lo es.

—No te estoy pidiendo que no la hagas currar, Gillian —insisto—. Y mucho menos que la trates con ningún tipo de deferencia.

—No pensaba hacerlo —me asegura con una mirada traviesa.

—Tampoco pienses ni por un momento que ella me ha pedido ayuda —le dejo claro.

—Eso ya lo sé. —Sonríe—. En cuanto alguien te menciona, se pone tensa como un palo. Por eso creo que deberías quedarte al margen, Reese.

—Si te enteraras de que se lo hago pasar mal a Jenna, ¿tú también te harías a un lado? —inquiero.

Gillian y mi secretaria mantienen una relación desde hace cosa de un año. Tal vez haya sido poco ético contraatacarla con esa pregunta, pero así son las cosas. Si puedes utilizar un comodín, lo usas sin remordimientos.

—No voy a contestarte a eso —gruñe—. Lo único que te puedo decir es que confíes en mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —suspiro.

* * *

Ya han pasado tres días desde el domingo y todavía no he visto ni hablado con Gwen. Miro la hora en mi teléfono mientras me dirijo con presteza a la sala de programación. Son las tres de la tarde y todavía tengo pendientes un montón de reuniones que, con seguridad, acabarán en discusión. Por un lado, tengo a mi equipo de ingenieros trabajando sin descanso en un nuevo proyecto. Por otro, tengo a una panda de consejeros, accionistas y gerifaltes que no tienen ni puta idea y que no paran de quejarse de los costos o del plazo de ejecución de dicho proyecto. Y yo, en medio, tratando de contentarlos a todos.

A pesar del agobio, o, precisamente, gracias a él, decido en el último segundo desviarme del trayecto y dirigirme al departamento que dirige Gillian. Cuando diviso un puñado de rizos que refulgen bajo los focos del techo, me detengo un instante. Gwen está en uno de los pasillos, junto a la fotocopiadora, haciendo pequeñas pilas de papeles que luego va grapando con un golpe seco de muñeca. Sonrío. Por fin parece haberse dado cuenta de que, aunque el mundo sea gris, no tiene que ser gris ella también. Y lo sé porque hoy no lleva uno de los trajes oscuros que no le pegaban nada. Ha aprovechado el pantalón negro, pero se ha puesto una blusa de color verde que

le sienta de maravilla. Incluso puedo ver desde aquí sus manos, donde destacan sus uñas pintadas de varios colores bastante chillones.

De repente, es como si nada tuviera importancia. Hay un montón de tipos que no mueven su culo de la silla ni para mear que quieren cortarme las pelotas si no rebajo el coste del proyecto varios millones de dólares. Algo prácticamente imposible. Todavía no sé ni cómo voy a enfrentarlos en la reunión que, por cierto, ya ha empezado. Sin embargo, aquí estoy, contemplando a Gwen, una chica demasiado joven que nadie parece ver y que yo distinguiría entre un millón de personas. No deja de resoplar para apartarse un rizo de la frente. Hasta diría que se pone bizca, pero no es algo que pueda afearla. Ni una capa del fango más mugriento me haría dejar de mirarla. Porque el mero hecho de hacerlo, de contemplarla, consigue hacerme sonreír, llenarme de calma, olvidar los problemas. Gwen calienta mi corazón… y otras partes de mi cuerpo.

«¿Te acuerdas de su edad, Reese? ¡Deja de pensar en ella de esa forma, joder!»

—Sigo pensando que no pegáis nada.

La voz insufrible de Samantha interrumpe mi último y lúgubre pensamiento.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —la encaro—. ¿Dejarla en ridículo colocando algún obstáculo en su camino? ¿Le tirarás otro café encima en presencia del CEO? —Suelto un bufido—. Pues deberías saber que ni aun así podrás con ella. Se levantará y seguirá adelante con una maldita mancha, como hizo el primer día que entró aquí, cuando alguien se encargó de ponérselo más difícil todavía.

—No sé qué te ha contado Gwen —rezonga—, pero yo no…

—Ella no me cuenta nada —la corto—. Por mucho que intentes convencer a la gente de que está conmigo por interés, Gwen no me necesita en absoluto.

—Oh, claro —espeta con desdén—, Gwen la Santa. Pues debería saber, señor Dawson, que no es tan perfecta como parece. Ella…

—¿Por qué haces esto, Samantha? —la interrumpo—. Por Dios, mírate. Eres preciosa, lista y tienes el don de fascinar a una gran concurrencia. ¿Por qué malgastar tu tiempo en joderle la vida a Gwen? —La contemplo, exasperado—. Ya no estáis en el instituto, ni siquiera en la universidad. ¿Qué te ocurre? ¿No tienes a nadie más a mano para desahogar la frustración que te supone dedicarte a algo que aborreces?

La piel blanca de la joven se tiñe de un intenso carmesí. Quiere hablar, pero las palabras se le atascan por culpa de la furia y, diría, de la vergüenza. Hace el amago de darse la vuelta y alejarse de mí, pero mis palabras la hacen detenerse un instante.

—Mis padres daban por hecho que sería abogado, como ellos —le señalo—. Con catorce años les hice saber que me gustaba demasiado la tecnología como para dedicarme al Derecho. Lo entendieron. Pero tuve que sincerarme con ellos primero.

Ella se tensa, gesto que comprendo. Conozco a George Zucher, un hombre acostumbrado a decidir sobre los que lo rodean, y su hija estará incluida en la lista.

Samantha ya se ha dado la vuelta, pero me musita una pregunta.

—Si soy tan genial como dices, ¿por qué un hombre como tú está con una chica como ella?

—Al decir «como ella», ¿te refieres a una chica preciosa, valiente y luchadora que, además, es buena persona? —le respondo sin dudar.

La joven rubia sonríe con tristeza y después prosigue su camino hacia el despacho. Cuando desvío la vista, Gwen ya no está junto a la fotocopiadora.

* * *

—¿Estás seguro de que no te apetece una cerveza? —me pregunta Blake por teléfono—. Noah y yo ya estamos con la segunda ronda.

—Estoy seguro, Blake —suspiro mientras el taxi enfila mi calle—. Os lo agradezco, pero ha sido una semana de mierda, y estoy cansado.

—Por eso, precisamente, te mereces un descanso —insiste mi amigo—. Es un maldito viernes y has salido del trabajo a las nueve de la noche, hostias.

—Seguro que no está cansado para otras cosas. —Noah se agrega a la conversación—. No te avergüences de decirnos que pasarás una velada de sofá, tele y polvo con Gwen.

—Ojalá. —Río, aunque disimule en la risa mi deseo real—. Hoy me toca estar solo. Estoy tan jodidamente agobiado que no creo que me aguantara ni ella.

—Ya nos veremos entonces, Reese —contesta Blake—. Cuando quieras, te pasas por casa. Rachel y Jeremy siempre se van a alegrar de verte.

—O me llamas durante este finde y echamos esa cerveza que acabas de rechazar —añade Noah—. Sin horario, cuando quieras. Abierto veinticuatro siete —bromea.

—Gracias, tíos.

Pago la carrera, me apeo del taxi y, en mitad de un suspiro, subo los escalones que separan la acera de la puerta de entrada mientras saco las llaves del bolsillo. Todavía con un pie en el último peldaño, me sobresalta la presencia de una persona sentada en el umbral y que se pone en pie cuando yo aparezco.

—¿Gwen? —pregunto contrariado—. ¿Qué haces aquí? —Soy consciente de la hora que es—. ¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo…?

—No, no, tranquilo. —Me sonríe—. ¿Puedo pasar? Necesito… necesito decirte algo.

—Claro.

Abro la puerta y me hago a un lado para dejarla entrar. Un programador se encarga de hacer encenderse varias luces en mi casa, por lo que nos envuelve la cálida iluminación del vestíbulo. De esa forma, puedo ver que Gwen se ha cambiado de ropa, porque lleva uno de sus vaqueros con margaritas bordadas y una blusa de color morado. Alzo un poco más la vista y me encuentro con un par de cambios en su aspecto que me desconciertan al tiempo que me obligan a dibujar una sonrisa.

—Tu pelo —le digo mientras agarro uno de sus rizos, lo estiro y lo vuelvo a soltar para que se encoja—. Te lo has teñido.

—Solo han sido unos reflejos y solo en las puntas. —Gira sobre sí misma y agita la cabeza para que pueda contemplar los destellos de color fucsia—. Por si te lo preguntas —sonríe—, en Bell no han puesto objeción. Me lo hice ayer, así que ya me han visto hoy.

—Lamento habérmelo perdido —le digo con una mueca de pesar—. Llevo unos días demasiado liado. —Elevo una de las comisuras de mi boca—. Has tenido que causar sensación.

—No tanto. —Ríe—. Solo soy una becaria que se ha hecho unas mechas rosas.

—Y esto… —musito mientras paso la yema del dedo sobre un aro dorado en su nariz—. Lo llevabas puesto la noche del restaurante.

En realidad, fueron dos noches las que se lo vi.

—Sí —asiente—. Este *piercing* me lo hice hace tiempo, pero me saqué el pendiente poco antes de entrar en Bell. Ayer decidí volver a ponérmelo. Y no es el único que tengo.

Con la expresión de una niña que muestra su juguete, se levanta la camiseta, baja ligeramente la cinturilla de su pantalón y me muestra su ombligo, sobre el que brilla una pequeña piedra de color púrpura.

—Este me lo pusieron hace varios años. —Me mira sonriente—. ¿Te gusta?

Trago saliva.

—Sí —sonrío con esfuerzo—, te queda genial. Los colores te sientan bien porque tú formas parte de ellos. Tú misma eres color, Gwen.

—Entonces —me mira con una suerte de anhelo en sus ojos marrones que se me clava en mitad del pecho—, ¿te gusto un poquito?

«No debería, maldita sea…»

—Claro que sí —le digo de una manera tan despreocupada que hasta la sonrisa se tensa en mi boca—. Me pareces una chica muy guapa, Gwen.

—¿Lo suficiente como para acostarte conmigo? —me suelta a bocajarro.

Capítulo 21

GWEN

Me ha costado esperar dos días a que Gillian disponga de un minuto para escucharme, pero, al final, accede a que la visite en su despacho.

—¿Qué quieres, Gwen? —refunfuña—. Tengo mucho trabajo y…

—Si no sirvo, dígamelo ya, señora Spencer —la interrumpo antes de que me dé un nuevo ataque de pánico y me quede sin habla—. Estar en Bell es un auténtico privilegio que apenas me atreví a soñar —prosigo de carrerilla—, pero no me entusiasma la idea de perder mi tiempo o de hacerles perder a ustedes el suyo. Entiendo que deba ayudar al equipo grapando o fotocopiando, incluso trayendo café. De verdad que lo entiendo, solo soy una becaria. Pero también tengo un montón de ideas en la cabeza que lamento muchísimo que no se puedan aprovechar porque nadie me da la oportunidad de compartirlas.

Tomo aire. Gillian se arrellana en su sillón, cruza las manos sobre su abdomen y me sigue mirando en silencio.

«Equilibrio, Gwen, recuerda.»

—No le estoy pidiendo el acceso a las reuniones importantes —continúo—, ni mucho menos tener más relevancia en el equipo. Soy la última en llegar, faltaría más. Pero, si pudiese, solamente, dejar que le muestre mi trabajo, estaría encantada de dedicarme el resto del tiempo a servir café y dónuts en todos los departamentos de Bell…

«A sacarles brillo a los zapatos de Sherrington con la manga de mi camisa si hace falta», estoy a punto de decirle.

—Mañana, a las nueve —pronuncia mientras vuelve a su posición inicial y acerca la silla a su mesa—. Te espero en la reunión mensual con los jefes de equipo. Suelta todo ese montón de ideas que dices tener y procura hacerlo con convicción. Como te vea dudar un solo segundo o no creer en lo que dices, volverás con Hope hasta el fin de tu contrato.

Mi corazón amenaza con abrirse paso a través de mis costillas. Tengo que reprimir tanto el impulso de acercarme a abrazar a Gillian que se me agarrotan todos los músculos.

—¡¿En serio?! —exclamo en mitad de la tormenta de emociones.

—Más vale que te lo tomes muy en serio —gruñe—, porque, a partir de ahora, trabajarás para mí.

—¿Para usted? —pregunto desconcertada—. ¿Y Samantha?

—La señorita Zucher ha pedido un cambio de departamento —me informa para mi sorpresa

—. ¿Algo más? —me exige con impaciencia—. El minuto que me pediste se ha transformado en un maldito cuarto de hora.

—¡No! —exclamo—. ¡Ya está! —Doy un par de vueltas sobre mí misma, incapaz de distinguir la salida—. ¡Mañana! ¡A las nueve! ¡Allí estaré!

Por fin, encuentro la puerta del despacho y la cierro detrás de mí. Juraría que, durante el instante que he tardado en cerrar, he atisbado el rostro de Gillian por entre una estrecha rendija. Y creo que sonreía. O tal vez estoy tan feliz que solo lo he imaginado. Aunque esa felicidad haya producido una mezcla tan pastosa con los nervios que he tenido que correr hasta el baño a vomitar lo poco que he ingerido hoy.

* * *

—¡Oh, Gwen, te queda genial! —exclama Ellie al contemplar mi imagen en el espejo del baño.

—¿Tú crees? ¿No nos hemos pasado?

—¿Estás cuestionando mis dotes de peluquera? —bromea—. Te advierto que en cualquier peluquería te habrían cobrado cien pavos y yo solo te voy a cobrar…

—¿Un abrazo? —bromeo.

—Por supuesto —me dice muy seria—. Aunque espero una propina.

Ellie se inclina hacia el taburete en el que estoy sentada y deja que la abrace y le dé un beso en la mejilla.

—Estás guapísima, Gwen —musita mientras vuelve a observarme en el espejo—. Además, ¿a quién le iban a quedar mejor unas mechas rosas que a ti?

—Es que no son rosas, son fucsias —señalo mientras acaricio las puntas de mi pelo, teñidas de ese color—. No sé si en Bell me dirán algo.

—Si lo hacen, les recuerdas que sería discriminación —me señala con determinación—. No tienes por qué seguir vistiendo con esos feos tonos con la idea de encajar mejor. Tú encajas tal y como eres, Gwen —añade con cariño.

—¿Y si me pongo también…?

—Ya lo tengo preparado. —Ellie sonríe al tiempo que se saca del bolsillo un saquito de tela del que extrae un aro dorado—. Toma, póntelo.

Casi sin pensar, cojo el pendiente y me lo coloco con cuidado en el lado izquierdo de la nariz.

—Y esta es Gwen Sharp —me dice mi amiga con ternura tras pasarme un brazo por los hombros y colocar su cabeza junto a la mía—. Y a quien no le guste, que se dé la vuelta y siga su camino. Pero no tiene ni idea de lo que se va a perder.

Emito un suspiro. Desde que en casa de mis padres todo estalló, he aprovechado cada cambio en mi vida para añadir en mi cuerpo algún detalle que me hiciese sentir un poco más libre.

Aunque, quizá, si soy sincera, tengo que admitir que lo hacía como un acto de rebeldía, como un modo de llamar la atención, como una manera de gritar: «¡Estoy aquí!»

Un *piercing* en la nariz, otro en el ombligo, un pequeño tatuaje, un cambio de color de pelo…, reacciones que no eran más que gritos que surgían de mi pecho.

Sí, ya me había teñido antes el pelo, pero durante una mañana de resaca en la que dejé que Justin me bañara la cabeza en color rosa chicle. A pesar de las miraditas y las sonrisitas, me negué a cortármelo y pasé los primeros años de universidad siendo la friki del pelo rosa, la rarita del *piercing* que no le pegaba nada y, aun así, la chica invisible.

Lo que nadie que no fuesen mis amigos supo entonces fue que a mí me gustaba llevar así el pelo. Me encantaba que, al levantarme por las mañanas, lo que viera primero fuera una maraña de color rosa alrededor de mi cara. Y, aunque ya no es momento para algo tan drástico, sí me apetecía ese toque de color. Por eso le he pedido a Ellie que se limitara a teñirme de un tono fucsia solo las puntas.

—Me gustaría mucho ver la cara que pondrán en Bell cuando te vean aparecer. —Mi amiga sonríe diabólica—. Y, sobre todo, la cara que pondrá Reese.

—Reese ya me vio el *piercing* en el restaurante —le recuerdo—. Y, según me dijo, le gustaba. Aunque solo fuera para quedar bien —suspiro.

—Pues pregúntale si fue sincero —interviene Justin, que le habla a mi imagen del espejo desde la puerta.

—¿Así, sin más?

—Claro. —Encoge los hombros—. ¿Cómo vamos a saber lo que piensan las personas si no les preguntamos? A veces, nos hacemos una idea de lo que opinan los demás basándonos en nuestros propios pensamientos.

—Ya —suspiro—, pero me imagino preguntándole si le importaría tener sexo conmigo y me da un ataque solo de pensarlo.

—Él es un hombre de mundo. —Ellie hace un gesto con la mano para restarle importancia—. ¿Te crees que no estará acostumbrado a recibir ese tipo de propuestas?

—La verdad —interviene Justin—, tengo que reconocer que tu sugerencia me parece ideal. ¡Te apetece un polvo, joder! Pues lo echas con el tío que te gusta y, después, ¡santas pascuas! Ya que te obligan a currar como una esclava en Bell, diviértete un poco, Ricitos.

* * *

No he visto a Reese en toda la semana, y no sé si ese hecho me ha tranquilizado o me ha puesto aún más nerviosa. Nervios que se acrecientan cuando bajo del autobús y me encuentro en su barrio. No le he enviado ningún mensaje ni lo he avisado de ninguna manera. ¿Qué voy a decirle? Nada. Es mejor que se lo diga cara a cara. Me pondré roja, pero ¿y qué? Ya que no puedo controlar la vergüenza, tendré que tratar de vivir con ella.

Suspiro con fuerza cuando llego a la puerta de su bonita casa de ladrillo y constato que no hay nadie. Miro la pantalla de mi móvil. Son las siete de la tarde. En teoría, ya debería haber vuelto del trabajo. Pero ¿y si ha decidido salir por ser viernes? Lo más lógico es que pase por casa a ducharse o cambiarse, pero tampoco es una lógica aplastante.

En fin, no me queda más remedio que esperar. Me siento en el umbral de la puerta y me entretengo mirando las redes sociales que apenas tengo tiempo de repasar. Dos horas después, en las que he dormitado a ratos con la cabeza apoyada en una jardinera de begonias rojas, empiezo a considerar que debería marcharme, o enviarle un mensaje a Reese, u olvidarme de la tontería que he planeado.

El ruido del motor de un coche me pone en alerta. Sobre todo, cuando oigo el inconfundible sonido de unos pasos que suben los escalones. Me levanto de un salto cuando Reese aparece con las llaves en la mano.

—¿Gwen? —pregunta con desconcierto—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo…?

—No, no, tranquilo. —Sonrío—. ¿Puedo pasar? Necesito… necesito decirte algo.

Madre mía. No quiero ser consciente ahora mismo de que me he acercado a la vivienda de un hombre para pedirle sexo.

«¿Por qué va a ser raro? —me ha comentado Ellie esta tarde—. Los tíos llevan pidiéndonos rollo desde tiempos ancestrales, pero, ahora, ya no es algo exclusivamente masculino. El problema es que todavía haya gente que nos crea unas frescas por dar el primer paso. ¡Pues que los jodan!»

—Claro —murmura Reese.

Me abre la puerta y se hace a un lado para dejarme entrar. Me sorprende encontrarme con diversos puntos de luz diseminados por la casa y que le otorgan un aire cálido, acogedor, íntimo. Reese cierra detrás de él y, todavía en el vestíbulo, se coloca frente a mí. Me mira y, por su sonrisa, entiendo que acaba de fijarse en mi cambio de aspecto.

—Tu pelo —me dice mientras coge uno de mis rizos, lo estira y lo vuelve a soltar para que se contraiga, gesto que ha repetido varias veces conmigo y que me encoge el corazón, como si no fuera algo trivial; como si fuera un gesto íntimo que solo recrea conmigo—. Te lo has teñido.

—Solo han sido unos reflejos y solo en las puntas. —Doy una vuelta, como una niña que quiere hacer volar su vestido—. Por si te lo preguntas —sonrío—, en Bell no han puesto objeción. Me lo hice ayer, así que hoy me han visto.

Muchas veces ocurre que nos adelantamos a las reacciones de la gente basándonos en malos recuerdos y antiguos prejuicios. O en el miedo. ¡Maldito miedo! Cuando me he presentado hoy en el trabajo, lo único que he recibido, al menos de parte de los compañeros más cercanos, han sido expresiones tales como «¡Te queda bien, Gwen!», «Anda, ¡qué guapa!» o «¡Qué chulada! ¡Ojalá me pillase más joven!». Gillian no me ha dicho nada, pero me ha parecido el mejor de los

piropos. Me ha dado la impresión de que ha pensado que le importaba tres narices mi aspecto mientras hiciera bien mi trabajo.

—Lamento habérmelo perdido —me señala Reese con una expresión de remordimiento—. Llevo unos días demasiado liado. —Eleva después una de las comisuras de su boca, gesto que me altera las entrañas—. Has debido de causar sensación.

—No tanto. —Río—. Solo soy una becaria que se ha hecho unas mechas rosas.

—Y esto… —musita mientras desliza el dedo sobre el aro de mi nariz—. Lo llevabas puesto la noche del restaurante.

—Sí. —Sonrío—. Este *piercing* me lo hice hace tiempo, pero me saqué el pendiente poco antes de entrar en Bell. Ayer decidí volver a ponérmelo. Y no es el único que tengo.

Alentada por la complicidad que hemos creado, alzo mi camiseta, bajo un poco mis vaqueros y le muestro mi ombligo, donde luce un pequeño brillante de color púrpura.

—Este me lo pusieron hace varios años —le explico—. ¿Te gusta?

—Sí —sonríe—, te queda genial. Los colores te sientan bien porque tú formas parte de ellos. Tú misma eres color, Gwen.

Es ahora, es ahora, es ahora. Es ahora o nunca.

—Entonces, ¿te gusto un poquito?

—Claro que sí —me responde con naturalidad, aunque detecto una pizca de incomodidad—. Me pareces una chica muy guapa, Gwen.

—¿Lo suficiente como para acostarte conmigo? —le suelto antes de que mi corazón lesione mis costillas.

Capítulo 22

GWEN

—¿Cómo dices? —musita Reese tras mi inesperada pregunta.

No he apartado la vista de su rostro para poder seguir sus reacciones sin perderme ninguna, por lo que he podido atisbar sorpresa, desconcierto, incredulidad… y algo más que no he logrado descifrar.

Y ha sido suficiente. Ellie podrá decir lo que quiera y recordarme la maldita erección, pero yo no estoy acostumbrada a un rechazo semejante. Ni siquiera estoy acostumbrada a tratar con hombres como Reese.

Vale, no estoy acostumbrada a tratar con hombres en general. Justin no cuenta.

—Perdona. —Bajo la mirada y paso por su lado para dirigirme a la puerta. Noto cómo aparece el calor en mi rostro y desciende por mi cuello. Creo que nunca había sentido tanta vergüenza en mi vida—. Olvídalo. No he dicho nada. Ha sido una estupidez. Cómo se me ha ocurrido pensar que un tío como tú iba a querer nada con una chica como yo…

Mi diatriba se detiene cuando Reese me aferra por el brazo para girarme para que pueda mirarlo a la cara.

—No sigas por ahí, Gwen…

—En serio, Reese. —He tratado de que no me afecte, pero ya siento el escozor de las lágrimas tras mis párpados—. No es necesario que intentes hacerme sentir mejor. ¡No me hace falta!

—No es eso lo que intento decirte…

—¿Por qué se te ocurrió la idea de que fingiéramos un noviazgo? —lo interrumpo con mordacidad—. ¡Si sabías que jamás te habrías sentido atraído por una chica como yo! No te pego nada, no soy…

De repente, mi espalda impacta contra algo duro, que acabo descubriendo que es la pared, poco antes de que la boca de Reese choque contra la mía. Y me besa, de una forma que nada tiene que ver con las otras dos veces que me ha besado. Sí, es su sabor, es su olor, es la textura de sus labios, pero no aparece la suavidad, ni la lentitud, ni el cuidado. En este instante, Reese me está besando como si le fuese la vida en ello, de manera brusca, casi desesperada. Sus manos aferran las mías y las elevan por encima de mi cabeza, por lo que su boca se convierte en mi único asidero. Y me adapto a su ritmo, envolviendo su lengua con mi lengua, lamiendo sus labios, inclinando la cabeza para poder llegar más adentro.

Unos segundos después, Reese apoya su frente en la mía, jadeando en mi boca. Mi respiración

está igual de acelerada y nuestros alientos se convierten en uno solo. Suelta mis manos y acuna mi rostro con las suyas.

—Joder, Gwen —jadea—. Sí que me habría sentido atraído por ti. Sí que me pegas. Y, no, no lo digo para hacerte sentir mejor.

Expulso el aire que he estado conteniendo. Su pecho duro aprieta mis senos y siento el bulto de su dureza a la altura de mi bajo vientre. Percibo los latidos de mi corazón en mi garganta y en mis oídos.

—En ningún momento me has dado a entender… —musito.

Él expulsa un gemido bronco y se aparta de mí. Puedo contemplar la tempestad que tiene lugar en sus ojos dorados.

—Olvida lo que ha pasado —me pide al tiempo que levanta los brazos e introduce las dos manos entre su pelo—. Yo… no sé por qué diablos he hecho lo que acabo de hacer…

—¡¿Que lo olvide?! —exclamo con indignación—. ¿Me besas como si quisieras devorarme y ahora me sueltas que lo olvide?

—¡Maldita sea, Gwen! —explota—. ¡Eres una cría!

—¡No! —grito—. ¡No soy ninguna niña, Reese! ¡Soy una mujer! —Trato de calmar mi respiración—. Una mujer que te desea, que te anhela. Que quiere hacer el amor contigo —susurro por fin.

Él se revuelve el pelo de nuevo y se tapa la cara con ambas manos. Yo me acerco y aferro sus muñecas para descubrir su rostro.

—¿Qué es lo que te preocupa, Reese? —le pregunto—. ¿Que haya doce años de diferencia entre nosotros? Soy adulta. —Sonrío—. Y, precisamente, quiero demostrártelo. Si es que tú también me deseas.

Parece debatirse un instante consigo mismo, pero, al fin, me coge de la mano y tira de mí. Subimos la escalera que lleva a la planta superior y, una vez que estamos en su dormitorio, vuelve a acunar mi rostro y me besa, lenta y profundamente.

—Por supuesto que te deseo. —Sonríe contra mi boca—. Perdona por ponerme tan paranoico.

Yo también sonrío y él coloca algunos rizos detrás de mi oreja. Mi corazón da un vuelco, por el gesto, por la expresión anhelante pero dulce de su cara, por el deseo que adivino en sus ojos.

—Pero no quiero que pienses algo raro de mí —murmura.

—Solo somos un hombre y una mujer que se desean —le digo al tiempo que agarro el cuello de su americana y lo deslizo hacia atrás para que se deshaga de ella. Después, le quito la corbata —. ¿Qué más da la edad que tengamos? Somos adultos y podemos tener un poco de sexo, ¿no?

Lo digo como si fuera algo habitual en mi vida.

—Sí, claro —titubea—. Solo es sexo, algo que ya hemos practicado antes con otras personas…

—Eso es. —Sonrío para sentirme más normal.

—Se te da bien esto de desnudarme —bromea mientras observa la facilidad con que le he

deshecho el nudo. Si él supiera el motivo de mi práctica…

Sonrío de todos modos y comienzo a desabrochar los botones de su camisa. Él saca mi blusa de la sujeción de mis vaqueros y luego tira hacia arriba de ella para quitármela por la cabeza. Cuando contempla mi sujetador de encaje de color violeta, sus pupilas se dilatan y sus ojos se convierten en dos rendijas. Dejo de respirar cuando sus manos se posan sobre mis pechos.

—Dime qué te gusta —murmura.

Sus labios rozan mi oreja y sus dedos acarician el borde del encaje, como las alas de una mariposa que revoloteara sobre mis pechos. Yo ya he abierto su camisa y contemplo el tórax que tantas ganas tenía de tocar, de besar. Y lo hago. Poso mis palmas en su piel caliente y, a continuación, deposito mis labios a la altura de su esternón. Percibo cómo su estómago se contrae. Mi corazón salta al saber que su reacción se debe a mis besos y mis caricias.

—Dime, Gwen —insiste. Gimo cuando resigue con la punta de su lengua mi hombro y la curva de mi cuello. Cierro los ojos e inclino la cabeza a un lado para facilitarle el acceso—. ¿Qué te gusta?, dímelo…

—No lo sé —susurro. Rodeo su cintura con mis brazos y dirijo mi boca a su garganta. Percibo sus latidos erráticos bajo mi lengua—. Eso es lo que quiero descubrir, contigo…

Sus manos llegan a mi espalda y buscan el cierre del sujetador.

—¿Descubrir? —musita.

—Sí —gimo por las sensaciones que me produce la anticipación de lo que está por venir. Estoy envuelta en una nube de deseo y sensualidad que me nubla la razón y los sentidos—. No lo he hecho nunca —murmuro—. Y quiero que mi primera vez sea contigo.

Durante un segundo, Reese sigue besando mi cuello, pero, pasado ese tiempo, lo noto ponerse rígido y, un instante después, me tambaleo en mitad de la habitación. Reese se ha apartado de mí de golpe. Más que respirar, resuella, mientras me mira atónito.

—¿Cómo has dicho?

—¿Qué pasa? —le pregunto, aturdida por haberme quedado sin su calor y sus caricias. Coloco las manos sobre mi pecho para aguantar el sujetador, puesto que Reese lo ha desabrochado, pero sigue colgando de mis hombros.

—¿Me estás diciendo que esta es tu primera vez? ¿Eres virgen, Gwen?

—¡Sí! —exclamo con exasperación—. ¿Qué problema hay? ¿Temes que no vaya a hacerlo bien?

Reese, con la camisa todavía abierta, se agacha para recoger mi blusa y la lanza contra mí.

—Vístete, Gwen —me suelta—. Y márchate.

Me da la espalda y comienza a peinarse con los dedos, como tantas veces hace cuando algo lo preocupa.

Cabreada, me dirijo a la puerta de la habitación, pero, cuando estoy a punto de salir, freno en seco.

«No te vayas, Gwen. Al menos, no con tanta facilidad. No puedes seguir dejando que los

demás te ninguneen o te ignoren, como hizo tu propia familia. ¡Te mereces una maldita explicación!»

Me doy la vuelta, todavía a medio vestir, y encaro a Reese.

—¿Por qué? —le pregunto.

Él continúa dándome la espalda.

—¿Por qué, Reese? —insisto—. Dime por qué no quieres hacer el amor conmigo. Pero sé sincero, por favor.

Él se da la vuelta, por fin.

—¡¿Por qué?! —repite—. ¡¿Por qué va a ser?! ¡Porque nunca me he acostado con una chica virgen, maldita sea!

—¿Solo es ese el motivo?

Emite una risa irónica.

—Podemos pasar por alto la diferencia de edad —señala con mordacidad—. Pero ¿que sea tu primera vez? Joder, Gwen…

—¿Estás seguro de que esa es la verdadera razón? —reitero—. ¿No es porque no te guste? ¿No es porque no te atraiga para el… sexo?

—Claro que no —susurra tras suavizar su expresión—. Me gustas, Gwen. Y me atraes, por supuesto. Pero…

—Si nunca has estado con una novata, los dos nos estrenamos en algo, ¿no te parece?

Detecto una leve sonrisa en su boca. Y es todo lo que necesito.

—A mí me gustas mucho, Reese —musito—. ¿Te vale con eso?

Sin dejar de mirarlo, suelto la blusa, que cae al suelo, y muevo ligeramente los hombros para que el sujetador siga el mismo camino. Una sensación honda y vibrante me invade cuando mis pechos quedan desnudos, como cuando comienzas a descender por la primera pendiente de una montaña rusa. Reese fija sus ojos en ellos y no puede evitar una profunda inspiración.

A continuación, me quito las sandalias y desabrocho mis vaqueros; los deslizo por mis caderas, saco primero una pierna y, cuando intento sacar la otra, trastabillo y tengo que apoyarme en el marco de la puerta para no caerme y acabar de bruces contra el suelo. Bufo tan fuerte que un par de rizos salen volando sobre mi frente.

—Menudo *striptease* sensual que acabo de hacer —rezongo después de apartar los pantalones. Solo unas braguitas de color violeta cubren una pequeña parte de mi cuerpo.

Reese sonríe, mucho más abiertamente que hace un instante. Se acerca a mí y aparta con ternura los dos rizos rebeldes que me tapan un ojo.

—Es lo más sensual y excitante que he visto en mucho tiempo —asegura—. Tú eres sensual, Gwen, porque eres preciosa. Eres la belleza verdadera, llena de colores y de las cosas buenas que todavía quedan en este maldito mundo.

Se me hace un nudo en el pecho, aunque se me deshace en forma de jadeo cuando Reese se quita la camisa sin dejar de clavar en mí sus ojos dorados. Acerca su boca a mi oído al tiempo

que sus manos se posan sobre mis pechos.

—Descubramos juntos, entonces —me susurra—, lo que te gusta.

Un audible jadeo escapa de mi garganta cuando sus dedos comienzan a pellizcar mis pezones. Y otro más fuerte cuando la boca de Reese se apodera de uno de ellos. Sus labios y su lengua envuelven mi sensible punta, la humedecen, la besan, la chupan.

—Reese… —musito al tiempo que envuelvo su cabeza entre mis manos y él devora con ansia un pecho y después el otro. Una cuerda invisible conecta mis senos con mi sexo, que se humedece, que palpita, que reclama.

Tras hacerme gemir largos minutos, me besa en la boca y me coge de la mano para guiarme hasta el borde de la cama, donde señala que me siente. Él se arrodilla frente a mí y lleva sus manos hasta el elástico de mis braguitas.

—Levanta las caderas —murmura.

Le hago caso. Alzo mis caderas y él desliza la prenda por mis piernas.

Ahora la presión en mi vientre es todavía más profunda que la anterior, más densa, más oscura. Estoy totalmente desnuda frente a Reese, que me mira con una mezcla de ternura y deseo que me aturde por completo.

—¿Te gusta que te haya besado así? —me pregunta mientras sus manos rozan mis pantorrillas y comienzan a ascender hacia mis muslos.

—Sí —musito. Si me he ruborizado, me importa un pimiento. En este instante, ya podría estar cayendo el cielo sobre la tierra, porque yo solo sería consciente de Reese, de su mirada ardiente, de sus manos suaves y atrevidas.

—¿Has sentido placer?

Trago saliva mientras me pierdo en su mirada felina.

—Mucho.

—Bien —responde sonriente—. Veamos si mis siguientes besos te gustan también. —Me sigue acariciando—. Me encantan tus piernas, Gwen —susurra—; infinitamente largas, preciosas.

Expulso un jadeo tras sus palabras, pero él, de momento, se limita a acariciar la cara interna de mis muslos al mismo tiempo que me abre muy poco a poco las piernas. Besa mi ombligo, justo antes de apresar el *piercing* entre sus labios y lamerlo. Caricias tiernas, sensuales, lentas, que amenazan con dejarme extenuada por la contención.

Y es así y ahora cuando descubro una parte primordial del sexo. Son estos momentos de anticipación, de sentir cómo va creciendo la excitación, de desear tanto que temes ponerte a gritar si la otra persona no hace algo por remediarlo. Todavía no ha habido explosión final, pero sí pequeños estallidos que van sacudiendo mi cuerpo.

Y entonces sí, llega una de esas esas explosiones, y no pequeña precisamente, cuando Reese posa su boca sobre mi sexo abierto.

—¡Reese! —grito al tiempo que intento cerrar las piernas.

Pero él las mantiene abiertas, sujetando mis muslos con las manos, mientras sus labios y su lengua devoran sin piedad cada pliegue íntimo de mi sexo. El placer crece, me abrasa, se hace insoportable, por lo que caigo de espaldas sobre la cama entre gemidos incontrolables. Mis manos se agarran a la colcha como si fuesen garras, alzo mis caderas para conseguir el máximo contacto y abro un instante los ojos para observar la cabeza de mi amante entre mis piernas.

Y ya no puedo más. Un largo gemido que parece una sucesión de sollozos emerge de mi garganta mientras mi cuerpo entero es sacudido por el clímax. Reese sigue lamiendo, implacable, hasta que vuelvo a caer rendida sobre las sábanas.

—Parece que también te han gustado estos besos.

Me incorporo sobre los codos, contemplo sus labios húmedos y su expresión traviesa y no puedo evitar romper a reír.

—Parece que sí. —Río con ganas mientras quedo de nuevo sentada y alargo las manos hasta la hebilla de su cinturón.

Si él también reía, deja de hacerlo.

—Gwen… —musita al ver que ya he desabrochado sus pantalones.

—Chist —lo hago callar—, déjame, por favor. Déjame hacer lo que llevo días deseando.

—¿En serio? —pregunta, divertido, aunque su estómago se retraiga al seguir mis manos con la mirada.

—Muy en serio. —Sonrío. Alzo la vista y lo miro—. Que sea una buena chica no significa que no haya pensado en meterme en la boca tu…

—Joder, no lo digas. —Aspira con fuerza en el momento en el que le bajo los pantalones y la ropa interior y él se descalza.

Siento un instante de indecisión, pero el deseo es más fuerte que la vergüenza.

—Quise hacer esto en el momento en el que te vi dormido detrás de aquella barrera de almohadas —murmuro mientras acaricio su miembro. Después lo cubro de besos y deslizo mi lengua sobre la punta.

Reese emite un siseo.

—Entonces —jadea—, no lo había soñado. De verdad me estabas mirando.

—Sí —respondo—. Te estaba mirando y me estaba relamiendo. —Sonrío justo antes de meterme su miembro en la boca y aferrar sus caderas con mis manos.

Reese gime con fuerza, lo que me hace volver a excitarme. Sus manos se enredan en mis rizos y tratan de guiarme, de marcarme el ritmo, de enseñarme. Poco a poco, aprendo a disfrutar del momento mientras mis manos acarician la suave piel de sus caderas y mi boca se llena de él.

—Dios, para —me suplica un instante antes de tomarme de la cintura, tenderme sobre la cama y colocarse él encima. La sensación de tenerlo sobre mí es tan abrumadora que me arqueo bajo su cuerpo y respondo a su beso con fiereza.

Gimo de frustración cuando se aparta de mí, aunque entiendo el motivo cuando lo veo trastear en el primer cajón de su mesilla. Frunzo el ceño al ver que lleva algo más que un preservativo en

la mano y que se detiene a abrir un tubo. Después, vuelve a colocarse sobre mí, abre mis piernas con su rodilla y busca mi sexo con una mano.

—¿Qué… qué pasa…?

—Chist, tranquila —me susurra—. Es un poco de lubricante. Relájate.

—Vale —musito.

Percibo cómo su dedo busca la entrada a mi cuerpo, aunque doy un respingo cuando noto el contraste de temperatura.

—Está frío…

—Tranquila —me susurra—, tranquila.

Al mismo tiempo que su dedo va avanzando, besa mis pechos, mis hombros y mi garganta. Mis entrañas vuelven a agitarse y comienzo a mover las caderas en busca de la plenitud que me invade por dentro.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Sí —susurro—, sí…

Busco su boca para besarlo y me arqueo de nuevo contra su mano, aunque, en cierto momento, retira el dedo y lo sustituye por su miembro. Doy otro respingo.

—No pasa nada, cariño. —Trata de calmarme entre besos y caricias, en mis pechos y en mi boca—. Te deseo, preciosa, desde el primer momento en que te vi.

Mi cuerpo se abre un poco más. Él se introduce unos centímetros más.

—Me dejaste totalmente hechizado —prosigue—, con tus ojos oscuros y perdidos, con tus rizos rebeldes, con tus colores.

Un poco más adentro.

—Te hubiese hecho el amor esa misma noche —continúa, jadeante—, pero me pareciste joven e inocente y me sentí miserable…

—No —jadeo—, no lo eres. —Enmarco su rostro—. Me gustas, Reese, me gustas mucho. Y no debes sentirte culpable por nada…

Con un único movimiento, Reese se introduce totalmente en mi cuerpo. Emito un gemido de dolor.

—Ya, tranquila. —Aparta un bucle de mi frente y me llena la cara de besos—. Ya, ya, cariño.

—Estoy bien. —No sé si se lo creerá mucho cuando vea la lágrima que cae por mi sien, pero lo digo en serio.

—Vale —me dice, no sin esfuerzo. Su frente está perlada de sudor y los iris de sus ojos han sido invadidos por sus pupilas—. Pero pararé un momento. Acostúmbrate a mí.

Decir que me siento llena de Reese sería un eufemismo. Porque la realidad es que estoy bastante incómoda y dolorida, aunque, poco a poco, Reese se encarga de que las malas sensaciones vayan desapareciendo.

Primero, recoge mi lágrima con sus labios y después me besa en la boca de forma lenta y profunda. Al mismo tiempo, baja una de sus manos y busca la parte más sensible de mi sexo para

acariciarme mientras alterna los besos profundos con caricias en mis pechos y palabras que me arrullan a la vez que me excitan. Como respuesta, mi cuerpo comienza a vibrar de nuevo y a moverse. Reese se mueve sobre mí, y, aunque el dolor reaparece, el placer es mucho más grande.

—Dios, Gwen —susurra—. Si te mueves así otra vez vas a matarme…

No sé si lo dice para alentarme o porque es lo que siente, pero consigue que mis entrañas vuelvan a encenderse. Me muevo, él también se mueve, su mano sigue acariciándome entre las piernas. Lo abrazo por la espalda, mis manos se enredan en su pelo y él acuna mi rostro para volver a besarme. Demasiadas sensaciones. Placer y dolor. Pero vence el placer. Un orgasmo más intenso que el anterior, más hondo, más arrollador, me agita de tal forma que temo que mi cuerpo se parta en dos. Un instante después, Reese acelera sus acometidas y, tras abrazarme con más fuerza, lanza un bronco gemido.

Ambos nos quedamos unos segundos intentando recuperar el resuello, y, cuando consigo que mi corazón se ralentice, percibo cómo Reese abandona mi cuerpo, se aparta de mí y se levanta de la cama. Oigo cómo sus pasos se alejan hasta que se pierden tras la puerta del baño.

Me hago un ovillo. Nunca pensé que Reese sería de esos que echan un polvo y desaparecen para darse una ducha y pasar de ti. No quiero parecer una pobre chica desamparada porque haya sido mi primera vez, pero, ¡hombre!, no me fastidies. Quédate conmigo un ratillo, al menos…

Intento no llorar.

Capítulo 23

GWEN

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que Reese se ha marchado de la habitación, pero sigo abrazada a su almohada, encogida, decepcionada. Sin embargo, en este preciso instante, unas manos se introducen bajo mi cuerpo y me elevan de la cama. Siento el vacío y me aferro al cuerpo fuerte y desnudo que me sostiene.

—¿Reese? —titubeo.

—¿A quién esperabas? —responde divertido.

—¿Dónde estabas? —le pregunto mientras compruebo que salimos del dormitorio y entramos en el baño. Me envuelve de repente una nube de aire templado con olor a cítricos y a menta.

—Pensé que te iría bien un baño para después de…

Reese se inclina y siento cómo mi cuerpo se sumerge despacio en el agua caliente de una bañera. Cierro los ojos por la sensación placentera que recibe mi piel.

—¿Estabas preparándome un baño? —le pregunto perpleja.

—Espero que yo también pueda disfrutarlo. —Sonríe antes de introducirse en el agua y colocarse detrás de mí. Apoyo la cabeza en su pecho y jugueteo con la espuma de la superficie. Él rodea mi cintura con un brazo y con la otra mano dibuja líneas imaginarias sobre mi hombro. Mis ojos se cierran por la calma, la placidez. Y, para ser clara, mis partes íntimas también se alivian bastante.

—Pensé que te habías marchado, sin más —musito.

—Y has pensado: «Este capullo me echa el primer polvo de mi vida y se larga a fumarse un cigarrillo a la terraza».

—No, porque no fumas. —Río.

—Ah, solo porque no fumo. —Percibo la risa a través de su pecho.

—Y no lo digo porque haya sido mi primera vez —refunfuño—. Está mal que el tío se largue, aunque sea una de tantas.

—Ya… supongo…

Me giro entre sus brazos, apoyo las manos en su pecho y lo miro con indignación.

—No me digas que tú eres de esos, Reese Dawson.

—¿Te refieres a los que echan un polvo y se largan después porque es lo único que buscaban? —Frunce el ceño—. Pues claro. Si la chica busca lo mismo, ¿para qué quedarme si, posiblemente, ella también prefiere que me marche?

El vapor del agua de la bañera ha oscurecido su cabello y lo ha ondulado en las puntas. No quiero ni pensar cómo puede estar el mío.

—Da igual —lo rebato—. Tú y yo solo queríamos eso, y, sin embargo, me ha dolido pensar que te habías largado de la cama tan pronto.

—Porque ha sido tu primera vez —insiste—. Seguro que cuando lo hagas más veces…

—¡Y dale con mi primera vez! —Me doy la vuelta y vuelvo a dejarme caer sobre su pecho y a juguetear con la espuma—. Seguiré pensando lo mismo cuando lo haya hecho quinientas veces. El tío se debe quedar un rato en la cama, abrazado a la chica.

—Tienes una visión demasiado romántica del asunto —señala, divertido.

—Puede que sí. —Me encojo de hombros—. Pero seguiré pensando lo mismo.

—¿Después de hacerlo quinientas veces? —bromea.

Me dejo caer un poco más en el pecho de Reese. Estoy tan cómoda ahora mismo que no me movería de aquí en un año.

—Entonces —me atrevo a preguntarle—, si tú y yo volvemos a hacerlo, ¿te irás y me dejarás sola en la cama?

Las caricias que Reese me estaba impartiendo hasta ahora con la punta de sus dedos cesan de repente.

—Creo que, con esta vez, hemos tenido suficiente, Gwen.

Me agarro al filo de la bañera para separarme de él y darme la vuelta hasta encararlo de nuevo.

—Entonces es que no ha sido muy satisfactorio para ti, supongo.

—Claro que lo ha sido…

—No —lo interrumpo—, no lo ha sido. Y no vayas a hacerme creer lo contrario, porque dudo mucho que tu experiencia conmigo haya sido como con las otras mujeres.

Emite un suspiro y me coloca unos cuantos rizos detrás de la oreja al tiempo que inclina la cabeza hacia un lado.

—En eso te doy la razón. —Sonríe—. No ha sido como con otras mujeres.

—¿Lo ves? —gruño.

—Gwen —me contesta con paciencia—, no me refería a nada de eso al decir que es mejor que no repitamos.

—¿Entonces?

—Tómatelo como… una lección de sexo de mi parte y como una nueva experiencia por la tuya —me pide—. A partir de ahora, si te ha gustado, diviértete con chicos de tu edad. Experimenta, besa, echa los quinientos polvos que has mencionado.

Un inesperado dolor me atraviesa de lado a lado.

—Pero —lo tanteo— se supone que todas esas cosas es mejor hacerlas con alguien que te guste, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

Poso una mano en su tórax y con la otra le aparto un mechón húmedo de la frente. Sonrío.

—Es que me gustas tú, Reese.

—Gwen… —suspira al tiempo que aferra mis muñecas para apartarme de él.

—Dices que hacerlo conmigo no ha estado tan mal, ¿no? —inquiero.

—Nooo…

—Si lo hiciéramos más veces, yo aprendería más, y tú… bueno, pasarías un poco más entretenido el mes escaso que queda hasta las vacaciones, cuando tenemos que fingir la ruptura.

—Puedo pasar un mes sin sexo —me suelta con fingida indignación.

—Vamos, Reese. —Me coloco de rodillas en la bañera, entre sus piernas. Me percato de que mis pechos parecen flotar sobre la espuma, pero, paradójicamente, no siento vergüenza—. De aquí hasta que finjamos la ruptura falta casi un mes. Un mes en el que tú podrías no estar a dos velas, aunque el sexo conmigo no sea lo mismo que con otras mujeres. Y yo…

Vale. Ahora sí que me ruborizo.

—¿Y tú…? —inquiere con una ceja alzada, gesto que le da un aire travieso.

—A ver cómo te lo digo. —Bajo la mirada e intento reunir la poca espuma que queda sobre el agua con mis dos manos, como si esas burbujas fuesen mi dignidad—. Ahora que he empezado… me gustaría seguir… practicando.

Reese me mira y sonríe, con una media sonrisa que me provoca una sensación burbujeante por toda la piel y una pequeña ola caliente en el estómago. Pero no dice nada. Se limita a pasear la vista por todo mi rostro, como si pretendiese memorizar mis rasgos.

—El agua se ha enfriado —rompe el instante de silencio.

Sale de la bañera y contemplo su cuerpo desnudo el tiempo que tarda en colocarse una toalla alrededor de las caderas. Mientras busca algo en los cajones de un mueble, observo los movimientos ondulantes de sus hombros, sus brazos, su espalda. Me asaltan unas incontenibles ganas de abrazarlo, besarlo, morderlo por todas partes.

Dios, ¿qué me sucede? ¿Me he vuelto una adicta al sexo con solo una vez? ¿O, más bien, adicta a Reese?

Me deja, junto a la bañera, una toalla y un par de prendas dobladas. Todo de color blanco.

—Toma. Sécate y ponte algo cómodo.

Salgo de la bañera y me envuelvo enseguida con la toalla. Puedo haber perdido un poco de vergüenza, pero no toda.

Observo la ropa. Parece un conjunto de algodón.

—Qué previsor —comento sin pensar—. Ropa unisex para poder ofrecer a las… visitas.

—Es mío, pero encogió y me va algo pequeño —me señala mientras sale del baño.

—¡Oh, vamos! —exclamo, alzando la voz, mientras me seco y me pongo las prendas. El pantalón me va algo largo, pero puedo estrechar la cintura con los cordones. La camiseta también me va un poco amplia, pero la remeto bajo la cinturilla—. ¡No hace falta que disimules! ¡No me importa que esta ropa se la hayan puesto más mujeres! ¡Para nada!

Reese se asoma por la puerta. También se ha puesto un pantalón de chándal y una camiseta, aunque, en su caso, de color negro.

—Puede no importarte —contesta, sonriente—. Pero te lo digo en serio. Esa ropa es mía. —Se da la vuelta—. ¿Te apetece comer algo? Voy a preparar algo de cena.

Lo veo desaparecer por el pasillo y oigo los golpes sordos de sus pies contra la escalera que bajan a la primera planta.

Me quedo con las ganas de soltarle que le estoy diciendo la verdad, que he asumido que por esta casa han pasado una infinidad de mujeres a hacer lo mismo que estoy haciendo yo, porque él es un hombre de mucha experiencia, y yo, una becaria, tanto en el trabajo como en la vida. ¡Y no me importa! ¡En serio! ¡Si él y yo no somos nada!

Vale, lo asumo: hay cierto dolorcillo en el fondo de mi pecho del que no logro deshacerme. Pero está en el fondo. Muy en el fondo. Casi ni se nota. Casi.

Me miro un instante en el espejo. Genial. Con la humedad del ambiente se me ha puesto el pelo como una escarola. Está clarísimo que los productos antiencrespamiento de marca blanca no hacen demasiado bien su función.

Me encojo de hombros. Solo pretendo tener una aventura con un hombre alucinante, no que se enamore de mí. Eso sería algo imposible.

* * *

Me encuentro a Reese delante de la inmensa y envidiable isla de su cocina. Está dándole la vuelta a dos trozos de carne que se hacen sobre una plancha. Ya ha puesto un par de salvamanteles al otro lado de la encimera, con cubiertos y platos. Se oye el «¡clin!» del microondas, donde se han cocido unas patatas. Reese las coloca en los platos y vierte por encima una salsa que acaba de sacar de la nevera y que huele a queso. Poco después, sirve los dos trozos de carne junto a la guarnición y coloca un par de cervezas junto a los vasos.

—Dios mío, qué eficiencia —comento. Me he quedado absorta, mirándolo, mientras me sentía envuelta por una suave calidez.

—Espero que no seas vegetariana —me dice sonriente.

—No. —Río—. Como lo que puedo y cuando puedo. No me puedo permitir ser tan selectiva.

—Pues siéntate entonces. —Me señala los taburetes.

Lo hago y, sin los modales previos de esperar al anfitrión, comienzo a atacar todo lo que hay en el plato.

—Madre mía —gimo al saborear la comida—, qué bueno está esto.

—Me alegro de que te guste. —Sonríe mientras pincha un trozo de patata con el tenedor.

—¿Cómo es que un tío como tú sabe cocinar así, tan rápido y eficaz? Me refiero a que ¿no deberías tener cocinera y esas cosas que tiene la gente de pasta?

—No te creas que sé hacer tantas cosas. —Vuelve a sonreír—. Además de cocinar espaguetis,

solo sé utilizar la plancha, el horno y el microondas. Cocina de supervivencia.

—¿Y para qué necesitaste aprender cocina de supervivencia?

—Porque me quedé huérfano a los catorce años y no tenía más familia.

Me quedo con la boca abierta.

—Dios, Reese, perdona, lo siento. Sé que me dijiste que tus padres habían muerto y que hacía tiempo, pero no sabía que…

—Ya está. —Coloca una mano sobre la mía y me dedica una sonrisa—. No te preocupes y sigue comiendo. Seguro que es lo único que has comido recién hecho en mucho tiempo.

—Seguro, no, segurísimo —bromeo.

Lo observo de reojo. La primera vez que Reese mencionó a sus padres me dio la impresión de que desaparecía unos instantes mentalmente, como si abandonara su cuerpo y viajara a algún lugar donde se pudiesen ver los recuerdos. Y ha vuelto a suceder.

Miro a mi alrededor y una idea me asalta. Frunzo el ceño.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le planteo.

Le da un último trago a su vaso de cerveza.

—Dime.

—¿Por qué no hay ninguna fotografía en tu casa? Creo presuponer que te llevabas bien con tus padres, que tienes buenos recuerdos de ellos, así que, ¿por qué no tienes expuesta ni una sola imagen? Sé que hace tiempo que murieron, pero…

—Porque no podría soportarlo —me interrumpe—. Porque lloraría cada vez que los viera. Me da igual si pasan veinte años o cincuenta. Pienso en ellos cada maldito día, cada mañana al despertar, cada noche al acostarme. Mi primer y último pensamiento diario siempre es para ellos.

Aspiro con fuerza. Comprendo su pena. A mí me pasa algo parecido, aunque no es lo mismo un corazón roto que uno resentido. Y no les dedico tantos pensamientos. No todos los padres se merecen lo mismo.

—Perdona, Reese —murmuro—. No pretendía…

—¿Sabes? —vuelve a interrumpirme mientras recoge sus cubiertos y su plato—. No he querido hablar nunca del tema con nadie, ni siquiera con Blake o Noah, pero ya van dos personas con las que he podido hablar de mis padres y no me he roto por dentro. La primera fue Rachel, y la segunda has sido tú.

—¿Te refieres a la mujer de Sherrington? —le pregunto algo turbada.

No sabría definir qué es, pero, desde la primera vez que la mencionó, detecto algo especial entre Reese y Rachel, algo invisible pero tan espeso que casi se puede tocar.

—Sí. —Sonríe con ternura—. Ella… también es mi amiga.

—Claro.

Es una afirmación muy normal, así que, ¿por qué me molesta de alguna manera?

Soy un caso. Hace solo un momento me he sentido orgullosa por no morirme de celos al pensar que estoy compartiendo con Reese lo que muchas otras mujeres antes, y ahora me molesta

lo que pueda haber pasado con una sola.

—¿Puedo saber cómo murieron? —inquiero.

Observo cómo se tensa su espalda bajo la camiseta ajustada mientras cierra el lavavajillas.

—Perdona. —Me bajo del taburete y me acerco a él. Poso mi mano en su antebrazo—. No soy ninguna cotilla, te lo aseguro. Era por conocerte un poco más.

Reese me sonríe. Coge uno de los rizos de mi pelo, lo estira y lo suelta.

—Me gusta hacer esto —musita.

—Y a mí que lo hagas. —Sonrío.

A continuación, me toma de los hombros, acerca su rostro al mío y me da un beso en la frente. Nos contemplamos y nuestras miradas se enredan, durante un largo instante. Siento la conexión, el hilo o como quiera llamarse lo que nos une y nos ha unido desde que nos conocimos por casualidad. Una casualidad que ha permitido que dos estrellas perdidas en un universo infinito se hayan encontrado.

—En fin —digo después de que nuestras miradas se desenreden—. Creo que ha llegado el momento de marcharme. Me he comido tu comida, he usado tu bañera, tu ropa y tu cama, así que…

Me ha faltado un pelo para añadir: «Y me has desvirgado de una forma bastante placentera…».

Jopé, qué mal ha sonado, aunque solo sea en mi cabeza.

—¿Quieres quedarte a dormir? —me suelta de repente.

—¿A… dormir? —Parpadeo confundida.

—Tranquila. —Compone una mueca traviesa—. No haremos nada. Entiendo que estarás demasiado dolorida.

—No estaba dudando por eso. —Pongo los ojos en blanco.

—Lo imagino. —Sonríe—. Has pensado que, como no soy de los que abrazan a las chicas después del sexo, resulta extraño que te proponga quedarte a pasar la noche. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas —rezongo—. ¿Por qué me ofreces quedarme? ¿Temes que, después de mi… *primera vez* —recalco las dos palabras—, me traumatice si no me dan mimos?

Reese suelta una risotada.

—Te aseguro que no he pensado en eso. —Ríe de nuevo—. Antes te he dicho que desaparezco después del sexo cuando entiendo que es lo mejor. Pero eso no quita que, en ocasiones, pasemos la noche juntos. —Se encoge de hombros—. Soy un tipo práctico. Se ha hecho tarde y he pensado que te sería más cómodo quedarte a dormir…

Lo miro, turbada, sin saber qué decir. Por un lado, me fastidia muchísimo que me proponga lo que les habrá ofrecido a tantas mujeres antes que a mí. Pero también agradezco su sinceridad, puesto que me deja claro qué es lo que soy: una chica más con la que se ha acostado.

«¿Acaso esperabas que te confesase amor eterno?»

«No, claro que no, qué chorrada.»

«Pues, entonces, aprovecha y coge lo que te ofrece. Seguro que te encanta la idea de dormir con él. Será una experiencia que no volverás a disfrutar pero que no olvidarás.»

—Si no te apetece, llamaré a un taxi y… —titubea ante mi silencio.

—Sí que me apetece —afirmo antes de que se arrepienta—. Me gustaría quedarme a dormir contigo, Reese.

—Bien —se limita a decir al tiempo que me ofrece su mano—. Pues vayamos ya a la cama. La semana ha sido bastante dura para los dos y nos hace falta descansar.

De pronto, la idea de compartir la cama con Reese me resulta maravillosa a la vez que perturbadora.

—Espero no molestarte —le comento mientras subimos la escalera—. Me muevo bastante en la cama.

—No me molestarás —me dice mientras tira de mí—. Ya comprobé cuánto te movías la otra vez que compartimos cama y dormí perfectamente.

—No compartimos cama —gruño.

—Sí que lo hicimos.

—Teníamos en medio la Gran Muralla China —rezongo al llegar a la habitación—. No pude verte ni un dedo del pie.

—Me viste mucho más que eso —bromea.

Le doy gracias a la escasa iluminación, que no permite ver mi sonrojo.

—Vale, te vi en la ducha, pero fue culpa de Rachel que…

—No me refería a la ducha —me corta antes de cambiar de tema—. Suelo dormir en el lado izquierdo de la cama —me comenta—. Aunque, si tú también lo prefieres, no me importa cambiar.

—¿Te refieres a cuando estás solo o acompañado?

—Gwen…

—Vaaale, ya dejo de preguntar por lo mismo.

Distingo la silueta oscura de Reese frente al resplandor de la ventana. Contemplo cómo se quita la ropa antes de meterse bajo las sábanas.

—Es verdad —farfullo—. Duermes desnudo.

Él suelta una risotada.

—Espero que esta vez no te importe. —Ríe—. Tú puedes dejarte algo de ropa si te vas a sentir más cómoda.

—Ni hablar. Para una vez que duermo con un tío, voy a hacerlo en pelotas.

Reese suelta una carcajada.

Amparada por la penumbra, me quito todas las prendas y me meto en la cama. De inmediato, me siento envuelta por las sábanas, impregnadas del olor de Reese.

—Estoy muy cómoda, que lo sepas —le aseguro mientras él se acerca a mí y pega mi espalda a su pecho. Percibo a la perfección el cosquilleo de su vello, la tibieza de su piel, su miembro

alojado en mi zona lumbar y sus piernas enredadas en las mías.

Nunca me había sentido más plena.

Él aparta mi pelo a un lado y me da un beso en el hombro.

—Buenas noches, Gwen.

¿No me va a dar un beso en la boca?

Pues mira, ya estoy cansada de esperar a que las cosas cambien o que sucedan a mi favor. Hacía mucho tiempo que no rememoraba unas palabras de Justin.

«Si algo no te parece bien, actúa. Si quieres algo, ve tú misma a por ello.»

Con ese pensamiento, me doy la vuelta, me pongo frente a Reese y acuno su rostro entre mis manos. Puedo percibir el brillo de sus ojos, su calor, su aliento. Acerco mi boca a la suya y lo beso, suave al principio, más profundamente después. Él me responde con un gemido bronco, enlazándose conmigo, excitándose de nuevo. Pero se aparta un instante después.

—Tienes que descansar esta noche, Gwen…

—Solo quería darte las buenas noches, tonto. —Sonriente, le doy un beso en la mejilla y vuelvo a darle la espalda para que me rodee de nuevo con su cuerpo—. Buenas noches, Reese.

No necesito tanto descanso, pero lo dejo pasar por esta vez.

«Equilibrio, Gwen, equilibrio.»

Capítulo 24

GWEN

Me despierta un delicioso olor. Huele a huevos y a algo dulce y se me hace la boca agua antes, incluso, de abrir los ojos.

Me desperezo y sonrío mientras estiro el brazo. Ya suponía que Reese no estaría en la cama, y, aunque echa por tierra mi pensamiento romántico de despertarme en sus brazos y recibir el día volviendo a hacer el amor con él, entiendo que se ha levantado a preparar el desayuno, idea que también consigue acariciarme por dentro.

Me levanto de un salto y me meto corriendo en la ducha, aunque no me entretengo en lavarme el pelo. Necesitaría un buen rato para desenredarlo y no quiero perder un tiempo valioso. Me limito a mojarlo un poco y peinármelo con los dedos para que no parezca una bola de zarzas y me visto con la camiseta de Reese. Lo que no me pongo es el pantalón. Ayer eché en mi bolso unas braguitas limpias —consejo de Ellie—, y me las coloco mientras me dirijo con rapidez hacia la escalera.

Me detengo un instante. Oigo voces. Una es la de Reese y la otra es de una mujer. Risas. Complicidad. De nuevo, el dolorcillo en el estómago que no debería sentir pero que no deja de aparecer desde que conozco a este hombre.

¿Una antigua amante? ¿Una amante actual? ¿Una amante futura?

Con toda mi dignidad, tal cual voy vestida y descalza, bajo los escalones y voy en busca de la cocina, el origen de las voces. Cuando llego a la puerta, me encuentro a Reese, vestido con el chándal negro de anoche, revolviendo huevos en una sartén mientras una mujer saca varios paquetes de una bolsa y los va colocando en la nevera y en los armarios. No me parece que pueda ser la amante de Reese. Más que nada porque debe de rondar los sesenta años.

Él es el primero en verme.

—Hola, Gwen, buenos días —me saluda sonriente.

Dios, creo que llevo toda una vida esperando esa sonrisa. Es de ese tipo de sonrisa que te atraviesa, llega hasta lo más hondo y se queda, ahí, para siempre.

—Hola. —Sonrío también—. Buenos días.

—Ella es la señora Gibson. —Me señala a la desconocida—. Es la persona que se encarga de que no me falte de nada y de que todo esté impecable. —Le dedica una expresión tierna.

—Hola, bonita —me dice la mujer desde el interior de la nevera—. Perdona mi irrupción un sábado por la mañana, pero es el único día que me va bien hacer la compra.

—No pasa nada. —Le sonrío.

Reese señala uno de los taburetes y me coloca un plato lleno de huevos revueltos y otro con tortitas y trozos de fruta.

—Madre mía, qué buena pinta. —Casi babeo.

—No he venido más temprano porque sé que a este chico se le da bien cocinar —comenta la mujer con afecto.

—Doy fe —intervengo mientras empiezo a saborear los huevos.

—No quiero molestar más —señala ella cuando cierra el frigorífico—. Si te parece bien, subiré a hacer los baños y cambiar las sábanas en un momento. Después me marcharé.

—Perfecto, señora Gibson —le responde Reese mientras se sienta frente a mí.

—Un placer conocerte, Gwen —murmura la señora mientras me mira con un poco más de atención. Durante un imperceptible instante, parece sorprendida. Después, sonríe con afabilidad y desaparece de la cocina.

—Vaya —digo con un tono mordaz que no he sido capaz de ocultar—, qué pronto se ha quedado con mi nombre.

Reese me mira por encima del borde de su taza de café y eleva una ceja.

—Lo digo por todos los que debe de memorizar para luego no volverlos a mencionar —rezongo.

—Gwen…

—Reconoce que no se ha inmutado cuando me ha visto aparecer con estas pintas —refunfuño.

Reese va a hablar, pero alzo una mano para interrumpirlo.

—Vale, ha sido una tontería por mi parte. Parezco una novia celosa.

—No sé qué quieres que te diga. —Compone una divertida mueca—. No escondo a las mujeres cuando aparece la señora de la limpieza.

—Tienes razón, no me hagas caso. —Continúo comiendo—. Esto está de muerte. Podrá ser cocina de supervivencia, pero se te da de maravilla.

—Gracias. —Sonríe—. No se me da mal, aunque a Blake es a quien se le da mejor cocinar. Noah, como era el más pequeño y solo ayudaba, se especializó en postres y bizcochos.

Nadie lo notaría, pero yo sí. Se ha puesto tenso, aunque no ha parado de pinchar huevos o trocear tortitas con el cuchillo y el tenedor. Sabe que ha hablado demasiado e intenta seguir como si nada.

Recuerdo lo que me dijo Rachel, sobre lo que une a los llamados The Bachelors, pero no quiero atosigarlo. No somos novios, aunque sí se podría decir que hay entre nosotros algún tipo de vínculo. Así que, igual que estoy haciendo conmigo, busco el equilibrio con él.

—¿Os criasteis juntos? —le pregunto de forma natural—. ¿Por eso estáis tan unidos?

—Sí —me responde, no sé si más relajado o no. Se acaba de erigir a su alrededor un muro, aunque no se ha dado cuenta de que, por muy resistente que sea, es de algún material transparente. Y lo veo. Veo las debilidades que parece esconder este hombre que, aparentemente,

lo tiene todo: un buen carácter, una buena vida, buenos amigos… Puedo advertir que no está conforme del todo. Anhela algo que se empeña en ocultar.

—¿Ellos también son huérfanos? —lo tanteo.

—Sí —repite—. Nuestros padres murieron el mismo día.

—Oh, vaya —susurro—. Lo siento mucho. ¿Qué pasó? ¿Un accidente aéreo o algo así?

—No quiero hablar de ello —se limita a contestar.

Se levanta del taburete y empieza a retirar los utensilios de la encimera. Oímos de fondo la voz de la señora Gibson, que grita desde la entrada.

—¡Ya he terminado! ¡Me marcho! ¡Hasta la vista, chicos!

—¡Hasta la vista, señora Gibson! —responde Reese.

Después me mira y ambos sonreímos. Me encanta su forma de ser, lo poco que se enfada; lo pronto que, cuando lo hace, vuelve a sonreír; lo mucho que sonríe. Su ternura, sus bromas, su forma de cuidar de los que quiere sin que apenas reparen en ello. Siempre está ahí.

Me encanta Reese.

—Perdona —se disculpa, por supuesto—. Me he puesto bastante borde.

—No, no, tranquilo —contesto de inmediato—. He sido yo, que me he puesto muy preguntona. Seguro que has tenido que pararle los pies a más de una en ese sentido.

—Aunque no lo creas —me rebate—, nunca me ha pasado. Ninguna de las chicas que hayan podido pasar por esta casa me ha preguntado por el detalle de las fotografías o ha querido saber de mis padres. —Se encoge de hombros—. No les ha interesado nada más allá del hombre que ven, el ejecutivo exitoso, risueño y despreocupado, sin ataduras…

—Uno de los integrantes del famoso trío The Bachelors —lo interrumpo jocosa.

—Ya te han ilustrado —bufa—. Una estupidez de tres jóvenes que se querían comer el mundo —me explica.

—Pues le dieron un buen bocado —bromeo.

—En apariencia, sí —musita.

—¿No crees que has tenido éxito en la vida? —inquiero mientras coloco mis cubiertos también en el lavavajillas.

—Supongo que sí. —Solo veo su ancha espalda mientras responde, entretenido como está en pasar una bayeta por la encimera. Me fascina ver los movimientos ondulantes de sus músculos, sus brazos desnudos, el contraste de la anchura de sus hombros con la estrechez de sus caderas.

—Te falta algo —le insinúo.

—Quizá —musita.

Solo puedo ver su perfil, así que me coloco delante de él para plantearle la siguiente cuestión.

—¿No te has enamorado nunca?

Reese me mira y luego desvía la vista. Es la versión más insegura que he podido ver de él.

—Sí… No… Tal vez creí estarlo. —Suspira—. No lo sé.

—¿Se trata de Rachel? —me atrevo a preguntarle.

Eleva la vista y clava sus ojos en los míos. Nunca me habían parecido tan dorados, tan vulnerables, tan bellos. Aunque prefiero la versión más brillante y risueña.

—Fue… hace tiempo —titubea—. Me pareció… creí… —Desliza los dedos por entre su cabello y se lo alborota completamente—. Nunca pasó nada entre ella y yo.

—Lo imagino —le digo sonriente—. Blake se había enamorado de ella y ella de él. Tú te la quitaste de la cabeza y seguiste adelante. Aunque no creo que estuvieses realmente enamorado de ella. Te habrías largado al otro lado del país si hubiese sido así. Porque eres un buen amigo y una buena persona, Reese Dawson.

Ladea la cabeza y me dedica una sonrisa torcida.

—¿Eres capaz de ver a través de mí, Gwendolyne Sharp?

—No. —Río—. Pero sé observar. Capto detalles que pasarían desapercibidos para otros.

—Por eso te has convertido en la ayudante personal de Gillian —señala con una sonrisa.

—Por eso y porque Samantha me ha dejado el camino libre —bromeo.

—Samantha no ha tenido nada que ver —comenta, serio—. No necesitas que otros se aparten para que se te pueda ver, Gwen. Brillas por ti misma.

Nos separa algo más de un metro de distancia. Nuestras miradas han vuelto a enredarse, envueltas en silencio. Hasta que Reese alza su mano y la dirige hacia mí.

—Ven —musita—. Quiero enseñarte algo.

Le doy la mano y él la envuelve entre sus dedos cálidos. Tira de mí y lo sigo hasta la planta superior. Pasamos primero por su dormitorio, ya arreglado y ventilado gracias a la señora Gibson. Me suelta la mano y abre el cajón inferior de su mesilla, de donde saca una llave. Me hace un gesto para que lo siga y se encamina al final del pasillo, donde se halla una puerta cerrada en la que no reparé en mi primera visita. Tiene el color de la pared y pasa desapercibida.

Reese hace girar la llave en la cerradura y abre la puerta. Se apoya en ella para dejarme pasar.

—Adelante —murmura.

Algo vacilante, entro en la estancia. Está iluminada por el sol primaveral que entra por la ventana, aunque un estor, de un amarillo descolorido por el tiempo, atenúa la claridad. Lo que primero llama mi atención es el mobiliario y la decoración, más aptos para un joven adolescente, aunque no de la actualidad. Sobre las estanterías se disponen una buena cantidad de cedés, intercalados con objetos diversos, libros, cómics y un par de trofeos escolares. La pared, también de color amarillo, está cubierta de pósteres de equipos de hockey y de películas, como *X-Men* o *Scream*, todo ello coronado por un *stick* que creo que lleva la firma de algún jugador.

—Es mi habitación —susurra Reese—, tal y como estaba en casa de mis padres; tal y como estaba la última vez que salí de ella. Pedí que la conservaran tal cual en un trastero y luego la monté aquí, en mi propia casa.

Aguanto la respiración. Me siento como si hubiera viajado en el tiempo a través de la memoria de Reese para poder entrar en un momento de su vida. Todo parece congelado en el tiempo, irreal y un poco mágico. Casi espero ver aparecer en cualquier momento a un chico de

catorce años que dejará su mochila sobre la cama y se sentará en el escritorio a hacer los deberes mientras escucha música a través de unos auriculares conectados a un reproductor de cedé o de MP3, no tengo muy claro cuándo uno suplió al otro. Yo no llevaría mucho más de un año en el mundo por aquel entonces.

El corazón se me encoge cuando dirijo la vista a la pared frente al escritorio, cubierta por un gran trozo de corcho, donde hay clavadas algunas notas y, sobre todo, un montón de fotografías. Vacilo. Doy un paso. Me acerco y miro las imágenes. Mis labios comienzan a temblar cuando distingo en la mayoría de ellas a un matrimonio bastante joven, treintañero en algunas y en el principio de la cuarentena en otras. Él tiene el cabello castaño y se parece mucho a Reese, aunque la mujer es la que tiene el pelo más claro. La pareja siempre está sonriente junto a un niño rubio, primero más pequeño y después en varias etapas de su vida. El crío también ríe siempre, ya sea porque está subido en una atracción de feria, jugando en la arena de la playa junto a su madre, en un estadio de hockey con su padre o soplando las velas en varios cumpleaños junto a una pandilla de amigos.

En todas las fotografías se respira lo mismo: felicidad. La felicidad de un niño que, aunque con seguridad lo tenía todo, atesoraba el amor de sus padres como lo más preciado de su mundo.

Noto el cosquilleo húmedo de las lágrimas que me caen por las mejillas.

—A esto me refería —musita Reese. Sobresaltada, me giro hacia él para comprobar que su rostro está contraído por la pena y humedecido por las lágrimas que le brotan sin cesar—. No podría tener nada de esto a la vista y no romperme.

—Lo… lo siento —susurro mientras me limpio la cara con el dorso de la mano—. No era mi intención hacerte pasar un mal rato.

—Solo entro aquí cuando me apetece hacerlo. —Se encoge de hombros, aunque las lágrimas continúan deslizándose por sus mejillas recién afeitadas—. Y ahora me apetecía. Nunca he entrado con nadie. —Me mira con sus ojos húmedos y brillantes—. Solo tú has visto esto. Ni siquiera han estado aquí mis amigos.

—¿Ni siquiera Rachel? —le pregunto en un murmullo.

Niega con la cabeza.

—Ni siquiera Rachel.

Abro los dedos de una mano para poder enlazarlos con los suyos. Tiro de él hacia el pasillo y cierro la puerta. No quiero que sufra más.

—Gracias por enseñármelo —murmuro—. Gracias por compartir algo tan íntimo conmigo.

A continuación, lo abrazo. Sé descifrar cuándo una persona necesita contacto humano, consuelo, que le hagan saber que no está sola. Lo sé porque es lo que yo habría necesitado muchas veces y nadie me lo concedió.

Reese responde con intensidad, estrechándome contra su cuerpo en mitad de un gemido, como si pudiera aliviar su pena con la fuerza de su abrazo. Y en realidad es así. Cuanto más fuerte abrazamos, más tristeza dejamos ir.

Todavía abrazado a mí, Reese separa unos centímetros su rostro del mío. Y nos miramos. Sus ojos están enrojecidos, sus pestañas, mojadas, y su rostro, húmedo. Entiendo que mi cara debe presentar un aspecto parecido, porque comienza a besar mis párpados y mis mejillas, como si quisiera enjugar la humedad a base de besos. Empiezan siendo besos suaves, pero, poco a poco, se van haciendo más intensos, más desesperados, más urgentes. Se mueve entre mi pelo como si pretendiera besar cada uno de mis rizos en unos pocos segundos. Besa cada parte de mi cara hasta que alcanza mi boca, donde estampa sus labios con fuerza. Yo los abro para recibir el ímpetu de su lengua, su urgencia, su ansia por encontrar la calma, la paz. Sus manos también lo acompañan en su anhelo por tocarme y afianzan mis glúteos para estrecharme contra él, que está duro, durísimo.

Nos movemos, trastabillando, sin dejar de gruñir, besar y morder. Caminamos hasta el dormitorio principal y, cuando estoy a punto de tirar a Reese sobre la cama, él me afianza por la cintura y me sujeta.

—No —musita al tiempo que abre el cajón de su mesilla y coge un sobre plateado—. Hoy serás tú quien me guíe a mí.

No sé lo que quiere decir hasta que lo veo sentarse en una butaca que hay junto a la ventana. Me abre los brazos, llamándome, y yo voy sin pensarlo. Me saco las bragas por las piernas con un rápido movimiento y me siento a horcajadas sobre Reese. Gimo. Ahora soy yo la impaciente, así que tiro hacia arriba de su camiseta y se la saco por la cabeza. Un segundo después, hago lo mismo con la mía, por lo que me quedo completamente desnuda encima de Reese. Él, mientras tanto, se ha bajado la cinturilla del pantalón y se está colocando el preservativo. No hay más vacilación, más duda ni más preliminares. Aferro su miembro excitado y lo llevo a la entrada de mi cuerpo.

Jadeo un instante. Todavía estoy un poco sensible y siento un atisbo de incomodidad, pero me dejo caer y siento cómo mi interior se llena, hasta el fondo.

—Marca tú el ritmo —jadea Reese—. Muévete como quieras, cuando quieras y de la manera que quieras.

Apoyo las manos en su pecho. El sol que atraviesa los cristales impacta en sus ojos, en su pelo, en su piel, dotándolo de un brillo dorado que me deslumbra, me atraviesa y me envuelve el corazón.

Le hago caso y me muevo, para mi propia sorpresa, no de una forma lenta ni cuidadosa. El dolor está olvidado. Solo quiero poseer a Reese, rápido, duro, intenso. Me impulso arriba y abajo, echo hacia atrás la cabeza y cierro los ojos ante el impacto del sol. Reese frota mis pechos, mis caderas, entre mis piernas, solo un instante. El único instante que hemos necesitado para alcanzar el clímax y desmadejarnos el uno sobre el otro. Mi corazón late con tanta fuerza que temo que se salga de mi pecho. Por fortuna, estoy tan abrazada a Reese que su cuerpo amortigua mis latidos.

—¿Estás bien? —me pregunta entre resuellos.

—Esa es una pregunta muy genérica, ¿no te parece?

Con la respiración aún acelerada, me aparto un poco de él, aunque sigo sentada en su regazo. Él me mira con ternura y aparta algunos bucles de mi rostro para llevarlos detrás de mi oreja.

—Me refería a… —mira hacia abajo—… ya sabes. Tanto empeño por ser cuidadoso con tu primera vez, con baño caliente poscoito incluido, y a la mañana siguiente te follo sin miramiento.

Río y me ruborizo. Maldita timidez… Un día tendré cincuenta años y me seguiré poniendo roja. Qué cruz.

—Creo que ha sido algo mutuo —le digo sonriente. Poso la mano en su mandíbula—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Sin avisarme, se levanta de la butaca conmigo en brazos.

—Sí —ríe—, estoy fenomenal.

—¿Qué haces? —me quejo al verme colgando de su cuerpo—. ¿A dónde me llevas? No es por nada, pero ¡estoy desnuda!

—Requisito bastante necesario para ducharse —me dice entre risas—. Y esta vez, le haremos caso a Rachel. Ahorraremos agua.

Unos minutos después, vuelvo a estar vestida con mis vaqueros y mi blusa morada. Reese se ha puesto unos tejanos y una camisa azul marino. Dios, me encanta cómo le quedan los vaqueros algo desgastados con camisas de vestir que no termina de abrocharse y que se deja por fuera de los pantalones. Está tan guapo que las mariposas que se instalaron en mi estómago nada más conocerlo aletean más rápido que nunca.

—¿Vas a salir? —le pregunto cuando lo veo coger las llaves de casa y del coche.

—Te llevo a casa —me dice.

—Oh, no hace falta. —Abro la puerta de entrada—. La parada del autobús está aquí cerca.

—Ya sé que no te hago falta nunca —bromea—, pero da la casualidad de que tengo que coger el coche porque he quedado. —Acciona la llave y se encienden los intermitentes de un vehículo apostado junto a la acera—. Vamos, sube.

—Bueno, si te pilla de paso…

Él sonríe. Por supuesto que Harlem no le va a pillar de paso a ningún sitio. Pero es que no puedo evitar sentirme bien y mal cuando Reese me ayuda o me apoya. Contradictorio, lo sé. Por un lado, siento que no necesito que un hombre tenga que hacer nada por mí, sobre todo cuando ese hombre es un superior en mi trabajo, vive en un barrio pijo y gana al mes lo que yo no llegaré a conseguir ni en un año. Pero, por otra parte, que alguien me mime, me cuide y me tenga en cuenta son cosas que dejé de disfrutar en esta vida demasiado pronto. Cosas que, aunque ya sea adulta, reconozco que sigo necesitando.

Vuelvo a pensar que Reese y yo tenemos muchas más cosas en común de lo que pueda parecer a simple vista. A ambos nos arrebataron el amor de nuestros padres, aunque en su caso fuese la muerte y en el mío… fueran ellos mismos.

No me había dado cuenta de que Reese ha vuelto a conectar su música. Suena *Resistance*, de

Muse.

—Quería decirte una cosa, Reese. —Dejo de mirar a la gente que inunda las aceras y lo observo a él.

—Dime —responde sonriente. Desvía un instante la vista del tráfico para mirarme y vuelve a centrarse en la conducción.

—¿Qué va a pasar ahora? Quiero decir… después de… ya sabes… ¿Seguiremos fingiendo que salimos?

—Claro —responde, sonriendo de nuevo—. Dijimos que hasta las vacaciones, ¿no? ¿Cuánto queda para eso? ¿Tres semanas?

—Más o menos.

«¿Y no vamos a volver a estar juntos de verdad?», me muero por preguntarle.

Intento buscar un comentario parecido que no lo ponga en un compromiso.

—Durante la semana estaremos muy liados y eso —lo tanteo—, pero, si quieres, podemos volver a quedar el fin de semana. Alguna noche. Sin quedarme a dormir si prefieres. Sexo sin compromiso, como sueles preferir. Solo si quieres, claro…

Me he liado más de la cuenta.

—Gwen… —me corta.

No me había dado cuenta de que ya estábamos parados frente al edificio en el que vivo. Porras. Cada vez me parece más feo y roñoso.

—No creo que sea buena idea —comenta.

«Vale, tranquila, no pasa nada. Ataja ahora mismo esas ganas de llorar. Te lo esperabas. O no. No estabas muy segura. En fin…»

—¿Por qué? —pregunto, a pesar de que pueda parecer que le insisto.

—Porque no sería justo para ninguno de los dos —responde. Tiene las manos apoyadas en el volante y mira al frente, aunque no creo que vea nada—. Lo de la diferencia de edad no es únicamente un número, Gwen. Tú estás en un momento de descubrimiento, de comienzo, de experimentar. Y yo… busco un poco de estabilidad en mi vida. Ya he experimentado bastante.

—Pero… yo creía que solo querías aventuras, mujeres de una noche. Eres uno de los codiciados solteros…

Sonríe con un deje de tristeza.

—Eso es lo que siempre he aparentado. Pero hace tiempo que me aburre ese tipo de vida. Me gustaría tener una relación seria, con vistas a un futuro. Por eso mis amigos no paraban de organizarme citas. —Sonríe con algo más de ganas—. Si te soy sincero, no me acostaba con una mujer desde hacía meses.

«Por eso te ha cogido a ti con ganas, boba, que eres boba.»

—Ya, bueno —musito—. Entonces, ¿cómo hacemos con… lo nuestro?

—Tú misma has dicho que vamos a estar muy liados. Esta semana, incluso, tengo un viaje de trabajo, por lo que, probablemente, no podamos ni quedar en bastante tiempo. —Compone una

mueca—. Mira, ese podría ser el motivo de nuestra ruptura, que no nos veamos y nos vayamos enfriando…

—¿Para qué todo este lío entonces? —le pregunto aturdida—. ¿Por qué te molestaba tanto que te presentaran chicas?

—Porque no creo que el amor se busque. Porque creo que el amor se encuentra.

Ahora sí, me mira fijamente y me pierdo en sus hermosos ojos dorados.

—Tienes razón —susurro—. Se encuentra cuando menos te lo esperas.

Llevo la mano a la manija de la puerta, pero no la acciono. Vuelvo a mirarlo, aunque él ha retomado su vista al frente.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado entre nosotros? —le planteo.

Vuelve a mirarme. Encuentro cierto pesar en su expresión.

—No lo sé —suspira.

—Si te sirve de algo —sonrío—, yo no.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura —afirmo sonriente. Después me encojo de hombros—. Quería mi primera vez y ha estado… perfecta. Gracias, Reese.

—No me des las gracias por eso —me dice con un asomo de sonrisa—. Suena fatal.

—Es lo que siento —respondo—. Hasta la vista, Reese.

Me inclino para darle un beso en la mejilla y después me bajo del coche. Él tarda un instante en arrancar, pero, cuando lo hace, emprende la marcha y desaparece por entre el tráfico.

Suspiro con fuerza. Entro en el lúgubre edificio, subo los siete pisos y abro la puerta.

—¡¿Qué tal?!

—¿Todo bien?

—¿Ya no eres virgen?

Río con ganas.

—No, ya no soy virgen —contesto mientras cierro detrás de mí y me dejo caer en la puerta—. En cuanto a lo otro… no, no va nada bien.

Justin y Ellie me miran con expectación.

—Porque me he enamorado perdidamente de Reese Dawson.

Capítulo 25

GWEN

10 de junio de 2023, 21.52
De: Gwen Sharp
Para: Heather Sharp
Asunto: Descubrimiento

Hola, Heather:

¿Todo bien por la capital británica? Seguro que sí.

Mis prácticas van cada día mejor. Ya te hablé del cambio de actitud de Gillian y de la desaparición misteriosa de Samantha. (Siento si suena cruel, pero no me importa dónde esté. Estoy harta de malas personas y ella es una de las peores.) Lo que cuenta es que en Bell vean que existo. No te digo que no siga trayendo cafés, contestando al teléfono o comprobando si hace falta papel para la impresora. Sigo entrenando para la maratón con tanto viajecito y paso tanta hambre por la falta de tiempo que me duermo soñando con comida. Pero ¡soy feliz! Incluso creo que mi jefa me propondrá formar parte de la plantilla de Bell en algún momento. No quiero hacerme ilusiones, pero ¡no puedo evitarlo! ¿Te imaginas? Yo, Gwen Sharp, la niña rara y solitaria que solo tenía como amigo a otro niño rarito y solitario, está en proyecto de conseguir lo que siempre ha anhelado. Y sola. Porque sabes tan bien como yo que me quedé sola a los once años. Tal vez no lo estaba físicamente, pero así lo sentía mi alma.

¿Qué puede resultar peor para una niña que sentirse sola porque sus padres no la consideran lo suficientemente importante para sus vidas?

Por eso quería hablarte de mi descubrimiento. Ha sido a través de unas fotografías. En ellas había un niño que, veinte o treinta años después, se sigue sintiendo querido por sus padres; por unos padres que llevan muertos veintidós años. Y, aun así, se podía sentir ese amor bajo la piel; solo con mirar las imágenes; solo con ver a ese crío, ahora un adulto, llorar por ellos.

Yo ya no lloro, Heather. Agoté todas mis lágrimas hace mucho tiempo.

¿Recuerdas verme llorar? Seguro que sí. Algunas veces era por ti, pero otras muchas, la mayoría, fue por mí. No te culpo, Heather, pero…

Tengo que revisar algunas notas del trabajo. Te seguiré contando en otro momento.

Besos.

Gwen

Capítulo 26

REESE

—¡Hola, tío Reese!

—Hola, pequeñajo.

Alzo en el aire a Jeremy y recibo a cambio un montón de carcajadas y una buena dosis de saliva infantil. Pero no me importa. Amo a este niño como si de verdad fuese mi sobrino, aunque en realidad no lleve mi sangre. ¿Quién dijo que eso fuera necesario para querer de verdad?

—¿Qué tal, Reese?

Rachel me saluda con un beso en la mejilla y, a continuación, nos sentamos uno frente al otro a la mesa de una cafetería. Ambos pedimos café. Para Jeremy… lo tengo bastante claro, no creo que me sorprenda.

—El helado de los grandes, tío Reese —me demanda. Da por hecho que le voy a decir que sí —. ¡De chocolate con trozos de galleta!

Alzo una ceja mientras miro a su madre, sonriendo.

—De acuerdo. —Pone los ojos en blanco—. Así se entretiene más tiempo.

Río cuando compone un mohín.

—Ha sonado horrible, ¿verdad? —Suspira cuando se va el camarero—. Oh, Dios. No quiero parecerme a esas madres que les dan el móvil a sus bebés para que las dejen tranquilas.

—No es lo mismo, relájate —la convenzo mientras le anudo un babero a Jeremy.

Enseguida nos sirven los cafés y el enorme helado.

—A veces no sé cómo acertar, te lo juro…

—Ninguna madre sabe. —Coloco mi mano sobre la suya y aferro sus dedos—. Lo haces bien, Rachel, deja de torturarte. Olvida lo que ocurrió en el pasado. Además, nadie tiene derecho a evaluarte por cómo actúas con tu hijo. La única prueba que debería valerte es juzgar por ti misma el resultado. —Señalo al pequeño—. Míralo. ¿No te parece un niño feliz?

Jeremy nos deleita con una sonrisa plagada de dientes negros manchados de chocolate. Hasta sus mejillas y su barbilla contienen pegotes oscuros. Rachel y yo estallamos en una carcajada mientras ella coge una servilleta y trata de limpiar la carita de su hijo.

—Eres un cielo, Reese —me dice, todavía en los vestigios de las risas—. Adoro cómo consigues hacer que alguien se sienta bien. Te quiero muchísimo.

Sonrío mientras contemplo cómo sus dedos se enlazan con los míos. Una emoción suave y tibia me asalta cuando me dedica una de sus bellas sonrisas acompañada por la mirada cálida de

sus ojos egipcios. La quiero, claro que la quiero, de la misma forma que querría a una hermana o, como en este caso, a una cuñada, a la mujer de mi mejor amigo y hermano.

Qué complicados son los sentimientos. O quizá el complicado sea yo. Durante un tiempo creí estar enamorado de esta mujer y me atormentaba ese pensamiento. Semanas después, intuí que solo había sido un sueño, una ilusión, una fantasía. Ahora que han pasado meses, estoy completamente seguro de que no la quiero de esa manera. Lo sabía, pero justo en este momento soy tan consciente de ello que siento un enorme alivio, como si me descargaran de un peso extra a mi espalda.

—Yo también te quiero, chica de mirada triste —le digo con total tranquilidad.

—Ay, Reese. —Sonríe con un punto más de ternura—. Gwen es una chica muy afortunada.

Me agito incómodo en la silla y revuelvo mi cabello cuando me froto la nuca.

—De eso quería hablarte. —Aguanto una buena cantidad de aire en mis pulmones.

—¿De Gwen? —Ríe—. ¿Por eso me has pedido que venga sola?

—No es por eso —la corto—. Es por lo que tengo que contarte.

—Me tienes en ascuas, Reese —insiste Rachel—. ¿Qué ocurre con Gwen? ¿Os habéis enfadado? No me digas que habéis roto…

—No podemos romper algo que no existe —le dejo caer.

—No entiendo…

—Gwen y yo no estamos saliendo —le confieso—. Hemos fingido hacerlo, nada más.

—No puede ser… —musita Rachel—. Pero… no lo entiendo, Reese. Nos parecisteis de lo más creíbles. Erais una pareja preciosa…

—Siento haberos mentido a todos —me lamento.

—Pero… ¿por qué…? —Se muerde el labio inferior y suspira—. Vale, ya lo entiendo. Nos hemos puesto muy pesados a la hora de buscarte novia, ¿no es eso?

Frunzo los labios.

—Un poco. —Sonrío.

—Admito mi culpabilidad —se lamenta—. Yo misma les sugerí a Blake y a Noah algunas candidatas. ¡Incluso metí a Kelsie y a Abbey en el asunto!

—No sé si sentirme halagado por vuestro empeño u ofendido por creerme un inútil a la hora de encontrar pareja —rezongo.

—Entiéndelo, Reese —señala—. Los tres os las habéis apañado muy bien siempre para encontrar mujeres porque no teníais que hacer nada para ligar. Sois tan guapos, interesantes e inaccesibles que solamente tenéis que aparecer para que cualquier mujer se interese. Pero a la hora de encontrar a la pareja adecuada… Ahí se os ve un poquito más torpes. —Muestra un pequeño espacio entre dos dedos para ilustrarme.

—Blake te encontró a ti —le recuerdo.

—Fue una auténtica casualidad —puntualiza—. ¿Tú crees en las casualidades, Reese? Porque te puedes pasar media vida esperando a que ocurra.

Me encojo de hombros. Diría que sí creo en las casualidades. Gwen es una casualidad. Gwen es mi más bonita casualidad.

—Pues qué faena, Reese —bufa Rachel—. Te juro que nadie pensó nada raro al veros y…

De pronto, se tapa la boca con las manos y abre unos ojos como platos.

—Ay, madre… ¡Ay, madre! —exclama alarmada—. ¡Os metimos en la misma habitación! ¡Prácticamente obligué a Gwen a meterse en la ducha contigo!

—Tranquila. —Sonrío—. Tienes buenas almohadas en el altillo, perfectas para construir una barrera en mitad de la cama. En cuanto a lo de la ducha… Eso fue un poquito más incómodo.

—Ay, Dios…

—No te preocupes —la calmo—. Nos conocemos desde hace poco, pero nos llevamos bien. Se podría decir que nos hemos convertido en amigos.

Rachel achica su mirada. Sus ojos egipcios se oscurecen y me miran… ¿cabreados?

—A mí no me jodas, Reese. ¿Amigos? ¡A otra con esa gilipollez!

Parpadeo, confundido.

—Yo estaba allí, ¿recuerdas? No os mirabais como amigos. Se podía palpar la tensión entre vosotros. ¿Y el beso? Joder, Reese, menudo beso. Si Noah no llega a interrumpiros, os estaríais besando todavía.

—¡Había que ser convincente! —me quejo.

—¡Y no tuvisteis que esforzaros para serlo! —insiste—. Por Dios, Reese, ¿no te das cuenta? Gwen es… maravillosa. Es dulce y buena y sonríe casi todo el tiempo. ¿Te suena a alguien? ¡Es igual que tú de adorable!

—Rachel…

Me ignora.

—Puedes leer en su mirada y en sus gestos que es generosa y que ayudaría a un ser querido sin pensarlo —prosigue—. ¿Te suena también? Además, viste de colores y es altísima. ¡Es perfecta para ti!

—Rachel, Rachel, para —interrumpo su entusiasmo—. ¡Todavía está estudiando, maldita sea! ¡Tiene veinticuatro puñeteros años!

Alza una ceja y suelta un bufido.

—¿Estás de coña? ¿Tengo que recordarte la diferencia de edad que había entre mi marido y yo? Yo sí que estaba estudiando… ¡en segundo de carrera! —Su expresión se suaviza—. Él era mi profesor, casi me doblaba la edad y, aun así, me enamoré perdidamente de él, Reese.

Me froto el rostro con las manos.

—Contigo lo tengo complicado —gruño.

—No me pongas la edad como excusa, cariño —me suelta con retintín—. A mí no me vengas con esas.

—A ver cómo te lo explico, Rachel. —Emito una honda espiración—. Estoy cansado de rollos pasajeros, de amantes eventuales y del sexo sin más. Quiero otra cosa. Y no puedo decirle

a una chica de veinticuatro años que empieza a vivir que sea mi novia de verdad.

—Entonces, admites que te gusta.

—Joder…

—A ver, guapo —me suelta—. No paro de oírte hablar de diferencia de edad, de relaciones imposibles y de parejas estables, pero ni una sola vez te he oído decir que Gwen no te gusta.

Coloco los codos en la mesa y deslizo los dedos entre mi pelo. Esta mujer va a acabar con mi paciencia, y eso que tengo a toneladas.

—Eso es lo que menos importancia tiene —suspiro—. No voy a enredarme con Gwen, que es lo único que podría hacer con ella —me exaspero—. Esta mañana, cuando le he hablado de mis intenciones futuras, casi salta del coche. Y no se lo puedo reprochar. ¿Qué va a querer una chica de su edad de un tío como yo?

—Te puede querer a ti, Reese —musita Rachel.

—Solo está fascinada por un tipo mayor, experimentado e interesante, Rachel, nada más.

—¿Sabes, Reese? —Desvía un instante la vista hacia la ventana y contempla a la gente que deambula por esta animada calle del SoHo—. Eso es lo mismo que pensaba la gente de mí. Decían que lo que me atraía de Robert era su inteligencia, su experiencia y lo bien servida que me tendría en la cama. —Se gira hacia mí y no puedo evitar el pesar que me produce ver sus ojos dorados inundados de tristeza. Como dice el propio Blake, los ojos de Rachel enamoran a cualquiera—. Y no tenían ni idea, Reese. No tenían ni idea de lo que yo lo amaba, de lo que él me amaba a mí. —Dibuja una bonita sonrisa—. Los sentimientos no entienden de edad o preceptos sociales. Y contra los sentimientos no se puede luchar, Reese. Si lo hicieras, estarías luchando contra ti mismo. —Suspira—. Y no imaginas lo agotador que es eso. Sé de lo que te hablo…

—¡Mami, mami! —grita Jeremy, sacándonos de nuestra conversación—. Me he manchado un poco…

Ambos nos giramos hacia el niño y ahogamos un gemido. Hemos estado tan absortos hablando que nos hemos olvidado de él. Al pobre se le ha derretido el helado y tiene chocolate hasta en las pestañas.

—¡Oh, por Dios, Jeremy! —exclama la madre. Los dos nos ponemos a sacar servilletas y a tratar de limpiarle la cara, las manos, el pelo…

—No te sulfures, Rachel. —Río—. Esto tiene pinta de arreglarse con un buen baño.

—Menos mal que llevo una manta en el coche para que no me desgracie la tapicería —rezonga Rachel mientras baja a su hijo de la silla y lo coge de la mano—. No sé si habré mejorado como madre, pero sí soy más previsora.

Salimos del local después de que yo abone la cuenta y nos dirigimos al aparcamiento. En primer lugar, paramos junto al todoterreno de Rachel.

—Te agradecería que, de momento, no le contaras nada a Blake —le digo mientras coloco a Jeremy en su sillita y lo sujeto con los cinturones—. Ya sé que es mucho pedirte, pero preferiría

contárselo yo a él y a Noah… a su tiempo.

—No te preocupes. —Sonríe.

—Tío Reese —me reclama el crío antes de que cierre la puerta trasera del vehículo—, ¿me has traído algo hoy?

Compongo una expresión pensativa.

—No recuerdo si he cogido una cosa, espera.

Me meto la mano en el bolsillo como si no supiese qué voy a encontrarme y saco una pequeña locomotora de tren.

—¡Anda! —exclamo—. Pues sí que me he acordado.

—¡Un tren! —chilla Jeremy encantado—. ¡Qué guay, tío Reese! ¿Has visto, mami? ¡Es un tren!

Cuando conservé mi habitación, atesoré también todo lo que había en el interior de los muebles. No fue hasta más de una década después cuando descubrí las cajas que guardaba en el fondo del armario, todas ellas repletas de juguetes de mi infancia. Eran esa clase de juguetes con los que jugábamos los niños antes de que existieran las consolas: coches, pelotas, soldados… Desde que Jeremy entró en mi vida, decidí que prefería que permanecieran con él a dejarlos llenarse de polvo y de años en aquellas cajas de plástico. Como un juego, cada vez que nos vemos, le doy uno de los juguetes que todavía conservan retazos de una infancia que solo existe ya en mis recuerdos.

—Es muy chulo —le dice su madre mientras me dedica una tierna expresión de agradecimiento.

Rachel abre la puerta del conductor y antes de subirse me da un abrazo y un beso en la mejilla.

—No tenemos que organizarte citas —me señala—. Ni tú necesitas una novia falsa para evitar esas mismas citas. No tienes que hacer nada, Reese. Solo ser como eres.

—Soy un cielo —bromeo mientras ella se acomoda en el asiento.

—Te parecerá una tontería —me confiesa—, pero, sí, lo eres. Y ojalá hubiera más tíos como tú en el mundo.

Arranca el motor y ambos se despiden antes de alejarse de mí.

Después de este encuentro que he mantenido con Rachel, decido que me irá bien pasar el resto del fin de semana con Noah. Mi amigo y unas cuantas cervezas consiguen que me olvide de muchas cosas. Como, por ejemplo, del error que he cometido acostándome con Gwen.

Capítulo 27

GWEN

—¿Qué te han parecido los dos últimos candidatos? —me pregunta Adam mientras salimos de la sala de entrevistas.

—Me ha gustado más el primer chico —le respondo mientras caminamos a través del pasillo enmoquetado—. Pese a tener menos experiencia, he captado en él la ilusión. El otro solicitante solo quiere cambiar su trabajo actual por otro cualquiera. Se aburriría en dos días.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Mi compañero sonríe—. Se lo voy a comentar al jefe del departamento de Compras, quien ha propuesto la vacante. —Alza la mano para que se la choque con la mía—. Somos un equipazo, Gwen. Me alegro mucho de colaborar contigo.

—Gracias, Adam.

Río mientras lo veo alejarse entre mesas y cubículos y emito un suspiro de satisfacción. Me encanta trabajar aquí, aunque, por supuesto, me gustaría más si mi sueldo me permitiera pagar el alquiler de un piso más decente. Al menos, uno que no me hiciera soltar el hígado por la boca al llegar a la puerta por el esfuerzo de subir siete plantas.

Ese es mi sueño ahora mismo: mi trabajo (con un sueldo decente), mi apartamento (con ascensor), mi tranquilidad (con compañía). Parece poco, pero, tal y como están las cosas, puede que sea aspirar a algo inalcanzable.

No es que pretenda quejarme mucho. Cuando terminen mis prácticas me pagarán bastante pasta. Después de restar impuestos y demás, me quedarán unos seis mil dólares netos. Por tres meses de trabajo, claro. Y te pagan al final. O sea, que, hasta entonces, tendré que vivir a base de los dónuts que sobran cada mañana.

Me he vuelto bastante taimada, ya que menciono el tema. Si me piden veintitrés rosquillas, procuro pedir una caja de veinticinco. De esa manera, tengo la comida asegurada. Aunque también me siento bastante mal por engrosar falsamente los gastos del departamento. Ellie y Justin me dicen que es una auténtica chorrada, que Bell Technology se puede permitir un cargamento diario de dónuts, y que, además, tengo que comer, pero no lo puedo remediar. ¿Me podrían acusar de ladrona? No creo que acabara sentada en el banquillo de los acusados por eso, pero ¿y si descubren que tengo antecedentes? Al fin y al cabo, nos hemos quedado varias veces con algunas cosas de las bolsas de compra que llegan a domicilio para nuestra vecina…

Sinceramente, creo que mis amigos tienen razón. No les va a ir a esta gente de pagarme un mísero tentempié que se convierte en mi única comida hasta la cena. Al fin y al cabo, con lo que

me comentó Adam el otro día, me siento bastante más tranquila.

* * *

—¿Cuánto cobras tú de sueldo? —le pregunté tras acabar una de las peores jornadas que recuerdo. Estaba tan cansada que pensé que hablar de dinero me subiría el ánimo—. No quiero parecer cotilla, pero me gustaría escribir mi propio cuento de *La lechera* y soñar cómo sería mi vida si me contratasen.

—No me importa decírtelo —respondió jovial—. Unos cuarenta mil el primer año, con la posibilidad de un aumento de diez mil más si me renuevan el contrato.

—¡Ostras!

—No sé de qué te asombras. —Rio—. ¿Acaso no le has preguntado a tu novio cuánto gana él?

—No, claro que no —respondí indignada—. ¿Te parece que una novia debería preguntar eso?

—Mi chica de entonces fue la primera en saberlo —me dijo con un encogimiento de hombros.

—¿Ya no sales con ella?

Sin haberme dado cuenta, las horas pasadas con Adam me han otorgado llegar a esa fina línea que separa a un compañero de un amigo. Todavía estamos en ese punto en el que bromeamos, reímos y nos contamos alguna anécdota del fin de semana, pero sin profundizar, sin cuestionar, sin juzgar.

—No. —Sonrió—. Supongo que, con veintisiete años, todavía me queda tiempo para que me rompan el corazón unas cuantas veces más.

—¿Y si —le pregunté—, aunque seas joven, conoces a la persona adecuada? ¿Y si te enamoras de verdad?

—Pues, entonces —contestó con otra sonrisa—, no lo dejaría pasar. Iría a por ello a saco, con todo. —Me guiñó un ojo—. No dejes que las convenciones sociales o tus miedos te impidan conseguir lo que deseas, Gwen.

Me quedé pensativa un instante.

—Por si todavía te interesa saber lo que gana tu novio —prosiguió—, ingeniero de software es uno de los empleos mejor remunerados. Y si encima es jefe de departamento, la cosa va más allá de cien de los grandes al año.

—¡¿Cien mil dólares?! —grité—. ¡La madre que…!

—Ya puede tu novio invitarte a buenos restaurantes. —Se carcajeó.

—Oye, guapo —me indigné—. No necesito que me mantenga ningún hombre. Además, pienso esforzarme para ganar lo suficiente como para invitarlo yo.

—Seguro que lo logras. —Sonrió con ternura.

* * *

En fin, de momento, y dado que ya son las once, más vale que deje de pensar en dinero y me apresure en subir hasta la cafetería de la planta veintitrés y traer unos cuantos cafés para Gillian y su séquito. Sí, ella me nombró hace poco su ayudante personal, pero sigo siendo una becaria que trae cafés, hace fotocopias y repasa el inventario del material.

—¡Gwen, espera!

No llego a pulsar el botón del ascensor. Me giro para verificar que es el jefe de Comunicaciones y Marketing quien me está llamando.

—Señor Westbrook —murmuro—. ¿Qué sucede?

—Se me hace muy raro que la novia de mi amigo me llame «señor». —Compone un mohín bastante divertido para la tristeza que sigue cubriendo su cara—. Aunque supongo que es lo normal mientras estemos por aquí.

—¿Quería decirme algo? —insisto—. Tengo trabajo y…

—Quería felicitarte, Gwen —me dice con una media sonrisa—. Las dos personas que seleccionaste para mi departamento son los mejores en su campo. ¡Menudos fichajes!

Venga va, arded, mejillas. No os cortéis…

—Adam es quien toma la última decisión —lo rebato—. Yo solo estoy aprendiendo…

—Pues es muy raro —señala, divertido—, porque ha sido Adam quien me ha confirmado que fuiste tú la que no solo los encontraste, sino la que los convenció para que trabajaran aquí.

Mi cara sigue ardiendo. Fue una osadía por mi parte, lo sé, pero, cuando supe que necesitaban a expertos en marketing, recordé dos solicitudes que me habían llamado la atención. Yo misma los llamé y entrevisté, bajo la supervisión de Adam, por supuesto, y los recomendé para el departamento que dirige Noah.

—Buen trabajo, Gwen —me felicita el chico de los ojos violeta.

—Gracias —respondo agradecida al tiempo que me dirijo de nuevo al ascensor. No todos los días viene un jefazo de los que cobran cien de los grandes a elogiarte por tu curro—. Y ahora, si me disculpa…

—¿Tienes problemas con Reese?

De nuevo, no llego a pulsar el botón. Mi dedo se ha quedado congelado. Tan congelado como yo misma. Inspiro. Espiro. Trato de componer una sonrisa. O quizá sea mejor parecer triste o agobiada. Se supone que vamos a romper en poco más de dos semanas y debemos ir dejando pistas. ¡Rábanos!, no sé qué es lo más adecuado…

«Equilibrio, Gwen.»

Voy a ver si soy capaz de componer una expresión neutra, sin revelar mucho. Me doy la vuelta y me enfrento a los ojos más desconcertantes que, con toda seguridad, me encontraré en la vida. Trago saliva.

—¿Por qué me pregunta eso?

Uf, ha sonado un poco forzado, pero es que me he quedado con la boca seca.

—Perdona, Gwen, no quiero parecer entrometido, pero he pasado la mayor parte del fin de semana con Reese. —Dibuja una sonrisilla culpable con su bonita boca—. Es la primera vez que él acaba más borracho que yo.

Qué halagador. El tío con el que me acuesto por primera vez decide emborracharse con su amigo solo unas horas después. Genial.

—No sé qué decirle —suspiro—. En las últimas semanas apenas hemos coincidido.

Noah inclina la cabeza hacia un lado y me mira con suspicacia. ¡Jolines! ¿Y si Reese, en su cogorza, le contó que habíamos estado juntos aquella noche y… todo lo demás?

Mi cara debe de parecer ahora mismo una enorme amapola abierta, de un rojo chillón y brillante. ¿Quién me manda a mí meterme en estos berenjenales?

—Lo sé —bufa. Si su amigo se lo contó todo, ha disimulado muy bien—. Sé que estáis muy liados. El pobre Reese tiene ahora un marrón de los gordos con el consejo de administración y los inversores. Y tú tienes que esforzarte a cada momento del día para demostrar lo que vales. —Se frota el mentón—. Lo que me hace pensar en…

—Perdone, señor Westbrook —lo interrumpo mientras señalo hacia el ascensor—, pero tengo que irme…

—Ya lo tengo, Gwen. —Me ofrece su brazo y lo miro como si me hubiese ofrecido un caimán —. Ven conmigo.

—No puedo. —Miro a nuestro alrededor—. Me están esperando en el departamento…

—Lo sé, para que les lleves café. —Ríe—. Pues hoy voy a hacer que te libres. —Aferra mi mano y me la envuelve con sus dedos, largos, pálidos y fríos. Después tira de mí.

—¡Señor Westbrook! —me quejo—. Pero Gillian…

—Ya me encargaré yo de Gillian —asegura mientras sigue tirando de mí y yo intento seguir sus pasos. Haciendo honor a mi penosa suerte, hoy ha tenido que ser el primer día que decido ponerme tacones desde que trabajo en Bell. De cuatro centímetros, nada más. Todo lo que pase de ahí me convierte en la palmera que mencionaban mis queridos compañeros de secundaria.

—Aunque no se lo crea —farfullo mientras recorremos pasillos y atravesamos departamentos. Algunos siguen con sus tareas, pero otros nos miran con curiosidad, sobre todo al vernos cogidos de la mano—, tengo cosas que hacer y una jefa que no se toma muy bien lo de no tenerme cerca cuando me necesita.

—Gillian ladra mucho pero no muerde —bromea—. Y ya te he dicho que yo me encargo de ella. —Se gira un momento para mirarme—. La hipnotizaré con mis increíbles ojos y conseguiré que no te lo tenga en cuenta.

Yo misma acabo de sentirme hechizada con su mirada. Puede que lo diga en broma, pero me da la impresión de que hay demasiada verdad en esa afirmación, porque, cuando quiero darme cuenta, estoy frente al despacho de Abbey.

—¡Hola, Gwen! —me saluda con entusiasmo—. Cuánto tiempo sin verte.

—Hola, Abbey —murmuro.

—Creo que Reese está con tu jefe, ¿verdad? —le pregunta Noah.

¿Reese está aquí? ¿Por eso me ha traído este hombre hasta el despacho del CEO?

—Sí, señor Westbrook. El señor Sherrington está reunido con el señor Dawson.

Supongo que es un acuerdo tácito entre los tres amigos y sus secretarias. Nunca se anuncian unos a otros ni se piden permiso para entrar.

Y eso es lo que hace Noah: abrir la puerta, entrar en el despacho y arrastrarme a mí con él. Reese y Blake, que conversaban en pie en mitad de la estancia, interrumpen su diálogo y nos miran desconcertados. Como es normal, siento el calor en el rostro al sospechar lo que estos hombres puedan estar pensando ahora mismo de mi irrupción.

Mis ojos se centran en Reese. Él, después de la sorpresa, parece suavizar su expresión y eleva ligeramente una de las comisuras de su boca. Tengo que ponerme a pensar en la bronca que me pueda echar Gillian para no evocar las últimas horas que pasé con él.

—Hola, Gwen. —Su voz profunda no me ayuda mucho a divagar sobre mi jefa.

—Hola, Reese —le correspondo—. Buenos días, señor Sherrington.

—¿Qué tal, Gwen? —me saluda Blake, aunque ya ha fruncido el ceño antes de dirigirse a su amigo—. ¿Qué ocurre, Noah?

—Algo que se me acaba de ocurrir, cuando me he encontrado con Gwen por casualidad —responde el jefe de Comunicaciones y Marketing—. ¿Estabais hablando del viaje a Chicago de este fin de semana?

—Sí —suspira Reese al tiempo que se masajea la nuca—. No puedo retrasarlo más. El nuevo proyecto peligra si no consigo que el equipo de ingenieros disponga de la financiación suficiente.

Me mira de reojo, solo un instante. Debe de estar preguntándose qué diantres hago aquí, escuchando los problemas de un grupo de ejecutivos que no me incumben en absoluto. Y lo mismo capto en Sherrington, que sigue observando a Noah con el ceño fruncido. Es el CEO, precisamente, quien decide preguntar.

—Sí, estábamos repasando los argumentos que deberá exponer Reese en esa maldita reunión. Pero ¿qué tiene que ver Gwen?

Noah sonríe, aunque me alarma el brillo que veo titilar en sus ojos violetas y tristes.

—Vamos, tíos —les dice a sus amigos—. No es ningún secreto que Reese y Gwen tienen problemas.

¿Cómo es posible que mi cara vuelva a ponerse tan roja? ¡Mi piel arde!

—Noah, joder… —gruñe Reese, que vuelve a mirarme de reojo, con el desconcierto pintado en su rostro.

—Y también sabemos —prosigue el jefe de Comunicaciones y Marketing— que es a causa del distanciamiento, de lo poco que se ven, del estrés del trabajo. —Hace una pequeña pausa que mantiene la expectación en el aire—. ¿Y qué mejor remedio hay para todo eso que una pequeña escapada de fin de semana?

Reese va a hablar, pero su amigo vuelve a interrumpirlo.

—Se puede llevar un acompañante en los viajes —continúa exponiendo—. Y aunque con toda probabilidad te vas a tener que comer muchas horas de reuniones, te va a sobrar un montón de tiempo en el que podrás distraerte un rato. ¿Y qué mejor compañía para ese tiempo que tu chica?

Ay, madre. Ay, madre. ¡Ay, madre!

Con los ojos muy abiertos y seguro que asustados, contemplo a Reese, que también ha palidecido un poco. Diría que bastante. O… ¿demasiado?

—¡Claro que sí! —exclama el CEO mientras le da una palmadita en el hombro a Reese—. Ya tienes reservada una habitación doble en el hotel Langham. Solo tienes que pedirle a Jenna que consiga otro billete de avión.

—Blake —balbucea Reese—, no creo que…

Su superior y amigo lo ignora.

—Te recuerdo que tengo muy buenos recuerdos de Chicago y de ese hotel. —El CEO le guiña un ojo—. Además, si necesitas un día o dos más para convencer al consejo, tu jefe no pondrá objeción. —Vuelve a hacerle un guiño y yo empiezo a marearme.

—No… no pue-puedo perder días de-de trabajo —tartamudeo.

Blake se cruza de brazos y me mira divertido.

—Sabes que soy el director ejecutivo de Bell Technology, ¿verdad? Y que si yo mismo excuso tu ausencia, nadie va a osar replicarme, ¿no?

—Pero… no quiero esa clase de privilegios —insisto—. Poco a poco he ido consiguiendo que la gente no me vea como la novia de nadie. Sería muy cínico por mi parte ampararme en vuestra amistad para escaquearme un par de días a un hotel pagado por la empresa.

—No pasa nada —interviene Noah—. Pues tú te vuelves el domingo si Reese necesita más días de estancia en Chicago. Pero no te sientas mal por acompañarlo. Podéis salir el viernes por la tarde para aprovechar dos noches y ya está. ¿Qué os parece?

«¡Mal! —grito en mi interior—. ¡Muy mal!»

No puedo hacerles saber a estos hombres que lo último que quiere Reese es pasar todo un fin de semana conmigo. ¡Se le ve en la cara! Que lo aburro. Que no me encuentra nada interesante, porque no lo soy. Que solo soy una estudiante en su último año de carrera haciendo unas prácticas. Que lo único que hemos compartido ha sido un poco de sexo, pero porque yo casi se lo exigí y él llevaba tiempo sin estar con una mujer. ¡Me lo dejó bien claro! Él busca algo más y yo no le valgo. Soy demasiado joven, inexperta y patosa. ¡Todavía me sonrojo a cada instante!

¡Ah! ¡Y porque no somos novios de verdad! Algo que a veces parezco olvidar.

—Quizá a Gwen no le apetece —señala Reese. Me está mirando con una cara de «¡¿Qué diantres vamos a hacer nosotros en Chicago?!» que casi me hace llorar.

—No es eso… —farfullo.

—Estáis un poco fríos, eso es normal cuando se está atravesando un poco de estrés. —Con una sonrisa, Blake coge la mano de Reese y la enlaza con la mía—. Pero os aseguro que,

después, os alegraréis. Os puedo decir por propia experiencia que Chicago es un buen lugar para descubrir cosas; cosas importantes.

La expresión del CEO se vuelve tierna, como si evocara un recuerdo dulce que, con toda seguridad, comparte con Rachel.

—Ya está. —Nos giramos hacia Noah, que acaba de colgar su teléfono. No nos habíamos dado cuenta ni de que estaba hablando—. Le he pedido a Jenna que consiga un billete más de avión y ya lo tiene. Dos asientos contiguos en primera clase.

—¡¿Desde cuándo te dedicas a influir en mi secretaria?! —se queja Reese—. ¡Joder, Noah…!

—Entonces —concluye el aludido, obviando las protestas de mi novio falso—, ¿todo correcto? ¿Os parece bien mi idea?

—¡No, no nos parece nada bien! —explota Reese, que hasta ahora aguantaba el temporal. Sus amigos no parecen alarmarse, pero a mí me choca esa reacción, tan tajante y fuera de lugar.

—Reese, tío… —trata de calmarlo Blake.

—¡Ni tío ni hostias! —vuelve a clamar Reese—. ¡¿No os estáis dando cuenta de que no quiero que venga Gwen?!

Silencio; en la estancia y en los presentes, aunque no en mi cabeza. En mi mente irrumpe un aullido, que delata rabia, impotencia y dolor.

—Y vosotros dos sabéis muy bien por qué —les recrimina Reese a sus amigos con furia.

—¡Pues cuéntaselo a ella! —se exaspera Blake.

Reese no se despeina el pelo; se lo destroza.

—¿Alguien se ha dado cuenta de que Gwen sigue aquí presente? —murmura Noah, que me mira con lástima.

Yo solo quiero llorar e irme corriendo. ¡Ni siquiera sé qué pinto aquí!

—Lo siento, Gwen. —Reese se me acerca y roza mi pelo, casi con miedo—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Ah, ¡¿no?! —replico airada—. ¡Pues no parece que tenga que ver con otra persona! Me parece que lo has dejado bastante clarito.

Hago el amago de marcharme, pero él me apresa un brazo y me detiene.

—Por favor, espera, Gwen —me pide—. Dame solo un minuto.

—Yo tengo una reunión importante con… —balbucea Blake.

—Conmigo —bufa Noah al tiempo que aferra a su amigo por la chaqueta y tira de él hasta salir ambos del despacho.

Yo sigo dándole la espalda a Reese, pero este me gira despacio hacia él. Coloca un dedo bajo mi barbilla y alza mi rostro para que lo mire. Me alegro de no estar llorando, aunque sea lo que más me apetece hacer. Qué tontería. Sentirme rechazada por un tío con el que estoy fingiendo una relación y al que le supliqué mi primera vez… es lo más patético del mundo.

—No es lo que te imaginas, Gwen.

—A ti te importa un pito lo que yo imagine, Reese —le espeto, dolida—. ¿Por qué no

rompemos ahora mismo y ya está? —De pronto, río de forma mordaz—. Perdón, rectifico: ¿por qué no fingimos que rompemos ahora mismo y ya está?

—¿Es lo que quieres?

—¡No es lo que yo quiero! —insisto, exasperada—. ¡Es lo que tiene que ser!

Reese se frota la cara con ambas manos y después me mira con una fragilidad que me desarma.

—No es buen momento, Gwen —señala, más apagado de lo que lo he visto nunca—. Tengo un lío de mil demonios, a Blake y a mí nos tienen contra las cuerdas y en el departamento reina un ambiente demasiado denso. Preferiría que lo habláramos más despacio y lo hiciéramos bien.

—De acuerdo —suspiro. Esto no es más que alargar una agonía que empieza a provocarme demasiadas heridas, pero podré esperar un poco más.

—Entonces —murmura—, será mejor que me acompañes a Chicago.

—¿Ahora quieres que vaya? —Emito un bufido—. Pero ¿a ti qué te pasa?

—No me pasa nada. —Gruñe y vuelve a mesarse el cabello—. Solo quiero demostrarte que mi falta de tacto de antes no se debe a que me haya vuelto un cabrón de repente. Y para eso debes acompañarme.

—¿Por qué? —inquiero—. ¿Para que tus amigos no sigan buscándote novia? Pobrecito Reese —le digo con desprecio—, aguantando citas con mujeres guapas y perfectas a cada momento. ¡Qué tortura!

—No, no lo digo por eso —musita—. Lo digo porque quiero que vengas conmigo.

Sonrío con ironía.

—¿Y este cambio repentino?

—Antes he reaccionado así porque no me esperaba la propuesta de Noah —me aclara—. Pero reconoce que iría bien para nuestro trato. Y ya, de paso, podrías hacer un poco de turismo mientras a mí me encierran en una sala de juntas. ¿Has estado alguna vez en Chicago?

No entiendo qué ha sucedido. Tengo a Reese por una persona cabal, sensata y nada voluble, pero lo que acaba de pasar…

—Puedo inventarme cualquier excusa si ese es el problema —le sugiero—. Una tía enferma o algo así. No tienes que llevarme de mala gana.

Me desconcierta ver cómo su rostro se contrae en una expresión apesadumbrada.

—Te prometo que, en cuanto estemos en el aeropuerto, lo entenderás. Perdóname, Gwen, por favor.

—Es que —alzo los brazos en señal de incomprensión— no entiendo por qué me pides ahora que vaya…

—Tenemos billetes y alojamiento —insiste—, y sería una pena desperdiciarlos. Date una vuelta, haz alguna visita… —Me mira con cautela—. En la *suite* seguro que hay un sofá, pero, si también te agobia eso, podemos pedir una habitación individual. Para los ejecutivos de Bell siempre tienen alguna libre —bromea.

—Está bien —suspiro—. Iré contigo a Chicago. Me hago cargo de que no es buen momento para romper y tener que dar explicaciones. Centrémonos en el trabajo y ya romperemos cuando todo esté más calmado, aunque no sé si llegaremos a la fecha acordada.

—Me alegro de que vengas —me dice con una de sus bonitas sonrisas, aunque en este momento me parezca menos sincera que nunca.

* * *

Gillian me ha echado la bronca por haber desaparecido un buen rato, pero no le he contado la verdad. No me ha dado la gana de decirle que todo ha sido culpa del jefe de Comunicaciones y Marketing, o que el mismísimo Sherrington ha tenido que ver con mi ausencia. No quiero que pueda influir en su decisión de tenerme en cuenta para un futuro.

Cuando subo los siete pisos de mi edificio, solo tengo ganas de tumbarme y mandar los tacones a tomar por saco. Pero, cuando entro en casa, me encuentro a Ellie hablando muy animadamente en el sofá con una desconocida.

—Oh, Gwen, mira —me dice con entusiasmo—. Ella es Kathleen, una de las trabajadoras sociales del Centro de Ayuda a la Mujer.

La chica no se levanta, pero me dedica una sonrisa afable y un gesto con la mano. Diría que es algo mayor que nosotras, aunque no estoy muy segura, puesto que su aspecto es juvenil e informal. Viste con vaqueros, deportivas y una camiseta algo descolorida y lleva el cabello castaño recogido en la nuca con una pinza. No lleva nada de maquillaje, por lo que se adivinan unas cuantas pecas alrededor de su nariz. Me parece guapa en su sencillez, aunque sus ojos son su rasgo más llamativo, de un intenso color azul.

—Encantada —la saludo—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en el centro? —Hablo mientras me quito los zapatos y me siento en una de las tres sillas del salón—. Debe de ser muy gratificante por lo que explica Ellie.

—¡Lo de Kathleen tiene mucho más mérito! —exclama mi amiga—. Ella estudió Derecho, pero eligió ser una simple asesora legal para personas sin recursos. Comparte un pequeño bufete con un par de compañeros, pero se reserva dos días a la semana para visitar diversos centros.

—Vaya —digo asombrada—. Qué sería del mundo sin personas como tú. —Sonrío mientras me froto un pie contra el otro.

—Ellie ha sido muy generosa al llamar «bufete» al diminuto local que utilizo con mis colegas. —Ríe—. Pero, sí, me satisface mucho lo que hago.

—Gwen también está de prácticas —le aclara mi amiga—. Trabaja nada más y nada menos que en Bell Technology.

Solo ha sido un segundo. Un instante efímero. Pero he podido verlo, captarlo. Justin me ha dicho muchas veces que poseo el don de parar el tiempo, de congelar el aire, de ralentizar los movimientos de las personas, como si dispusiera de una especie de cámara lenta en mis ojos.

Por eso lo he percibido todo: cómo ha tensado su cuerpo, cómo ha abierto y oscurecido sus ojos, cómo ha separado sus labios y ha contenido el aliento. Pero, pasado ese momento fugaz, se ha recompuesto de inmediato y ha recobrado su relajación anterior.

—¿En serio? —me pregunta en un tono distendido—. ¿Y has conocido a los famosos solteros empedernidos?

Ellie y yo nos miramos.

—¿Los conoces tú? —inquiero.

—Solo de oídas. —Se encoge de hombros.

—Gwen está saliendo con Reese Dawson —salta Ellie.

Me parece una tontería dar ese dato falso, pero no lo rebato. Si esta chica ha preguntado directamente por The Bachelors, puede ser que los conozca de algo más que de oídas. Su interés casi inadvertido la ha delatado ante mis ojos «congeladores del tiempo».

—Oh, Reese Dawson, me suena —señala Kathleen—. Entonces, ya no es un cotizado soltero.

—De momento, no —le dejo caer—. Tampoco Blake Sherrington, el CEO. Ya solo queda…

—Noah Westbrook —musita la chica. De repente, un velo oscuro parece cubrir los bonitos rasgos de la joven abogada.

—Pensaba que no los conocías —indago.

Ella parece arrancarse el velo de oscuridad y vuelve a sonreír de forma dulce.

—Ya te lo he dicho. Solo de oídas. —Me mira con inocencia—. Dices que trabajas en Bell como becaria, pero ¿hay alguna opción de que sigas allí pasadas las prácticas?

—Pocas —respondo con cautela—. Pero, sí, alguna.

—Genial —señala con voz cantarina—. Siempre es bueno tener conocidos en lugares tan… especiales. Nunca se sabe si necesitarás un favor.

Esta chica posee dos personalidades o alberga algún tipo de rencor en el fondo de su alma.

Mi don ha vuelto a actuar.

Capítulo 28

GWEN

Me pareció extraño que Reese me enviara un mensaje para decirme que lo esperara en el aeropuerto. No va mucho con su forma de ser, tan detallista, pero supongo que está demasiado ocupado como para perder el tiempo recogiéndome primero en mi casa. O quizá, después de lo que pasó en el despacho del CEO, resultaría incómodo estar más tiempo a solas.

Miro la hora en el móvil mientras me dejo caer en el asa de mi maleta. Se hace un poco tarde para pasar los controles y todo lo demás, algo que tampoco es propio de Reese, llegar a última hora a los sitios. Es por ello por lo que comienzo a pensar en motivos horribles por los que me encuentro aquí sola, en el aeropuerto, esperando a un tío que no aparece. El primero y, de momento, único motivo que se me ocurre es que Reese ya se ha largado a Chicago porque se lo ha replanteado. Me lo imagino pensando: «¿Por qué narices voy a tener que aguantar a la pesada de Gwen todo un fin de semana? ¿Es que voy a tener que pagar cara su virginidad?».

Vale, tampoco sería eso propio de Reese, pero, después de lo que dijo… ya no sé qué pensar.

Fijo mi atención en un coche oscuro, del cual emerge una mujer de unos cuarenta años, morena, guapa. Se inclina hacia el interior del vehículo y, con su ayuda, sale otro pasajero. Frunzo el ceño. Es Reese, quien se apoya en la mujer para caminar hacia mí mientras el chófer trae el equipaje.

—Hola —me saluda ella—. ¿Eres Gwen?

¿Acaso va a viajar con su nueva amante? ¿Por eso insistía en que yo no podía ir?

Miro a Reese, desconcertada. Parece distraído.

—Sí, soy yo —titubeo antes de dirigirme a mi falso novio—. ¿Reese? ¿Quién es esta mujer?

Pero él no contesta. Se limita a mirarme con una discreta sonrisa.

—Perdona, Gwen. —Ella me ofrece su mano y se la estrecho—. Soy la doctora Mitchell. Llevo tratando al señor Dawson de su problema desde hace varios años.

—Su… ¿problema?

—Caminemos hacia la zona de embarque mientras te lo explico. ¿Me ayudas con Reese?

El aludido está cada vez más ausente. La doctora lo sostiene por un brazo y yo le tomo el otro. Comenzamos a andar.

—Por el derecho a la intimidad de mi paciente no puedo contarte mucho —me dice la médica—, pero sí decirte lo que él me ha indicado. —Sorteamos a varias personas y sus equipajes—. Reese tiene miedo a volar —confiesa—. Más que miedo, verdadera fobia.

—Oh, vaya —musito. Más que nunca, toma prioridad mi teoría del accidente aéreo.

¿Iría él también con sus padres y sobrevivió? Me horroriza pensar que tuviera que pasar por un trauma semejante.

Observo a Reese. Sigue caminando, aunque cada vez le cuesta más. Sus pupilas se han adueñado del bonito color de sus ojos y su expresión es cada vez más extraña, como si fuera perdiendo poco a poco su personalidad, su sonrisa, el brillo de su mirada, su propia esencia.

—Oh, Dios, Reese… —susurro al tiempo que acaricio su mentón—. ¿Por esto no querías que viniera contigo?

Un puño de tristeza me oprime el corazón al pensar en el adolescente de catorce años, el de la habitación amarilla llena de pósteres, quedándose de golpe sin sus padres y tratando, después, de seguir adelante con el trauma del accidente.

—Así que —prosigue la doctora—, cada vez que viaja en avión, tiene que recibir, bajo mi prescripción y supervisión, una fuerte medicación por vía intravenosa que lo ayuda a sobrellevarlo.

—¿A sobrellevarlo? —Alzo una ceja—. Dirá que tiene que drogarlo para que no se entere de nada —gruño.

—Es una forma más cruda de decirlo, pero sí. —Se detiene cuando llegamos a la zona de control. Suelta a Reese y lo deja sujeto a mi brazo—. No te preocupes, está todo bajo control. Estará consciente unos minutos más, los necesarios para llegar al avión. Se mantendrá dormido las dos horas y cuarenta minutos que dura el vuelo. Al despertar, tardará solo unos segundos en recordarlo todo. El personal de la aerolínea ya lo conoce y te ayudarán. ¡Ah!, y procura que no tome café hasta llegar al hotel.

Me dan ganas de gritarle a esta mujer, que habla de llevar a Reese en un avión como si fuera un paquete.

—Pero ¡hacer esto no está bien! —me lamento—. ¿No hay otra manera menos… agresiva?

—La única alternativa es no viajar en avión —me aclara—. Muchas veces se mueve en coche o en tren, pero, en otras ocasiones, como la de hoy, se trata de un asunto urgente y requiere esta medida tan drástica.

—¿Y quién suele acompañarlo? —pregunto, desconcertada y enfadada.

—Ya lo has visto —responde—. Yo lo acompaño hasta el control. Después, el personal de vuelo se hace cargo. Viajar en primera clase tiene sus ventajas.

—O sea, nadie —rezongo.

La doctora se encoge de hombros y se despide de nosotros, aunque Reese comienza a ralentizar cada vez más sus movimientos. Un par de auxiliares de vuelo que parecen saber de qué va el asunto nos ayudan hasta que nos encontramos sentados en nuestras butacas de clase preferente.

—Gracias —les digo—. Ya puedo hacerme cargo yo.

Reese apoya la cabeza en el asiento y cierra los ojos. Todavía siento tanta rabia que tengo que

apaciguarla pensando en él y en lo que tiene que hacer para asistir a una maldita reunión.

—Vale —le comento—. Empezaremos por abrocharte el cinturón.

Tras ajustárselo, alzo la vista y me encuentro con sus ojos abiertos, brillantes, oscuros, perdidos. Me inquieta que me mire tan fijamente y no me diga nada. En cuanto sea él mismo, me va a tener que oír. Me parece inhumano que tenga que pasar por esto.

Observo la perfección de su traje, su camisa impoluta y su corbata. Ahora mismo, parece un maniquí sin vida.

—¿Sabes lo que vamos a hacer también? —añado mientras aflojo la corbata—. Vamos a ponerte más cómodo. Y no te preocupes. Antes de que aterricemos, volverás a estar así de guapo.

Le deshago por completo el nudo y, a continuación, desabrocho los primeros botones de la camisa. Mis dedos rozan la piel de su cuello y contemplo cómo se mueve su nuez de Adán. Elevo la vista de nuevo. Sigue mirándome. Sé que es por efecto de la medicación, o lo que sea que le ha dado la Barbie Doctora, pero mi corazón se acelera al recibir su intensa mirada.

—¿Sabes por qué se me da tan bien hacer y deshacer un nudo de corbata? —le cuento, sin dejar de mirarlo. Sonrío—. Es por mi padre. Él era… es químico, pero jefe de su sección, por lo que lleva una bata blanca sobre ropa formal. Ni a él ni a mi madre se les daba demasiado bien hacer el nudo de la corbata, por lo que me pasé un montón de horas practicando con una de esas prendas alrededor del cuello de una de mis muñecas. —Compongo una sonrisa triste—. Yo solo quería hacer algo que les pareciera bien. Que se fijaran en mí. Que me dedicaran algún halago. Que no se los llevara todos mi hermana.

Vuelvo a mirar a Reese. Si no fuera porque no es posible, juraría que ha fruncido un poco el ceño.

—No te he hablado de mi hermana, ¿verdad? Se llama Heather y es guapísima. Además, siempre se le han dado bien los deportes, no como a la patosa de su hermana. Practicaba atletismo, jugaba al voleibol… Es una pasada. —Sonrío, aunque me muerdo el labio inferior para calmar su temblor—. Solo nos llevamos tres años, pero yo me sentía como una cría pequeña cuando ella era ya una adolescente. Era tan preciosa…

Reese abre y cierra sus párpados, como si mantuviera una lucha con ellos para mantenerlos abiertos. Me sigue mirando, pero al pobre apenas le quedan fuerzas para hacerlo. Aun así, le sigo contando esa parte de la historia de mi vida. No soy consciente de las lágrimas que me caen por las mejillas hasta que llegan a mis labios y paladeo la sal. Las enjugo con el puño de la chaqueta.

—Al principio nadie me dijo nada sobre todas aquellas visitas al hospital, de tantos médicos diferentes, de las caras tristes de mis padres. Y cuando lo supe, lo comprendí. Si tienes dos hijas y una de ellas te necesita, es lógico que te vuelques en ella, incluso que te olvides un poco de la otra. Lo entendí perfectamente, lo juro. Pero ¿y después? ¿Por qué sigues ignorándola después? ¿Por qué te trae sin cuidado su existencia?

La expresión de Reese se contrae de forma casi imperceptible. Con muchísimo esfuerzo, levanta una mano y desliza sus dedos por mi mejilla, arrasada en lágrimas.

—Perdona. —Sonrío y tomo su mano para colocarla en su regazo. Saco un pañuelo del bolso y me seco la cara—. Hacía mil años que no lloraba tanto. Debe de haberme afectado verte así.

El piloto nos informa de que vamos a despegar. Justo como me ha dicho la médica, a Reese ya se le están cerrando los ojos del todo. Poso una mano en su mandíbula y me acerco a él.

—¿Crees que estaría mal que besara a un hombre casi inconsciente? —le susurro.

Muy poco. Nadie lo habría advertido. Pero yo sí. Ha negado con un gesto de su cabeza. Estoy segura. Por eso, uno mis labios a los suyos y lo beso. Un instante después, se duerme profundamente.

* * *

—Gwen, Gwen, despierta.

Parpadeo mientras asimilo que la voz de Reese no proviene de un sueño. Lo primero que veo es su camisa, donde tengo apoyada la cara. Me aparto como si alguien hubiese activado un resorte.

—Oh, Dios —murmuro—. ¿Eso es una mancha de humedad? ¿De mis babas? —Reese me mira, divertido—. ¿Te he babeado la camisa? —pregunto horrorizada.

—Hola, Gwen —me saluda con una sonrisa—. Somos los únicos que quedan por bajar del avión. ¿Ves a aquella pobre auxiliar? Nos está esperando para poder salir.

—Oh, vaya. —Con movimientos rápidos pero torpes, me quito el cinturón y me giro hacia Reese—. ¿Estás bien?

Contemplo su cara sin perder detalle. Sus ojos todavía están oscuros, aunque ya veo brillar un anillo dorado alrededor de sus pupilas. Su tez tiene más color y parece relajado. Es Reese, prácticamente en toda su esencia. Nada que ver con el cascarón vacío que llevaba la doctora del brazo.

—Sí —sonríe—, estoy bien.

Hace amago de levantarse, pero lo detengo un instante.

—Espera, que te he dejado hecho un desastre.

Le termino de abrochar la camisa. Cada vez que hago pasar un botón por el ojal, mis dedos rozan su piel y me invade una sensación tibia y burbujeante. Cuando comienzo a anudar la corbata, Reese alza la vista y clava sus hermosos ojos en los míos.

—Acabo enseguida —musito mientras hago el nudo y se lo ajusto. Intento que el temblor de mis dedos no delate lo mucho que me afecta sentir su mirada en mis movimientos—. Ya está —añado al finalizar. Después, compongo un mohín—. Siento la mancha. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que babeo al dormir.

—No importa, tranquila. —Sonríe.

Lo ayudo a ponerse en pie, pero tengo que abrazarlo enseguida por la cintura, puesto que se desestabiliza ligeramente.

—Cuidado, cuidado —gruño. Aunque, al mismo tiempo, la auxiliar de vuelo que nos espera ha volado hasta Reese para aferrarlo de un brazo.

—Tranquilo, señor Dawson —se dirige a él con voz suave—. Yo lo ayudo. Como las demás veces.

La auxiliar me mira de reojo, como si quisiera sugerirme que sobro.

—Estoy bien, estoy bien —asegura él—. Solo ha sido un leve mareo, pero ya no necesito ayuda, en serio.

—Como quiera, señor Dawson —le dice la chica rubia de uniforme, que lo suelta con un mohín—. Que tenga buena estancia en Chicago.

A mí me ignora, por supuesto.

—Gracias, Brenda —se despide Reese de la chica.

Yo sujeto el asa de mi bolso y camino delante de Reese mientras atravesamos la terminal del aeropuerto O'Hare. De repente, me han entrado todas las prisas del mundo por salir de aquí.

—Espera, Gwen, maldita sea. He dicho que no necesito ayuda, pero todavía estoy un poco mareado para correr tanto.

Aminoro un poco mi velocidad, pero continúo caminando delante de él.

—¿Brenda? —le espeto sin darme la vuelta—. ¿Conoces a todas las auxiliares de la aerolínea?

—A la mayoría —me explica—. Como ya has visto, necesito algo de ayuda cada vez que me desplazo en avión. —Percibo su movimiento detrás de mí—. Gracias por hacerte cargo tú esta vez, Gwen.

Ni le contesto. Diviso un coche oscuro al otro lado de la cristalera. Un chófer ya se ha encargado del equipaje.

—Supongo que sigues enfadada conmigo —dice Reese a mi espalda—. Me lo merezco.

Continúo caminando.

—Te aseguro que no quería llegar a esta situación —insiste—, en que tuvieras que estar pendiente de mí durante casi tres horas y…

Freno de golpe y me doy la vuelta. Casi choco con Reese, que también se detiene. Nuestros rostros se quedan a un palmo de distancia.

—¿Qué diantres te pasa, Reese? ¿De verdad? ¿Tan poco has averiguado de mí en este tiempo que crees que puedo estar enfadada por eso?

—Supongo que también me puse bastante borde en el despacho de Blake —se lamenta.

—¡Sí! —grito—. ¡Por supuesto que fuiste un borde, un grosero y un imbécil! ¡Pero tampoco me refiero a eso!

Mi pecho sube y baja con rapidez. Él se limita a mirarme con expresión cautelosa, esperando mi explicación. Lo primero que hago es clavarle el dedo índice en el pecho.

—¿Cómo se te ocurre viajar drogado? ¡¿Qué clase de doctora tienes?! ¡¿A la doctora Frankenstein?!

Parpadea, perplejo.

—¡¿Por qué no viaja otra persona en tu lugar?! ¿No es Sherrington el maldito CEO? ¡Pues que viaje él! ¡O que te acompañe alguien de confianza! ¡Tus guapos amigos, por ejemplo!

Va a hablar, pero vuelvo a interrumpirlo.

—¡Y lo reitero! ¡Fuiste un capullo! ¿Por qué no querías que lo supiera? —Le clavo el dedo aún más fuerte—. ¡He visto tu habitación secreta, Reese! ¿Por qué pretendías ocultarme esto?

Atrapa mi mano e inspira con fuerza. De pronto, soy consciente de su cercanía, de su olor, de mis ganas de abrazarlo. Y de su sonrisa. De esa maldita sonrisa que sería capaz de dejarme el cerebro con encefalograma plano.

—Gracias por preocuparte por mí, Gwen.

Capítulo 29

REESE

La *suite* del hotel Langham es tan grande y acogedora como la que ocupé la última vez que vine a Chicago. Sobre los muebles hay jarrones con flores, que diseminan su aroma y lo mezclan con el de las frutas silvestres que ocupan un par de bandejas situadas sobre la mesa. Gwen coge una mora y se la echa a la boca. Y me sonríe, con una expresión inocente, traviesa y… jodidamente sensual para lo abotargada que se encuentra ahora mismo mi mente.

A pesar de la reprimenda que me ha soltado en el aeropuerto, después de haberle dado las gracias por enésima vez, se ha relajado y hemos compartido el trayecto hasta el hotel en un cómodo silencio. Cuando hemos accedido a la habitación, ha comenzado a mirarlo todo con interés y satisfacción, con el mismo entusiasmo con que lo mira todo en la vida. Me comporté como un capullo con ella en el despacho de Blake y luego ha descubierto que le oculté mi «problema», y, aunque se ha vuelto a enfadar y a pedir explicaciones, sus grandes ojos marrones pronto se han suavizado. Con el poco tiempo que hace que la conozco, ya sé que no es una persona rencorosa. Sus enfados duran un suspiro, lo mismo que dicen que me duran a mí. Al menos, esa es una de las virtudes que destacan mis amigos de mí, que tengo un carácter fácil de soportar.

Frunzo el ceño cuando la veo buscar unas sábanas en el armario del dormitorio y presentarse en el salón. Arruga su pequeña nariz cuando contempla el mobiliario.

—¡Rayos! —se queja, de esa forma tan anticuada y a la vez tan encantadora—. No hay sofá. Son sillones…

—¿Has cogido esas sábanas para dormir tú en el salón? —le pregunto sorprendido.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —responde con desconcierto, como si su idea fuese la más obvia del mundo—. Tú debes de arrastrar todavía un poco de resaca de esa medicación paralizante que has tomado. Necesitas descansar, o mañana te dormirás delante del consejo y no te concederán ni un dólar de los que pides.

—Pero… pensaba dejarte la cama a ti.

—¿Por qué? —responde exasperada—. ¿Porque soy mujer? ¿Los chicos siguen siendo los encargados de salvar el mundo y nosotras las que caemos en sus brazos? —Tira las sábanas sobre uno de los sillones—. Perdona, pero ya me han salvado muchas veces en la vida. Ya es hora de que sea yo la que duerma en un incómodo sillón para que el chico pueda descansar en una cama.

—Esto no se trata de género, Gwen. —La aferro de un brazo y la guío hasta el dormitorio—. Mira esa cama. Calcula sus medidas. Es el campo de fútbol de las camas. Si tú te ciñes a tu sitio y yo al mío, no tenemos ni que rozarnos.

—¿Me estás proponiendo que durmamos en la misma cama? —Cruza los brazos y alza una ceja. Su indignación me hace reír, pero lo disimulo.

—Tranquila —gruño—. Estoy medio zombi. En cuanto caiga en la almohada me pondré a roncar como un bendito.

Pone los ojos en blanco. O esa es su intención, porque, cuando quiere hacer ese gesto, suele bizquear. Vuelvo a morderme el labio para no reír.

—No tengo miedo de que te abalances sobre mí —refunfuña—. Está bien, compartiremos la cama. Pero ni se te ocurra dormir desnudo.

—Que nooo…

* * *

Parece que la maldita droga de la doctora hace bien su función. O sea, hacerme dormir como un tronco durante dos horas y cuarenta y cinco minutos. A partir de ahí, aunque mi cuerpo lo pide, mi mente se niega a hacerle caso, aunque sean las jodidas cuatro de la mañana.

Me levanto con cuidado de la cama. Puedo guiarme por el resplandor de la miríada de luces de los edificios que nos rodean y que entran por la ventana. Miro a Gwen, que permanece hecha un ovillo, enredada entre las sábanas. Su rizado cabello rubio y rosa se desparrama por la almohada y su rostro relajado de piel suave y tersa parece el de una muñeca… a pesar de su boca abierta y los pequeños ruiditos que hace al dormir.

Sonrío como un idiota, aunque después emito un suspiro y me aparto de la cama. Puede parecer que la visión de su cuerpo envuelto en una camiseta de flores me esté provocando ternura, pero solo sería una pequeña parte de la verdad. Porque la realidad es que, en este instante, lo que mi cuerpo me pide es meterme en la cama, desnudar a Gwen y lamer cada centímetro de su piel, penetrarla, moverme dentro de ella, besarla para beberme sus gemidos y…

Joder, ya me he puesto duro como una piedra.

—Eres un puto depravado, Reese Dawson, y necesitas una maldita ducha fría —refunfuño mientras salgo del dormitorio, atravieso el salón y me dirijo al balcón. De momento, me conformaré con refrescarme con el aire nocturno.

Abro la cristalera y salgo a la noche, aunque no me acerque demasiado a la barandilla. Yo no padezco de acrofobia como Blake, pero sigo teniendo vértigo, por lo que me siento en una de las sillas que rodean una mesita baja. Por deferencia a Gwen me dejé una camiseta y un pantalón corto para dormir, pero, aun así, percibo en mi piel la humedad del ambiente que sube del río Chicago. Desde aquí contemplo los numerosos puentes que lo cruzan, las imponentes fachadas de los rascacielos, los cientos de puntos de luz que iluminan la noche.

Me quito la camiseta para sentir aún más directo el frescor nocturno. Lo necesito. Necesito que algo aplaque el fuego que recorre mis venas cada vez que evoco la noche que pasé con Gwen.

¿Cómo diantres se me ocurrió, maldita sea?

«Porque no pudiste soportar que ella creyera que la rechazabas porque no te atraía; que pensara que jamás te había atraído.»

Si ella supiera…

Pensé erróneamente que, si le hacía el amor una vez, se me pasarían las ganas que le tenía. Que quizá solo sería la atracción de lo prohibido, satisfacer mi curiosidad o permitirme un deseo incontenible. ¡Yo qué sé! Para colmo, tuve la osadía de repetir, cuando me aferré a su consuelo, cuando mi cuerpo la reclamó porque sabía que hacerle el amor a Gwen sería lo único que me consolaría. Y no solo tengo que lamentar que fueran dos veces y dos errores, sino que me quedara con el ansia de más, de mucho más.

«¿Cómo has podido liarte con una cría que además era virgen, joder? ¡Arréglalo! ¡Y quítatela de la puta cabeza!»

Exhalo una carcajada amarga. Menudo arreglo he hecho: traérmela conmigo a Chicago a compartir habitación y cama. «Eres un puto crac, tío.»

Cojo el móvil, que he traído de la habitación, y busco uno de mis contactos. Lo pillaré durmiendo, pero me importa un carajo.

—¿Qué coño quieres, Reese? —me responde la voz somnolienta de Noah al otro lado de la línea.

—Decirte que eres un cabronazo.

—Eso ya lo sé y me lo han dicho muchas veces —rezonga—, tú el primero.

—¿A qué vino ese numerito en el despacho de Blake? —le recrimino—. ¿Que estamos en crisis? ¿Que necesitamos una escapada de fin de semana? Tendría que haberte estrangulado allí mismo.

—Me quieres demasiado para eso. —Bosteza.

—Lo sabes todo, ¿no es cierto?

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Te has dormido, Noah?

—¿Qué quieres que te diga, Reese? —me suelta, por fin—. Tú no sueles beber tanto, soy yo el que acaba tirado por el suelo siempre. Pero… esa noche…

—Canté como un pajarito —suspiro.

—Más o menos —responde—. Quizá más que menos…

—Joder… —Me froto la frente con dos dedos—. Dime ahora mismo qué solté por la boca.

—Bueno…

—Ahora, Noah.

—Vale, te lo diré. Pero luego no me mates solo por ser el mensajero…

—Suéltalo —insisto.

—Pues ahí va. —Se aclara la voz—. En primer lugar, me explicaste todo el tinglado: vuestro trato para haceros pasar por pareja porque éramos unos putos pesados.

—Ya… ¿Qué más?

—¿En serio, tío? ¿No pudiste enviarnos a tomar por saco en lugar de montar tanto lío? —Ambos gruñimos—. Aunque es una pregunta de lo más absurda, porque yo mismo la puedo contestar.

—No sé de qué hablas.

—¿Y si te digo que me contaste cómo conociste realmente a Gwen, en aquella cena con Violet? ¿Y si reconoces que volvértela a encontrar fue algo que te hizo feliz porque era lo que de verdad deseabas? ¿Y si resulta que tú no necesitabas ninguna novia falsa? —Bufa ruidosamente—. Yo creo que te habría sido tan fácil como enviarnos a Blake y a mí a la mierda. Lo que ocurre es que quisiste ayudarla a ella, Reese, sin más.

—Y eso lo deduces de…

—De las veces que llegaste a decir entre hipidos que quedaste hechizado la primera vez que la viste, tropezando con todo y con unas gafas rotas.

—Mierda… —murmuro.

—«Me pareció una chica increíble, Noah —se burla—. Intenté dejar de pensar en ella, te lo juro, tío, porque era demasiado joven y todo había sido un malentendido, pero el maldito destino me la volvió a poner delante en aquel restaurante, cuando la besé por primera vez.»

—Genial —bufo.

—Espera, que no he acabado. —Se ríe—. Proseguiste diciendo: «Y ahí tendría que haber acabado todo, pero no, porque parece que el puto karma iba a seguir jugando conmigo una tercera vez. El día de la presentación de los becarios, antes de la reunión, ahí estaba, en mi despacho, como una condenada aparición, para torturarme de nuevo, para obligarme a hacer algo tan ridículo como ofrecerme a ser su novio falso, porque no soportaba la idea de que pudiera tener problemas en Bell». —Deja de imitarme—. Aunque yo pienso que lo que de verdad no soportabas era la idea de que alguien pudiese hacerle daño. O de no volver a verla una cuarta vez, vete tú a saber…

—Ya vale —farfullo—. No quiero seguir escuchando mis pensamientos con tu maldita voz de ángel caído.

—Te has enamorado, Reese. —De repente, se pone a reír—. ¡Estás jodidamente enamorado, tío! —Debilita su risa—. Lo que viene a ser lo mismo que estar jodido, pero como es eso lo que tú querías…

—No con una cría, Noah…

—Entonces, ¿reconoces que estás pillado?

—¡No! —Me paso las manos por el pelo, por la cara, por el cuello—. No puedo estarlo…

Oigo el suspiro de mi amigo.

—Supongo que te entiendo, aunque nunca haya estado enamorado.

Río con ironía.

—Ojalá te suceda el mes que viene, capullo.

—Prefiero que me desees que me rompa las dos piernas —gruñe.

—¡Joder, Noah! Me cabreaste y luego me sentí como una mierda al ver su cara de decepción y de tristeza. Me obligaste a decirle que me acompañara, aunque yo no quería que viera cómo me veía obligado a viajar en avión.

—No esperaba que te pusieras así —se lamenta—. Solo sé que te gusta esa chica, Reese, que sientes mucho más de lo que quieres aparentar.

—¿Cuántos años tienes, Noah?

—Treinta y dos —contesta.

—¿Te imaginas saliendo con una de veinte?

—¡Joder, no!

—Pues eso —respondo, tajante.

—¿Y qué pasa con lo que siente ella? —inquiere mi amigo.

—Solo se siente fascinada por mí —gruño—. He sido su primera relación, aunque sea falsa y se la haya creído. He sido su primera vez y me ha idealizado…

—Hostias, es verdad. —La risa de mi amigo me provoca ganas de darle una paliza—. También me confesaste que ella fue a tu casa para suplicarte que te acostaras con ella… ¡y que era virgen! ¿Desde cuándo te dedicas a corromper a jovencitas, Reese Chico Bueno Dawson?

—Vete a la mierda.

—Lo siento, perdona. —Sé perfectamente que se está aguantando la risa.

Dejamos pasar después unos segundos de silencio.

—¿Qué piensas hacer, Reese?

—Soportar un maldito fin de semana en el que odiaré al consejo de administración en pleno —bufo.

—Reese…

—Y supongo que soportar también un fin de semana junto a Gwen, intentando tragarme… —Suspiro para no decir «las ganas de ella»—. Hablaré con ella, Noah. Tengo que hacer que entienda que el favor que nos pedimos ya lo hicimos, y que no tenemos más motivos para seguir fingiendo nada. Que nuestros caminos se han de separar porque anhelamos cosas distintas. O porque somos las personas correctas en una línea temporal incorrecta.

—Sé que soy un amigo de mierda, Reese —musita Noah—. Pero quiero que sepas que, para lo que sea y cuando sea, estaré ahí, siempre, aunque sea para compartir una borrachera. Y no dudes ni por un momento que haría lo que fuera por ti y por Blake. Porque sois mis hermanos, lo único que tengo en mi maldita vida, mucho más de lo que merezco.

—Gracias, Noah —susurro, emocionado—. Y no eres un amigo de mierda, eres mi hermano pequeño, al igual que Blake, con sus virtudes y sus defectos. No sé si nos merecemos los unos a

los otros, pero sí sé que hemos conseguido que ninguno de nosotros se haya sentido solo jamás.

—Ha sido gracias a eso por lo que sigo en este cochino mundo, Reese.

* * *

Tras la conversación con Noah, permanezco unos minutos más en la terraza. El cielo oscuro acaba de comenzar a clarearse de una forma casi imperceptible. Miro la hora en el teléfono. Son las cinco. El sol está a punto de salir y mis párpados comienzan a cerrarse. Siento un ligero escalofrío, por lo que me pongo la camiseta y entro en el salón. Doy un bostezo mientras accedo al dormitorio, aunque, nada más llegar al vano de la puerta, se me desencaje la mandíbula de un tirón. Gwen se ha debido de pelear con las sábanas, porque las tiene enredadas alrededor de las pantorrillas. Está totalmente destapada y su camiseta se ha remangado hasta la zona de los riñones, dejando a la vista sus pequeñas braguitas blancas, que apenas le tapan el trasero… y sus piernas. Esas largas piernas que me hacen pensar en tenerlas alrededor de mi cintura, en sentirlas enredadas en mi cuerpo para poder sujetar bien a Gwen mientras nos miramos, jadeantes, sudorosos…

De repente, me pongo a sudar de verdad. La camiseta me vuelve a estorbar.

—Al final —gruño mientras me encamino al baño y me quito la ropa—, va a resultar que sí necesito esa ducha fría.

Capítulo 30

GWEN

Me incorporo de golpe en la cama. El sol baña la habitación de punta a punta y Reese ya no está. Toco su almohada. Está fría.

De un salto, salgo de la cama y de la estancia. Lo llamo, pero no contesta. Suspiro al mirar la hora en el móvil. Es imposible que esté todavía aquí si son las diez de la mañana y tenía que enfrentarse al consejo a las nueve. Además, me ha dejado un mensaje.

> Reese: No sé a qué hora llegaré. Puede que esté fuera todo el día.
> Disfruta de Chicago.

—Bueno —suspiro—. Pues voy a hacerte caso.

Una hora después, me encuentro alzando el móvil sobre mí y parte de Millennium Park.

—¡Eh, Gwen! —exclama Ellie desde la pantalla del teléfono. Todavía está en pijama y con el pelo revuelto, lo normal en un sábado—. ¡Estás delante de la famosa «judía»!

—¡Sí! —grito entusiasmada—. ¿Has visto cómo se refleja todo en ella, como si fuese un espejo en tres dimensiones? Casi no puedes mirar por el brillo del sol, pero ¡mola un montón!

—A mí me parece un huevo amorfo ahí en medio —Ellie ríe—, pero todo el entorno tiene pinta de ser un lugar chulo y animado.

—¡Sí! —repito mientras sigo caminando por el parque—. ¡Me gusta Chicago!

No dejamos de hablar y reír mientras le muestro a mi amiga el pabellón Jay Pritzker o la fuente Crown, que da bastante mal rollo con la cantidad de rostros de personas anónimas que muestra.

—Por cierto —le digo—, ¿por qué no llamas a Justin? Sé que todavía estará durmiendo a pierna suelta, pero me gustaría mostrarle algo del parque…

—Está levantado —refunfuña Ellie—. Pero no creo que quiera acercarse.

—¿Por qué dices eso?

—¡Después te llamo yo a ti! —oigo gritar a mi amigo con un tono exasperado.

—¡¿Qué?! —exclamo—. ¿Por qué? ¡Quiero hablar con los dos! ¡Poned ahora mismo vuestras caras juntas! ¡Quiero veros!

—Está enfadado conmigo —suspira Ellie—. No se quiere ni acercar a mí.

—Estás de broma…

La pantalla oscila y se mueve hasta que contemplo la imagen de Justin. Su cabello despeinado

apunta en todas direcciones y un oscuro asomo de barba cubre su mandíbula. Me queda claro que apenas ha dormido.

—¡Que te diga por qué estoy enfadado! —brama—. ¡Vamos, Ellie! ¡Ten el coraje de decírselo a Gwen!

—¿Se puede saber qué demonios pasa?

De nuevo, se suceden las vistas del techo y las paredes hasta que vuelve mi amiga.

—Me he vuelto a ver con Dexter —confiesa.

—¡¿Cómo?!

—¡Sí, Gwen, como lo oyes! —me llega la voz de Justin—. ¡Nuestro Gusanito ha vuelto con Despreciable Dexter!

—¡Solo hemos quedado una vez! —se defiende ella.

—En la que te has acostado con él —la encara Justin.

—¡¿Y qué?! —lo desafía Ellie—. ¿Me meto yo acaso en con quién te acuestas tú?

—¡¿Puedo hablar?! —grito, antes de que me convierta en espectadora de una discusión que jamás he presenciado. Nunca hemos discutido entre nosotros. Al menos, no de una forma tan seria.

—¡Sí! —berrean los dos.

—¿En serio, Ellie? —la reprendo—. ¿Con DD otra vez? ¿No sufriste suficiente humillación?

—¡Eso le he dicho yo!

—Y tú cállate, Justin —le pido—. Está bien que nos aconsejemos, pero enfadarnos entre nosotros no arregla nada.

—¡Pues que haga lo que le dé la gana! —grita de nuevo mi amigo—. ¡Luego volverá llorando por culpa de ese pijo gilipollas de mierda!

Se oye un portazo.

—¿Te parece normal? —gruñe Ellie—. ¿Ponerse así?

—Un poco, sí —le contesto—. Nos queremos, Ellie, y es lógico que nos duela que alguno de nosotros sufra.

—¡Dejó a su novia, Gwen! —insiste—. ¡Por mí!

Estoy a punto de decirle que fue su novia quien lo dejó a él y que ha vuelto a ella cuando se ha dado cuenta de que no tiene a nadie, pero creo que no son cosas para hablar en una videollamada en mitad del bullicio de Chicago un sábado por la mañana.

—¿Desde cuándo has retomado el contacto con él? —le pregunto.

—Hace solo una semana —responde—. Hablamos, quedamos y… bueno, ya sabes.

—No, no lo sé.

—Pues eso, el típico polvo que echas con un ex.

—¿Y Troy?

—Le ha salido un trabajo en Los Ángeles. —Se encoge de hombros—. No tenemos futuro.

—¿Y vas a volver con Despreciable Dexter o solo ha sido ese típico polvo del que hablas?

—No lo sé —bufa.

—Ay, Ellie —suspiro—. Ya hablaremos cuando vuelva, pero, mientras tanto, trata de arreglarlo con Justin, ¿de acuerdo?

—Es un cabezota y un capullo —rezonga—. Se cree que su sistema de follar con personas desconocidas es el único que vale. Y a mí lo que me parece es que no repite nunca con nadie para no arriesgar; para no demostrar que él también se puede enamorar y sufrir.

—Estoy de acuerdo contigo, Ellie, pero me duele veros así —me lamento—. Inténtalo por mí, ¿vale?

—Vaaale —me responde antes de colgar.

Me siento como la madre que ha dejado a sus hijos solos y la culpabilidad la corroe cuando descubre que han prendido fuego a la casa.

Intento seguir disfrutando del día y de la visita turística, aunque ya es mediodía y mi estómago rugiente me lo recuerda. Lo que no recuerdo es si están incluidas la comidas en el hotel. Compongo una mueca. Lo dudo. Y, desde luego, no pienso presentarme en el comedor del Langham para encontrarme con la sorpresa de tener que pagar después. Todavía no he cobrado y dispongo solo de unos pocos dólares en mi cuenta, así que, para evitar problemas, me compro un perrito en un puesto ambulante y me doy por satisfecha. Al fin y al cabo, mi estómago está acostumbrado a que lo engañe con dosis pequeñas de comida.

* * *

De vuelta en el hotel, accedo a la habitación y emito un suspiro de frustración. Estoy cansada de caminar, estoy hambrienta y Reese no ha vuelto todavía. O eso creía hasta que lo veo salir del baño con solo una toalla alrededor de la cintura. Casi me atraganto con mi propia saliva. Y todavía agradezco que, al pensar que estaba solo, no haya salido totalmente desnudo.

—Perdona —se disculpa, sorprendido y contrariado.

Su cabello todavía está tan húmedo que las gotas de agua resbalan hasta sus hombros. Algunas de ellas han caído hasta el tórax y han encontrado un camino por entre el vello dorado hasta el estómago. Sigo con la vista una que ha conseguido llegar hasta el borde de la toalla y desaparecer bajo la tela.

—¿Qué tal por Chicago?

Levanto la vista de golpe. ¡Oh, rábanos! ¡Me ha pillado totalmente embelesada en su torso desnudo! Giro la cabeza hasta un punto indeterminado de la pared. No sé si es un cuadro o un aplique de luz, lo que sea que me haga disimular. Aunque dudo mucho que no se haya percatado.

¡Maldito Reese!

—Bien —contesto, por fin. Al menos, ha vuelto al baño—. Ha sido un paseo muy entretenido. ¿Y la reunión?

—No ha habido consenso —gruñe hastiado mientras sale con un albornoz, no sé si por pudor,

intimidad o incomodidad—. Estoy cansado, harto, y no he comido más que un jodido sándwich en todo el día.

—Lo siento —le digo mientras lo observo peinarse con los dedos. Algunos mechones de su cabello han empezado a secarse y brillan bajo la luz de las lámparas.

—¿Y tú? —inquiere—. ¿Has comido?

—Un perrito —le digo con una mueca.

—Sabes que podrías haber almorzado en el restaurante del hotel sin coste alguno porque las dietas están incluidas, ¿verdad?

Jolín, ¡qué vergüenza!

—Pero me ha pillado muy lejos. —Le suelto lo primero que se me ocurre.

—Ya. —Sonríe—. ¿Qué te parece si bajamos al restaurante y nos hartamos de comer a cuenta de Bell Technology? Ya que me obligan a meterme en un puto avión y a aguantar horas interminables de jodidas reuniones, que nos den de cenar. —Ríe.

Mis tripas rugen ante el comentario y noto el rubor en mis mejillas.

—Iba a decirte que estoy muerta de hambre, pero creo que ya lo ha hecho mi cuerpo por mí. —Frunzo los labios y Reese sonríe.

—Pues decidido —sentencia—. Si te parece bien, puedes ducharte tranquilamente mientras yo me visto en la habitación. Bajaré al bar del hotel y te esperaré tomando una cerveza.

—¡Perfecto! —exclamo al tiempo que me meto en el cuarto de baño y cierro la puerta.

* * *

Después de una larga ducha, y digo larga por culpa de los enredos de mi pelo, salgo al salón envuelta en el albornoz que colgaba de la percha por si Reese se encontrara todavía en la *suite*. Pero descubro que no, que ya se ha marchado, que solo ha dejado flotando en el ambiente el rastro de su rico perfume.

Voy corriendo a la habitación y abro el armario, aunque me confundo de lado y me encuentro con la parte destinada a la ropa de Reese. Hay dos trajes colgados, camisas, corbatas, cinturones y un par de zapatos, lo que me sugiere que no tendrá mucho tiempo libre. Me invade una ola del aroma que suele acompañarlo siempre, una mezcla de ropa limpia, cuero y la fragancia de su colonia.

Cierro antes de que me ponga a suspirar como una adolescente enamorada y abro mi parte. Sonrío satisfecha al ver mi vestido, ya que pensé en la posibilidad de que se me presentara alguna cena formal en el hotel. No es que disponga de ropas muy elegantes, pero hace poco me vi obligada a comprármelo para asistir a la boda de una prima de Ellie. Por suerte, mi amiga me ayudó a escogerlo y descubrí que, a veces, el color negro también puede ser bonito, que depende del ánimo de quien lo lleve. Y yo hoy me siento genial. Aunque vaya a seguir evitando ese color en mi día a día, claro está.

Saco de la percha el vestido y me lo pongo sobre las braguitas, también negras. Es ajustado, con las mangas hasta el codo y escote en pico. Me queda bien, aunque tiro de la falda hacia abajo, ya que me sigue pareciendo un poco corto. Pero, como si este pedazo de tela quisiese decirme algo, se empeña en encogerse y subir hasta su sitio. Una y otra vez.

—¿Sabes qué? —le digo a mi imagen en el espejo—. Que esta chica desgarbada de piernas largas y rizos alborotados soy yo, Gwendolyne Sharp. Que quizá no recibí mucho cariño después de venir al mundo, pero, ahora que estoy en él, quiero vivir sin más tristezas. Que quiero vivir en colores, y no solo porque los haya en la ropa que me ponga o por unas mechas en el pelo. Que ya es tiempo de dejar atrás a la niña triste, a la adolescente acomplejada y a la chica que lleva años intentando encajar, dejando de ser ella misma porque cree que, tal y como es, no le gustará a nadie.

Parpadeo varias veces para frenar la humedad que se está formando en mis ojos. No estoy triste, sino emocionada, contenta, feliz. Puede que también haya pensado durante un instante en mis padres, en el tiempo que hace que no los veo ni hablo con ellos. Ni siquiera sé nada de sus vidas, igual que ellos no saben nada de la mía, desde hace años.

Inspiro con fuerza y suelto el aire lentamente. Acabo de decirme que voy a aparcar las tristezas, así que es hora de empezar. Me maquillo con esmero y me pongo unos zapatos de tacón. Mis piernas se ven escandalosamente largas, pero me importa menos que un bledo. Cuando le toca el turno al pelo, decido ahuecármelo con los dedos y poco más. No quiero horquillas, cintas elásticas ni pañuelos que lo oculten. La cascada de tirabuzones rubios que me enmarcan el rostro tampoco está tan mal. En realidad, creo que Kelsie, la amiga pelirroja de Rachel, tenía razón. Me dan personalidad. Lo mismo que los reflejos rosas o el *piercing* de la nariz, que pueden no pegar mucho con mi atuendo, pero a mí me parece que el conjunto queda genial. Por último, me hago un par de *selfies* para mis amigos, cojo el bolso y bajo en el ascensor hasta el bar.

* * *

Diviso a Reese desde la entrada acristalada que comparten el restaurante y el bar. No he tenido que buscarlo. Mis ojos se han posado sin dudar sobre la figura que se halla sentada en uno de los asientos frente a la barra. Doy unos pasos, pero tengo que detenerme, porque me quedo sin respiración. Y, aunque podría ser por las paredes de cristal, que dejan entrar un pedazo del río y de la ciudad al interior del salón, la realidad es que es por él, por Reese, nada más que por él. Sobre su cabeza, una veintena de pequeñas bombillas descargan sus luces doradas, haciendo refulgir su cabello como si tuviese su propia luz.

Una onda, enorme, caliente, inmensa, se expande por todo el interior de mi cuerpo. Y casi me asusto, pero solo casi, porque sé que no es más que la constatación de lo que siento, de lo que ese hombre que está sentado a unos pocos metros de mí me hace sentir.

Doy los pasos que me quedan para llegar a él, sin miedo a caerme, a tropezar o a no encajar; los miedos que me acompañan desde que tengo memoria.

¿Qué es lo que ha cambiado en mí? Pues la certeza de pensar que, si sucede algo de eso, no va a pasar nada. ¡Nadie morirá ni acabará el mundo! Y que, cuando Reese alza la vista y me mira, me siento la mujer más segura sobre la faz de la tierra, como si sus increíbles ojos dorados se convirtieran en mi apoyo, en mi pilar, en mi red.

Contemplo sin respiración cómo me mira, su expresión de sorpresa, su mirada de admiración. Y sonrío. Sonrío porque ya no tengo duda. Sé que le atraigo, que le gusto, que me desea.

«¡Le pongo!», ríe mi mente.

Reese parpadea, aunque sigue sin moverse, intentando disimular, como siempre, esa atracción que siente por mí. Y lo entiendo. Y lo quiero por ello. Ha estado conteniendo su deseo y sus ganas para que yo no fuera un rollo pasajero más en su vida. Un hombre que podría haberse aprovechado de mi fascinación por él y tener una aventura conmigo, como con tantas otras, prefirió aguantar sus ganas para dejarme volar porque justo yo había abierto mis alas. Porque soy demasiado joven para él… según él.

¿Cómo no voy a enamorarme de él?

Desearía decirle que podríamos darnos una oportunidad, pero sé que Reese no va a aceptar. Una cosa es que yo le atraiga y otra muy diferente es pensar en una relación seria, lo que parece que él está buscando y para lo que yo no le sirvo.

De momento, sin embargo, voy a disfrutar del presente, de la vida en colores, de Reese.

—Hola —le digo, por fin. Me coloco a su lado, en la barra, y me deleito con su presencia. Lleva un traje oscuro y una camisa blanca, aunque con los dos primeros botones desabrochados, sin corbata. Perfecto. Me encanta esa mezcla de elegancia e insolencia que logra, tan atrayente, tan tentadora. Además, de esa manera puedo disfrutar de la visión del triángulo de piel de su pecho que tanto me fascina.

—Hola, Gwen —me responde, con la voz más ronca que de costumbre—. Estás… estás…

—Dilo —lo corto con una sonrisa—: diferente. No parezco ni yo, ¿verdad?

Él suaviza su expresión.

—Solo quería decir que estás preciosa. —Alza una mano y roza con suavidad el pequeño aro dorado de mi nariz—. Porque eres preciosa.

Cierro un instante los ojos y trato de aplacar todas las emociones que se me acumulan en mi vientre y en mi pecho. Después los abro y sonrío.

—Gracias, Reese. Tú también estás muy guapo. —Aparto un mechón cobrizo de su frente—. Porque eres guapo.

Su boca se tuerce en una media sonrisa irresistible.

—Me he puesto roja, ¿no es cierto?

—Sí. —Continúa sonriendo y roza con ternura mi mejilla derecha—. Pero es algo que forma parte de ti. No intentes refrenarlo, ni te avergüences de ello. Muéstrate tal y como eres, con todos

tus colores, incluidos los de tus mejillas —bromea—. A mí me encantas, Gwen.

Le encanto.

¡Córcholis! ¡Carajo! ¡Por Dios! ¡Voy a derretirme de un momento a otro!

—¿Qué pasa con esa cena a la que nos va a invitar la empresa? —le digo tras aclararme la voz.

—Sí, vamos —contesta sonriente mientras se baja del taburete y posa la mano en mi cintura —. He reservado una mesa.

Me ha parecido tan bonito que las paredes sean acristaladas que estaba segura de que habría escogido una mesa junto a las imponentes vistas de Chicago. Pero, al ver que me señala un rincón junto a una vitrina y una jardinera con flores naturales, recuerdo el problema de vértigo de Reese. Se me encoge el corazón cada vez que pienso en lo que le ocurrió.

—Que sepas que voy a pedir el plato más grande que tengan —bromeo mientras abrimos la carta.

—Yo voy a hacer lo mismo. —Ríe.

El camarero nos toma nota una vez hemos decidido mientras nos aguantamos la risa.

—Y no solo porque pague Bell —le comento después con expresión perversa—. Parece que usted, señor Dawson, con sus ingresos de jefazo, también podría permitirse cenar aquí.

—¿Te han chivado lo que gano? —pregunta divertido después de que nos sirvan el vino—. ¿Y cuánto te han dicho si puede saberse?

Me acerco un poco a él y bajo la voz.

—Cien de los grandes —susurro—. ¿No me digas que se han quedado conmigo? —inquiero al ver su mueca.

—Sí —suspira—. No te han dicho la verdad.

—Han exagerado, seguro —bufo.

Él sonríe, de ese modo tan suyo, tan travieso pero tan natural. El camarero vuelve a acercarse para servirnos los platos. Cuando se marcha, Reese también se acerca a mí y baja el tono. Su cercanía y su aroma me aturden un poco.

—Digo que no han dicho la verdad porque gano bastante más.

Me guiña un ojo y comienza a atacar su filete de salmón. Yo tengo que taparme la boca con una servilleta para amortiguar la risa.

—Ahora lo entiendo —bromeo al tiempo que también me abalanzo sobre mi muslo de pollo, con una salsa deliciosa que no he probado en mi vida—. Normal que piensen que salgo contigo por interés.

—Eso es una tontería. —Frunce el ceño—. Yo también tuve que hacer mis prácticas y currar mucho para llegar donde estoy. Podría haberlo conseguido por un camino más fácil, pero no quise.

—¿Te refieres a que tú tenías más dinero? —le pregunto con naturalidad.

—Sí —contesta—. Tenía una herencia, contactos, amigos de mis padres y de los padres de

Blake, pero ni él ni Noah ni yo quisimos nunca aprovecharnos. Preferimos demostrar lo que valíamos. Por eso te entiendo cuando me pides que no te ayude.

—Pero a veces has intentado hacerlo —le recuerdo.

—Que te entienda no quiere decir que no te ayudaría si me lo pidieras. Aunque me da la impresión de que no me has necesitado en ningún momento. —Sonríe.

Sin darnos cuenta, seguimos con la conversación mientras comemos y bebemos. Él me ha dejado un trozo de su pescado en mi plato, y yo, un pedazo de pollo en el suyo, como si fuera lo más normal del mundo compartir confidencias y comida entre Reese y yo.

—Entonces, ¿no ha ido muy bien la reunión? —le pregunto al cabo de un rato.

—Ha ido como el culo —rezonga.

—¿Y qué vas a hacer?

—Demostrarles que el proyecto es viable. Mostrar muchos números, que es lo que les gusta a los inversores. Recordarles que soy un tipo sensato que nunca se arriesgaría por algo de lo que no estuviese seguro.

—¿No te gusta arriesgar? —indago con cautela.

Reese levanta la vista de su postre, un helado artesano de vainilla y chocolate, y clava en mí sus ojos felinos.

—Para según qué cosas, no —musita.

—A mí tampoco me ha gustado nunca arriesgar mucho. —Me encojo de hombros—. Ya sabes… aquello de no encajar y todo eso. Pero mírame ahora. —Sonrío—. Arriesgué y llegué a Columbia. Arriesgué y me seleccionaron para practicar en Bell. Arriesgué y la jefa de Recursos Humanos está apostando por mí. Arriesgué y estoy aquí, en el hotel Langham de Chicago, compartiendo helado con el jefe de Ingeniería de Software. Contigo, Reese.

Sonríe con un deje de pesar.

—Tenemos que hablar, Gwen —suspira.

—Lo sé. —Sonrío—. Es una expresión que suele dar mal fario, pero que, en nuestro caso, ya esperaba.

—¿Qué te parece si damos un paseo?

—¿Por The Riverwalk? —planteo entusiasmada.

—Sí —responde Reese—. Paseemos junto al río.

Acabada la cena, salimos del hotel, atravesamos la avenida y bajamos por una escalinata para cruzar al otro lado del río Chicago, donde se encuentra el camino peatonal que lo bordea por una gran parte. Ilusionada, me acerco a la barandilla para contemplar la superficie del río, sus aguas tranquilas, oscuras, aunque desprendan cientos de reflejos dorados provenientes de los puntos de luz de los edificios que nos rodean. Ya están encendidas todas las farolas del camino y por él pasea una gran variedad de personas, que ríen, que charlan, que susurran.

—Qué bonito —murmuro, todavía apoyada en la barandilla. Una brisa inesperada mueve algunos rizos de mi cabello y me los desordena sobre la cara. Me llevo las manos a los brazos

por el frío repentino y decido empezar a andar para moverme un poco.

—No has cogido una chaqueta —me dice Reese mientras camina a mi lado.

Observo de reojo cómo hace un movimiento con los brazos.

—Sí, tendría que haberme traído una —le digo exasperada—. Pero, por favor, Reese, no es necesario que me des la tuya. ¿Tienes que pasar frío tú por mi mala cabeza? Menudo cliché de película romántica…

—Recuerda que he visto unas cuantas —bromea—. Esta vez no voy a negarte un poco de ayuda —añade mientras se desprende de su americana—. Tienes frío y yo no. Así que deja de protestar. —Coloca la prenda sobre mis hombros y aferra una de mis manos—. Vamos, pasa los brazos por dentro.

Rezongo un poco, pero acabo metiendo los brazos por las mangas y agarrando las solapas sobre mi pecho. Noto la tibieza de la prenda sobre mi piel, el calor y el olor de Reese. Y me encanta.

—Vaaale, gracias. —Sonrío—. Además, aunque seas más alto que yo, no me está tan grande.

Reese baja la vista y sonríe. Y seguimos paseando bajo las luces que bordean el camino, junto al río, a través de la ciudad. En cierto momento, señala un banco vacío, acompañado únicamente por la luz mortecina de una farola.

—¿Nos sentamos? —me propone.

—Sé lo que vas a decirme, Reese —respondo con un punto de ironía—. No es necesario que tenga que sentarme. No me voy a derrumbar.

—Ya lo sé. —Sonríe después de que nos hayamos acomodado.

Ambos hemos girado levemente nuestros cuerpos para poder mirarnos un poco más de frente. Oigo el río a mi espalda, la suavidad de la corriente del agua. Un grupo de jóvenes pasa de largo, riendo mientras trastean con sus teléfonos. Tras ellos, queda la estela de una canción: *Es Greedy,* de Tate McRae.

Al menos, el recuerdo de este momento no será tan triste.

Capítulo 31

REESE

¿En cuántas ocasiones nos ha pasado que hemos ensayado mentalmente una conversación infinidad de veces y, cuando llega el momento de repetirla en la realidad, lo hemos olvidado todo por completo?

Eso me está sucediendo a mí ahora. He sido capaz de enfrentarme esta mañana a poderosos empresarios, a personas tan influyentes que podrían parar el mundo. Pero, cuando contemplo el bonito rostro de Gwen, acabo por bloquearme. Permanece quieta, mirándome con sus suaves ojos castaños, sujetando mi chaqueta a la altura de su cuello. La brisa provocada por la mansa corriente del río remueve los rizos rubios de su pelo, que acarician su frente, sus mejillas y sus labios. No se molesta en apartárselos y a mí me gusta verla así, desordenada, imperfecta. Como tantas cosas me gustan de ella.

—¿Te importaría que hablara yo? —me dice. Se mantiene serena, tranquila, incluso un asomo de sonrisa baila en sus labios, todavía pintados de un intenso color cereza, demasiado sofisticados para su rostro juvenil, pero que consiguen que se me haga la boca agua igualmente.

—No —titubeo—. Claro que no.

—Lo mejor es que finjamos nuestra ruptura ya —señala con calma—. No hay que hacer ni decir mucho ni montar un drama épico ni nada por el estilo. —Se encoge de hombros—. Basta con que tú lo comentes en tu círculo y yo haga lo mismo en el departamento. En cuanto lo sepan Adam y Hope, se extenderá como la pólvora y se enterarán hasta los guardias de seguridad del edificio.

Omito contarle que mis amigos lo saben hace días. Se lo dije a Rachel, se lo confesé a Noah en una humillante borrachera y, a estas alturas, lo más lógico es que ya lo sepa Blake. Y lo sé porque he ignorado un mensaje suyo que comenzaba con «¡Joder, Reese! ¡¿Cómo se te ocurre…?!».

—Así lo haré —le digo, sin embargo.

—¿Qué crees que te dirán tus amigos? —me pregunta con un deje de preocupación.

—Me echarán un poco la bronca por no haberte sabido conservar —río—, pero nada que no se arregle con unas cervezas.

—Vale —titubea—, pues, entonces, ya tenemos plan.

—Sí, más o menos —corroboro—. Pero, si crees que tú lo necesitas, por Samantha o por lo que sea, no me importará seguir fingiendo hasta la fecha acordada y…

—Oh, no —me corta, con un gesto de desinterés de su mano—. ¿Por Samantha? Qué tontería. En realidad, todo fue un disparate desde el principio. —Sonríe—. Cada vez que lo pienso me muero de la vergüenza. —Pone los ojos en blanco y, como otras veces, bizquea, lo que me hace sonreír y, al mismo tiempo, me produce una punzada en el pecho.

—¿Por qué te mueres de la vergüenza? —bromeo—. ¿Por presentarte en tu primer día de prácticas ante un desconocido, jefe de uno de los departamentos de Bell Technology, y proponerle que finjáis ser pareja?

—¡Ah, por Dios! —Simula un escalofrío—. ¡Dicho así suena más terrible todavía! Además —frunce el ceño—, no fue así exactamente.

—Lo sé. —Río—. Fui yo quien te lo pidió a ti.

Sonreímos los dos al evocar aquella casualidad, una de tantas entre nosotros, y que da la sensación de que nos ocurriera hace años. Muchas casualidades. Demasiadas. Como si alguna suerte de extraño destino se hubiese empeñado en que Gwen, la chica de colores y de los rizos de sol, hubiese tenido que formar parte de mi vida de una forma u otra.

—No hace ni dos meses de eso y parece que haga siglos —coincide ella con mi pensamiento —. Pero supongo que ha llegado el final, como todas las cosas de mentira.

De pronto, Gwen cambia su expresión risueña por otra más seria, que acompaña con un roce de su mano en la mía. Siento un suave estremecimiento por todo el cuerpo, algo que puede resultarle inexplicable a quien sepa la cantidad de mujeres que han pasado por mi vida…, los cuerpos, las veces y las situaciones, mucho más eróticas, mucho más morbosas. Pero es así, de complicado y de fácil al mismo tiempo. Un simple roce de Gwen consigue que una docena de pequeñas bombas estallen por todo mi cuerpo.

—Deseas terminar con esto por la atracción que ha surgido entre nosotros, ¿no es cierto? —me pregunta. Como si oír con palabras eso que nos ocurre no me resultara jodidamente desconcertante y perverso.

—No hay más remedio, Gwen —le digo tras una fuerte espiración—. Es mejor que tú sigas cumpliendo sueños; los sueños de cualquier chica de veinticuatro años a la que le falta muy poco para graduarse en la universidad. —Ahora soy yo quien roza sus dedos—. Y yo también seguiré con mi vida, con lo que me quiera deparar.

Inquisitiva, Gwen inclina la cabeza a un lado.

—¿Tú no tienes sueños por cumplir acaso, Reese?

—Claro que sí. —Sonrío—. Aunque algunos empiezo a darlos por imposibles —bromeo.

«Tú eres mi sueño imposible, Gwen.»

—¿Sabes lo que pienso, Reese? Que, después de todo lo que ha pasado, con nuestro trato, con ocultarles a tus amigos lo que en realidad deseabas, deberías haber aprendido la lección.

—¿Resulta que es como un final de cuento con moraleja? —bromeo—. «Mis queridos amigos, después de la historia de hoy, no os vayáis a la cama sin haber aprendido algo muy importante…»

Compone un mohín y pone los ojos en blanco. Qué graciosa pone la cara. Qué bonita y qué especial que es.

—Venga, va, dime cuál es esa lección —la aliento.

—Que todo fluye mucho mejor si no lo fuerzas —expone—. Que las cosas pasan cuando, como y donde tengan que pasar, sin tenerlas presentes todo el tiempo. Que a veces la vida no espera el momento adecuado. Simplemente, hace que las cosas sucedan. Por ejemplo, que dos personas se conozcan por casualidad y conecten, sin importarle si esas personas están o no preparadas para lo que se han encontrado. Sin importarle la edad, la condición o los sueños que tengan cada una.

Inspiro con tanta fuerza que mis pulmones emiten un sonido sibilante.

«No me hagas esto, Gwen. No me lo pongas más jodidamente difícil de lo que ya me resulta a mí.»

—Gwen… —Cierro los ojos, implorante ante su valentía. Aunque sé que yo no la rechazo por cobardía.

—No te preocupes. —Posa sus dedos fríos sobre mi boca—. No voy a decir nada que cambie lo que va a pasar. Ha sido como un bonito sueño. —Sonríe con un ápice de tristeza—. Como si de verdad hubiese tenido mi propia hada madrina de los deseos. He hecho callar a Samantha con un novio guapísimo. —Ríe y después me mira con cierta cautela—. He tenido mi primera vez con alguien que me gustaba. Y te he conocido a ti, Reese Dawson.

—Estará bien que me recuerdes como un bonito sueño —pronuncio.

Debería tirarme al río ahora mismo por decir algo que me hace quedar como un puto gilipollas sin corazón. Pero es lo que hay si de verdad quiero que Gwen deje de pensar que está locamente enamorada de mí y no de la novedad que yo he representado en su vida.

—Lo único que no sé es cómo vamos a gestionarlo —comenta, arrugando su nariz— si acabo contratada en Bell. Trabajaríamos en el mismo lugar, Reese.

—Eso no es solo una posibilidad, Gwen —le señalo—. Doy por hecho que te contratarán, porque les estás deslumbrando, pero no debemos preocuparnos. Perteneceremos al mismo grupo empresarial, pero, con un poco de suerte, coincidiremos cuatro veces mal contadas al año. La primera, puede que nos sintamos incómodos. La segunda, nos saludaremos con naturalidad. La tercera, apenas nos daremos cuenta de la presencia del otro. La cuarta… nos habremos olvidado.

O eso espero que le suceda a ella mientras yo siento un crujido en mis putas costillas.

—Supongo que será así. —Suspira y se pone en pie—. ¿Nos vamos?

—Sí, se hace tarde y mañana vuelvo a la jaula de los leones —bromeo.

Mientras me levanto, observo de reojo a la pareja que ocupa el banco contiguo, a unos cinco metros de nosotros. La farola que debería iluminarlos está fundida, por lo que solo se pueden entrever sus siluetas oscuras recortadas contra la luz dorada que refleja la superficie del río. El chico busca algo en su teléfono y descubro que es una canción cuando lo deja sobre el banco y

coge a la chica entre sus brazos para bailar con ella al amparo de la oscuridad con *Radio*, de Lana del Rey.

—Qué bonito —suspira Gwen—. Nunca he bailado así con un chico. Bueno, sí —sonríe—, con Justin, pero él no cuenta.

Cuando soy consciente del jodido disparate que voy a soltar… ya lo he soltado.

—Pues hagamos realidad otro de tus deseos, el último. —Me acerco a ella y tomo sus manos entre las mías.

—Te advierto que soy un poco patosa —bromea—. Y estos tacones pueden provocar lesiones irreversibles en los dedos de tus pies.

—Me arriesgaré. —Río.

—Vale —concede—, pero espera.

Se quita mi chaqueta y la deja sobre el banco. Después, se aproxima a mí, coloca una mano en mi hombro y la otra en mi cuello. Un escalofrío recorre mi nuca cuando roza mi pelo. Deja caer después su cabeza en mi pecho, yo la tomo por la cintura y la atraigo más a mí. Agradezco que haya pensado en quitar mi chaqueta de entre los dos, porque prefiero tocarla y olerla a ella y no a mi propia prenda. Y porque así puedo abrazarla y sentirla mucho más cerca, sin barreras, para que mis manos memoricen cada parte de su cuerpo, cada curva y cada hueco.

¿Qué puede durar una canción? ¿Tres, cuatro minutos? Pues ese es el tiempo final que me concedo para estar tan cerca de Gwen, para tocarla, abrazarla, olerla, sentirla; para hundir mi rostro en su pelo, en su cuello. Unos pocos minutos en los que finjo que podríamos ser una pareja enamorada cualquiera, sin restricciones, sin remordimientos, sin motivos para no estar juntos.

Pero, no, no lo somos.

La canción acaba, la otra pareja se marcha y Gwen me mira con un brillo en los ojos que empiezo a conocer demasiado. Es el brillo de la determinación; de hacerte saber que lo tienes jodidamente crudo para llevarle la contraria.

—No, Reese —murmura—, este no va a ser mi último deseo. El realmente último te lo quiero pedir ahora.

Se me eriza el vello de la nuca. Algo me dice de qué va a tratar esa petición.

—Pasemos una última noche juntos, Reese. Hagamos el amor. Esta noche. Ahora.

Tengo que negarme. Debería negarme. Voy a hacerlo. Voy a soltar las palabras, un rotundo «NO», pero…

—Por favor, Reese —insiste Gwen en mitad de una indecisión que no tendría que haber aparecido—. Será la última vez que estemos juntos, te lo prometo.

Sigo sin hablar, sin poder hacerlo.

«¡Niégate, Reese, maldito seas!»

—Entiendo que lo quieras así, de verdad que lo entiendo —insiste—. Y lo acepto. Yo apenas acabo de descubrir el mundo y tú ya lo has saboreado. Tú buscas algo que yo no puedo darte. Y yo quiero algo que ni sabía que deseaba.

Si la primera vez que la vi me pareció bonita, ahora, con su determinación y su nueva seguridad, me parece tan hermosa que duele mirarla. Aunque lo que de verdad duele sea que nunca podré tenerla.

—Solo esta noche, Reese —musita.

No le contesto. De mi boca no sale una palabra. Pero, con mi gesto, lo digo todo. Cojo mi chaqueta del banco, la coloco sobre los hombros de Gwen y enlazo mi mano con la suya. Dejamos atrás el río y cruzamos de nuevo la avenida para ir al hotel.

La sonrisa de Gwen bien vale un poco más de sufrimiento.

Capítulo 32

GWEN

Resulta muy duro pensar que voy a pasar una última noche con Reese. Imaginar que, quizá, la próxima vez que nos veamos solo sea para saludarnos, o para girar la cabeza y fingir que no nos hemos visto, como hacemos con antiguos conocidos que no se quedaron en nuestra vida. Y duele. Como duele saber que, al final, solo seremos un bonito recuerdo.

Al menos, conservaré uno más. Y me dolerá un poco más.

¡Jolines! Alguien debería haberme avisado de lo que lastima amar y no ser correspondido. De que enamorarse es como un salto a tres mil metros de altura sin paracaídas. De que el amor es seguir amando a otra persona aunque ella no sienta lo mismo. ¡Y cómo duele!

Porque todo eso me ha sucedido y me sucede con Reese. Sí, me ha dejado patente que se siente atraído por mí, que ya es mucho, pero supongo que, a la hora de pensar en una relación seria, no lo tiene tan claro.

¿Y yo? ¿Lo tengo claro yo? ¿Basta con amar una vez para saber que saltarías al vacío sin ese paracaídas?

Recorremos el trayecto hasta el hotel cogidos de la mano, despacio, como si ambos pretendiéramos alargar todo lo posible esta noche. Una vez en la habitación, nos quedamos uno frente al otro, junto a la cama. Nos ilumina una lamparita de una de las mesitas. Nos miramos fijamente y trato de adivinar la expresión de Reese. No estoy muy segura de si lo que quiere es hacerme el amor o follarme sin miramientos.

Uf, no me gusta nada esa palabra, *follar*. Nunca me ha gustado. Pero, en este momento, unir ese verbo al nombre de Reese no me produce el mismo rechazo. Todo lo contrario. Una sensación burbujeante y caliente se apodera de mí al pensar en hacerlo todo con él.

Las dudas se disipan un poco cuando acuna mi rostro entre sus manos y posa su boca sobre la mía. Sus labios moldean mis labios sin prisas, con cuidado, con una ternura tan grande que me explota el corazón. Al recibir su lengua, abrazo a Reese, con fuerza, mientras él se dedica a acariciar mis mejillas, mi pelo, la línea de mi mandíbula.

Ya nos hemos besado varias veces: siendo unos desconocidos, para fingir delante de sus amigos y de verdad, cuando pasamos una noche juntos sin fingimiento alguno. Pero, en este momento, el beso que estamos compartiendo es diferente a cualquiera de los anteriores. Es un beso que sabe a tristeza y a despedida, pero también a verdad y a corazón. Es un beso tan

verdadero que me conformaría con no hacer nada más que besar a Reese durante el resto de la noche.

Pero, como todo, el beso acaba. Aunque sea para emitir un jadeo, que cojamos aliento y besemos otras partes. Reese besa mi garganta y mi hombro al tiempo que baja la cremallera de mi vestido y este cae en un suave susurro sobre el suelo. Su boca desciende después hasta mis pechos desnudos, y yo me agarro con fuerza a su pelo mientras el placer de sentir su lengua en mis pezones consigue hacerme gemir de deleite. Cuando Reese alza la cabeza y me mira, su expresión ha cambiado. La ternura de hace un instante se ha transformado en deseo, en exigente y puro deseo.

Sin decir una palabra, tira de mi mano y me lleva hacia la cama, donde me coloca de rodillas. Después, coge mis manos y las engarza al cabezal, para que pueda sujetarme a la madera. Por último, baja mis bragas y las saca por mis pies.

—¿Reese…? —pregunto, sintiéndome demasiado expuesta y vulnerable, aunque también excitada y expectante.

—Tranquila —me susurra mientras oigo cómo se desabrocha sus ropas y rasga un envoltorio—. Si no te sientes cómoda, si no te gusta o te resulta molesto, no tienes más que decírmelo y pararé.

—No —musito—, no siento nada de eso.

Las manos grandes de Reese acarician mi espalda, mis pechos, mis caderas y, a continuación, siento el impacto de su miembro alojado en mi cuerpo.

—Reese… —suelto en un quejido de sorpresa.

—Si no lo deseas —jadea mientras comienza a envestirme—, dímelo y me detendré.

Siento sus ropas en mi espalda desnuda, sus brazos alrededor de mi cuerpo, sus envestidas, que sacuden mis entrañas de un placer caliente y profundo.

—No, no te detengas…

Con esa petición, Reese se mueve más aprisa, yo me agarro con más firmeza al cabezal y el placer comienza a extenderse por mi cuerpo en rápidas oleadas. El clímax me sacude con fuerza, haciéndome gritar, mientras percibo los estremecimientos de Reese. Tras un último gemido bronco, arranca mis manos de la cama, se deja caer sobre mi espalda y ambos caemos sobre las sábanas arrugadas.

Un instante después, me doy la vuelta para mirarlo de frente. Tiene el cabello revuelto, los ojos cerrados y sus labios casi han desaparecido en una fina línea.

Lo abrazo y me acurruco en su pecho.

—Me siento un poco en desventaja —bromeo—. Tú vestido, y yo, desnuda.

—Lo siento —murmura. Después me abraza con fuerza y me da un beso en el pelo.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? —Río.

—Haber sido tan… impetuoso —confiesa.

Me separo un poco de él, lo justo para poder volver a mirarlo.

—¡Eh! —exclamo—. Me ha gustado, Reese. Además, solo lo he hecho tres veces en mi vida y cada una ha sido en una postura diferente. Desde luego, el sexo contigo no es aburrido —le digo con una mirada traviesa.

Él sonríe y me besa en la frente.

—Ya solo me quedan cuatrocientas noventa y siete veces —bromeo—. Espero que la cosa no decaiga.

Percibo cómo se remueve, se separa de mí y se levanta de la cama. Yo me incorporo en un rápido movimiento y lo apunto con un muy beligerante dedo índice.

—Ni se te ocurra largarte solo porque esta no sea ya mi primera vez —le espeto.

—No voy a irme —señala sonriente mientras se deshace del preservativo, la camisa y del resto de la ropa—. Solo voy a terminar con esa desventaja.

Suelto una carcajada cuando se vuelve a meter en la cama, desnudo. Ambos apoyamos la cabeza en la almohada, tan juntos que casi nos rozamos la punta de la nariz.

—¿Te veré mañana? —le pregunto mientras, de forma inconsciente, peino su pelo con los dedos. Él tiene sus manos en mi cintura.

—No lo sé —responde—. Espero haber acabado al mediodía, aunque con el maldito consejo de administración nunca se sabe.

—Te lo decía para asegurarme de que haremos juntos el viaje de vuelta. —Frunzo el ceño—. ¿Cómo lo vas a hacer, por cierto? Aquí no tienes a tu doctora Frankenstein.

Reese emite una risotada.

—No —vuelve a reír—, pero tengo en Chicago a un colega suyo, el doctor Jekyll. Él me hará beber una pócima de color verde fluorescente que…

Lo interrumpo con un puñetazo en el pecho que lo hace quejarse como un niño.

—No seas bobo —protesto.

—Bueno —compone una mueca—, es más o menos como te he dicho. El doctor Sanders fue mentor de la doctora Mitchell y lleva a cabo el mismo proceso conmigo.

—¡Sigo sin entenderlo! —exclamo, ofuscada—. ¿Tienes a un médico en cada ciudad a la que viajas para poder drogarte?

Reese sonríe con ternura y aparta unos cuantos rizos de mi frente después de mi indignación.

—Solo viajo en avión cuando es absolutamente imprescindible —me explica.

—¡Eso espero! —gruño.

—Pero, sí, conozco a unos cuantos médicos, necesariamente.

—¿Y por qué no viajas acompañado? —inquiero.

—Porque es problema mío, Gwen. No quiero depender de nadie para poder subirme a un maldito avión. Y si estás pensando en mis amigos…, ellos tienen tanto o más pánico que yo a volar.

—Oh, vaya —musito—. Ahora entiendo vuestra amistad tan arraigada.

—Sí —susurra. Su mirada se ha perdido un instante, por lo que me acerco y beso sus

párpados, después su nariz y después sus labios.

—Una pregunta, Reese. Todavía nos queda hacerlo de lado, ¿no?

He conseguido alejarlo de su tristeza, porque suelta una carcajada y me abraza. Yo también río y disimulo mi propio pesar. Volver a hacer el amor con Reese me ayuda bastante.

* * *

Ni siquiera me he enterado de cuando Reese se ha marchado, así que decido levantarme cuanto antes y aprovechar la mañana visitando un poco más la ciudad. En esta ocasión, bajo al comedor, donde están sirviendo el desayuno, de esos que saben mucho mejor porque son gratis, y como de todo lo que ofrecen hasta hartarme. A riesgo de una indigestión, he de aprovechar toda esta comida para paliar los efectos que tendrán en mí los próximos días a base de sobras de dónuts. Incluso, con una técnica del disimulo que desconocía en mí, me hago con unas cuantas tortitas, cruasanes, bollos y demás delicias, las envuelvo en una servilleta y me las meto en el bolso. He tenido que apretujarlo todo bastante y quizá se convierta en un amasijo de migas prensadas, pero seguro que seguirá estando más rico que los precocinados congelados que le birlamos a la vecina.

Con mi botín a buen recaudo, salgo pitando del comedor, con los nervios de punta, esperando que en cualquier momento me pare alguien del servicio de seguridad y me exija que le muestre el bolso. Emito un bufido cuando ya estoy en la calle. Últimamente, robar comida se ha convertido en algo demasiado habitual en mi vida. Debería avergonzarme si no fuera porque llevo ya unos cuantos años en un estado natural de supervivencia.

Hoy el día ha amanecido con el cielo gris y plomizo. Hace fresco y, de nuevo, he vuelto a olvidar la chaqueta, por lo que el paseo está resultando menos agradable que el de ayer. Y más si tenemos en cuenta que he acabado en la zona más pija de la ciudad, rodeada de tiendas de lujo a las que no me acerco por si me cobran por mirar.

Decido volver a llamar a Ellie mientras camino por la avenida Michigan. Tarda solo unos segundos en descolgar, aunque contemplo su pelo enmarañado y su mano sobre la boca para aplacar un bostezo. No esperaba menos de un domingo por la mañana.

—Hola —me saluda mientras la veo trastear en la cocina. Parece que intenta encontrar una taza limpia, pero acaba cogiendo una del fregadero para enjuagarla un poco—. ¿Cómo va tu fin de semana?

—Eres tú quien ha de contarme cómo está yendo —refunfuño—. ¿Qué tal van las cosas con Justin?

—Más o menos. —Se encoge de hombros—. No le veo el pelo desde ayer por la mañana, cuando hablamos contigo.

—Jope, Ellie —me quejo—. No podéis seguir así. ¿Has vuelto a ver a Dexter?

—No —responde tras un suspiro—. Ni siquiera me ha llamado. Está claro que ambos

llevabais razón. Es un puto impresentable.

—No se trata de tener razón —le digo con un punto de pesar, aunque en el fondo me esté alegrando de que no haya vuelto a ver a DD—. Por muy mal que me cayera ese tío, no habría objeción si te hiciera feliz, Ellie. Y seguro que lo mismo piensa Justin.

—Lo sé —suspira de nuevo—. Pero me da rabia cuando me habla como si él fuera el más sensato de los tres. Ya lo has visto. Lleva veinticuatro horas fuera y no se ha dignado ni a decir que está vivo. La noche ha tenido que ser épica —rezonga.

—Yo también voy a hablar con él. —Frunzo el ceño—. Quedó claro desde el principio que, aunque no diéramos explicaciones, al menos debíamos dar señales de vida cuando nos ausentáramos más de un día.

—Exacto —resuelve mi amiga al tiempo que se sienta en una silla del comedor con la taza de café en la mano. Supongo que ha apoyado el teléfono en la caja de los cereales—. Y hablando de explicaciones… ¿cómo estás llevando lo de pasar un fin de semana con Reese?

—Bien. —Trato de que suene lo más natural posible—. Hemos pasado una última noche juntos después de planear cómo será nuestra civilizada y oficial ruptura.

—Hostia, Gwen —gruñe—. ¿Estás loca por ese hombre y has vuelto a acostarte con él? ¿Tú qué eres, masoquista?

—¿No te has acostado tú con Dexter? —le recrimino.

—Pero yo no estoy enamorada de él, Gwen.

—En el pasado lo estuviste —le recuerdo—. Llegué a insultar a un desconocido pensando que era DD, ¿recuerdas?

—Yo me enamoro y desenamoro con mucha facilidad. —Me hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Lo tuyo es distinto, Gwen. No te habías enamorado nunca, pero, cuando ha ocurrido, has apostado tu corazón entero.

—Y lo he perdido —suspiro.

—Empiezo a pensar que el maldito Reese Dawson es un idiota —refunfuña.

—No, no lo es —musito—. Y ese es el problema.

* * *

Regreso al hotel más temprano que ayer porque ya no me apetece pasar más frío. Aprovecharé para recoger mis cosas, comer algo y esperar a Reese tumbada en la cama extragrande. Tras insertar la tarjeta, abrir la puerta y acceder a la *suite*, casi grito al encontrarme a una desconocida paseándose con toda tranquilidad. Lleva puesto un albornoz y se ha recogido su cabello rubio en la coronilla, como si acabara de ducharse.

Miro la tarjeta con desconcierto. Me he debido de equivocar de habitación, pero no entiendo cómo he podido abrir. Echo un vistazo a mi alrededor y distingo mi maleta de color violeta y la

chaqueta que me he olvidado, colgada de una silla. No, no me he equivocado. Frunzo el ceño y miro a la desconocida, aunque ella es quien se encara primero.

—¿Quién eres tú? —me pregunta con desdén. Es muy guapa y le calculo unos treinta y pocos.

—Perdona —respondo con engreimiento—, pero eso debería preguntártelo yo a ti. Esta es mi habitación, esa es mi maleta y esa es mi chaqueta. Llevo aquí alojada desde el viernes.

Achica sus ojos verdes y me mira con interés sin olvidar su desaire.

—Tú… Yo a ti te conozco. —Abre unos ojos como platos—. ¡Tú eres aquella chica, la del restaurante!

—¿Qué restaurante? —exijo saber, confusa.

—¡No me lo puedo creer! —Ríe malévola—. ¿Estás con él, con Reese? ¿Eres su última conquista? —Emite una carcajada perversa—. Voy a tener que decirle unas cuantas cosas. ¿Desde cuándo se lía con crías?

—¿Conoces a Reese? —balbuceo.

—Que si lo conozco, dice —bufa—. Llevo saliendo con él más de un año.

—¡¿Un año?! —exclamo.

—De forma intermitente. —Frunce sus gruesos labios—. Pero, sí, un año, más o menos.

—Tú eres la rubia del restaurante… —musito, refiriéndome al comentario que me hizo Samantha en su momento, cuando me habló del encuentro de Reese con una rubia y que había presenciado una de las Hermanas Fatídicas.

—La misma —responde con altivez—. Y ahora, bonita, más vale que recojas tus cosas y te vayas. Seguro que Reese ha estado muy entretenido contigo, pero me ha llamado a mí para que lo acompañe en el avión a su vuelta, como hace cada vez que vuela.

—Él… —titubeo— me dijo que nunca lo acompañaba nadie.

Coloca las manos en su cintura y me mira como si fuese un pequeño gusano, aunque yo sea más alta que ella.

—Pues no es verdad —me suelta—. Reese no soporta viajar en avión. Tiene que tomar medicación.

—Ya lo he visto —gruño.

—Algunas veces se conforma con el personal de vuelo —prosigue—, pero, en la mayoría de las ocasiones, me llama a mí, para que lo acompañe. Y eso ha hecho esta vez también. Me llamó anoche y aquí estoy.

—No puedo creer lo que estás diciendo —la reto. Me niego a pensar que Reese me haya mentido de esa forma tan descarada. Puede que me haya ocultado algunas cosas, pero no me ha mentido, pese a que no me debía nada.

—¿A qué parte te refieres? —me pregunta con desidia.

—A todas.

Ella ríe de manera perversa.

—Te voy a poner al día, bonita. Me llamó ayer —recalca—, como ya te he dicho. Porque me

necesita. Y siempre que me necesita, me tiene a su lado. Quizá llevemos un año girando uno alrededor del otro, pero eso ya se ha acabado. A partir de ahora, vamos a tener una relación seria y estable.

—¿Y eso lo has decidido tú sola —le pregunto con mordacidad— o has tenido la cortesía de preguntarle a él?

Vuelve a reír. Ahora mucho más fuerte. Me da la sensación de que está levantando el pie para pisar al gusano que antes ha visto en mí.

—Lo hemos decidido entre los dos —señala con un punto de crueldad—. Estoy embarazada.

¡Chof! Gusano pisado.

—¿No se te ocurre una treta más dramática que esa? —le planteo, sin embargo, decidida a no creerme lo que empieza a destrozarme.

Ella, en lugar de contestarme con palabras, se limita a desafiarme con la mirada y con una sonrisa taimada mientras tira del cinturón y se abre el albornoz. Sin pudor, se muestra ante mí desnuda. No se le nota mucho todavía, pero su vientre parece algo más hinchado, lo mismo que sus pechos, cuyas puntas se ven de un tono marrón oscuro.

—No sé si es que te has creído tan importante como para pensar que Reese iba a contártelo todo —se regodea mientras vuelve a anudarse el cinturón—. Pero, alerta de espóiler, no, no lo eres. Porque, si no, sabrías que, aunque lo dejamos hace un tiempo, volvimos a acostarnos hace tan solo tres meses. Estábamos tan desesperados que ni nos paramos a tomar precauciones. El resultado… —señala su cintura—, nuestro hijo.

Trato de asimilarlo, aunque, de momento, he de empezar a respirar primero. Prioridades.

—Reese va a tener un hijo —susurro—. Reese va a tener un hijo…

No pienso. No me permito pensar. Sin más, agarro de un tirón la poca ropa del armario, recojo mis productos de aseo del baño y lo lanzo todo con saña en la maleta. Cojo mi bolso y mi chaqueta y me dirijo a la salida.

—No te lo tomes tan a pecho —me clava la rubia a mi espalda—. Reese es buen tío, pero tampoco es perfecto. Créeme, lo conozco bien. Muy bien.

Salgo de la habitación y cierro la puerta.

—Para mí lo era —murmuro mientras me adentro en el ascensor y contengo las lágrimas, más de rabia que del puro dolor que siento.

* * *

Cuando llego a mi apartamento, suelto la maleta y el bolso y exhalo un profundo suspiro. Estoy cansada, física y mentalmente, y lo único que anhelo ahora mismo es tumbarme junto a mis amigos, en cualquiera de nuestras camas, y dejarme abrazar por ellos.

Puede que la culpa sea solo mía, por sentirme traicionada por Reese cuando él no me debe nada. Pero ha sido así como me he sentido, decepcionada y dolida, cuando esa mujer tan

hermosa y elegante me ha abierto los ojos. Con una mezcla de furia, tristeza y desilusión, he abandonado a toda prisa el hotel, sin pensar en que mi vuelo no saldría hasta la tarde.

Estaba dispuesta a regresar caminando antes que compartir avión con ellos, pero, en un último destello de cordura, he decidido llamar a Justin para que me preste el dinero del coste adicional que me suponía un cambio de billete.

«Te lo devolveré en cuanto cobre, Justin», le he asegurado con lágrimas en los ojos.

«Tú vuelve y no te preocupes por eso», me ha respondido mi amigo.

Arrastrando los pies, me dirijo primero a la habitación de Ellie. Frunzo el ceño al ver que no está y su cama está hecha. Es extraño. Un domingo por la noche a estas horas ya debería estar, al menos, con el móvil entre las sábanas.

Bufo al pensar que pueda estar con Despreciable Dexter de nuevo, aunque no me cuadra, puesto que sabe que mañana trabaja en el centro de mujeres y es algo demasiado serio para ella.

Mientras busco su contacto en el teléfono para enviarle un mensaje, me encamino al dormitorio de Justin. Me abrazaré a él y dejaré que sus fuertes brazos me consuelen. Abro la puerta con cuidado por si está dormido o acompañado, adapto mis ojos a la oscuridad y… sí, está dormido. Y, sí, también acompañado. De Ellie. Pero no de la forma en que yo pensaba estar con él. Ambos están desnudos, con sus cuerpos entrelazados.

Justin y Ellie.

Ellie y Justin.

¿El mundo se ha vuelto loco o soy yo la única que no concibe que algo así pueda suceder?

La primera en verme apostada en el vano de la puerta es mi amiga. Abre unos ojos como platos y su expresión se convierte en una máscara de terror, aunque, cuando salta de la cama y empieza a buscar desesperada algo con lo que taparse, el miedo se mezcla con vergüenza.

—Gwen… —titubea—, yo… espera, no saques conclusiones precipitadas… —Tras ponerse una camiseta del revés que ha encontrado en el suelo, se acerca a la cama y sacude a Justin por el hombro—. ¡Justin! ¡Despierta, joder!

Nuestro amigo primero se frota los ojos con el puño y, cuando me ve a través de las pestañas, se incorpora sobre las sábanas como impulsado por un resorte.

—Mierda… —masculla. También busca algo que ponerse y acaba encontrando unos calzoncillos.

Ambos, en pie, me miran como si esperaran a que disparase un pelotón de fusilamiento. Ellie se está tapando la boca con las manos y Justin se peina con los dedos emitiendo un bufido tras otro.

—¿Qué… qué ha pasado aquí? —farfullo—. ¿Vosotros… vosotros habéis…?

—¡Ha sido una chorrada, de verdad! —exclama Ellie—. ¡No… no sé qué nos ha pasado! ¡Ha sido el vino, seguro! Nos hemos pimplado una botella entera y…

—Sí, eso —la apoya Justin—. Hemos hecho las paces, hemos decidido beber un poco y… bueno…

—¡No va a volver a pasar! —afirma Ellie, que ha encontrado las bragas al pie de la cama y el sujetador entre las sábanas, pero parece que no localiza los pantalones.

Justin parpadea y la mira. Capto un atisbo de pesar en sus bonitos ojos verdes, pero luego asiente con la cabeza de forma imperceptible y me mira a mí.

—Exacto —musita—. No va a volver a pasar.

Ellie, con su ropa hecha una bola entre sus brazos, pasa por mi lado y me dirige una mirada suplicante.

—¿Estás enfadada?

—No, yo… —balbuceo—. Ha sido muy raro veros así.

Sigo en *shock*. Pero, no, no estoy enfadada. Como acabo de decir, me ha resultado lo más chocante y extraño del mundo, porque yo siempre he creído que el cariño que nos teníamos era el que sentirían tres hermanos.

Ellie se muerde el labio inferior, que le tiembla.

—Por favor, Gwen, no te enfades. Quiero seguir viviendo aquí, con vosotros. Te prometo que no va a haber malos rollos, que lo olvidaremos, porque no ha significado nada. Lo recordaremos y nos partiremos de risa, ¿verdad, Justin? —Mira a mi amigo con una súplica en sus ojos.

—Por supuesto. —Justin sonríe—. ¿Qué te creías, Ricitos? ¿Que nos habíamos enrollado en serio? Solo ha sido un polvo tonto…

—¡Eso! —insiste Ellie—. Un polvo tonto. Un momento tonto. Una borrachera tonta. —Me muestra una sonrisa trémula.

—Por Dios, Ellie —le digo, por fin—. Me lo estás diciendo como si yo tuviera el mando de la casa y pudiese echarte.

—¿Hablas en serio?

Con un suspiro de alivio, mi amiga me abraza con fuerza y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Me voy a la ducha y a la cama, que se hace tarde —señala, entre sonriente y nerviosa—. Hasta mañana. Seguro que, cuando nos levantemos, nos partiremos el culo de esto que ha pasado. ¡No seas muy cruel con tus bromas, Gwen!

Tras la última exclamación, se encierra en el baño.

Cuando desvío la vista hacia Justin, lo contemplo sentado en el filo de la cama, masajeándose la nuca, mirándome con expresión traviesa y algo avergonzada. Pero yo lo conozco bien, demasiado bien. Por eso me acerco hasta él y me siento a su lado, en el colchón, sobre las sábanas revueltas donde él y Ellie han estado… ¿follando?

Ni rayos ni rábanos ni hostias. Esto se merece más que nunca un ¡joder, joder y joder!

Observo a mi amigo. Ahora mismo, con solo un bóxer sobre su cuerpo musculado, el cabello negro revuelto y sus ojos verdes algo apagados, me parece un auténtico dios griego, una estatua de Apolo cincelada en mármol. Sé lo que veo, siempre lo he visto, pero sigo queriéndolo como a un hermano. Y siempre he creído que Ellie sentía lo mismo.

Parece que estaba equivocada.

—Gracias por salvarme… una vez más —le digo en primer lugar.

—Héroe al rescate las veinticuatro horas —bromea, aunque su expresión se torna lúgubre.

—¿Estás bien, Justin?

Deja de revolverse el pelo y me da una palmadita en la pierna.

—¿Yo? —Me muestra su mejor sonrisa de anuncio—. Pues claro que estoy bien. —Se encoge de hombros—. Vale, seguro que voy a tener que aguantar tus pullas y cachondeo durante un tiempo, pero lo soportaré —bromea.

—Pero… ¿cómo ha podido suceder algo así entre vosotros? —le pregunto, aturdida—. ¿Cómo es posible…?

—Deja de darle vueltas a esa cabecita tuya. —Pone los ojos en blanco—. No pienses cosas extrañas, Gwen. Seguiremos siendo los mismos, los tres, como siempre.

—De eso nada —rezongo—. Jamás he pensado en ti de ese modo, Justin, y lo mismo te pasa a ti.

—Bueno… —me mira con fingida lascivia—, alguna vez te he pillado sin querer desnuda en tu cuarto y se me ha puesto un poco dura…

—No seas idiota. —Le doy un manotazo en su pecho firme—. Sabes muy bien de lo que te estoy hablando.

—Vale, vale. —Emite un bufido, se deja caer de espaldas sobre la cama y se frota el rostro con las manos—. La he cagado, Gwen, lo admito. Soy un puto vicioso y un obseso del sexo que se tira cualquier cosa. Pero ¿qué quieres que haga? Es demasiado tarde para solucionarlo.

—No creo que Ellie haya puesto mucho impedimento —le insinúo.

—Estaba borracha —la defiende sin pensar—, cabreada con Dexter y cachonda, una mezcla explosiva. Ella no tiene la culpa. Es solo mía.

Me tumbo también en la cama, junto a Justin. Arrugo la nariz cuando me veo rodeada de unas sábanas que pueden contener restos de lo que ha pasado entre ellas. Aun así, ignoro la aprensión y poso mi mano sobre la mandíbula de mi amigo.

—No pretendía culpar a nadie —musito—. Solo quiero saber si de verdad estás bien. Porque algo me dice que no es así.

—¡Joder, Gwen! —Me coge de un brazo y tira de mí para que nos levantemos de la cama—. ¡Estoy bien! ¡Mejor que bien! ¡Estoy de puta madre! ¿Cómo quieres que te lo diga?

—¡Vale! —respondo, exasperada—. ¡Pues me voy a la cama!

—Perdona, Ricitos —suspira—. No pretendía gritarte. Es que estoy cabreado y avergonzado por lo que ha ocurrido. Pero, en serio, todo está bien.

Se acerca a mí y me da un beso en la frente.

—Me sigues queriendo igual, ¿verdad? —me pregunta con la misma expresión traviesa de siempre.

—Claro que sí, tonto. —Lo abrazo—. Pero ¿tú y Ellie…?

—Ya lo verás. —Me guiña un ojo—. Mañana se disipará todo, como la resaca.

Me marcho a mi habitación y me dejo caer sobre la cama. La vuelta a casa y la conversación con mis amigos no ha sido lo que yo esperaba. Aun así, Ellie pide permiso para entrar unos minutos después.

—¿Se puede o me vas a lanzar todo tu repertorio de insultos decimonónicos?

—Anda, ven. —Le señalo un lado de mi cama.

—Por favor, no me preguntes ahora —suspira mientras se tapa y se acurruca junto a mí—. Me resulta demasiado bochornoso.

—Vaaale —respondo—. Pero no te librarás tan fácilmente.

—Gracias. —Me da un beso en la mejilla—. Por cierto, ¿qué tal tu vuelta de Chicago con Reese?

—No he vuelto con él —suspiro—. Parece que ya tenía con quién hacerlo.

—¿Con quién?

—Con su novia embarazada.

—¡¿Cómo?! —Levanta la cabeza de la almohada—. ¡Cuéntamelo todo!

Capítulo 33

REESE

Me siento como si acabara de bajar del ring, donde he llevado a cabo una pelea encarnizada contra media docena de contrincantes, a cada cual más resistente y cansino. He esquivado unos cuantos golpes, he atizado otros tantos y, al final, me han declarado vencedor, aunque con reticencias. Me han insistido, de buen rollo, en que no la cague. Me han señalado, de buen rollo, los millones de dólares que maneja mi departamento. Y me han recordado, de puto buen rollo, que son ellos los que arriesgan esos millones.

Estoy cansado, pero también jodidamente satisfecho de haber logrado que el proyecto siga adelante. Durante un diminuto instante, me creo estar viviendo una realidad paralela, puesto que un burbujeo tibio pero excitante se adueña de mi cuerpo. Y diría que es algo parecido a la felicidad, al darme cuenta de que estoy acelerando mis pasos para llegar cuanto antes al hotel y encontrarme con Gwen. En esa realidad paralela, ella es mi pareja, mi novia de verdad, y está esperando a que regrese para que comamos juntos y celebremos el éxito del viaje. Después daremos un paseo y, al acabar, subiremos a nuestra *suite* a hacer las maletas, pero, mientras ella va colocando prendas sobre la cama, yo me acerco por detrás, la rodeo con mis brazos y aparto sus cálidos rizos para besar la curva de su cuello y su hombro. Ella ríe, de esa forma tan bonita como lo hace, y acaba dándose la vuelta para abrazarme y besarme. Los dos caemos en la cama y acabamos haciendo el amor sobre el montón de ropa doblada. Por último, nos quedamos tumbados, relajados, satisfechos. Casi puedo sentir bajo mis dedos el tacto suave de su espalda mientras la acaricio, con calma, bajo los rayos de sol de la tarde que se cuelan por el ventanal.

Nada de eso va a pasar, pero suena tan jodidamente bien…

Emito un suspiro mientras recorro el pasillo enmoquetado y miro la hora en mi reloj. La hora de comer ha quedado atrás, por lo que, con toda seguridad, ella ya habrá almorzado por su cuenta y habrá preparado la maleta. Yo haré la mía, tratando de ignorar su presencia, y llamaré al doctor Sanders para que venga a darme la dosis correcta de la maldita medicación que me permitirá volar en un estado de inconsciencia. Una vez en Nueva York, el camino de Gwen y el mío se bifurcarán, y, aunque compartamos edificio muchas horas al día, no compartiremos un espacio reducido. Como máximo, divisaré sus rizos a lo lejos, cuando ella consiga llegar tan alto como den de sí sus alas.

Esa es mi verdadera realidad.

Inserto la tarjeta, abro la puerta y, una vez en el interior de la *suite*, no me recibe la chica de

los rizos rubios con reflejos rosas. En su lugar me encuentro con mi pasado; con mi pasado y mis malditas malas decisiones.

—¿Violet?

Mi antigua amante lleva un sencillo vestido de color rojo, aunque hablar de sencillez en Violet sea como hablar de joyas sin brillo. Se está poniendo unos pendientes frente al espejo, un gesto tan familiar para mí que parece que haya viajado hacia atrás en el tiempo solo con atravesar la puerta.

—Hola, Reese. —Se termina de retocar su melena rubia, camina hacia mí y me da un beso en los labios—. Sorpresa. —Sonríe.

—¿Qué… qué haces aquí? —le pregunto turbado.

Ella compone un mohín con sus perfectos labios y arruga su perfecta nariz, alza sus perfectos pómulos y me mira con sus perfectos ojos verdes.

—Antes te gustaban las sorpresas que te daba —me dice de forma sensual.

Retiro sus manos de mis hombros y la aparto de mí.

—¿Dónde está Gwen? —inquiero, más serio de lo que pretendía.

—¿Quién? —pregunta con aire inocente, como si esa palabra pudiese unirse a ella de algún modo.

—No me provoques, Violet.

—¡Oh, está bien! —bufa—. Si te refieres a esa cría que te estás tirando, se ha largado.

Achico los ojos y compongo mi expresión más hostil.

—Por Dios, Reese —señala, acusadora—. La he reconocido. Es la loca que nos confundió. La que mencionó un anillo de prometida aquella noche; la noche que me dejaste.

—No había nada que dejar —gruño exasperado—. Por el amor de Dios, Violet, ya te lo he dejado claro más de una vez. ¿Qué esperas que cambie ahora?

—Nosotros, Reese. —Se vuelve a acercar y a rodearme con sus brazos—. Nosotros hemos cambiado.

—Eso espero. —Vuelvo a apartarla de mí—. Pero no del modo en que tú piensas, Violet.

—Lo que yo pienso —señala con los ojos encendidos de ira— es que, de algún modo, me debes una parte de mi vida. La parte que me hiciste perder mientras esperaba a que te decidieras.

—Que me decidiera, ¿a qué? ¿A enamorarme de ti?

Emite un suspiro.

—Perdona, Reese —me dice de una manera tan calmada que me turba—. No pretendía exigirte nada. Me he enterado de casualidad de que estabas en Chicago y he venido para acompañarte en el viaje de vuelta.

—Todavía no me has contestado dónde está Gwen.

—Ya te he dicho que se ha ido. —Se encoge de hombros.

—¿Qué le has dicho, Violet? —le pregunto con furia.

—¡Nada, tranquilo! —Ríe de un modo inocente que no le pega nada—. Como acabo de

contarte, me he enterado de que volabas hoy de Chicago a Nueva York y he pensado que estarías solo, como siempre. Y he decidido venir para acompañarte. —Se encoge de hombros de nuevo—. No voy a esconderme a estas alturas, Reese. Me apetecía verte. He buscado una excusa para estar contigo, no me condenes por eso.

—No te he preguntado por ti, sino por Gwen —insisto, furioso.

—Oh, sí, es verdad, la chica de los ricitos, los reflejos rosas y el *piercing* en la nariz. —Pone los ojos en blanco—. ¿Desde cuándo te ponen las milenials, Reese? —Mi bufido le recuerda mi impaciencia—. Está bien, te diré lo que ha pasado. He subido a tu habitación, he tocado a la puerta y me ha abierto esa chica. Me he quedado sin palabras, claro, no me lo esperaba. Le he dicho que pensaba que estarías solo, que era una vieja amiga y ella se ha puesto como una energúmena. Ha cogido su maleta y me ha soltado: «Todo para ti. Te lo regalo». Y se ha marchado dando un portazo.

Aturdido, me dejo caer en un sillón y apoyo los codos en las piernas mientras revuelvo mi pelo.

—Pobrecita —murmura Violet—. Otra que se enamora de Reese Dawson a sabiendas de que no tiene nada que hacer. Y tan jovencita… Ya te vale, Reese.

Estoy a punto de contestarle, de decirle que no es lo que imagina, que entre Gwen y yo no ha habido promesas, ni enamoramientos ni decepciones, porque ni siquiera éramos pareja. Al menos, no una de verdad.

Pero cierro la boca, porque, en cierto modo, Violet tiene razón. Ha sido culpa mía que Gwen crea estar enamorada de mí. Mis malditas ganas por tenerla cerca han acabado por hacerle un daño muy real. Soy un gilipollas. Y aún peor: un gilipollas de treinta y seis años que ha jugado con una cría de veinticuatro por egoísmo, por el maldito egoísmo de pensar solo en tenerla al lado, sin medir las consecuencias.

—No te fustigues, cariño.

Violet se ha sentado a mi lado y peina mi cabello con sus dedos.

—No sé en qué diablos he estado pensando —gruño.

—Supongo que te gustaba —me dice con su tono de voz más dulce—. A mí solo me parece una cría, pero seguro que a ti te parecía algo más.

—Sí —susurro—, mucho más.

Me dejo caer en el respaldo y cierro los ojos. Las manos suaves de Violet siguen obrando su efecto calmante.

Unos minutos más tarde, aparece el doctor Sanders, que me inocula la dosis suficiente como para que pueda llegar al aeropuerto en un estado de semiinconsciencia y terminar dormido en cuanto ocupo mi asiento, al lado de Violet. Su voz y sus caricias son lo último que recuerdo antes de que la oscuridad me envuelva por completo.

* * *

El sonido punzante de mi despertador se cuela por entre mi mente abotargada. La maldita medicación siempre me deja resaca, por eso dejé ya programado el reloj digital que tengo sobre la mesilla. A pesar del aturdimiento, mientras trato de despegar mis párpados, soy capaz de comprender que algo no me cuadra. Lo último que recuerdo de ayer es estar sentado en el avión, junto a Violet. Después… no hay nada más. Qué extraño. Un médico se pasó un poco en una ocasión con la dosis y no desperté hasta estar en casa, pero… ¿hasta el día siguiente? Eso no me ha sucedido nunca.

Al menos, estoy despierto a las seis de la mañana, con el tiempo suficiente para despejarme por completo antes de exponer frente al CEO y el resto de mi departamento las resoluciones que se tomaron en las reuniones con el consejo. Me remuevo bajo las sábanas y, un segundo después, mi cuerpo se pone rígido. Mi pie ha tocado algo. Mejor dicho, ha tocado a alguien. Me doy la vuelta con rapidez y…

—No —murmuro—. No, no, no… ¡Joder!

Salto de la cama como si las sábanas estuviesen ardiendo. Estoy desnudo, aunque no recuerdo cuándo me quité la ropa. Una maraña de cabello rubio se esparce sobre una de las almohadas. Hay una mujer también desnuda durmiendo en mi cama. En mi puta cama.

—Pero ¡¿qué diablos…!? ¡Violet!

—¿Por qué gritas tanto, Reese? —refunfuña mientras levanta la cabeza de la almohada y se aparta el pelo de la cara.

—¡¿Qué coño haces en mi cama?!

—¿Dormir contigo? —me pregunta como si no entendiera mi pregunta—. Es lo que hemos hecho siempre después del sexo. —Dibuja una sonrisa ladina—. Sobre todo, después de un polvo memorable.

—No, Violet… —bramo, desconcertado y cabreado—. ¡Dime que no me he acostado contigo!

—Vale. —Sonríe—. Pero te estaría mintiendo, cariño.

—Joder… —Enredo los dedos entre mi pelo y tiro hasta que me duele—. ¡Joder!

—Tampoco es para ponerse así. —Violet se levanta, se acerca a mí y posa una mano en mi mejilla. Aparto la vista de su cuerpo desnudo, una imagen antaño tan familiar para mí y ahora tan chocante. De todos modos, ahora no puedo pensar—. Reese, cielo, solo ha pasado lo que tenía que pasar entre nosotros. Llevábamos demasiado tiempo separados, pero todo ha vuelto a estar donde tenía que estar.

—No —niego tajante—. Nada está donde tiene que estar, y menos tú en mi cama. No sé qué cojones pasó anoche, pero quiero que te vistas y te vayas.

—Te hizo un poco más de efecto la medicación —me dice en tono condescendiente mientras busca su ropa—. Al llegar al aeropuerto todavía estabas aturdido, pero, una vez llegamos aquí, me pareciste muy despierto —señala con ironía.

—¿Y por qué no me acuerdo de una mierda? —le exijo saber.

—Pues no lo sé, cariño. Háblalo con tu doctora. Quizá deberían cambiarte la dosis…

—Deja de llamarme «cariño», hostias… —Aprieto los dientes y los puños—. Y no quiero que vuelvas a darme ninguna de tus «sorpresas» —añado con furia—. Márchate, Violet, y no te vuelvas a poner en contacto conmigo, te lo pido por favor. Desaparece de mi vida.

—Está bien, me voy. —Se encoge de hombros. No he sido consciente de que ya se ha vestido —. Pero te aseguro que volveremos a encontrarnos, Reese.

Sale de mi habitación y oigo el eco de sus zapatos al caminar por la escalera y la planta de abajo hasta que el sonido de la puerta al cerrarse da paso al silencio.

¿Por qué me da la sensación de que su última frase ha sonado demasiado parecida a una amenaza?

Tras un audible suspiro, me meto en la ducha, no solo para despejarme, sino para que el agua arrastre la pesadez, el remordimiento y la culpabilidad. Sin pretenderlo, la imagen de una joven de cabello rizado se cuela entre toda esa inquietud. Contemplo su bonito rostro bajo la tenue luz de una farola mientras baila conmigo. Evoco su cuerpo desnudo sobre la cama del hotel, vibrante de placer. Veo su sonrisa en la penumbra de una habitación mientras conversamos después de hacer el amor, un acto sencillo que no había practicado con nadie jamás.

Y me siento como una mierda.

Capítulo 34

GWEN

Hoy podría ser un lunes como otro cualquiera. Pero, no, no lo es, al menos, para mí. Tengo una larga lista de sucesos surrealistas acaecidos en el día de ayer y, cada vez que los repaso en mi mente, siento que me va a explotar la cabeza.

Por un lado, tengo a Ellie y a Justin, mis amigos, los que comparten piso conmigo, como si fueran mis verdaderos hermanos. Pero parece que ellos no sienten ese mismo cariño fraternal. Porque se han acostado. Sí, acostado, echado un polvo, follado o cualquier expresión que signifique sexo entre dos personas. Y, no, no estoy enfadada, por muchas veces que me miren como corderitos degollados. Para mí, el problema radica en que, a pesar de las veces que me repitan que fue un error, un lapsus o un corte de electricidad neuronal por culpa de una botella entera de vino barato, sigo pensando que hay algo que no me cuentan. Lo noto. Lo capto. Incluso ellos conocen la facilidad que tengo para empatizar con las personas e interpretar el lenguaje no verbal.

Así que solo espero que se sinceren conmigo mientras trato de obligarme a que no me importe en absoluto que Reese vaya a tener un hijo. Lo único que tengo que hacer es repetirme una y otra vez que él y yo no somos nada y que nunca lo hemos sido. Que varias extrañas casualidades nos han hecho coincidir en distintas ocasiones, y que, aunque fueran situaciones muy concretas en las que nuestras decisiones cambiaron el rumbo de nuestra vida, no dejaron de ser eso, casualidades.

Y mientras me trago el bocado amargo que me metió ayer en la boca la rubia perfecta, ya he empezado con la última fase del trato que hice con Reese. ¿Es un cerdo miserable que embaraza mujeres y se acuesta con otras? Sí. ¿Ha llevado a cabo el trato que hicimos a la perfección y todo el mundo se ha creído lo nuestro? También.

«Reese es buen tío, pero tampoco es perfecto.»

Me ha quedado bastante claro.

Mi forma de llevar a término esa fase final ha tenido el éxito esperado. A primera hora de la mañana, les he comunicado a Adam y a Hope que mi noviazgo con Reese Dawson había llegado a su fin, por lo que ya no tenían que quedar bien conmigo a cada momento. Ambos se han mirado y después me han mirado a mí para decirme que, aparte de los tres primeros días, nada de lo que habían hecho había tenido que ver con mi relación con Reese. Los dos me han abrazado y me han asegurado que, para cualquier cosa que necesitara, podía contar con ellos. Sus expresiones de sinceridad me han llegado al corazón.

«Extender vosotros la noticia», les he pedido. Algo que ha ocurrido una media hora después. Tras ese intervalo de tiempo, todo el departamento lo sabía. Bien. Imagino que, a estas horas, casi mediodía, debe de saberlo todo Bell Technology.

Por suerte, tengo algo en mi vida que no es cuestionable para mí: mi futuro. Estoy casi segura de que he encontrado mi sitio en el departamento de Recursos Humanos de esta multinacional, y, a pesar de todas las cosas incómodas que bombardean mi cerebro, siento ganas de subirme a cualquier mesa y cantar *Don't stop me now*, de Queen. Todavía voy en busca de muchos cafés y Gillian me sigue encargando hacer listas de material, pero, con la excusa de servir botellas de agua o de repartir papel para notas, mi jefa me da permiso para acudir a las reuniones, de las que, al finalizar, me pide mi punto de vista. Es una mujer seria y algo severa, pero soy capaz de distinguir el brillo de satisfacción que centellea en sus ojos oscuros cuando alguna de mis aportaciones la sorprende.

No llego a saltar sobre las mesas, por supuesto, pero sí tarareo la canción mientras me encamino al departamento de Compras, donde me espera su jefe, el señor Matheson, para hablarme sobre cierta tensión surgida entre dos de sus más cercanos colaboradores. Gillian me ha pedido que actúe como mediadora; una gran responsabilidad, pero también un gran reto que estoy deseando llevar a cabo.

Antes de llegar al despacho de Matheson, me encuentro con una antesala acristalada que alberga a su secretaria. Mi asombro es mayúsculo cuando reconozco a la rubia que la custodia.

Samantha.

—Hola, Gwen —me saluda con confianza, como si fuésemos amigas o compañeras que se respetan. Y no somos ni lo uno ni lo otro—. El señor Matheson ya me ha avisado de tu visita. Si no te importa esperar un par de minutos… —Me señala unas butacas pegadas a la pared.

—No, claro que no —le digo mientras me siento—. No sabía que estuvieses en este departamento —añado.

—Sí, ya llevo un par de semanas —me responde mientras toma unas notas y no levanta la vista del papel—. Estoy bastante contenta, a pesar de que tu novio me obligara a cambiar de puesto. —Alza la vista un instante—. Perdona, tu exnovio. Acabo de enterarme. Lo siento… supongo. No sé qué se dice en estos casos. ¿Qué tal lo llevas? Te veo bien, dentro de lo que puede estar bien en ti. Aunque, perdona que te diga, pero, si tu pelo ya era un despropósito, ponerle pegotes rosas me parece demasiado ordinario para tus pretensiones en la empresa.

—Alto, alto, para, para —le exijo—. ¿A qué te refieres cuando dices que Reese te obligó a cambiar de puesto?

Ahora sí, me mira a los ojos.

—¿Acaso no lo sabes? —me dice con retintín y un desdeñoso mohín en sus labios fruncidos—. Vamos, Gwen, era de cajón. Te quejaste a tu importante novio de mí, y él vino a cantarme las cuarenta. ¿Qué esperabas?

—¿Me estás diciendo que Reese habló contigo para que dejaras el puesto?

—¿Hablar? —Ríe de forma teatral—. Me amenazó, guapa. Vino a verme, me acorraló en un pasillo y me soltó que mi puesto debía ser para ti. Que debía largarme a cualquier otro departamento si no quería que me relegaran a recepcionista.

Una fuerte presión oprime mi pecho.

—Entiendo que era tu novio y todo eso —prosigue Samantha—, pero que actuara así solo demuestra lo poco que confiaba en ti.

—No puede ser —musito—. Eso que me estás contando no le pega nada a Reese…

—¡Ja! Pues eso no es todo. —Se reclina en su silla y cruza sus brazos—. No solo habló conmigo, sino que también lo hizo con Gillian.

—¿Con… Gillian?

—Sí, Gwendolyne, con tu jefa, mi antigua jefa. Se reunió con ella y sé de buena tinta que fue para hablar sobre ti, porque, horas después, yo estaba fuera y tú ocupabas mi lugar.

Mi respiración se acelera y temo volver a tener un episodio de ansiedad. Inspiro, espiro, inspiro, espiro. La suerte, si se puede llamar así, es que la rabia está venciendo a la tristeza y soy capaz de mantener a raya las lágrimas.

—Y si no me crees —continúa la chica rubia—, puedes ir a preguntarle a Jenna.

—¿A… Jenna? —titubeo.

—Claro —bufa—. Ella se encargó de encontrar un hueco en la agenda de su jefe para citarlos. Yo entonces todavía tenía acceso a la de Gillian.

En este momento de caos mental, el señor Matheson se asoma por la puerta de su despacho con una amable sonrisa.

—Señorita Sharp, la estaba esperando. Pase, por favor.

Sumida en una especie de trance, sonrío y saludo al hombre antes de acceder a su despacho. Después, trato de centrarme en el problema y en mi trabajo, a pesar del dolor y la decepción que me siguen comprimiendo el corazón.

* * *

Una hora más tarde, estoy estrechando la mano de Matheson. Yo misma me sorprendo de la normalidad que he podido mantener en nuestro encuentro, tratando en todo momento de alejar de mi pensamiento que si estoy aquí es porque un tío ha obligado a medio departamento a que se me tenga en cuenta.

«… que actuara así solo demuestra lo poco que confiaba en ti.»

—Maldito seas, Reese Dawson —farfullo mientras la ira comienza a sustituir la angustia—. Maldito seas mil veces.

Guiada por esa misma cólera, me planto en el despacho de Jenna. Agradezco mentalmente que Reese no esté. Su despacho está entreabierto y puedo atisbar el espacio vacío, sin él. Mucho mejor así. No quiero ni pensar cómo reaccionaría ante su presencia ahora mismo.

—El señor Dawson está en el laboratorio de…

—No vengo a ver al señor Dawson —interrumpo a la secretaria—. Vengo a verte a ti.

—Ya me he enterado de que no estáis juntos —me dice con una expresión de pesar que no logro averiguar si es fingida. Me importa un pepino si lo es o no—. Nunca habría dado un centavo por lo vuestro, pero, la verdad, después tuve que reconocer que hacíais una pareja preciosa y se os veía muy enamorados…

—Sí, genial —espeto, cortante—. Solo he venido a hacerte una pregunta, Jenna. ¿Reese y Gillian tuvieron una reunión en este despacho hace dos semanas?

—Sabes que no puedo darte esa información —señala con el ceño fruncido.

—No te estoy pidiendo que me digas de qué hablaron —insisto—. Solo quiero saber si se reunieron, nada más.

—Gwen —suspira—, no sé a qué viene esto, pero es una petición inusual que…

—No tienes que traicionar a tu jefe ni a Gillian —insisto de nuevo—. Solo necesito saber si esa reunión existió, nada más. Por favor, Jenna.

La mujer suspira.

—De acuerdo, sí, se reunieron, pero no fue la primera vez. Se habían reunido otras veces en el pasado.

—¿Hace cuánto de eso? ¿Días? ¿Semanas?

—Quizá ha sido la única vez este año, pero…

Expulso un imperceptible jadeo.

—Ya me has respondido, Jenna, gracias —le digo antes de darme la vuelta y regresar a mi departamento… aunque ya no lo siento como mío, sino como algo prestado.

Mi trabajo, lo único seguro y firme y que se suponía que yo solita había conseguido, también se desmorona como una torre de palillos. En realidad, nadie había creído en mí, y esa es una verdad tan dolorosa que siento cómo me hundo en la mayor de las miserias.

Gwen Sharp, la chica tímida e insegura que se había sentido fuerte por primera vez en su vida porque estaba siendo valorada, regresa de nuevo a su mundo de timidez, inseguridad y miedo.

Gwen Sharp, la chica inexperta llena de complejos que había sido capaz de hacer estremecerse de placer a un hombre como Reese Dawson… en realidad nunca ha existido. Todo era mentira.

No. Este no está siendo un lunes cualquiera.

Capítulo 35

GWEN

29 de junio de 2023, 18.41
De: Gwen Sharp
Para: Heather Sharp
Asunto: Harta

Hola, Heather:

Sí, así es exactamente cómo me siento, harta. Estoy harta de seguir siendo la pringada de la que todo el mundo cree que puede reírse. Estoy hasta las narices de que se me siga considerando inútil, poco válida y con personalidad nula. Harta, ¡sí!, harta.

Hace casi dos meses te envié un correo para que recordáramos juntas aquellos días en la cocina junto a mamá, en los que hacíamos magdalenas mientras esperábamos a que regresara papá del trabajo. Lo que no mencioné fue que esos días tuvieron su final.

¿O es que no lo recuerdas?

Claro que tienes que recordarlo, porque llegó el día en que todo eso acabó. Dejaron de existir esas jornadas porque lo único que pasó a ser importante para papá y mamá fuiste tú. Tú, tú y después tú.

¿Qué importaba si los niños se metían conmigo en el colegio? ¿Qué importaba si no tenía amigos? ¿Qué importaba si recibía más cariño de mi amigo Justin que de toda mi familia?

No imaginas las veces que te odié, Heather, por llevarte todos los abrazos, todas las caricias, todas las atenciones. Tus padres también eran los míos, y yo no era más que una niña que ansiaba unas tristes migajas de cariño. Y ni eso me dieron a partir de ese momento.

Y todavía, hoy, te odio muchas veces, Heather. ¡Te odio! No sabes cuánto.

* * *

29 de junio de 2023, 21.12
De: Gwen Sharp
Para: Heather Sharp
Asunto: RE: Harta

Perdona, Heather, lo siento, lo siento, lo siento. He tenido un mal día y lo he pagado contigo, perdóname. Apenas distingo la pantalla y las letras impresas en el teclado por las lágrimas que no dejan de rodar por mis mejillas por sentirme la persona más cruel e injusta del mundo. Soy una hermana horrible.

No, no te odio, claro que no te odio. ¿Cómo voy a odiarte? Tú no tienes la culpa de nada. Ni siquiera papá y mamá tenían la culpa, pero debes entender que yo no era más que una cría cuyo único mundo seguro era su familia. Y si ese mundo desaparecía, ¿qué me quedaba?

Ahora soy una mujer adulta y puedo comprender algunas cosas, aunque eso no disculpe a los adultos que entonces me ocultaron lo que pasaba. Podrían haberme dicho que solo eran unos padres rotos de dolor porque diagnosticaron de leucemia a su hija mayor de solo catorce años. Podrían haberme contado que cualquier posibilidad de curación había quedado descartada. Podrían haber compartido su pena conmigo.

Pero también podrían haberme dado un poco de su cariño, ¿no crees? No hacía falta que hubiese sido todo, tú te merecías más porque estabas malita, pero ¿ni un poco?

Te juro que te habría dado toda mi sangre si la hubieses necesitado, eso ni lo dudes. Lo único que pedía a cambio era que me quisieran, ser digna del cariño de mis padres.

¿No lo era? ¿No había nada digno de amar en mí?

Lo siento, Heather, tú eres la menos culpable en esta historia. Tal vez el centro de atención, pero no la responsable de mi impotencia. Los culpables fueron ellos, que prefirieron alejarse de mí antes que quererme. Mis padres no me querían, y esa es la verdad más dura que puede poseer una persona.

De todos modos, si te pusieras en contacto con ellos, podrías decirles de mi parte que sí tengo personas en el mundo que me quieren. Tengo a Justin, el único que se preocupó de mí durante mis tiempos más duros de la adolescencia. ¿Recuerdas cuando te contaba que se reían de mí? Seguro que no te acuerdas porque estabas enferma. Perdóname de nuevo.

También tengo a Ellie, mi mejor y única amiga, la que siempre consigue sacarme una sonrisa, la que hace que crea en mí y me vea como de verdad soy. Y tengo nuevos amigos en el trabajo, a Adam y a Hope, sobre todo. Son muy majos y con ellos me siento bien, siento que encajo, algo que puede parecer una trivialidad, pero que a mí me parece un enorme logro después de años sintiéndome como un bicho raro.

No te enfades conmigo, Heather, porfa. Aunque tengo a mis amigos para contarles mis últimos desvelos, también es cierto que flota una especie de tensión extraña en el ambiente desde que se acostaron. Te lo dije, ¿no? Qué fuerte. Justin y Ellie lo han hecho, madre mía.

Ahora tengo que encargarme de algo. Pero te prometo que, en cuanto pueda, te cuento todo lo acaecido con Reese. Menuda decepción, hermanita. La primera vez que me enamoro… y resulta que lo hago de un miserable embustero que podría incluirse en el mismo saco de los impresentables que colecciona Ellie, Despreciable Dexter encabezando la lista.

Ya no estoy llorando, Heather, gracias a ti. No me abandones otra vez, por favor. Sabes que te necesito. Perdóname (ya van cinco veces, lo sé, pero por si acaso).

Con cariño,

Gwen

Capítulo 36

GWEN

Se ha hecho demasiado tarde, pero ya no aguantaba más en mi apartamento. Justin se ha ido hace horas a trabajar al gimnasio y Ellie se ha limitado a enviarme un mensaje para comunicarme que se tenía que quedar a pasar la noche en el centro por una emergencia.

Y lo que yo creo es que evitan a toda costa coincidir en casa, más si no estoy yo.

En fin, que las paredes me comprimían mientras, sola, la ira me iba carcomiendo más y más. Buscar a Reese en el edificio de Bell y enviarlo a la mierda no era una opción, por eso estoy aquí, bajando del autobús que me deja en su bonito y pijo barrio. Y si ya estaba siendo un día horrible, como colofón, la noche no se presenta mejor, porque está lloviendo y no he traído paraguas. Genial. Siento el agua empapar mi ropa, mi rostro y mi pelo, y si mis rizos se calan es porque llueve a mares.

Corro para no terminar tragada por la tormenta, chapoteando por los charcos, hasta que localizo entre la cortina de agua la entrada a la preciosa casa de ladrillo rojo. Subo la media docena de escalones y toco al timbre. Unos segundos después, Reese aparece ante mí.

—¿Gwen? —pregunta, confundido.

Lleva puesto un pantalón gris de chándal y una camiseta blanca de manga corta que marca sus anchos hombros. Elevo la vista para no tener que mirar más su perfecto cuerpo, pero la fastidio bien, porque me encuentro con su cabello claro alborotado, sus ojos felinos y su expresión asombrada pero risueña, tan familiar, tan querida. Es tan guapo que el dolor se me hace todavía más punzante, más profundo, más insoportable. A mi mente vuelan las imágenes de nuestros primeros encuentros, de la sorpresa del primer beso de un desconocido, de la impresión de verlo en su despacho mi primer día en Bell, de nuestras manos unidas para formalizar un trato absurdo. Y, después, de nuestra primera conversación en el Sweet Manhattan, del desaguisado de tener que compartir cama, de la locura de pedirle que me diera mi primera vez.

Ya me previno Justin de que era demasiado inexperta y que podía acabar enamorándome de un hombre como Reese Dawson. Y lo hice, me enamoré, y por eso ahora mismo quiero gritar, llorar y dar golpes contra lo que sea, porque, si enamorarse es fácil, desenamorarse es lo más difícil que he intentado jamás.

En su lugar, dejo mis brazos a lo largo de mi cuerpo y aprieto los puños. Tengo que parpadear con fuerza y pasarme la lengua por los labios para poder hablar bajo la lluvia incesante.

—Solo quiero hacerte dos preguntas, Reese —le digo, sin importar si el agua está

consiguiendo que parezca un polluelo mojado—. Solo dos preguntas y me marcharé.

—Por Dios santo, Gwen, estás empapada. —Se hace a un lado—. Pasa dentro y me haces todas las preguntas que quieras, pero sin mojarte.

—No me importa mojarme —replico furiosa y exasperada—. ¡No me importa una mierda la lluvia! ¡No me importa una mierda nada!

Para mi vergüenza, me rompo en un bochornoso llanto. Si las gotas de lluvia que ruedan por mi cara son capaces de mezclarse con las lágrimas y camuflarlas, no hay nada que consiga encubrir mi voz rota plagada de suspiros.

—Por favor, Gwen —musita con una expresión de pesar.

Con cuidado, como si temiera que fuese a romperme, toma mis dedos entre los suyos y tira ligeramente de mí hacia la calidez del vestíbulo de su vivienda. Cierra la puerta y me mira con tanta ternura que consigue que lo odie un poco más.

—Tranquila —susurra—. Ven, acompáñame y te daré algo para secarte o pillarás una pulmonía.

—¡No quiero nada tuyo! —bramo, a pesar de que su mano sigue apresando la mía. Me deshago de mis viejas Converse con los pies y me dejo llevar hasta el baño mientras mis calcetines van dejando un rastro de huellas húmedas en el suelo de madera.

—Coge una toalla y sécate un poco —me dice con voz queda. Cierra la puerta y me deja sola en la blanca e impoluta estancia.

Llorando de rabia, arranco una toalla del armario y me la paso por el pelo y la cara, con tanta furia que temo arañarme la piel.

—No sé qué diantres hago aquí —sollozo mientras me miro en el espejo, después de quitarme el exceso de agua—. En la maldita casa de Reese, joder.

Ni me planteo lo de los sinónimos de las palabras malsonantes.

Soy consciente en este momento de que no he hecho nada por mejorar mi aspecto antes de salir de casa. No solo porque lleve la cara lavada y una cinta elástica en el pelo que acaba de salir volando con la toalla, sino porque sigo con mis viejos *shorts* deshilachados y una camiseta de color naranja que lleva, a la altura del estómago, una mancha de kétchup que todavía no he conseguido eliminar.

Dos toques en la puerta preceden la entrada de Reese, que irrumpe en el baño con dos prendas y las deja sobre el mueble del lavabo.

—Será mejor que te pongas esta ropa seca —me señala. Me doy la vuelta para que no vea mi cara enrojecida por el llanto, pero puedo percibir su mirada clavada en mí—. También te doy una bolsa de plástico para que puedas meter tu ropa mojada. Te espero fuera.

Emito un gemido de rabia cuando vuelve a cerrar la puerta y estoy a punto de coger la ropa y tirarla por el váter. Pero, mientras lo decido, un escalofrío recorre mi cuerpo y suelto tres estornudos seguidos. Tengo frío, no he comido nada en todo el día y estoy tan cansada que mi cuerpo y mi mente cada vez oponen menos resistencia. Me quito la ropa calada, la deposito en la

bolsa y me pongo el pantalón y la camiseta de Reese, prendas que reconozco de la otra vez que estuve aquí. Emito una risa amarga.

Al salir del baño, no necesito preguntarme dónde estará Reese. No tengo más que seguir el sonido del tintineo metálico que viene de la cocina. Me lo encuentro poniendo un par de salvamanteles sobre la encimera de la isla, donde coloca dos vasos de agua, dos platos con un sándwich cada uno y un bol con lo que parecen tallarines de colores. Si no fuera por la especie de bola de hierro que tengo alojada en el estómago, saltaría sobre toda esta comida.

—Me has pillado haciendo la cena —me explica—. Me había preparado unos tallarines con vegetales con un poco de aceite de oliva, pero, como me parecen pocos para los dos, he añadido un sándwich de pollo para cada uno.

Miro los platos, coloridos y apetecibles, los cubiertos y los vasos que los acompañan, y después miro a Reese detenidamente.

¿En serio me está invitando a cenar? ¿Vengo a soltarle que lo odio por hacerme sentir que valgo menos que un chicle pegado en su zapato y él me invita a cenar?

—Vamos, Gwen, come un poco —me insta Reese—. Seguro que apenas has ingerido nada en todo el día. Come y te sentirás mejor.

Mientras me siento en el taburete, pienso con amargura que lleva razón. No como nada desde mi última comida en Chicago. Hoy no he tenido ánimo ni para robar una triste rosquilla. Me he mantenido a base de cafés y mi cuerpo empieza a gritar que lo alimente, a pesar de que mi cabeza se niega a aceptar que esté compartiendo cena con Reese. Y, en mitad de esa lucha, enrollo unos cuantos tallarines en el tenedor y me los llevo a la boca. Están tan buenos que se me saltan las lágrimas. Después le doy un bocado al sándwich y mastico lentamente. Poco a poco, con ayuda de tragos de agua, empiezo a sentirme mejor. Aunque, en cierto momento, levanto la cabeza y me encuentro con la mirada vigilante de Reese, que se termina su comida mientras no deja de observarme con algo demasiado parecido a la ternura. De pronto, mi garganta y mi estómago se cierran y no soy capaz de tragar el bocado que acabo de dar.

—Si no quieres comer más, no pasa nada.

Reese se levanta, coge sus platos y los coloca en el lavavajillas. A continuación, sus manos grandes entran en mi campo de visión mientras retiran los restos de la cena que no he conseguido acabar. Me siento mal, porque no me gusta desperdiciar una comida que, en cualquier otro momento futuro, voy a lamentar haber rechazado, pero me es imposible deshacerme del nudo que me oprime por dentro.

Reese vuelve a sentarse frente a mí. Alarga el brazo sobre la superficie de la encimera y coloca su mano tan cerca de la mía que las puntas de sus dedos rozan los míos.

—Lo siento, Gwen —me dice—. Siento que tuvieras que encontrarte con Violet en el hotel. No tenía ni idea de que…

En cuestión de un segundo, aparto la mano y me pongo en pie. Lo he hecho tan rápido que me tambaleo sobre el taburete y tengo que agarrarme al filo de la isla. Debería de resultarme

humillante pensar en caerme ahora, pero, no, no es así. La rabia me impide pensar en este momento en quedar bien con Reese.

—¡¿En serio?! —le escupo—. En el tiempo que, por desgracia, he compartido contigo, no he sido consciente de lo egocéntrico que eras.

Reese palidece.

—¿De verdad piensas que tengo este cabreo por unos malditos celos? —Río sin ganas—. Me importa un huevo con quién te acuestes, Reese. Me trae sin cuidado el número de mujeres con las que te lías y a las que embarazas, o que decidas casarte mañana mismo. ¡Me da igual!

Me sigue mirando, perplejo. Una sombra de pesar cruza sus bellos ojos ambarinos, pero no me permito sentir ni un ápice de pena.

—Si he venido aquí, a tu bonita casa pija para tíos pijos, en tu barrio pijo —le espeto—, ha sido para hacerte dos preguntas, nada más. No me interesa absolutamente nada más de ti.

—Pregunta lo que quieras —me dice, con los hombros rígidos, tensos. Sigue sentado en el taburete, con los codos apoyados en la encimera. La lámpara que cuelga del techo hace brillar su cabello claro y el vello rubio de sus brazos.

—¿Hablaste con Samantha hace dos semanas?

—¿Con Samantha…? —Frunce el ceño.

—No te hagas el ignorante, Reese —lo acuso—. Dudo que hayas tenido muchas conversaciones con ella, así que tu respuesta es muy fácil. Hablaste con Samantha sí o no. Si quieres más detalles, fue en mitad de uno de los pasillos de Recursos Humanos.

—Sí, hablé con ella —me contesta, todavía turbado—. Pero no entiendo qué…

—Segunda pregunta —lo corto—. ¿Te reuniste en esas mismas fechas con Gillian en tu despacho para hablar de mí?

—No sé dónde diablos quieres ir a parar, Gwen, pero te aseguro que…

—Sí o no —vuelvo a interrumpirlo.

Suspira al tiempo que se frota el rostro con las manos y acaba deslizando los dedos por entre el pelo. Sus gestos me resultan tan familiares que me duele el simple hecho de verlos.

—Sí, Gwen —admite con otro suspiro—. Me reuní con Gillian para hablar de ti y de Samantha, porque hay algo que tú no sabes de ella que…

—No me interesa —le escupo mientras me dirijo a la puerta—. Gracias por tus respuestas y por la cena. En cuanto pueda te devolveré la ropa. Se la daré a Jenna si te parece bien.

Salgo de la cocina, paso por el baño a recoger la bolsa de mi ropa mojada y me encamino al vestíbulo, donde vuelvo a ponerme mis Converse. Hago una mueca mental al sentir la humedad de la tela en mis pies. Por último, abro la puerta y me encuentro con una lluvia tan intensa que parece una enorme cascada cayendo del cielo.

—Espera, Gwen —me pide Reese, que venía detrás de mí al parecer—. Cojo las llaves y te acerco a casa.

—No —sentencio—. Me las puedo apañar yo solita. No necesito que pares el tráfico para que

pueda tenerlo más fácil. Ya has hecho bastante por mí.

Le digo esto último con una entonación cargada de desdén.

—No seas cabezota —me reprende—. Llueve mucho y te vas a volver a empapar.

—Oh, claro —le suelto con mordacidad—. Si llueve, la pobre Gwen no podrá llegar a casa. Es tan tonta y tan inútil que necesita que le des la manita. ¡Pues resulta que no te necesito!

Salgo de la casa y, mientras bajo los pocos escalones hasta la calle, aguanto la respiración al sentir la fuerte lluvia caer sobre mí. Las gotas se clavan en mi espalda como agujas heladas.

—¡Gwen, espera! —oigo gritar a Reese.

Para quitármelo de encima, empiezo a correr. No veo ni por dónde voy. El agua me cubre hasta los tobillos y, cuando sigo corriendo por lo que creo que es la acera, un coche frena a un metro de mí.

—¡¿Qué haces cruzando la calle en mitad de este aguacero?! —me grita el conductor—. ¡He estado a punto de atropellarte, joder!

Me desoriento tanto que grito de frustración y las lágrimas se mezclan con los arroyos de agua que corren por mi rostro.

—Gwen, vamos, ven conmigo.

Aturdida, observo a Reese, que me cobija con un paraguas y me toma del brazo.

—Llueve demasiado y te calarás hasta que llegues a la parada del autobús —me grita sobre el ruido de la lluvia. Sin darme cuenta, me ha llevado de nuevo hasta la acera que lleva a su vivienda—. Lo mejor será que esperes en mi casa a que pase la tormenta y después te llevaré a tu apartamento.

—¡No pienso volver a pisar tu casa! —Me retuerzo contra sus brazos y me zafo de él—. ¡Quiero irme a la mía! ¡Quiero volver a mi casa!

—¡Vale, vale, de acuerdo! —concede al ver mi obstinación—. Pero deja que te lleve, al menos. Tengo el coche aparcado aquí mismo y he cogido las llaves.

Dudo un instante, pero ya he tenido suficiente agua por hoy. Reese abre su coche, me acompaña hasta la puerta del copiloto y me cubre con el paraguas mientras entro. Él rodea el vehículo y ocupa el asiento del conductor. Tira el paraguas mojado a la parte de atrás y se sacude la humedad del pelo y de la cara. Algunas gotas parecen diamantes líquidos sobre su piel. Busco en mi bolso un paquete de pañuelos de papel y le ofrezco uno a él.

—Gracias —me dice mientras se seca con una mano y conduce con la otra.

Yo hago lo mismo, sin dejar de mirar al frente. Reese tiene razón, llueve demasiado. El limpiaparabrisas va a toda velocidad y, aun así, apenas se ve nada. Empiezo a sentir aprensión al no reconocer nada de lo que nos rodea, ni a distinguir la calzada del resto del paisaje nocturno, en el que las luces se distorsionan y todavía consiguen que la visibilidad empeore. Nunca había visto llover tanto en Nueva York y la imagen de nosotros dos teniendo un accidente me llena de culpabilidad. Reese, a pesar de las dificultades, no se queja y sigue conduciendo. Hasta que frena de golpe al encontrarnos con una fila de vallas que hemos visto gracias a las luces naranjas que

titilan entre la lluvia. Un agente de policía cubierto con un chubasquero nos indica que paremos con algo que brilla en su mano.

—¡Tiene que dar la vuelta! —grita el policía, que apenas puede hablar por la fuerza del agua—. ¡Un camión y un autobús han colisionado y no se puede pasar por el puente!

—¡Gracias, agente! —le responde Reese antes de subir la ventanilla—. Voy a ver si podemos girar en una de estas calles —me comenta.

Me muerdo el labio ante el cuidado que pone Reese al conducir sobre calzadas que parecen ríos.

—Déjalo, Reese —le digo—. Es peligroso conducir así. No se ve nada y podemos tener un accidente. Si no estamos muy lejos de tu casa, será mejor volver.

—¿Estás segura? —me pregunta mientras mira con atención al frente—. Puedo intentar buscar un acceso que nos lleve al puente de Brooklyn…

—Es peligroso —suspiro—. No puedes conducir así. Volvamos a tu casa y esperemos a que amaine la tormenta.

Reese accede con un imperceptible movimiento de cabeza. Ambos sabemos que ya es demasiado tarde para esperar a que pare la lluvia y que voy a tener que quedarme en su casa esta noche.

Unos minutos después, consigue aparcar cerca de su domicilio y salimos del coche. Corremos hasta la puerta y, una vez dentro, vuelta a empezar con el tema de las toallas y la ropa mojada. Me seco de nuevo la cara y el pelo y Reese me ofrece otro pantalón de chándal y una sudadera. Cuando salgo del baño, me lo encuentro con otra muda seca, también un pantalón de algodón y una camiseta, en esta ocasión, todo de color negro. Trago saliva. Si el color blanco ilumina su cabello claro, el contraste del dorado con el negro consigue que se me corte el aliento.

Me reprendo mentalmente por no ser capaz de ignorar las miles de sensaciones que este hombre me provoca sin hacer nada, absolutamente nada más que estar cerca de mí.

—Voy a cambiar las sábanas de mi cama en un momento —me comenta.

—Dios, Reese, no voy a dormir en tu cama —rezongo—. Me quedaré aquí abajo, en el sofá. Para una noche ya está bien. Te aseguro que es más cómodo que mi propia cama.

—Hay más habitaciones y más camas —me recuerda—. Todas las sábanas están limpias y…

—Te he dicho que aquí estoy bien —persisto en mi obstinación y me siento en el sofá. Cualquier cosa antes que pasar una noche en el mismo piso que Reese. Al menos, si él está arriba y yo abajo, podré ignorarlo algo mejor.

—De acuerdo —suspira.

Lo veo subir la escalera mientras busco algo con lo que taparme. Estamos en junio, pero la tormenta ha hecho bajar las temperaturas, sin contar las dos veces que he acabado empapada. Estoy destemplada y tengo frío.

Lo único que encuentro sobre los sofás son cojines, y a uno de ellos estoy abrazada cuando veo cómo Reese baja y se acerca hasta mí.

—Así estarás más cómoda. —Señala la almohada que coloca en un extremo del sofá—. Y toma, algo para taparte. —Deja a mi lado una manta que tiene un aspecto tan apetecible que no dudo en extenderla sobre mis piernas.

—Gracias —musito.

Frunzo el ceño cuando lo observo coger un mando a distancia y accionarlo. Pienso en la absurda idea de que encienda el televisor en estos momentos, pero la duda se disipa cuando brotan las llamas en la amplia chimenea acristalada. Con el mismo mando, baja la intensidad.

—En serio, Reese, no es necesario. He cogido frío, pero no es para tanto.

—Así entrarás más pronto en calor —señala—. La he programado para que se apague en unos minutos, tranquila.

—Gracias —murmuro.

—De nada, Gwen. Hasta mañana.

Me quedo embelesada en el resplandor del fuego y emito un audible bostezo. Me tumbo en el sofá, apoyo la cabeza en la almohada y me tapo hasta la barbilla. En cuestión de segundos, me duermo envuelta en el olor a ropa limpia que siempre acompaña a Reese.

* * *

No estoy del todo despierta, pero soy consciente de que hacía tiempo que no me sentía tan descansada. Me lo dice que siga en la misma postura de anoche, sin haberme movido ni un centímetro. Abro los ojos. La claridad del ventanal de la terraza empieza a iluminar todo el salón, dibujando con la primera luz del día cada mueble y cada objeto.

Estiro un poco las piernas para desentumecerlas y mis pies se topan con algo cálido y confortable. Elevo un poco la cabeza y me quedo sin respiración al encontrarme la figura de Reese, que está sentado en el extremo del sofá donde he pasado la noche. Está dormido, con la cabeza apoyada en su mano, y está cubierto por otra manta, aunque se ha ido resbalando y ha dejado a la vista el torso cubierto con la camiseta negra y los brazos desnudos.

Dejo caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y emito un suspiro que se parece más a un gemido lastimero.

¿Qué diantres ocurre con los sentimientos humanos? ¿Por qué son tan complicados? Yo debería odiar a este hombre. Como mínimo, debería despreciarlo. Pero resulta que no puedo. Porque lo quiero. Me esfuerzo por ver en él al tipo egocéntrico y manipulador que he descubierto, pero solo puedo ver al hombre cariñoso, generoso y risueño del que me he enamorado.

Me queda claro que lo que siento por Reese no me deja ver la realidad. Pero la realidad no es suficiente para que deje de amarlo.

Busco mi móvil, que sigue junto al sofá, sobre la mullida alfombra de color ocre que cubre buena parte del suelo. Miro la hora: las seis y media. Doce por ciento de batería. Un millón de

mensajes que no voy a contestar para no dejarla a cero. Tengo que levantarme e irme a casa.

Al removerme, Reese también lo hace.

—¿Qué haces aquí? —le digo sin mirarlo, mientras aparto la manta y me levanto—. Te vas a destrozar el cuello.

—Bajé un momento y te habías destapado —me responde al tiempo que también se pone en pie—. Parece que la tormenta se ha alejado.

Es bastante difícil que me haya destapado si no me he movido, pero imagino que la manta ha podido resbalarse, como ha hecho la suya.

—En fin, tengo que irme a casa. —Busco mi bolso y, de nuevo, la bolsa con mi ropa mojada.

—Espera —me pide Reese—. Todavía es temprano. Puedes darte una ducha mientras preparo café…

—Se acabó —lo corto—. Para el resto del mundo, somos una pareja que ha roto. Para nosotros mismos, volvemos a ser unos desconocidos. Nada nos une ya, Reese.

—Tienes razón. —Desliza los dedos por entre su cabello alborotado y trato de beberme esa imagen, porque no la voy a contemplar más—. Ayer vino mucha gente de la empresa a decirme que lo sentía. —Compone una media sonrisa que se me clava en mitad del pecho.

—Bien —respondo mientras salgo del salón—. Pues asunto resuelto, entonces. Espero que tus amigos no sigan buscándote novia.

En realidad, ya la tiene, pero no pienso mencionarlo. Parecería que estoy celosa. Y no lo estoy. Para nada.

—Y yo espero que no vuelvas a pensar que necesitas un novio para encajar en el mundo, Gwen Sharp.

Cierro los ojos un instante. Reese sigue a mi espalda. Estoy a punto de decirle que, con su aportación, no he aprendido eso realmente, pero tampoco lo menciono. No pienso hacerle creer que me afecta tanto que me haya considerado tan poco apta para mi trabajo.

—En fin… —murmuro mientras busco mi cartera en el bolso—, será mejor que vuelva a casa ya.

—Un segundo, Gwen.

Me doy la vuelta para encontrarlo mirando su teléfono con el ceño fruncido.

—La circulación se ha restablecido —comenta—, pero el transporte público lo está haciendo poco a poco. Hay largas colas en las estaciones y paradas de autobús por la falta de servicio.

—Ni se te ocurra decirme que me llevarás a casa —rezongo—. Cogeré un taxi.

Abro mi cartera y descubro, horrorizada, que solo llevo el bonobús. Ni un maldito dólar. Estaba tan ofuscada ayer tarde que ni me paré a pensar que no llevaba dinero ni tarjeta.

—Mierda —musito.

—Creo que no vas a tener más remedio que volver a montarte en mi coche —bromea mientras lo veo coger las llaves—. Voy a calzarme y…

—¡Ni hablar! —exclamo furiosa—. Antes vuelvo a mi casa andando.

—Gwen…

—¡Te lo digo muy en serio, Reese! —grito mientras me acabo de calzar en el vestíbulo. A continuación, abro la puerta de entrada—. Caminaré hasta que alguien me pare. Ya me las apañaré.

—No te parará nadie —asegura—. Llegarás tarde al trabajo.

—¡Ya lo sé! —bufo.

La impotencia me deja en una especie de trance, puesto que no soy capaz de comprender qué está haciendo Reese con su cartera en las manos. Observo cómo extrae de ella un par de billetes de cincuenta dólares y me los ofrece.

—Si no quieres que te lleve, deja al menos que te dé para el taxi.

Me quedo mirando el dinero como si fuese una cobra a punto de morderme.

—¿Me estás… dando dinero? —le pregunto con voz ahogada.

—Te lo estoy prestando… si te parece mejor.

Una risa estrangulada por un sollozo surge de mi garganta. Vuelvo a llorar, pero de rabia, de ira, de indignación.

—¿Qué quieres? ¿Pagarme los servicios prestados? ¿Indemnizarme por la pérdida de mi virginidad? ¿O es para recordarme que te puedes permitir lo que te apetezca?

¿Por qué diablos no me responde? ¿Por qué se limita a mirarme como si acabase de asestarle una puñalada en el pecho?

—Me quedé corta ayer al llamarte egocéntrico —le escupo—. Cómo te gusta recordarme tu posición de superioridad. «Hola, soy Reese Dawson, un tipo guapo, rico e influyente, con una bonita casa, un lujoso coche y con un montón de mujeres haciendo cola para calentarse con mi… chimenea.»

Reese continúa en silencio, mirándome, todavía con los billetes en las manos.

—Mi única intención ha sido ayudarte —musita, por fin.

—¡No quiero tu ayuda! —le grito, sin poder parar las lágrimas que siguen rodando por mis mejillas—. No te necesito para nada…

—Ya lo sé —susurra. Se acerca a mí y, con cuidado, posa la mano en mi nuca y me atrae hacia él para que apoye la frente en su pecho mientras él posa la barbilla sobre mi pelo—. Ya lo sé, cariño.

Dejo un instante que su olor y su calor me templen, que su voz me envuelva y su cuerpo me proteja. Siento un instante de debilidad y a punto estoy de hundir el rostro en su cuello y pedirle que no deje de abrazarme nunca. Pero logro reponerme, apartarme de él y limpiarme la cara con la manga de la sudadera.

—No quiero que sigas protegiéndome —insisto en aclararle—. Nunca más, Reese.

—No sé qué es exactamente lo que me estás recriminando, Gwen —murmura—. Si es por haber hecho algo por ti, siento decirte que no lo lamento. Es algo instintivo para mí proteger a la gente que me importa. Por instinto protegí a Blake o a Noah muchas veces, y lo mismo me ha

pasado contigo. Quizá tú te tomes como una debilidad aceptar ayuda, pero no lo es, Gwen. Solo es algo que ofrecemos a las personas que amamos.

—Pero no estamos hablando de amor, Reese —le recrimino.

«Al menos, no del que tú puedas sentir por mí.»

—Acepta el dinero —insiste—. Solo es un medio para que puedas llegar a casa. No es un pago por… nada.

—Está bien —le digo al tiempo que aferro los billetes—. Pero te prometo que mañana mismo te lo devolveré.

—No hace falta que…

—Ya sé que no te hace puñetera falta porque ganas mucho dinero y yo no soy más que una triste estudiante en prácticas. Pero te lo devolveré igualmente.

Sin más, salgo de la casa de Reese, bajo los escalones y alzo un brazo para parar el primer taxi que pasa por la calle.

Capítulo 37

GWEN

Por fin tengo ocasión de hablar tranquilamente con Gillian. Durante varios días he estado buscando el momento de poder mantener una conversación con ella al mismo tiempo que he tratado por todos los medios de no coincidir con Reese. El estrés me está matando y tengo la moral por los suelos, pero he de acabar con esto de una vez.

—Dime, Gwen, ¿qué ocurre? —me pregunta mi jefa—. Recuerda que tienes que ayudar a Adam con la próxima promoción de becados. Y a Hope se le acumula la distribución de las nóminas, las bajas y los cambios en el reparto de las vacaciones.

—Sí, sí, lo sé —le respondo—. Pero antes quería pedirle si, al finalizar las prácticas, podría redactarme algún tipo de carta de recomendación. Tener a Bell Technology en mi currículum ya está muy bien, pero es un mundo complicado y…

—Para, para, Gwendolyne —me detiene—. ¿De qué diablos estás hablando? Después del verano, en cuanto presentes tu memoria de prácticas y seas oficialmente graduada, te quiero aquí, trabajando, conmigo. ¿O es que ya te has cansado de mi cara negra? —bromea.

—Claro que no. —Sonrío—. Lo que no quiero es que tenga que aguantarme porque se lo hayan impuesto.

—¿Perdona?

—Sé que Reese se reunió con usted —le explico—. Y, aunque le parezca raro, mi único objetivo no era estar en esta empresa. Mi objetivo final era que una gran empresa apostara por mí.

—Creo que yo estoy apostando —me contesta con cautela.

—Y se lo agradezco de verdad. Usted ha confiado en mí, y eso es algo que no olvidaré, pero hubiese preferido que se fijara en mi trabajo sin que nadie me hubiese señalado con el dedo. —Inspiro con tanta desazón que hasta los pulmones me tiemblan—. Y por eso he decidido buscar empleo en algún otro lugar donde mi jefa no se vea obligada a nombrarme su ayudante por la presión de nadie.

—Me parece que te estás equivocando, Gwen —replica con el ceño fruncido—. A mí nadie me ha obligado a aguantarte, y mucho menos a designarte como ayudante. Han sido decisiones propias. ¿Esas ideas te las ha metido en la cabeza Samantha? Porque ella debería callarse.

—¿Samantha? —pregunto, perpleja—. En todo caso, ella ha salido perjudicada por mi culpa.

—¿Perjudicada? —Se echa a reír—. Por favor, Gwen, a veces sigues siendo muy inocente. A

Samantha sí que tuve que tragármela, porque su padre es uno de los principales accionistas. Pero te aseguro que me habría limitado a ser su tutora de prácticas, nada más. George Zucher puede tener mucha influencia, pero yo ya no me dejo comprar por nadie a estas alturas de mi vida.

—¿Samantha es hija de un accionista de Bell? —repito, anonadada—. ¿Cómo pudo, entonces, convencerla Reese de que me dejara a mí su puesto? ¿Cómo amenazar a alguien tan influyente?

Gillian suspira con fuerza y me mira con un punto de exasperación.

—Mira, Gwen, te voy a decir algo. Admiro a Reese Dawson, incluso lo aprecio, como compañero y como persona. La verdad es que es un tío legal, como ya hay pocos. Pero se le ocurre venir a decirme que eche a una persona para favorecer a su novia y de la patada que le doy lo mando a las putas antípodas.

Me quedo con la boca abierta.

—¿En serio creías que había solicitado que te contrataran como mi futura ayudante personal porque el maldito jefe de Ingeniería de Software me había obligado? ¿Tu novio?

—No es mi novio —le digo, envarada, perpleja y desconcertada—. Es mi ex. Bueno, no, ni siquiera eso. Él y yo no somos nada. Nunca lo hemos sido…

—Me importa un bledo el rollo que os traigáis Dawson y tú —me corta—. Solo puedo decirte que él no tiene influencia ninguna sobre este departamento.

—Pero… se reunió con usted hace algo más de dos semanas, en su despacho…

—No sé cómo dispones de esa información. —Arruga la nariz—. Pero, ya puestos a soltar verdades, sí, nos reunimos en su despacho, pero, tu exnovio, o lo que sea, solo experimentaba preocupación por ti. Ni se le ocurrió pedirme que te beneficiara en nada, mucho menos que perjudicara a Samantha. Aun así, le dije que era un capullo desconfiado, pero ¿sabes una cosa, Gwen Sharp? Lo entendí. A pesar de las normas que nos rigen, de lo que está bien o está mal, de la integridad o de la profesionalidad que tengas que demostrar en tu trabajo, nada es tan fuerte como el instinto de protección que te surge hacia la persona que amas. Si descubriera que el mismísimo presidente de Bell le hubiese hecho daño a Jenna, correría sin pensarlo a defenderla.

Oí los rumores nada más entrar aquí, pero me sorprende a la vez que me halaga que Gillian me hable con naturalidad de su relación con Jenna.

Por cierto, ¿la persona a la que amas? Pues sí que hizo Reese creíble su papel.

—Lo… entiendo —balbuceo—. Pero Samantha me dijo…

—Samantha no es más que una niña rica aburrida —me suelta—. ¿Qué te dijo? ¿Que tu novio la había obligado a cambiar de puesto? —Bufa—. ¿Y no se le ocurrió contarte que le canté las cuarenta? Me importó un pimiento su apellido. Le dije que en mi departamento no tenía cabida alguien que se adueñaba del trabajo de otros. ¿O crees que no me di cuenta en su momento? —Pone los brazos en jarras—. Solo quería ver hasta dónde era capaz de llegar y cómo te defenderías tú. —Sonríe—. Ni siquiera te quejaste, Gwen. Te limitaste a demostrar día a día de lo que eras capaz, sin lloriqueos ni protestas. Y eso me gusta.

Quiero reír y abrazar a Gillian. Pero también quiero llorar y abrazar a Reese, pedirle perdón,

decirle que soy tan tonta que todavía me creo las patrañas de la chica que lleva años incordiándome. Quizá sea lo más lógico del mundo que me vea como a una cría inmadura.

—Dios mío, Reese —musito—. Le dije cosas horribles… Debería… debería disculparme…

—Pues va a tener que ser por mensaje —me señala—, porque ayer mismo se marchó a la sede de Chicago.

—¿Otra vez? ¿Y cuándo vuelve? —pregunto, ansiosa.

—Creo que, en principio, después del verano.

Mi corazón se para un instante.

—¿Después del… verano? Pero… eso son dos meses…

—Eso parece —suspira—. Han pedido a alguien del equipo de ingenieros para coordinar desde allí un proyecto. No sé más. Jenna y yo procuramos hablar poco de trabajo fuera de este maldito edificio —añade con una divertida mueca.

—Ya…

—No te deprimas, Gwen —me dice con un optimismo que yo no siento por ninguna parte—. La verdad acaba apareciendo tarde o temprano.

—¿Y la gilipollez? —le pregunto mientras me dirijo a la puerta.

Gillian expulsa una carcajada.

—Dios mío, Gwen. Acabas de dejarme más tranquila. Llegué a creer que habías viajado en el tiempo desde el siglo pasado.

«De principios del siglo pasado», evoca mi mente sin pensarlo.

* * *

Abandono el edificio de la facultad de Psicología y paseo tranquilamente por los caminos rojizos que atraviesan los jardines del campus. Evocar los momentos que viví aquí me trae recuerdos dulces y amargos, pero me quedo con los buenos, con las risas compartidas con Ellie, con mis penosos intentos de consuelo cada vez que cortaba con un chico y, sobre todo, con la ilusión de ir encontrando mi sitio poco a poco.

Me sentí sola muchas veces, no lo puedo negar, a pesar de Justin, de Ellie y de las clases que tanto me gustaban. Porque siempre sentía que me faltaban raíces, apegos de infancia, referencias familiares. Puedo comprender que te ocurra algo así si pierdes a tu familia, como le ocurrió a Reese. Pero ¿tenerla y que no existas para ellos?

Sentada en un banco al borde del camino, veo salir a Samantha del edificio de secretaría. No es casualidad que esté aquí. Quería encontrarme con ella en un lugar con cierta neutralidad, que representase lo mismo para las dos y que ninguna de nosotras se sintiera más o menos protegida.

Sale acompañada de Jessica y Zoey. Recuerdo con una sonrisa taimada el día en que Justin vio a las tres chicas y las bautizó como las Hermanas Fatídicas, por la serie *Las escalofriantes aventuras de Sabrina*, que tanto nos chiflaba ver a los tres, tirados con una manta en el sofá

desde el que disfrutábamos un Netflix pirateado al vecino de arriba. Tuvimos suerte de que él no lo viera mucho, pero, aun así, se nos cortó varias veces en mitad de las escenas más interesantes y despotricamos sobre nuestra falta de dinero.

—Pero si es Gwen Sin Novio —señala Samantha con desdén nada más llegar a mi altura. Yo sigo sentada en el banco—. Tengo que reconocer que has durado mucho más de lo que esperaba. —Frunce sus labios rojos—. ¿Qué pasó? ¿Él fue demasiado para ti o tú demasiado poco para él?

Sus amigas le hacen los coros con sus risas.

—Tengo que reconocer que tienes imaginación, Samantha, y buenas salidas —le rebato—. La lástima es que solo las utilices para intentar hacer daño a alguien tan insignificante como yo en lugar de ocuparte de tu propia y triste vida.

Aunque sonríe y se toca su larga cabellera lisa, capto su tensión y su inseguridad.

—Chicas —se dirige a sus amigas—, ¿podéis esperarme en la cafetería? Yo iré enseguida.

Las otras dos rubias obedecen sin dejar de mirarnos por encima de sus hombros.

—Sí, mejor hablar a solas —le digo.

—No creo que tengamos mucho de qué hablar tú y yo —replica con un desprecio aderezado con una pizca de interés.

—La verdad es que no —le suelto con indiferencia mientras me miro las uñas.

Me satisface ver la bonita manicura que me hizo Ellie. Nunca me he preocupado mucho de mi aspecto, pero, según mi amiga, una futura ejecutiva tiene que llevar unas manos bonitas. Y estoy de acuerdo, tanto en lo de la manicura como en que seré una buena ejecutiva. Ahora más que nunca.

—Lo que sí me gustaría —prosigo— es darte un consejo. ¿Por qué no utilizas mejor toda esa energía negativa que acabará por destruirte a ti misma? Por ejemplo, deja de ser una mentirosa, una manipuladora, una acosadora y una ladrona, Samantha Zucher.

Emite una risa cargada de crueldad.

—¿Y quién eres tú para darme consejos, chica rarita y solitaria?

—¿Te sientes mejor cuando me hablas así? —insisto—. ¿Te sientes importante? ¿Quizá es para paliar lo insignificante que te hace sentir tu propia familia?

Su tez se vuelve carmesí y sus ojos se abren de forma desmedida.

—¿Cómo has dicho? —me pregunta con una ira que se puede ver brotar de cada poro de su piel.

—Entiendo lo que te ocurre, Samantha —continúo—, porque es algo parecido a lo que me ocurre a mí. Las dos tenemos una familia que nos ignora, aunque la diferencia estriba en que la tuya te sigue pagando todos los gastos.

—Cállate —sisea, con los dientes apretados.

—Y otra diferencia es que yo no odio al mundo por ello, ni me dedico a menospreciar a nadie. Me como mis propias mierdas, Samantha, o trato de arreglarlas, pero sin perjudicar a los demás.

—¡Pues yo no! —explota, al fin. Me sobresalto al ver las lágrimas que brotan de sus ojos—.

Si yo tengo mierdas, se me hacen más ligeras cuando compruebo que hay alguien peor que yo. ¡Y verte a ti sumida en la miseria siempre me ha subido el ánimo! —solloza.

Sentimientos contradictorios me abruman. Samantha no es buena persona, pero verla llorar me desarma.

—¿Por eso te dedicabas a menospreciarme cada vez que tenías ocasión? ¿Para sentirte mejor?

—¡Sí! —responde con un gemido lastimero.

—Pero ¿por qué yo? —insisto, exasperada—. ¡Nuestra vida no es comparable de ninguna de las maneras!

—¡Pues por eso! —exclama con amargura, sin dejar de llorar—. Yo lo tengo todo, debería tener todo lo que quisiera. ¡Pero no es así! Sin embargo, tú, que no tienes nada, siempre consigues lo que deseas, joder.

—¿Yo? ¿Qué tengo yo?

—¡Todo! —reitera—. Amigos que te quieren sin condiciones, los estudios que has elegido, el futuro que deseabas…

Emite un gemido bronco y gira la cabeza para que no pueda verle el rostro húmedo y compungido. Me pongo en pie, pero no me acerco a ella.

—Todo lo haces para contentar a tu padre, ¿no es cierto? —musito—. Créeme que te entiendo, Samantha. No lo digo por mis padres, a los que les importo un bledo, pero sí porque trato de complacer al mundo, intentando encajar todo el tiempo, tratando de encontrar un hueco aunque para ello deba cambiar de forma. Y tú, al igual que yo, sabes lo agotador que es eso. Incluso que, muchas veces, resulta imposible, porque nadie es una pieza con forma definida. Todos estamos llenos de aristas.

Se gira y, esta vez, me mira. Su expresión tempestuosa se ha suavizado ligeramente, aunque se limpia las comisuras de los ojos con un pañuelo que ha sacado del bolso.

—Llevo veinticuatro años odiándome por todo —continúo—. Odio mi carácter tímido, mi torpeza, mi pelo y mi cuerpo desgarbado. Pero, por suerte, en esta vida no solo nos topamos con personas malignas. —Evito hacer referencia a ella misma—. También nos encontramos con personas que nos aportan la luz que necesitamos para poder ver. Y una de ellas me dijo hace poco que aprendiera a quererme con todos mis colores, incluidos todos los tonos de rojo que brotan en mi cuerpo cada vez que siento vergüenza o inseguridad.

Samantha, de golpe, me parece una chica mucho más frágil.

—Parece fácil visto desde tu perspectiva —señala con un murmullo—. Pero es muy complicado cumplir las expectativas de una familia que diseña tu vida desde que naces.

Es lo más absurdo que he pensado en mi vida, pero, en este momento, Samantha Zucher me da pena.

—¿Qué te gustaría hacer en realidad? —le pregunto.

La chica dura que ya no lo parece para nada se sienta en el banco. Yo lo hago a su lado.

—Quiero trabajar en la empresa familiar, pero no en la parte de administración, sino en la de

producción. Nadie tiene ni idea de lo bien que se me da diseñar mecanismos, hacerlos funcionar. En lugar de estudiar Administración de Empresas, debería haber estudiado Mecánica Industrial, aunque he hecho algunos cursos a escondidas. Tengo un montón de ideas para mejorar las líneas de producción, los ensamblados, los empaquetados o etiquetados.

Sus ojos celestes brillan mientras va soltando las palabras.

—Pues háblalo con tu padre.

—Si le dijera que sería más feliz con un mono de mecánico entre máquinas que con unos tacones en un despacho de diseño, le daría algo. Incluso no le importa nada ver cómo suspendo algunas asignaturas. Se limita a pagármelo todo, sin preguntar o cuestionar. Solo espera a que me presente con mi título bajo el brazo dispuesta a ser la cara bonita de la compañía. Y no quiero eso para mí.

—Quién lo diría —me permito bromear—, viéndote siempre tan perfecta, con esa imagen de frivolidad que destilas.

—Me da vergüenza decir la verdad. —Se encoge de hombros—. Lo que te he dicho no lo sabe nadie, ni siquiera Jess o Zoey. Llevo veinticinco años de mi vida aparentando lo que no soy.

—Lo mío es triste —suspiro—, pero tener que parecer superficial para que te acepten en tu círculo me parece…

—Una mierda —bufa—. Te pasas el tiempo fingiendo ser una persona que no eres solo por encajar.

—Al final —le digo—, resulta que no somos tan diferentes.

—Eso parece.

—Tendrás que decírselo a tu padre —insisto—. Si te quiere, lo entenderá, Samantha. Tienes que ir a por todas en esta vida. No puedes esperar que tus deseos se hagan realidad por sí solos delante de tus narices.

Deja las manos sobre su regazo y eleva la vista hacia las ramas de los árboles, que agitan sus hojas del color del verano.

—Te odiaba, Gwen —confiesa—, por tener lo que querías, por no tener que rendirle cuentas a nadie, por ser infatigable. —Suspira con fuerza—. Un día quise ligarme a un tío. Pasaste por delante en cierto momento y te ridiculicé delante de él. Le dije lo tonta que eras y lo fea que me parecías. —Deja pasar un instante de silencio—. Él me contestó que con qué ojos te estaba mirando, porque le parecías una chica preciosa. Me dijo que rubias con los ojos azules como yo se podían encontrar fácilmente, pero que una rubia con el pelo rizado y los ojos oscuros era una combinación flipante. Palabras textuales.

Parpadeo de perplejidad.

—Pues ya podría haberme dicho algo —bromeo, sin embargo—. Ellie siempre me dice que los chicos no se me acercan porque les impone mi altura o porque yo los rechazo inconscientemente por inmaduros. Y lo que yo creo es que les parezco una friki con el pelo más caótico del mundo.

—Negaré, incluso bajo tortura, lo que voy a decirte en este momento. —Se aclara la voz—. Tu pelo es una pasada —susurra.

—¿Cómo has dicho? —pregunto, desconcertada.

—No lo voy a repetir —refunfuña—. Pero admito que, en una ocasión, quise imitarlo en la peluquería. Pedí que me lo rizaran y, después de aguantar interminables horas con un millón de rulos, mi pelo seguía igual de liso. Y todavía te odié más.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Yo sueño a diario con tener el pelo tan liso como tú!

—Melenas lisas y rubias como la mía las hay a patadas —admite—. Pero ¿ricitos dorados como los tuyos? Qué va. Tu pelo es único, tía.

—Qué cierto es eso de que siempre anhelamos lo que no tenemos porque no valoramos lo que sí poseemos.

Ambas nos ponemos a reír y una extraña presión se instala en mi estómago. Todavía estoy alucinando. ¿De verdad estoy riendo y bromeando con Samantha? Y lo que es aún más alucinante: ¡me está hablando de sus complejos mientras me alaba a mí!

La vida es sorprendente, por eso merece la pena vivirla, saborearla, perder el miedo, seguir adelante a pesar de las trabas, perseguir lo que deseas y no perder la ilusión de hacerlo. La ilusión es lo mejor del mundo. Es el combustible de la vida.

—Y si con todo lo que te he dicho no era suficiente para odiarte —gruñe—, te ligas a uno de los solteros empedernidos más codiciados de Manhattan —me suelta—. Le hice ojitos un par de veces, más que nada para joderte. Pero no me hizo ni puñetero caso.

En la punta de mi lengua se queda decirle que no me lo ligué en realidad, pero tampoco es que Samantha se vaya a convertir ahora en mi mejor amiga. Una acosadora, para mí, no tiene disculpa alguna. Lo único que puede hacer es redimirse e intentar ser mejor persona a partir de ahora.

—Ya no estamos juntos —le recuerdo.

—¿He tenido que ver yo algo con vuestra ruptura?

—Solo un poco. —Me encojo de hombros—. Ya lo has dicho bien antes: él es demasiado para mí, y yo, muy poco para él.

—Parece que me lo curré bien —señala con una mueca—. Él nunca me amenazó —confiesa.

—Lo sé —respondo—. Y yo la primera debería haber sabido lo bien que se te da cizañear. Nunca tendría que haber pensado mal de él.

—¿Sabes una cosa? Me dijo lo mismo que tú. De alguna manera, me animó a que me dedicara más a ser feliz y menos a joder a los demás. Y también me sugirió que hablara con mi padre.

Inspiro con fuerza para paliar la congoja y el remordimiento que me inspira el recuerdo de mis últimas horas con Reese.

—¿Por qué me dijiste también que había hablado con Gillian?

—Porque eso era cierto. No tenía ni idea de lo que habían hablado, pero con una verdad le daba más credibilidad a mi… tragedia.

El sol ya no está tan alto. El cielo comienza a teñirse de un naranja que indica lo tarde que se ha hecho. Me pongo en pie.

—Tengo que irme.

Samantha me imita.

—¿Has tenido algún problema con Gillian? —me pregunta—. Si es necesario, puedo decirle que…

—No —la corto—, no he tenido problemas con Gillian. Y te aseguro que no necesito que hables con ella. Quizá te has comportado como una auténtica zorra mala, pero también he aprendido mucho con todo esto.

Alza una de sus rubias cejas.

—Como no sea a ser más cabrona…

—Puede que un poco —sonrío—, pero no lo suficiente. Seguiré siendo un poco rara, tímida e insegura. Soy como soy y no me avergüenzo de ello. Pero los baches y las zancadillas ayudan a aprender a sortearlos y a levantarte si caes. Seré una buena chica, pero más curtida. —Río.

—¿Ahora resulta que te he ayudado a ser más guay? —se burla.

—No te pases —bromeo—. Seguiré sintiéndome más segura lejos de ti.

—Y a mí me seguirás cayendo como el culo, tenlo por seguro —rezonga.

Ambas disimulamos la sonrisa.

—Ahora, sí, he de irme —le digo—. Te deseo lo mejor, Samantha.

—¿Estás segura? —Eleva ambas cejas.

—Sí —respondo—. Soy así de rarita.

—Siempre lo he sabido.

* * *

Busco en mi teléfono el contacto de Reese. Mis dedos bailan sobre las letras, pero sin tocarlas. ¿Qué voy a decirle? ¿Que lo siento? ¿Que por qué no se explicó mejor?

—También podrías llamarlo por teléfono —me sugiere Ellie mientras se lleva a la boca un puñado de palomitas. Estamos las dos enredadas y tiradas en el sofá viendo una mala película de tiroteos y coches de policía destrozados—. Joder, Gwen, estas palomitas están rancias. Habría que poner una queja.

—¿Y a quién se la vas a poner? —le suelto—. ¿A la vecina a la que se las hemos birlado?

—Menuda mierda de alimentación llevamos —refunfuña—. La última vez que ingerí comida decente fue en la cena a la que nos invitó Reese la noche que se presentó en el restaurante como tu novio.

—Ya…

—Parece que haga siglos de eso —señala—. Por cierto, te lo he dicho en serio. Podrías llamarlo.

—¿Quieres que le pida que sigamos fingiendo para ver si nos vuelve a invitar a cenar y así recuperar nutrientes básicos? —bromeo.

—Pues no estaría mal —comenta mientras hace una mueca al escupir una palomita blanda—. Somos demasiado pobres, Gwen. La posibilidad de tener un novio con pasta, aunque sea falso, es demasiado apetecible como para no tenerla en cuenta.

—No quiero más relaciones falsas —suspiro—. Pones en riesgo demasiadas cosas.

—¿Te refieres a tu corazón o a tu virginidad?

Le doy con el cojín en la cabeza.

—¡Vale, vale! —Ríe.

En realidad, no me hace tanta gracia.

—Te enamoraste de verdad, ¿eh, Gwen? —Chasquea la lengua—. También es mala suerte.

—Un asco.

—Rectifico, tía. Ni lo llames ni le pidas disculpas en un mensaje. No se lo merece. Se acuesta contigo mientras embaraza a otras por ahí.

—Que se portara bien conmigo no significa que sintiera algo por mí —rezongo—. Solo nos acostamos un par de veces y…

—Tres —me corrige Ellie—. No, cuatro. La última noche repetisteis, acuérdate. Me lo contaste.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues eso —suspiro—. Reese es maravilloso, el tío más decente que he conocido en mi vida. Me valoró y respetó en el trabajo y, por si no me pareciera ya lo suficientemente perfecto, es guapo, alto y besa tan bien que me haría adicta a su boca sin dudar. Como resultado de encontrar tales virtudes en un solo hombre, me enamoré como una tonta de él. ¿El único problema? Que me olvidé la mayor parte del tiempo de que todo era mentira; de que él tenía su propia vida. Ahora tiene novia, va a ser padre y cree que yo soy una cría inmadura. Vale, ya lo creía antes, pero ahora más.

—Tal vez lo mejor sea que pases de enviarle ningún mensaje. Imagina que le llega a su móvil justo cuando lo tiene encima de la mesa de la cocina y lo ve antes su novia que él. ¿Para qué vas a crear un conflicto?

—Claro.

—A no ser que quieras que corten para tener más posibilidades. Un padre soltero tiene mucho morbo.

—Estás fatal —bufo.

A continuación, elimino el contacto de Reese en mi móvil. Algo se me rompe por dentro al hacerlo, pero es mejor así. Nunca tuve ninguna oportunidad y más vale que me olvide de él.

—Hablando de morbo —le digo a Ellie tras hacer a un lado el teléfono—. ¿No te pone pensar que te has acostado con un chico que se acuesta tanto con chicas como con chicos?

—¡Gwen! —exclama indignada—. ¡No seas cabrona!

—¡Tienes que contármelo! —le exijo, después de haber recibido una cascada de restos de palomitas pasadas—. ¡Yo a ti te lo cuento todo!

—¡Esto es diferente! —se queja.

—¿Por qué? —Río.

—Pues porque… porque…

Oímos el sonido de la puerta al abrirse y después al cerrarse.

—Salvada por la campana —le susurro justo antes de que ella me saque la lengua.

—¡Chicas! —exclama Justin, tan eufórico que por un instante fantaseo con que le acaba de tocar la lotería—. ¡Tenemos donde pasar las vacaciones este verano!

Hace poco hablamos del tema y, aunque sabemos que las únicas vacaciones remuneradas a las que tenemos derecho no van a pasar de una semana, decidimos hacer posible que coincidieran esos pocos días para ir juntos a la playa. Por mi parte, Gillian me ha concedido esa semana antes de volver a Bell Technology como parte de la plantilla.

Todavía no me lo creo. ¡Voy a tener el trabajo de mis sueños, bien pagado y con un buen seguro médico!

—Falta un mes —rezonga Ellie—. Pero, bueno, sorpréndenos.

—¡Nos vamos a los Hamptons!

—¡¿A los Hamptons?! —exclamamos las dos, sorprendidas.

—¡Sí! —grita Justin al tiempo que agita unas llaves—. Mi jefe me debía unos cuantos favores y, en lugar de pagarme, el muy cabrón me ha ofrecido su retiro de vacaciones. Solo una semana —compone una mueca—, pero es un lugar espectacular. Es una puta mansión.

—¿Y qué favores te debía tu jefe para que te deje su maldita casa de los Hamptons? —inquiere Ellie, ceñuda—. ¿Te acuestas con él?

—Está casado y tiene tres hijos —le responde Justin con acritud.

—Ah, entonces te acuestas con su mujer —lo pincha Ellie.

—No, con los dos a la vez. —Justin pone los ojos en blanco—. Joder, Ellie, no todo en mi vida gira alrededor del sexo. También tengo amigos y jefes que me aprecian. Aunque tú creas que eso es imposible.

—Yo nunca he dicho algo así —protesta ella—. Pero reconoce que gran parte de tu vida incluye sexo a todas horas.

—Tal vez me dedique a follar la mayor parte del tiempo para suplir otras carencias —gruñe Justin.

—¿Qué carencias? —se burla Ellie—. ¿La comida?

—¿De verdad, chicos? —bufo—. ¿Voy a tener que compartir mis escasas vacaciones con vosotros peleando todo el rato?

Los dos suspiran, compungidos.

—¿Amigos como siempre, Gusanito? —Justin le abre los brazos a Ellie.

—Amigos como siempre, Justin. —Ella acepta el abrazo y me hace un gesto para que los

acompañe.

Los tres nos achuchamos durante un buen rato. En cierto momento, elevo la vista y contemplo la expresión seria y los ojos cerrados de mi amigo.

Capítulo 38

GWEN

10 de julio de 2023, 22.06
De: Gwen Sharp
Para: Heather Sharp
Asunto: Añoranza

Querida Heather:

Te echo de menos.

Sé que te he repetido hasta la saciedad que tengo mi propia familia, que la sangre no es necesaria para crear vínculos irrompibles. Pero, a veces, no puedo evitar recordar que, además de mis amigos, tengo una familia de sangre en alguna parte. Puede que comparta con vosotros únicamente genes y parentesco, pero también fuisteis las primeras personas que vi al nacer, las primeras a las que quise, las que compusieron todo mi mundo mis primeros años de vida. Lo erais todo y, con el tiempo, no quedó nada.

¿Sabes algo de mamá y papá? ¿Dónde vive cada uno de ellos? ¿Rehicieron sus vidas? ¿Tienen nuevas familias?

A veces imagino que tengo algún hermano más por ahí, alguien que pueda compartir conmigo parte de su ADN. ¿Te imaginas? ¿Imaginas que haya en alguna parte alguna chica con el pelo tan rizado como yo? ¿O tan pringada? ¿Y si es un niño? ¿Crees que podría existir un chico guapo con bonitos rizos rubios?

Quizá, quién sabe, pero ni siquiera ante esas sugerentes posibilidades he sentido la tentación o la necesidad de buscarlos. Fueron ellos los que me abandonaron, tanto en el sentido físico como en el moral. Fueron ellos a los que les importó un pimiento su hija pequeña y lo que hiciese con su vida. Fueron ellos los que decidieron romper todos los vínculos existentes entre una familia rota mucho tiempo atrás.

¿Cómo te va por Londres?

Yo estoy agotando mis últimos días de becaria. Seguro que Gillian me tendrá hasta el último momento sirviendo cafés y botellas de agua en las reuniones, pero entiendo que es un proceso que debo seguir hasta que llegue mi oportunidad, que será en septiembre.

¿No te parece alucinante, Heather? ¡Bell Technology me va a contratar!

¿Crees que papá y mamá estarían orgullosos? ¿Lo estás tú?

Y en otro orden de cosas, espero que Justin y Ellie sigan llevándose tan bien como hasta ahora durante los días que estemos en los Hamptons. Te lo he dicho, ¿verdad? ¡En los Hamptons, tía! Me parto de risa solo al imaginarnos a los tres simulando por unos días que somos ricos, que nos podemos permitir esa casa, ese lugar y un montón de combinados alcohólicos con sombrillitas de colores.

¡Soñar es gratis!

Y, no, no me he olvidado de Reese. Todavía busco su dorada cabeza entre el personal de Bell de forma inconsciente, como si, en cualquier momento, fuera a darse la vuelta, acercarse a mí y tomar uno de mis rizos para estirarlo y soltarlo, como tantas veces hizo mientras me regalaba una de sus sonrisas.

Qué tonta, ¿verdad? Enamorarme de un hombre como él…

Pero así es el amor, Heather. Lo he aprendido a base de golpes. Amamos desinteresadamente, sin esperar nada a cambio, y, en muchas ocasiones, a personas que no deberíamos querer. Dichoso amor…

La próxima vez te escribiré desde la playa.

Con amor,

Gwen

Capítulo 39

Chicago, un mes después

REESE

La reunión concluye y todos los ingenieros se ponen en pie al mismo tiempo que lo hago yo. Emily, mi secretaria temporal, abre la puerta de la sala de juntas y se hace a un lado para dejarlos pasar. Emily es eficiente, seria y discreta, aptitudes imprescindibles para la secretaria ideal, pero echo de menos a Jenna, su dulzura, sus sonrisas, su buen humor.

Quizá sea que lo que a veces nos parece rutina se convierte en algo importante cuando desaparece de nuestras vidas.

Emito un suspiro. El nuevo proyecto está en marcha, el presupuesto, aceptado, y los primeros ensayos a punto de realizarse. Cualquiera del departamento sabe perfectamente que ya no es necesario que siga aquí, que podría volver a la sede central cuando quisiera. Pero nadie ha puesto objeción, ni siquiera Blake, que, desde su puesto de director ejecutivo, es el que tiene que responder ante la cúpula de la multinacional. Tanto él como Noah aceptaron en su momento mi decisión de pasar un tiempo alejado de Nueva York, aunque con reservas. No entendieron el motivo ni entendieron que no le aclarase nada a Gwen.

¿Para qué? ¿Para que siguiera pensando que está enamorada de mí o que me debe algo?

Sé, de buena tinta, que se va a quedar en Bell; que tendrá un buen trabajo, un buen futuro y años por delante para disfrutar su sueño; que ganará en seguridad y dejará de intentar ser todo el tiempo la persona que los demás esperan que sea; que se dedicará a ser ella misma, con todos sus colores; que comprenderá que, para ser su mejor versión, solo tiene que atreverse a ser.

Bajo de mi nube para percatarme de que una de las ingenieras sigue en la sala. Se trata de Morgan Edwards, la responsable de innovación tecnológica de la empresa.

—Ha sido una propuesta muy interesante, ¿no crees? —me señala mientras recojo algunos informes de la mesa.

—Sí —respondo—. Aunque hará falta hacer algunos ensayos más.

—Podríamos discutir el tema… ¿cenando esta noche? —me sugiere.

Alzo la vista y sonrío ante una situación que ha sido una constante en mi vida. Una mujer guapa me propone una cita en la que sabemos de antemano lo que pasará. Cenaremos, hablaremos de trabajo lo justo, pasaremos a las trivialidades y decidiremos ir a casa de

cualquiera de los dos, donde pasaremos una noche de sexo sin ataduras. Me pongo duro solo de pensar en follar con Morgan. Posee una brillante melena oscura, ojos grises y una boca que promete placeres memorables. Y lo mejor: aparenta una edad parecida a la mía.

Algo que no puedo descifrar me impide contestar con más rapidez. Quiero. Joder, por supuesto que quiero. No estoy con ninguna mujer desde hace demasiado tiempo y Morgan resulta la opción ideal: sexo sin compromiso, solo para pasar un buen rato. Mi cuerpo comienza a pedírmelo. Puedo pretender algo más en la vida, pero, mientras tanto, el sexo es algo esencial. Libera tensiones, mejora el sueño y hace que olvides tu última vez con una chica demasiado joven a la que no le convenías.

Maldito sea yo y mi pensamiento haciendo regresar a Gwen a mi cabeza.

Nunca sabré lo que le hubiese contestado a Morgan. Emily aparece de nuevo en la puerta de la sala.

—Señor Dawson, tiene una visita. La señorita Fernsby.

—¿Violet? —pronuncio desconcertado—. Pero ¿qué diablos hace aquí…?

Mi antigua amante aparece en el vano de la puerta. Me observa durante un segundo, pero luego desvía sus ojos hacia Morgan y le dedica una mirada cargada de causticidad.

—Tengo que irme —señala la mujer morena—. Podemos dejarlo para otro momento —añade con una sonrisa antes de marcharse.

Tengo la impresión de que, si no ha ocurrido ahora, ya no ocurrirá.

—¿Qué haces aquí, Violet? —No puedo evitar que suene a reproche—. Me da la sensación de que apareces en mi vida de tanto en tanto para fastidiármela de alguna manera.

—Esta vez no ha sido por gusto, créeme —me responde, altiva, tan fría como me ha parecido siempre.

Le señalo la puerta de mi despacho, entramos y cierro detrás de nosotros.

—Deja de perseguirme, Violet. De verdad, no entiendo esa…

—Estoy embarazada, Reese.

Mi mano, que se estaba moviendo hacía un segundo, se queda suspendida en el aire. Todo mi cuerpo, en realidad, se ha quedado igual de congelado, en cuanto el torrente sanguíneo se ha detenido.

Un instante después, reacciono, por fin. Aunque hablo sin inflexión alguna en mi voz, rígido, estático, inconmovible.

—No entiendo qué tiene que ver esa gran noticia tuya conmigo.

Ríe amargamente.

—Tú eres el padre.

—No puedo serlo —le digo, todavía tan tenso que, si alguien me rozara con un dedo, me desmoronaría como un bizcocho entre las manos—. Hace como ocho meses que no me acuesto contigo.

—No, perdona, andas muy perdido. —Ríe con mordacidad—. Hace solo un mes y una

semana. Puede que no lo recuerdes, pero eso no significa que no sucediera.

Me envaro de nuevo, tanto que temo que me cruja la mandíbula.

—Siempre tomo precauciones.

—Esa vez no, Reese —me suelta con impunidad.

—No me jodas, Violet. —La ira comienza a inundar mis venas, sustituyendo la sangre ausente—. ¿Y tú? ¡Tú también te cuidabas!

—Tuve que dejar las pastillas por un tiempo —me asegura, como si me estuviera explicando el motivo de haberse aclarado el pelo—. Me encontraba en un descanso.

El corazón me golpea fuerte en el pecho, una vez, dos, tres… ¡diez! ¡Mil!

—No tiene por qué ser mío. —¡No puede serlo!—. Tú y yo sabemos que, a pesar de tu empeño en formalizar la relación, no renunciabas a estar con otros hombres.

—No me lo digas con ese aire de reproche —me escupe—, como si tú fueras mejor que yo.

—No lo soy, Violet. Pero te aseguro que, si hubiera sentido algo por ti, te habría sido fiel.

—Y yo te aseguro que el niño es tuyo, Reese. Hace tres meses de mi última vez con otro hombre y estoy embarazada de una falta. Solo he estado contigo en ese intervalo de tiempo.

Saca una tarjeta de su bolso y la deja encima de mi mesa.

—Es de mi ginecóloga. Puedes llamarla cuando quieras y ella te lo confirmará. Para la prueba de paternidad tendrás que esperar a que nazca el bebé. Hay pruebas prenatales, pero, aparte de que no son cien por cien fiables, no están exentas de riesgo y no voy a permitir que mi hijo corra peligro. En eso soy totalmente inflexible.

Un ligero vahído se apodera de mí y me tiemblan las piernas.

—No he venido a exigirte nada, Reese, puedes tranquilizarte —añade—. Voy a tener al niño yo sola y a criarlo también sola. Únicamente he pensado que debías saberlo, que tenías derecho. A partir de ahora, me tomaré la vida con más calma. Pasaré parte del embarazo en el rancho de mis padres, en Montana. Si quieres, te iré poniendo al día. O, si lo prefieres, puedes seguir con tu vida. No voy a molestarte.

Hace el amago de marcharse, pero la tomo de un brazo.

—Espera —la detengo—. Me… gustaría que me fueras informando. Y si necesitas cualquier cosa…

—Lo sé, Reese. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Sé que podré contar contigo. —Desaparece del despacho y cierra la puerta con un suave «clic».

Me dejo caer en mi silla, tan fuerte que temo que ceda bajo mi peso. Coloco los codos sobre la mesa y la cabeza entre mis manos. Me revuelvo el pelo. Me lo revuelvo un poco más. A mi mente regresan imágenes perdidas en el tiempo, en las que veo a mis padres, sonrientes, abrazados, besándose, mientras yo pongo los ojos en blanco como cualquier adolescente que contempla gestos tan íntimos en sus progenitores. Y se me llena el pecho de calidez, de la misma calidez que siento cada vez que pienso en lograr esa clase de amor. Mejor dicho, la que sentía, porque acaba de convertirse en frialdad, en apatía, en hielo.

¿Cómo puede una vida cambiar en un segundo? ¿Cómo pueden los proyectos de esa vida desaparecer en un instante?

Con la mano temblorosa, cojo el teléfono y marco el número de Blake.

—¿Qué pasa, traidor? —me contesta con mofa desde el otro lado de la línea—. ¿Te has arrepentido ya de ofrecer tu valiosa experiencia a esos pueblerinos de Illinois?

—Lo que le ocurre es que echa de menos la pegajosa humedad de Nueva York —se burla Noah, que, al parecer, se encuentra en el despacho del CEO.

Inspiro con fuerza. Echo de menos a los que considero mis hermanos. Nunca había sido tan consciente de lo mucho que los necesito cerca.

—Mi vida se ha ido a la mierda —les digo casi en un gemido.

—Vuelve, Reese —responde Blake.

—Aquí estamos —señala Noah—. Para lo que necesites. Ya lo sabes.

* * *

Abro la puerta de mi casa, la mía de verdad, mi hogar, para dejar pasar a mis amigos. Ambos me estrechan en sendos abrazos y, cuando voy a cerrar, me encuentro con una tercera persona.

—Perdona, Reese —señala Rachel—. Sé que solo has quedado con los chicos, pero quería verte un momento. —Me abraza y me pierdo en su olor familiar, en la calma que me ofrece su cuerpo, en el tacto de sus largas y sedosas trenzas—. Quería asegurarme de que estabas bien.

—No, quédate —le digo al finalizar el abrazo. Cierro la puerta y le señalo el salón.

Con toda familiaridad, Noah trae unas cervezas de la nevera y nos ofrece una a cada uno.

—Ya mencionaste que algo te ocurre, Reese —señala Blake—. Pero recuerda que nuestros problemas siempre acaban mermando hasta la tercera parte de su peso, puesto que los repartimos siempre entre tres.

—Entre cuatro… si sirve de algo —añade Rachel.

Un destino macabro y cruel me arrebató el amor de mis padres, pero no pudo despojarme del cariño de estas personas que están ahora mismo en mi casa. El pecho se me hincha de satisfacción, de emoción, de afecto. Me sentí muy desgraciado durante mucho tiempo por lo que me ocurrió, pero ese sentimiento de pérdida no excluyó nunca que me sintiese una persona afortunada por lo que me deparó la vida.

—Suéltalo ya, tío —requiere Noah antes de darle un trago a su cerveza—. A ver si así deja de parecer que has visto un fantasma.

—Violet está embarazada —anuncio—. De mí.

Mi amigo de los ojos violetas suelta un chorro de cerveza por la boca que acaba regando la mesa auxiliar y parte del sofá.

—¡¿Qué cojones…?!

—Mierda —murmura Blake.

Rachel no dice nada. Se limita a fruncir el ceño mientras su mirada se pierde en algún pensamiento.

—Pero ¡¿cómo coño ha pasado?! —exige saber Noah.

—No querrás que te explique el proceso —se burla Blake.

—¡Joder, no! —Chasquea la lengua—. Me refiero… ¿cómo se te ocurre hacerlo a pelo?

Todos miramos de reojo a Rachel.

—Como se os ocurra sentiros mal por pensar que voy a escandalizarme cual damisela solo por ser mujer, os tiro la lata a la cabeza.

—Sois unos remilgados —se queja Noah—. Rachel es más dura que cualquiera de nosotros.

—Tampoco hacía falta ser tan gráfico —gruñe Blake.

—Dejad que conteste Reese —requiere Rachel.

—Al parecer, al doctor Sanders se le fue la mano con la medicación para regresar de Chicago el mes pasado. Violet me acompañó a casa y… acabamos en la cama.

—Un momento —interviene Noah—. ¿Te refieres al viaje que hiciste con Gwen?

—El mismo —suspiro.

—¿Te acostaste con tu novia falsa y al día siguiente con tu antigua amante? —Blake emite un silbido—. Y encima la dejas embarazada. Menudo fin de semana tan… productivo —se mofa.

—No estoy para bromas, Blake —rezongo—. Además, no me acuerdo de una mierda.

—Genial —bufa él.

—¿Y qué te exige ahora tu reina de hielo? —refunfuña Noah—. ¿Que te cases con ella?

—No me pide nada. —Deslizo los dedos por entre mi pelo. Solo por el tacto noto que necesita un corte—. Únicamente me ha informado y me ha propuesto intervenir o no en el embarazo o en la crianza. Me da a elegir, sin exigencias.

—Suena demasiado noble para provenir de Violet —masculla Noah.

—Pero no voy a desentenderme. Eso lo tengo claro —afirmo.

—Siempre que sea tuyo —añade Blake.

—Eso solo podré saberlo después del parto, puesto que las pruebas de paternidad durante el embarazo, según Violet, son demasiado invasivas y poco fiables. —Suspiro al tiempo que saco una tarjeta del bolsillo y la lanzo sobre la mesa—. Pero me temo que es cierto. Ahí tengo el teléfono de su ginecóloga para que pueda salir de dudas.

—Qué marrón —bufa Blake.

—Estar unido de por vida a esa mujer. —Noah hace una mueca que simula un escalofrío—. Me resulta sobrecogedor el mero hecho de pensarlo.

—Pero te apoyaremos en lo que haga falta. —Blake le lanza una mirada de reproche a nuestro amigo—. Ser padre es algo maravilloso, Reese.

—Ya… —musito—. Pero nunca me había imaginado así mi paternidad. He llegado a plantearme pedirle matrimonio a Violet. Me parece lo mejor para un hijo…

—Joder… —musita Blake.

—Antes me corto las pelotas —susurra Noah—. Además —comenta en un tono más beligerante—, ¿no se supone que crees en el amor? ¿No anhelabas tener lo mismo que tus padres? ¡Pues no me jodas, Reese! Te aseguro que casarte por obligación solo puede conseguir que no vuelvas a creer en nada.

Y, en mitad de la absurda conversación, de los reproches, de mis indecisiones y mis dudas, Rachel parece regresar de algún lugar y suelta una exclamación que nos hace callar a todos.

—¡No te cases con esa mujer, Reese!

La miro, perplejo.

—Y no te lo digo solo por lo que acaba de decir Noah. —Coge aire—. Creo que todo esto no ha sido más que una maniobra de Violet para tenerte, Reese.

—¿Por qué dices eso? —le cuestiona Blake—. Y no te lo pregunto porque me parezca descabellado, pero…

—¿Te acuerdas del día que la conocí? —Rachel asiente a su prometido, pero se dirige a mí al hablar—. Fue en un partido de hockey, ¿recuerdas?

—Claro que me acuerdo. —Compongo una mueca—. Ni siquiera te la presenté. Llevaba días dándole vueltas a cómo plantearle acabar con aquella relación absurda, pero ella no quería escucharme.

—Hablé con ella después del partido —me explica—. Me hizo algunas preguntas sobre la maternidad. Entre otras cosas, me dijo que quería ser madre. Y me dedicó una sonrisa tan diabólica que me dio la sensación de que acababa de descubrir el método para poder cazarte.

—Se podía esperar de una mente tan maquiavélica como la de Violet Fernsby —tercia Noah con un gruñido.

—Pero ¿por qué ahora? —les pregunto, frustrado—. ¿Por qué no lo intentó antes?

—No le dio tiempo, enseguida cortaste —me aclara Rachel.

—No sé… —suspiro al tiempo que me froto el rostro con las manos—. En este momento no sé qué pensar.

—Solo es mi opinión, Reese —señala Rachel—, pero creo que Violet miente. ¿No preferirías saber ya si dice la verdad? ¿Incluso si realmente está embarazada?

—No sé si sería capaz de algo así, pero… —Frunzo el ceño—. ¿Por qué me preguntas si quiero saberlo ya?

—Porque sabes que yo podría descubrirlo. —Me dedica una sonrisa taimada.

—¡Claro! —exclama Noah—. ¡Eres la mejor hacker que conozco!

Abro los ojos de manera desmesurada.

—Joder, ¡no! —le reprocho a Rachel—. ¡No puedes hacer eso! ¡Te puedes meter en un lío!

—Me encargo de la ciberseguridad de muchas empresas —me suelta con un punto de jactancia—. Y eso significa que soy buena, no solo en detectar un ataque, sino en no dejar una sola huella.

—Doy fe. —Blake sonríe mientras la mira con orgullo—. Mi chica es la mejor.

—Llegar hasta un historial médico es delito, joder —insisto—. Me parece un asalto a la intimidad y…

—Te prometo que no miraré nada que no esté relacionado con esto, Reese —me señala mi amiga con decisión—. Solo quiero saber si de verdad está embarazada y, en caso afirmativo, de cuántas semanas lo está. En cuanto sepa ese dato, no indagaré nada más, te lo juro.

—Pero ¿por qué iba a mentirme en algo así? —insisto con exasperación—. Me refiero a que es algo que sabría tarde o temprano…

—Quizá piense que, en cuanto lo tengas entre tus brazos —interviene Blake—, ya lo empezarás a querer. Yo soy la muestra de lo mucho que puedes amar a un hijo sin que lo sea de forma biológica. —Mira con ternura a su novia.

—Eso sería algo jodidamente cruel —gruñe Noah.

Tres pares de ojos me están mirando. Sé que solo lo hacen por el cariño que me tienen, porque les importo yo y mi felicidad. Aun así, no acabo de estar conforme con el método que sugiere Rachel.

—Está bien —dice ella misma—. Tú eres tan buen tío que no quieres hacerlo. No me das permiso para algo que no encaja con tu honradez. Vale, lo acepto. Pero resulta que yo soy una mujer adulta que puedo hacer lo que creo que es mejor para alguien a quien quiero. Así que asumo todas las consecuencias. —Coge su móvil y llama a alguien—. ¿Mamá? ¿Podrías coger mi portátil y acercármelo a casa de Reese? Vale, perfecto, te espero.

Cuelga y nos mira con desafío. Blake alza ambos brazos.

—No penséis que solo me enamoré de sus ojos dorados —expone, haciendo brillar con fuerza sus ojos celestes—. También me enamoré de su carácter, de su personalidad y de la fuerza que ella no sabía que tenía.

Doy un suspiro, me dejo caer en el sofá y me termino lo que queda de mi cerveza.

* * *

Media hora después, entran en mi casa Sara y Jeremy, la madre y el hijo de Rachel.

—Hola, mis chicos guapos. —La mujer nos da dos besos a cada uno justo después de pasarle un maletín a Rachel.

—¡Tío Reese, tío Reese! —exclama el pequeño al tiempo que se lanza sobre mi regazo y rodea mi cuello con sus bracitos—. ¿Por qué no estabas?

—He tenido que trabajar en Chicago —le explico tras darle un beso en su rubia cabeza.

—¿Te vas a quedar? —me pregunta esperanzado, haciendo destacar en su rostro sus grandes ojos castaños.

—Sí, me voy a quedar —le respondo con una sonrisa.

—¡Bieeen! —grita, levantando sus puños.

—Pensaba que yo era tu tío favorito —se queja Noah.

Jeremy emite una carcajada y se lanza sobre Noah. Una suave ola de calidez me cubre por entero al ver a mi amigo jugando y riendo con un crío de tres años. Después de compartir con él durante años toda su tristeza, todos sus remordimientos y toda la ira que acumula, pienso que si hay alguien que se merece ser feliz, ese es el chico de los ojos más bonitos y desconcertantes del mundo.

De reojo, observo a Rachel, que teclea en su portátil con vehemencia. Solo unos minutos después, baja la tapa del ordenador y relaja sus hombros con un suspiro y una sonrisa satisfecha.

—Ya está —nos anuncia.

Silencio. Expectación.

—¿Y? —le pregunto.

—Y ¿qué? —repite Rachel.

—¿Qué has averiguado? —insisto.

—Te he dicho que yo asumía todas las consecuencias —me aclara—. No puedo decirte qué es lo que he encontrado.

—Rachel, joder —bufo.

—Solo voy a decirte que te aconsejo que le hagas una visita a Violet y le pidas que te cuente la verdad y la razón por la que te ha mentido.

—¿En qué me ha mentido? —le digo, impaciente—. ¿No está embarazada o no soy el padre?

Rachel se encoge de hombros.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

* * *

Hacía mucho tiempo que no aparecía por casa de Violet. Vive en un apartamento del Midtown, en un estiloso y moderno edificio de treinta y cinco plantas. Compongo una mueca de pesar al recordar que se trasladó del piso veintinueve al tercero únicamente por mí, para que no tuviera miedo de acercarme a los ventanales por el vértigo que padezco desde los catorce años.

—Reese —musita el verme—. Qué inesperada sorpresa…

—¿Puedo pasar?

—Claro…

Me hace un gesto y cierra la puerta. Contemplo la decoración vanguardista, los espacios abiertos y diáfanos, los muebles de diseño. Me conozco cada detalle, pero solo de verlos de pasada, sin haberme fijado nunca realmente en ellos, sin preguntarme si me gustaban. No me importaban. Y era lo mismo que me sucedía con la dueña. Nunca mantuvimos una conversación profunda, ni siquiera teníamos nada de que hablar. Podía localizar hasta el último de los lunares de su cuerpo, pero jamás supe qué le gustaba, qué la motivaba, qué deseaba en la vida.

—Lo siento, Violet. —Es lo primero que le digo. Ella me mira, perpleja, clavando en mí sus bonitos y distantes ojos verdes. Lleva puestos unos vaporosos pantalones blancos y una blusa de

seda azul. Su cabello rubio recogido en la nuca le ofrece un punto más de altivez, de distancia, de frialdad.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que hayas tenido que mentirme por mi culpa.

Se tensa y se pone en guardia.

—No sé a qué te refieres, pero…

—Por favor —la corto—, no sigas fingiendo más, Violet. Admito mi culpa, el tiempo en el que te di esperanzas, haberme quedado atado a ti por costumbre, sin pensar en que podía estar haciéndote daño.

Un ligero temblor sacude su labio inferior.

—Pero no es necesario que nos lo sigamos haciendo mutuamente —prosigo—. Me arrepiento de no haber contado con tus sentimientos, y lo lamento de veras, Violet. Pero tampoco creo que merezca que me hagas algo así.

De repente, veo a Violet como no la he visto en la vida: llorando. Hunde el rostro entre sus manos y sus hombros se agitan haciendo temblar la seda azul de su blusa.

—Eh, tranquila. —Me acerco a ella, poso mis manos en sus hombros y le doy un beso en el pelo—. No pretendía hacerte llorar.

Lo que sí le pega mucho es que detenga pronto su llanto, se aparte de mí y muestre su expresión más imperturbable.

—Supongo que lo has averiguado.

—¿Por qué lo has hecho, Violet? —le pregunto sin saber a qué me estoy refiriendo realmente.

—Solo quería tenerte —me dice con impasibilidad—. Mientras todavía estábamos juntos, dejé de tomar anticonceptivos, pero, aunque te pedí más de una vez que no utilizaras preservativos, nunca accediste.

—¿Pretendías utilizar el primitivo método del embarazo para que me quedara contigo? —le pregunto con asombro.

—En el amor y en la guerra, todo está permitido —me suelta con indiferencia—. Pero a mí no me sirvió. Cuando quise darme cuenta, me estabas dejando en aquella surrealista escena del restaurante.

—Pero… ha pasado tiempo, Violet —susurro—. Podrías haber rehecho tu vida perfectamente.

—Lo intenté. —Inspira con fuerza para paliar una emoción que no está acostumbrada a mostrar—. Estuve con varios hombres, pero siempre estabas ahí, presente en mis pensamientos, con tu sonrisa bonita, con tu mirada pícara, con tu maldito buen corazón.

Bajo la vista, consternado.

—Y entonces la cago —confiesa—, y me quedo embarazada de un hombre que no es el que quiero.

Clavo las uñas en mis palmas para contenerme y seguir escuchando.

—Por eso fui a verte a tu despacho después de tanto tiempo, para intentar retomar lo que teníamos, para tener una cita, para echar un maldito polvo contigo, que era lo único que me hacía falta.

—¿Para endosarme un hijo que no era mío? —le digo, intentando contener la furia que empieza a quemarme por dentro.

—Era una putada, lo sé. —Se encoge de hombros—. Pero prefería que me odiaras y tenerte a mi lado que no poder tenerte.

—Joder… —Me pellizco el puente de la nariz—. Y encontraste la solución ideal con mi viaje a Chicago.

—No podía dejarlo pasar. —Sonríe un poco, aunque a mí no me haga ni maldita gracia—. Una pastillita en tu bebida y, junto con la medicación que te habían de inyectar… ¡ahí estaba!, el desenlace ideal para mi… problema.

—¿Llegamos a hacerlo? —le pregunto.

Emite una risa amarga.

—Por supuesto que no. No era mi intención aprovecharme de ti, tranquilo. Solo tenías que creerlo.

Siento cierto alivio, algo paradójico en mitad de tantas confesiones execrables.

—Sigo sintiéndome culpable —confieso—. Pero ¿no crees que está mal que yo haya pedido disculpas y tú no?

—No pienso pedirte perdón, Reese —responde, elevando su barbilla—. ¿Acaso no te has enamorado nunca? ¿No has estado dispuesto a hacer cualquier cosa por amor?

—Tú no me has amado nunca, Violet. Estoy seguro de ello porque a la persona amada no se la engaña. Si amas a alguien de verdad, prefieres alejarlo de ti antes que causarle infelicidad.

—Si sigues pensando así —señala con soberbia—, te quedarás solo, Reese.

—Prefiero estar solo que obligar a alguien a permanecer a mi lado. —Me dirijo a la puerta—. Ojalá seas feliz, Violet.

* * *

Necesito descansar. Me urge dormir. Quiero meterme en la cama y no despertar en dos malditos días.

Pero supongo que es pedir demasiado. Cuando entro en casa, mis amigos siguen en mi salón. Blake está dormido en el sofá con Rachel encima, y Noah ronca a pierna suelta en el sillón con las piernas apoyadas en la mesita de centro. Imagino que Sara se ha llevado a Jeremy.

Niego con la cabeza y me muerdo los labios para no reír. Mi vena bromista decide despertarlos a todos de una forma… un poco ruidosa. Voy a la cocina, cojo un par de ollas con sus tapas y regreso para dejarlas caer en mitad del suelo del salón con un fuerte estrépito. Un microsegundo después, tres cuerpos rebotan en mitad de una algarabía de gritos y quejas.

—Perdón —les digo—. Qué torpe soy.

—Cabrón… —musita Noah mientras refriega sus ojos con los puños.

—Qué capullo eres —murmura Blake.

—¿Qué has averiguado? —pregunta Rachel mientras ahoga un bostezo.

—Que sois grandes —opto por decirles—. Que soy el tipo más afortunado del universo. Que sois mis putos hermanos y os quiero, joder.

—Anda, siéntate aquí —me dice Blake con una enorme sonrisa. Una vez me coloco junto a la pareja, Noah me regala una de sus miradas desconcertantes sin moverse del sillón. Al chico de los ojos violeta le cuesta un mundo demostrar afecto. Tal vez sienta miedo. Tal vez así se sienta más seguro. Tal vez ni siquiera sabe mostrarlo. Aunque yo sé que lo siente. Todos nosotros lo sabemos.

—Está embarazada de ocho semanas, Reese —me confía Rachel—. No de cinco como te había asegurado.

—Prefiero olvidar el tema —le pido con un audible suspiro.

—Lo que tienes que hacer es tomarte unas vacaciones —comenta Blake—. Llevas acumulado el peso del proyecto, de las mentiras de Violet, del malentendido con Gwen…

—Y aun así no pierde la sonrisa —señala Rachel con ternura.

—No es buen momento para largarme —refunfuño—. Todavía tengo pendiente el problema con los ensayos de…

—Oh, Reese, vete a la mierda —proclama Noah—. Deja de ser tan buen tío y desmelénate un poco. —Se le enciende su mirada lila—. ¿Por qué no te vas unos días y te limitas a no hacer nada? Nada bueno, me refiero. —Ríe—. Va, te dejo mi casa de la playa.

—¿Esa a la que no has ido nunca? —rezongo.

—Ya os dije que no quiero nada de mi herencia. —Se encoge de hombros—. Y menos esa maldita casa.

—Yo lo veo buena idea —señala Blake—. Además, como tu superior que soy, te lo ordeno.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco.

—Lo decimos en serio, Reese —insiste Rachel—. Hazlo por nosotros.

—Me lo pensaré.

Capítulo 40

Los Hamptons, en la actualidad

GWEN

—¿Qué haces? —exclama Ellie—. ¿Para qué te vistes con ropa?

Dejo de mirar hacia el espejo y me giro hacia ella con una ceja levantada.

—¿Puedes repetir la pregunta? No acabo de pillarla.

—Se refiere a que, para una fiesta en la playa, hay que vestirse con trajes de baño —aclara Justin, que lleva puesto un bañador blanco y se está poniendo una camisa estampada que se deja abierta. Seguro que causa sensación esta noche.

—¡Claro! —le da la razón mi amiga—. ¡Mírame a mí también!

Ellie se ha puesto un bikini negro y se ha anudado un pequeño pareo amarillo alrededor de la cintura.

—Bueno —titubeo—, yo me he dejado el bikini debajo de la ropa… —Señalo mi pantalón tejano corto y mi *top* naranja.

—No está mal pensado, Gwen —explica Justin—, pero se trata de ir a esta fiesta nocturna como si fuésemos a la playa en pleno día. Acabo de pasar por allí y créeme si te digo que yo soy el que más ropa lleva.

—Vaaale —suspiro.

Me quito el pantalón y la camiseta y voy en busca de mi maleta, que, después de tres días, sigo sin haber vaciado del todo. Rebusco entre varias prendas hasta dar con un pareo de color fucsia. No es tan corto como el de Ellie, pero, al anudarlo en mi cintura, compruebo que me cubre por debajo de las rodillas y que me queda bien. El bikini es floreado, con la mayoría de las flores estampadas en rosa, por lo que ambas prendas combinan a la perfección. Para terminar, me pongo unas chanclas hawaianas en los pies.

—Ahora sí. —Ellie ríe—. Estás perfecta.

Lo dice mi amiga, y yo la creo. Ya sé que las amigas solo quieren eso, ser buenas amigas, hacernos sentir bien, conseguir que nos queramos, hacernos felices. Pero no me importa si no es sincera del todo. Y no lo digo porque me mienta, sino porque, a sus ojos, yo le parezco así, guapa, perfecta. Por eso consigue su propósito: hacer que me quiera y que me sienta querida.

Unos minutos después, estamos en plena fiesta. Sonrío emocionada al encontrarme en un

lugar que me resulta mágico, por estar bajo las estrellas, por hallarse al lado del mar, por las luces, por los colores, por la gente. Si miro hacia arriba, me encuentro con el cielo nocturno como único techo. Si observo lo que hay más allá de nosotros, distingo la espuma blanca de las olas al romper. Si disfruto lo que nos envuelve, veo risas, luces y música. Y todo ello junto a mis amigos, que se lo están pasando tan bien como yo. Ellie baila junto a mí, aunque paramos de movernos cuando Justin aparece con tres copas que contienen líquidos coloridos, pajitas y sombrillitas de papel. Está sonando *Where she goes*, de Bad Bunny.

—¡Esto es una pasada! —grita Ellie por encima de la música—. ¿Os lo imaginabais? —Ríe—. ¿Estar en un sitio así?

—¿Te refieres a camuflarnos entre gente de pasta? —bromea Justin al tiempo que alza su copa.

—Si supieran dónde vivimos, iban a flipar —señala Ellie con una mueca.

—¿Lo dices por las cucarachas, por las manchas de moho de las paredes o por las dos redadas de la policía que llevamos ya esta semana? —se mofa Justin.

—Pues yo le he cogido cariño a nuestro pequeño apartamento —intervengo—. Aunque solo sea por la compañía. —Río.

—No alucines, Ricitos —bufa mi amigo—. Es una mierda de piso. Y lo que más me jode es que vale menos que la caseta del perro de cualquiera de estos pijos.

—Deja de quejarte y disfruta, anda —le digo mientras me muevo a su alrededor, contoneando mis caderas.

Sé que es el alcohol el que guía casi todos mis movimientos, pero me lo estoy pasando de maravilla y me siento mejor que nunca. Me termino todo lo que queda de mi combinado. Sabe a vodka, a naranja y a alguna fruta más.

—¿Qué es esto, Justin? —Le señalo mi copa vacía.

—Sex on the beach —responde con un guiño—. Muy apropiado, ¿no?

—Será para ti. —Río con ganas—. La mitad de las pijas de las que te estabas quejando están mirándote mientras babean. Y lo mismo hacen unos cuantos ricachones con ganas de marcha.

—¡A nosotras también nos miran! —protesta Ellie—. Creo que cualquiera de nosotros podría acabar la noche acompañado —señala con un punto lascivo—. ¿No os dais cuenta de que todo invita al sexo? La música, la bebida, un montón de torsos desnudos…

—¡Y luego soy yo el salido! —gruñe Justin.

Me duelen las piernas de bailar y la barriga de tanto reír, por lo que, en cuanto diviso una tumbona vacía, me lanzo sobre ella como si acabase de encontrar mi salvación. Mis dos amigos corren conmigo y los tres caemos desparramados sobre la lona de color azul.

—A este paso —se carcajea Ellie—, se van a dar cuenta de que no estamos muy acostumbrados a este ambiente.

—Me la pela —responde Justin antes de acabarse el último trago y tirar la copa sobre la arena. Acto seguido, lanza un eructo al aire.

—¡Eres un cerdo, tío! —lo reprende Ellie—. ¡Acabaremos dando la nota!

—No sabes cuánto me preocupa eso —ironiza él.

—¿Qué os parece si traigo algo más de bebida? —les sugiero.

—Perfecto —señala mi amiga—. Creo que eres la única a la que no se le caerá todo el líquido por el camino.

Voy a levantarme de la hamaca, pero, en mitad del movimiento, vuelvo a dejarme caer en ella. Al fijarme en la barra de bebidas, localizo una figura masculina que me es demasiado familiar. Tan familiar como el cabello dorado que refulge bajo las bombillas de la barra, aunque se haya dejado caer al final, en la zona más oscura y apartada.

—¡Me cago en la leche! —exclamo—. ¿Dos cócteles con vodka ya te hacen ver visiones o ese tío es Reese?

—¡Hostias! —se suma Ellie—. Si son visiones, aparecen en grupo, porque a mí también me lo parece.

—¿Otra vez te lo encuentras por casualidad? —rezonga Justin—. Nena, voy a empezar a pensar que lo vuestro es imposible de eludir; que el destino os quiere unir, cueste lo que cueste.

—Eso díselo a su novia embarazada —refunfuña mi amiga.

Siento un agudo pinchazo en el pecho al oír las palabras de Ellie.

—Eso no quita que fuese injusta con él —le digo al tiempo que me pongo en pie—. Necesito pedirle disculpas por todo lo que le solté.

Aunque me muera de dolor al volver a renunciar a él.

—Cuidado, Ricitos —me previene Justin—. A veces el amor nos ciega tanto que somos capaces de destrozarnos a nosotros mismos por tal de no hacerle daño a la otra persona.

Quizá lleve razón, pero apenas pienso en lo que me ha dicho mi amigo mientras camino por la arena en dirección al hombre que bebe una cerveza en el punto más alejado del bar. Lleva un holgado pantalón caqui que le llega a las rodillas y una camisa de lino blanca. Su cabello claro está más largo y algo se me remueve por dentro al observar cómo se lo peina con los dedos.

¿Estará preocupado por algo?

Cuando estoy a un metro de distancia, el corazón me golpea tan fuerte en las costillas que sospecho que es el sonido lo que le ha hecho darse la vuelta, porque no he dicho ni una palabra, pero él se ha girado y me mira como si fuese una aparición fantasmagórica.

—Gwen… —musita.

Cierro los ojos un instante. Su voz cálida pronunciando mi nombre será el sonido más hermoso que oiga en esta vida.

—Hola, Reese —lo saludo, orgullosa de haber podido sonreír y hablar sin que se me doblen las piernas—. Está claro que lo nuestro son las casualidades. A no ser que seas un psicópata obsesionado por las chicas de pelo rizado y me hayas estado siguiendo todo este tiempo.

Reese sonríe, pero sin dejar de mirarme por todas partes. Desliza su mirada ambarina por mis piernas, mi estómago, mis pechos cubiertos solo por un escueto bikini, y, por último, se detiene

en mi rostro.

—No sé cuántas he tenido en mi vida —musita—. Pero tú siempre serás mi mejor casualidad, Gwen.

Siento sus palabras como una caricia que me estremece, que me calienta, que me recuerda por qué estoy enamorada de este hombre. Porque lo sigo estando, a pesar de mis intentos por olvidarlo. Mi corazón traidor es incapaz de arrancarlo de mi piel.

Inspiro profundamente para proveerme de fuerzas.

—Yo… siento mucho todo lo que te dije la última vez que nos vimos, Reese —me disculpo—. Me irrita sobremanera pensar que las flechas envenenadas de una acosadora me nublaran tanto el juicio. Lo lamento de veras.

—No importa —susurra, mirándome como si aún no estuviese muy seguro de mi presencia—. En serio, Gwen, no te preocupes.

—Pero ¿por qué no me corregiste? ¿Por qué no te defendiste?

Su mirada se vuelve más dorada, más brillante, más intensa.

—No quería atarte a mí de ninguna manera —musita—. No quería que siguieras pensando que yo era especial solo porque no tenías experiencia, solo porque yo había sido el primero. —Traga saliva y observo fascinada el movimiento de su nuez de Adán—. Podía confundir tus sentimientos.

Emito un gemido sordo. ¿Confundida? Estoy a punto de soltarle que lo único que me confundió fue saber que se acostaba conmigo y con, al menos, otra más.

—¿Qué haces por aquí? —me pregunta.

—He venido a pasar unos días con mis amigos. —Señalo hacia la hamaca en la que siguen Justin y Ellie, que continúan bebiendo mientras disimulan que no están mirando—. A cargar pilas antes de dejar de ser una becaria.

—Te dije que lo conseguirías, Gwen —comenta con suavidad—. Enhorabuena. Y sin mi ayuda —señala con una mueca.

—Lo sé —murmuro—. Gracias. ¿Y tú? ¿También estás cargando baterías? He sabido que tenías mucho lío en Chicago.

—Mis amigos me obligaron —bromea—. Pero es cierto, me hacía falta un descanso.

Miro hacia la barra, por encima de su hombro y de su cabeza, buscando a la rubia que debería estar por aquí y que aparecerá en cualquier momento a restregarme con su mirada de desdén que Reese es suyo.

—¿Y tu… novia? —le pregunto cuando no veo a nadie en muchos metros a la redonda.

—Mi ¿qué? —Sonríe.

Frunzo el ceño.

—No sé a qué viene la guasa.

—A que la única chica a la que he llamado así, aunque fuera por un trato, fuiste tú, Gwen. Nunca he tenido novia.

—Bueno, vale —rezongo—. Pues la madre de tu hijo. Aquella rubia tan guapa con la que ya te vieron en tu despacho y en un restaurante…

—¿La madre de mi…? —Cierra los ojos con fuerza—. Joder, Violet…

—Sí, así me dijo que se llamaba —le aseguro.

—¿Y cuándo supiste tú eso?

¿No se da cuenta del dolor que me causa hablar de ello?

—En Chicago, cuando me la encontré en la habitación. En *nuestra* habitación. —Subrayo el posesivo.

—Maldita sea —brama al tiempo que se introduce las dos manos en el pelo—. ¡Maldita seas, Violet!

—¿Se puede saber qué pasa?

Él me mira con expresión pesarosa.

—Desde entonces has estado pensando que yo iba a tener un hijo. ¿Por qué no me hiciste ningún comentario al respecto?

—¿Quién era yo para criticarte nada? —le reprocho—. Tú lo has dicho. Solo teníamos un estúpido trato.

Reese inspira y se acerca un poco más. Puedo contemplar la sombra dorada de la incipiente barba que cubre su mentón. Hasta mí llega su olor inconfundible, a ropa recién lavada y a su perfume, con un toque de sal.

—Es mentira, Gwen —me confiesa—. Violet está embarazada, pero no de mí. Hace muchos meses que lo dejamos. A mí también me lo hizo creer al principio, pero descubrí a tiempo su engaño.

—Pero… —titubeo, aturdida—, si lo habíais dejado hacía tanto tiempo, ¿cómo pudiste creerla?

—Me drogó en el viaje de vuelta desde Chicago —me aclara—. Ella me dijo que te habías marchado y yo nunca supe el verdadero motivo, lo siento. Después… me hizo creer que nos habíamos acostado, aunque yo no recordara nada.

—Entonces —susurro—, ¿no vas a ser padre?

—No —responde—. Por la sencilla razón de que no he estado con nadie más que contigo durante los últimos seis meses.

Siento una caricia en el interior de mi cuerpo, como si una mano caliente rozara mi corazón. Y una euforia demasiado grande para demostrarla.

—Lamento todo lo que has pasado, Reese —le digo, sin embargo, al pensar en el engaño al que estuvo sometido—. Lo que te hizo esa mujer…

—Prefiero olvidarlo. —Se encoge de hombros.

Nuestras miradas se enredan, como tantas veces hicieron durante nuestra fingida relación. Yo me pierdo en sus lagunas doradas y él no aparta la vista ni un instante de mis ojos o de mi boca. Da la sensación de que estamos esperando. No sé a qué, no sé para qué, pero esperamos. En mi

mente se recrea una bonita y emotiva escena en la que ambos nos abrazamos, nos besamos y nos confesamos el amor que sentimos, pero no es más que eso, una escena de final de película romántica.

—En fin, Reese —opto por decirle, antes de hacerlo sentir más incómodo—, me alegro de verte y de saber que todo ha salido bien.

—Yo también me alegro de verte —me susurra.

Nos estamos despidiendo, pero no dejamos de mirarnos. Una suave brisa marina revuelve su cabello y me duelen los dedos por el ansia de tocárselo. Varios de mis rizos también se han movido sobre mi frente y, cuando veo cómo se alza la mano de Reese, espero con palpitante ansia que tome uno de mis tirabuzones entre los dedos, lo estire y lo vuelva a soltar. Pero la decepción me asalta cuando lo veo bajar el brazo.

¡No puede ser que se vaya así, sin más! Mi garganta me quema, abrasada por las palabras que bullen en ella. «¡Te quiero!», grita mi mente. Pero, en mitad de mi vacilación, Reese ya se ha dado la vuelta y comienza a alejarse de mí.

Yo no significo nada para él.

Antes de que yo también me dé la vuelta, contemplo de reojo cómo Reese se detiene. Sus hombros se ponen rígidos, pero al mismo tiempo se alzan. Se gira, camina hacia mí y clava sus pies descalzos en la arena cuando lo tengo a un palmo de distancia. Su expresión se torna intensa y sus ojos se oscurecen. Nunca me había parecido tan alto, tan rubio, tan salvajemente hermoso.

—Estoy cansado de contenerme, Gwen —confiesa en un tono vehemente y apasionado—. Estoy cansado de desearte y pensar que estás prohibida para mí. Estoy cansado de soñarte y no poder tenerte. Estoy harto de fingir, de pensar que no te convengo, de suponer que no hemos coincidido en el tiempo correcto. Estoy harto de pretextos inútiles para convencerme a mí mismo de que soy demasiado mayor para ti y tú demasiado joven para mí.

—Yo… nunca he dicho eso —musito, aturdida por su confesión.

—Pero lo digo yo —dictamina—. Voy a cumplir treinta y siete años, Gwen, y tú todavía eres casi una universitaria de veinticuatro. Pero ¿sabes qué? Empiezo a pensar que eso solo son números, porque me ha sido imposible no enamorarme de ti. A pesar de soñarte, de fingir, de pensar y de todas las excusas… estoy loco por ti, Gwen, por la chica de colores.

Me quedo sin respiración.

—Y te deseo, Gwen, tanto que me duele cada parte de mi cuerpo cuando te tengo cerca —continúa—. Por si alguna vez has tenido alguna duda, te deseé la primera vez que te vi.

—¿El… día del beso? —balbuceo.

Él emite una risa amarga.

—No, Gwen. He dicho la primera vez que te vi, despotricando, insultándome mientras me enseñabas tus gafas rotas.

No puede ser…

—¡Madre mía! —exclamo alucinada—. Pero ese día… Ay, Dios. ¿Eras tú? ¿El que confundí

con Despreciable Dexter?

—Sí, era yo —me asegura—. Estaba con Violet, intentando romper con ella, cuando apareciste de la nada y te sentaste frente a mí, llamándome cabrón y tirando una copa de vino.

—Virgen del Amor Hermoso. —Abochornada, me tapo la cara con las manos—. Pero ¿cómo ibas a desearme? ¡Con las pintas que llevaba y lo borde que me puse!

—Estabas preciosa. —Se acerca un poco más y roza el *piercing* de mi nariz. Me entran ganas de llorar—. Pero lo que más me gustó de ti fue aquella fuerza, aquella determinación, aquella intención indestructible de arrasar con cualquiera que le hubiese hecho daño a tu amiga. Me dejaste hechizado, sin aliento, cariño.

Me llevo la mano a la boca. ¿Cómo puede ser? ¡Yo también lo sentí!

—Si supieras lo avergonzada que me sentía pensando que me estaba sintiendo atraída por el ex de mi amiga…

Reese ríe y apoya su frente en la mía.

—Estoy cansado de pelear conmigo mismo, Gwen. Solo quería decirte la verdad, lo que siento, lo que soy. No importa si tú no sientes lo mismo, o si crees que lo nuestro no es posible. Me marcharé y dejaré que sigas tu camino.

—¿Cómo puedes llegar a ser tan tonto? —le digo mientras río y lloro. Siento caer por mis mejillas dos finas lágrimas, pero de absoluta felicidad—. Todo un jefe de ingeniería, doce años mayor que yo, y no se ha dado ni maldita cuenta de lo mucho que lo quiero. ¡Y por supuesto que es posible! ¿Por qué no va a serlo?

Reese posa sus grandes manos a ambos lados de mi rostro y busca mi boca. Cuando sus labios entran en contacto con los míos, un millón de mariposas aletean en mis entrañas, como si fuera la primera vez que nos besamos.

—Te quiero, Reese —murmuro a un milímetro de su boca—. Y, si llego a saber que tú también te sentías atraído por mí, te lo habría dicho hace tiempo.

—¿Sentirme atraído por ti? —Me da un beso suave, lento y dulce, y después me mira fijamente—. Estoy enamorado de ti, Gwen. Amo cada parte de ti, cada risa, cada aliento, cada rizo y cada sonrojo. Me has hechizado por completo.

Creo que todas las sonrisas que me arrebataron hace años acaban de concentrarse en una sola, en la que acabo de mostrarle a Reese. Rodeo su cuello con mis brazos y él me pega a su cuerpo para que podamos fundirnos en un beso, largo, húmedo, profundo. Sus manos se pasean por mi espalda y acaban acunando mi trasero para encajarme contra su dura erección.

—Más vale que me refresque un poco —bufa mientras se aparta de mí—. Tenerte así, en bikini, con toda esa piel cremosa al aire… —Fija su mirada en mis pechos.

—¿Quieres que demos un paseo por la orilla? —le sugiero.

Me mira como si acabase de regalarle el cielo.

—Me encantaría.

Enlazamos nuestras manos y caminamos hasta la línea espumosa de la playa. Dejamos atrás la

música, las luces, la gente, para internarnos en la inmensidad oscura que forman el cielo y el mar. Olvido mis chanclas en la arena y dejo que las olas acaricien mis pies. Reese suelta mi mano para enlazar mi cintura con su brazo. Yo hago lo mismo. Y parecemos novios; novios de verdad.

—¿Crees que tenemos una oportunidad? —le pregunto mientras apoyo mi cabeza en su hombro. Él besa mi sien.

—No tenemos otra opción —murmura contra mi pelo—. ¿No has visto las veces que la casualidad nos ha unido?

—Es cierto. —Sonrío. Jugueteo con el agua con los pies, me abrazo más fuerte a Reese y hundo mi cara en la suave tela de su camisa.

—¿Qué te parece si probamos a ser novios de verdad? —me susurra.

Rápidamente, me aparto de él y corro entre chapoteos para colocarme delante de su alta figura y posar una mano en su pecho.

—¿Has dicho… «novios»?

Él se limita a acunar mi rostro con sus manos y a besarme antes de sonreírme con dulzura.

—¿No te agrada la idea? ¿Crees que podemos tener problemas porque no nos guste la misma música? —bromea.

—¡Eso no es cierto! —Río a carcajadas.

—No será que quieres estar conmigo porque te dan pena los viejecitos…

—¡No eres viejo, tonto!

En mitad de las risas, alzo el pie para salpicarlo y salgo corriendo. Él me persigue hasta que, con toda facilidad, me coge por la cintura, me levanta del suelo y me hace girar y girar. Nuestros rostros quedan muy cerca, aproximo mi boca a la suya y… me zafo de él para seguir corriendo. Un instante después, me desato el pareo y lo tiro a la arena.

—¡Vamos a bañarnos! —exclamo, eufórica.

Reese también ríe y lo veo desprenderse de su camisa. Ya me llega el agua a las rodillas cuando se me ocurre una idea que me provoca un hormigueo de excitación por todo el cuerpo. Me giro hacia él y comienzo a desatarme el nudo de la parte de arriba del bikini, que acaba haciéndole compañía al pareo. Después, me bajo las braguitas y las lanzó al mismo sitio. Por último, cojo agua con una mano y salpico a Reese antes de internarme corriendo en el mar.

—¡Píllame si puedes, viejales!

Oigo los chapoteos a mi espalda, por lo que me lanzo al agua para sumergirme. Todo está demasiado oscuro y mi única referencia es el resplandor de la luna, por lo que emerjo y busco a mi alrededor. Todo es negrura y silencio.

—¿Reese?

Suelto un grito y una risotada cuando surge del agua a mi espalda, me coge de la cintura y muerde con suavidad mi hombro.

—¡Sabía que harías eso! —exclamo mientras me doy la vuelta entre sus brazos.

La tenue claridad que emite la luna es suficiente para que pueda admirar su rostro y su cabello

mojados. Sus hombros y su pecho parecen salpicados de diminutos diamantes, aunque si hay algo que brilla en Reese son sus ojos, que me miran con un deseo tan descarnado que un gemido exhala de mi garganta. Poso una mano en su mandíbula. Él coloca detrás de mi oreja un montón de rizos mojados. Mi respiración se acelera y su aliento se mezcla con el mío. El agua está fría, pero siento mi cuerpo caliente y excitado.

—Gwen…

No lo dejo hablar. Rodeo sus anchos hombros y me encaramo a sus caderas desnudas rodeándolo con las piernas. Mi sexo queda a la altura de su miembro excitado y el contacto me hace soltar un profundo gemido de placer. Subo y bajo para provocar la fricción y Reese hunde su rostro en la curva de mi cuello.

—Joder, Gwen… —musita—. Aquí no podemos…

—¿Por qué no? —le pregunto, traviesa, mientras sigo frotándome contra él.

—Porque no he traído nada para protegernos…

Me detengo un instante y lo miro a los ojos. Respiro de forma acelerada debido al fuerte palpitar de mi corazón y a los suaves latidos que siento entre las piernas.

—Visité el área de salud y planificación familiar de Columbia —lo informo—. Ya soy una mujer sexualmente activa —bromeo—. Así que, si confías en que estoy sana, yo también confío en ti, Reese.

Un gemido bronco emerge de la boca de Reese antes de besarme y presionarme aún más fuerte contra su cuerpo. Me aferra por la cintura para alzarme y poder tener mis pechos a la altura de su boca. Cuando siento cómo rodea con sus labios y su lengua mis pezones duros, me muevo ansiosa contra él.

—Dios, Gwen… —susurra entre beso y beso, entre lamidos y pequeños mordiscos—. Me vuelves loco. No solo me hechizaste la primera vez que te vi, sino que te habría sacado de allí y te habría llevado a mi casa para follarte toda la noche.

—¿En… serio? —gimo. La sangre corre ardiente por mis venas y necesito llenarme de Reese ahora mismo.

—Y cada vez que volvíamos a coincidir, pensaba en lo mismo —continúa, jadeante—. Cuando te besé, cuando apareciste en mi despacho, cada vez que nos despedíamos en mi coche… Solo deseaba tenerte desnuda y enredada en mi cuerpo.

Trago saliva con esfuerzo en mitad de un gemido. Reese me está chupando un pezón y clavando sus dedos en mi trasero para embestirme contra su dureza. La base de su miembro golpea la parte más palpitante de mi sexo y temo alcanzar el clímax con solo esa excitante fricción.

—¿O acaso no recuerdas cuando me excité al salir de la ducha y verte frente a mí? —Acerca su boca a mi oído y sigue hablándome. Nunca pensé que unos susurros eróticos pudieran calentar mi sangre de esta manera—. Fue imposible no reaccionar a ti —musita—. Pasé la noche más difícil de mi vida, contigo tan cerca y a la vez tan lejos, imaginándote desnuda, soñando que

enviaba al carajo aquellas malditas almohadas y te follaba una y otra vez, sin descanso, para hacer que te corrieras tantas veces que acabaras exhausta y dormida junto a mí.

—Pues hazlo ahora —lo apremio—. ¡Ahora, Reese!

—Hacer, ¿qué? —me pregunta travieso.

—¡Te odio ahora mismo!

—¿Qué quieres que hagamos, Gwen?

Busco su miembro, lo agarro entre mis dedos y lo llevo hasta la entrada de mi cuerpo.

—¡Follarnos, Reese! —gimo al tiempo que bajo sobre su erección para insertarla en mi interior.

Me aferro a los hombros de Reese para subir y bajar mientras él me apresa por las caderas para entrar y salir de mí. A nuestro alrededor, la superficie del mar se ondula, nos envuelve y nos salpica, y, bajo un oscuro cielo estrellado, grito de placer y me estremezco entre los brazos de Reese.

Tras alcanzar el clímax, seguimos abrazados dentro del agua, acariciándonos de forma perezosa.

—¿Crees que tus amigos nos habrán echado en falta?

Sonrío contra su hombro mojado.

—Mis amigos deben de imaginarse dónde estoy ahora mismo. —Levanto la cabeza para poder mirarlo—. Ellos ya me advirtieron que tantas casualidades tenían que ser por algo.

—Mi más bonita casualidad siempre serás tú, Gwen —me susurra—. Mi Gwen.

Capítulo 41

Nueva York, en la actualidad

GWEN

Gillian me hace pasar a la estancia y me llevo una mano al pecho.

—Dios mío —musito—. ¿Este es mi despacho?

—Es un poco pequeño —señala mi jefa—, pero de momento…

—No —la corto, alzando una mano—. No. Es perfecto, Gillian, me encanta.

Emocionada, fascinada y sobrecogida, deslizo las yemas de mis dedos por la mesa de color gris, por la silla negra, por el monitor también negro, por la estantería de color blanco. Son pocos colores, o demasiado neutros, pero yo me encargaré de añadir pinceladas con tonalidades más cálidas y alegres. Imagino unas plantas, unos libros, unas fotografías…

—Tendrás que añadirle algún toque personal —comenta Gillian, como si leyera mi pensamiento—. Los muebles son provisionales, pero ya he pedido…

—Está genial —vuelvo a interrumpirla en el preciso instante en el que me acerco a la ventana. Desde aquí solo puede atisbarse un resquicio de luz, una diminuta grieta verde entre los edificios, un diminuto pedazo de Central Park. Pero, aun así, me parecen las vistas más bonitas del mundo —. De verdad, Gillian —insisto al tiempo que me giro hacia ella—, es una pasada. Muchísimas gracias.

—Te lo has ganado, Gwen —me señala con una de sus escasas sonrisas—, tú solita. Pero eso no quiere decir que ya lo hayas hecho todo.

—Por supuesto que no.

—Te espera currar mucho —continúa—, esforzarte mucho, aportar mucho. Si te parecía una putada estar yendo y viniendo de la cafetera o pasarte horas junto a la fotocopiadora, te aseguro que, en ocasiones, vas a anhelar volver a ser una insignificante becaria.

Sonrío para mis adentros. Gillian a veces va de Clint Eastwood en *El sargento de hierro*, pero precisamente por eso confío tanto en ella. No me regala nada, no me alaba inútilmente solo para que me sienta mejor ni me trata con condescendencia. Pero, al mismo tiempo, reconoce mi trabajo, mi esfuerzo y mi constancia.

—Haré todo lo posible para que no te arrepientas de tu decisión —le digo.

—Estoy segura de ello —murmura mientras desaparece de la estancia.

Todavía estoy dando vueltas como una tonta, admirando las paredes o imaginando cómo quedará cada rincón, cuando me saca de mi embeleso un toque en la puerta seguido de una amable y juvenil voz femenina.

—¿Señorita Sharp?

Me vuelvo hacia ella y la contemplo desconcertada, puesto que la reconozco.

—Buenos días, señorita Sharp. Soy June Sanders, su secretaria.

—Pero… yo misma te hice la entrevista. Me dijeron que Adam necesitaba una nueva secretaria…

—Pues parece que era para usted. —Sonríe.

—Por favor, tutéame y llámame Gwen.

—Está bien, Gwen. —Me sonríe también—. ¿Quieres que empecemos por tu agenda o…?

—Déjame disfrutar de la sensación unos minutos más, por favor.

—Como quieras.

Desaparece por la puerta y continúo empapándome de la emoción y la felicidad que siento en este instante. ¿Cuántas veces he soñado con esto? Con tener un buen trabajo, en una gran empresa, mi propio despacho… Emito una carcajada y doy una vuelta sobre mí misma. ¿Secretaria? ¡No me habría atrevido ni a soñarlo!

—¿Estás bailando?

Me detengo de pronto al oír la familiar voz masculina. Reese se deja caer en el marco de la puerta, mostrando su sonrisa más bonita. Lleva un traje gris claro y su cabello dorado vuelve a tener su aspecto de siempre, después de habérselo cortado un poco. Su imagen me deja sin aliento.

—¡¿Qué te parece!? —exclamo emocionada—. ¡Es para mí!

—Ya lo sabía —confiesa con una sonrisa—. Pero preferí no comentarte nada para que te sorprendiera más. —Frunce sus bonitos labios—. Y porque Gillian me amenazó con cortarme las pelotas si te lo decía antes que ella.

—Es bonito, ¿verdad? —le pregunto, señalando lo que me rodea—. Ya sé que es pequeño, pero pondré algunas plantas y objetos personales y…

—Sí —musita—. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Una ola tibia recorre mi pecho. Observo el hermoso rostro de Reese mientras camina hacia mí, aunque se queda a un metro de distancia. Contemplo sus manos, que, al parecer, ha mantenido tras la espalda para que no pudiese ver el objeto que sujetaba con una de ellas.

—¿Es… para mí? —inquiero al ver la maceta de color fucsia que contiene una planta de lavanda.

—La dueña de la floristería se empeñó en decirme que el color fucsia no pegaba nada con el tono de la lavanda. Pero le contesté que no importaba, que a mi chica le gusta ese color. Y le aseguré que los colores siempre combinan, siempre pegan, siempre encajan.

—Gracias —murmuro mientras cojo el tiesto y lo coloco sobre la mesa. Me inclino e inspiro

el inconfundible olor a lavanda—. Pero me parece que ha sido una pésima idea.

—¿A qué te refieres? —Frunce el ceño.

—A fingir que seguimos sin ser pareja —gruño—. Porque, ahora mismo, me muero por besarte.

Sus pupilas casi desaparecen y me mira con unos ojos más ambarinos que nunca, intensos y llenos de promesas excitantes.

—Se supone que estuvimos de acuerdo —me recuerda con cautela.

En realidad, fue idea mía, aunque no sabría decir la razón de haberla propuesto. Solo sé que Reese aceptó, sin reservas, sin quejas.

Nos quedamos unos segundos frente a frente, mirándonos, diciéndonos sin palabras la tortura que nos va a suponer esperar a estar en casa para poder rozarnos siquiera.

—¿Gwen? —oímos decir desde la puerta—. ¿Podemos pasar?

Reese se aparta mientras se aclara la voz y yo río cuando veo a Adam y a Hope, que me dan ambos un abrazo y la enhorabuena. Un instante después, Reese ya ha desaparecido.

—Estáis juntos, ¿verdad? —me susurra Hope con una sonrisilla.

—No… —titubeo—, nosotros…

—No te esfuerces, Gwen —interviene Adam—. El ambiente de este pequeño despacho está tan espeso que apenas hemos podido entrar. Casi necesitamos un machete para abrirnos paso —bromea—. ¿Por qué lo escondéis?

—¿Acaso temes que sigan pensando que todo esto lo has conseguido por salir con él? —indaga Hope.

—Vosotros mismos lo pensasteis al principio —les recuerdo.

—¡No! —exclama Adam—. Puede que a otros los envenenara Samantha con esa idea, pero nosotros nunca pensamos eso. Lo único que queríamos era hacerte la pelota. Salías con un tío importante, amigo del CEO, y no confiábamos todavía en ti.

—Podías ser una pérfida bruja disfrazada de chica buena que le fuera con el cuento a sus amigos de arriba para echarnos si no le caíamos bien —aclara Hope.

—Pero nunca pensamos que estuvieras aquí por enchufe, Gwen —asegura Adam—. Y mucho menos después de conocerte. En realidad, nadie lo piensa. La gente te aprecia, te respeta.

—Eres una buena persona, Gwen —añade Hope—, divertida, amable y empática, además de una gran profesional. Y nos importa un comino quién sea tu novio.

—Gracias, chicos —les digo, emocionada. Un segundo después, pienso en una locura. Una locura que me parece lo más cuerdo del mundo—. Disculpadme un momento, por favor. Tengo que hacer una cosa.

Salgo a toda prisa del despacho y recorro pasillos y departamentos. Mis nuevas Converse, porque paso de tacones, rebotan contra la moqueta del suelo al tiempo que hago volar la tela estampada de mi falda y los rizos sueltos teñidos de rosa de mi pelo.

Por fin, sin aliento, llego hasta el despacho abierto de Jenna.

—¿Está Reese? —le pregunto mientras trato de recuperar el aire.

—No —me responde mientras mira por encima de mi hombro—. Ah, ahí lo tienes, con algunos jefes más, y con Sherrington…

No sigo escuchando. Camino con decisión hacia el grupo de hombres y mujeres que parecen debatir algo mientras se dirigen hacia el vestíbulo de la planta, donde se ubica la recepción y las puertas de los ascensores. Distingo la figura del hombre al que quiero, incluso su voz y su risa en mitad del bullicio. Puede que, en el fondo, mi idea de esconder nuestra relación verdadera fuese pensar que no soy lo suficientemente buena, guapa o interesante para él y que eso mismo piensen los demás. Que no pegamos. Que no encajamos.

Pero no es así. Y si alguien lo piensa, que se fastidie. Yo lo quiero, él me quiere y nada importa más.

—¡Reese! —lo llamo.

Él se da la vuelta y me mira, sonriente pero confuso.

—¿Gwen? ¿Ocurre algo?

—No —respondo—. Solo quería darte las gracias por la planta.

—Ya me las has dado antes —me dice con un fulgurante brillo en sus iris dorados.

—Pero no como es debido.

Me acerco a él y le doy un beso en los labios. No voy más allá, él tampoco, pero el corazón se me acelera igualmente. Y diría que el suyo hace lo mismo por cómo lo siento contra mi pecho.

Oigo un murmullo de risitas a mi alrededor. Me aparto y contemplo la expresión de ternura de Reese, de orgullo, de amor.

—Te espero esta noche en casa —me susurra.

—Allí estaré.

Observo de reojo a Blake y a Noah, que sonríen. Y, complacida, regreso de nuevo a mi despacho.

¡Tengo mi propio despacho!

No puedo ser más feliz.

* * *

Se ha vuelto algo habitual compartir el fin de semana con Reese en su casa. Como cada sábado por la mañana, me despierto en su cama y… él ya no está. ¡Qué manía con levantarse tan pronto los días de fiesta!

Ha sido poco a poco, pero inevitable. Quedarme dormida en su cama, en su sofá o sobre la alfombra del salón ha significado quedarme ya toda la noche, por lo que venir el viernes y no marcharme hasta el domingo se ha convertido en lo que más espero mientras transcurre la semana. Sin darme apenas cuenta, me he ido trayendo algo de ropa, cepillo de dientes, productos

para el pelo… No vivimos juntos, pero se podría decir que compartimos cada vez más pedazos de nuestra rutina.

Como sería imposible peinarme, me lavo la cara y bajo rauda hasta la cocina, donde me recibe la hermosa imagen de Reese sin camiseta haciendo el desayuno.

—Buenos días —lo saludo al tiempo que abarco su espalda con mis brazos y comienzo a sembrar sus hombros de besos y lametones.

—Buenos días —me responde mientras se da la vuelta y me da un beso en la boca, lento, cálido, insoportablemente perfecto. Sabe y huele a las naranjas que ha estado exprimiendo.

A continuación, se aparta de mí y continúa con su tarea. Refunfuño cuando me veo desprovista del calor de su cuerpo.

—Hoy desayunaremos rápido —me comenta—. Quiero llevarte a conocer a unas personas.

—¿A quién? —le planteo mientras mastico una galleta.

—A mi familia.

* * *

Sobre una hora después, Reese y yo bajamos de su coche y nos dirigimos a la verja que custodia una casa y el terreno colindante. Al entrar, observo con interés el jardín, los columpios y los niños y adolescentes que corretean, juegan o charlan en compañía de algunos adultos. Un hombre con una gorra y un silbato al cuello, que diría que es entrenador, saluda a Reese, lo mismo que varias de las mujeres que controlan a los más pequeños. Una de ellas suelta una sonrisilla tonta mientras alza su mano. Seguro que está viendo lo mismo que yo, a un tío alto y rubio al que le sientan de fábula unos vaqueros descoloridos y una camisa azul marino. Está arrebatador y me siento muy orgullosa de caminar junto a él con nuestras manos enlazadas.

—¿Qué lugar es este, Reese? —le pregunto.

—Es una casa de acogida —me contesta.

Empiezo a comprender.

Llegamos hasta la entrada de la vivienda y la rodeamos por un porche lateral, donde nos encontramos con un hombre y una mujer sentados a una mesa de madera, donde preparan unos refrescos y bocadillos. Al fondo, diviso unas canchas con porterías de fútbol y canastas de baloncesto rodeadas de chicos que animan y jalean. Hay equipos mixtos de diversas edades jugando en cada una de las pistas.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Reese—. ¿Ya habéis organizado un torneo?

La mujer alza la mirada y compone una expresión de sorpresa y felicidad.

—¡Reese! —exclama mientras se pone en pie. Se acerca corriendo hasta mi acompañante y lo estrecha entre sus brazos—. El otro día vinieron Blake y Noah y te eché en falta —lo amonesta con una sonrisa.

—He estado muy liado —le responde, también sonriente—. Y te juro que no es la típica

excusa.

—Vale, te creo. —La mujer sonríe y se centra en mí. Tiene el pelo corto y blanco, pero sus vivos ojos azules le otorgan un aire juvenil, lo mismo que sus vaqueros y su camiseta—. ¿Esta vez te toca a ti? —le pregunta con dulzura.

—Sí. —Reese se carcajea—. Después de que Blake fuera el primero en presentar oficialmente a su novia, me toca a mí, aunque sea el mayor de los tres.

Parpadeo, confusa, ante tantas revelaciones inesperadas.

—Gwen, ella es Molly, mi madre de acogida. Molly, ella es Gwen, mi novia. Y espero que no me des un sermón porque te parezca demasiado jovencita para mí.

—¡No voy a echarte ningún sermón! —refunfuña la mujer antes de abrazarme—. Encantada, Gwen. No imaginas la ilusión que me hace que mis chicos me vayan trayendo a sus novias. No hay nada que haga más feliz a una madre que compartir la felicidad de sus hijos. Aunque no sea una madre de verdad.

Una opresión de tristeza me impide hablar.

—Eres mi madre de acogida, mi segunda madre —la rebate Reese mientras la rodea por los hombros y le da un beso en la mejilla—. Pero eso no significa que no lo seas de verdad.

—Trato de repartir mi cariño, cielo, pero, a veces, me siento incapaz de abarcaros a todos. Hay épocas en las que sois muchos, y algunos muy pequeños o con necesidades especiales. Es duro.

—Y, aun así —insiste Reese—, tienes en tu corazón suficiente cariño para todos, Molly.

Los ojos de la mujer brillan de la emoción y abraza con ternura a Reese.

—Sabes que no quiero a unos más que a otros —le confiesa Molly—, pero tú siempre serás mi chico de la sonrisa más bonita y con el corazón más grande.

Tengo que parpadear para no dejar escapar alguna lágrima. Por suerte, aparece el hombre que acompañaba a Molly y le da un abrazo a Reese. También tiene blancos su barba y su pelo, pero, al igual que la mujer, su aspecto es juvenil.

—Siempre nos alegra verte, muchacho —le dice a mi novio.

Reese repite las presentaciones y así descubro que Grant es el marido de Molly y, por lo tanto, padre de acogida de Reese, de Blake y de Noah.

—A nosotros lo que nos importa es que nuestros chicos sean felices —repone el hombre—, pero, cuando vienen a contarnos que se han enamorado y que piensan sentar la cabeza, nos alegramos mucho más.

Reese mira hacia el suelo y sonríe. Diría que se ha ruborizado y ese hecho me conmueve y me roza el corazón. Ahora mismo me parece un chiquillo al que su padre le está dando un discurso de amor y de vida.

—Me alegro mucho de conocerlos —les digo, por fin—. ¿Necesitan que les echemos una mano? —Señalo la mesa llena de panecillos.

—Oh, no —gruñe la mujer—. Habéis venido de visita y no…

Pero Reese me toma de la mano y me lleva hasta la mesa. Ambos tomamos asiento en uno de los bancos de madera y comenzamos a envolver bocadillos y a ponerlos en pequeñas bolsas junto a latas de refresco o botellas de agua. Reese se ha remangado los puños de la camisa y deja a la vista sus manos de largos dedos y sus antebrazos cubiertos de vello dorado.

—¿Aquí es donde aprendiste tu cocina de supervivencia? —le pregunto con una sonrisa.

—Aquí aprendí de todo —señala Reese con orgullo.

Molly y Grant toman asiento frente a nosotros y continúan rellenando los panecillos de queso, embutidos o mantequilla de cacahuete.

—¿Le has contado todo ya? —le pregunta la mujer a Reese.

—No —responde él—. He estado a punto de hacerlo más de una vez, pero…

Miro a Reese con expresión interrogante.

—Se refiere a cómo murieron mis padres —me aclara.

—¿No fue en un accidente de avión? —pregunto.

—No —suspira Reese—. No… exactamente.

—Ya sabes que Blake prefirió explicárselo a Rachel él mismo —señala Grant—, pero, como hicimos con él, nos volvemos a ofrecer para contarlo si no te sientes con fuerzas.

—Gracias —les contesta con ternura—. Ya nos ayudáis mucho estando presentes. Pero debemos ser nosotros quienes lo contemos.

—Solo queremos evitar que os duela demasiado revivir aquellos momentos —señala Molly.

—Nos duele —asegura Reese—, pero forma parte de nuestra vida, de nuestro pasado, de nosotros mismos. Y, cuando conocemos a alguien que va a formar parte de esa vida, creemos que debemos abrirles nuestro corazón de par en par, para que entiendan, para que nos entiendan.

Agarro su mano por encima de la mesa y presiono suavemente.

—Adelante, Reese.

Capítulo 42

Nueva York, 11 de septiembre de 2001

REESE

Los dos chicos que acababa de conocer eran más pequeños y podían haberse quedado convencidos, pero yo no. Yo tenía catorce años y no pensaba dejar que me metieran en una casa desconocida llena de desconocidos. Aquella pareja, Grant y Molly, podían parecer amables y buena gente, pero a mí no me engañaban. Sus sonrisas afables escondían algo. Incluso, cuando nos dieron algo de cenar, comprobé que había más niños en aquella casa, aunque se limitaron a reírse de nosotros o a apartarse como si fuésemos unos apestados. Por eso, en cuanto nos cedieron un dormitorio con tres camas, esperé a que los dos críos se durmieran para salir de entre las sábanas y volar hacia la ventana. Intenté abrirla, pero me lo impidió algún tipo de cierre de seguridad.

—¿Qué es esto? —farfullé—. ¿Una cárcel?

El chico que se había presentado como Blake me había parecido bastante espabilado para tener solo doce años, así que me acerqué a su cama y lo desperté.

—¿Crees que no iba a estar despierto? Me he hecho el dormido en cuanto esa mujer se ha ido —refunfuñó al tiempo que se apartaba la colcha y se ponía en pie.

Él fue el que propuso despertar al más pequeño, a Noah, aunque a mí aquel niño me daba bastante mal rollo. Apenas hablaba y era capaz de pasarse muchos minutos mirando al vacío, completamente quieto, sin fijar en ninguna parte su inquietante mirada violeta.

Aun así, Blake lo llamó para que se levantara y nos acompañara a averiguar algo. Bajamos despacio la escalera hasta la planta inferior y, en cuanto divisamos el salón, mis ojos empezaron a buscar lo que tanto ansiaba. Necesitábamos un teléfono.

—¡Aquí! ¡Aquí, Reese!

Oí el susurro de Blake desde la cocina y corrí hasta allí para arrebatarle el aparato de las manos y marcar el número de mi casa.

—¡Hola —oí a través de la línea—, somos los Dawson, Henry, Beth y Reese! Ahora mismo no estamos en casa, pero si necesitas decirnos algo, déjanos un mensaje…

Una sensación de frío recorrió mi espalda. Fue como si alguien hubiese abierto de repente todas las ventanas de aquel misterioso lugar.

¿Cómo era posible que mis padres no contestaran? Tenía claro que, aunque me estuviesen buscando, habrían dejado a alguien en casa para atender el teléfono.

Blake me arrancó el auricular de la mano cuando le dije que había saltado el contestador y contempló mi titubeo, pero le ocurrió lo mismo cuando probó a llamar a su familia, así que fuimos a por Noah para que probase él. Tuvimos que volver al salón para encontrarlo, donde lo vimos muy concentrado, toqueteando un mueble. Le preguntamos qué demonios estaba buscando y nos respondió que un televisor para ver las noticias.

—Ya te vale, Noah —bufó Blake—. ¿Sigues con tu idea de que están todos muertos? ¿De que ha habido una catástrofe nuclear o algo por el estilo?

—Sí —respondí yo con los ojos en blanco—, la invasión zombi, no te fastidia…

Pero él siguió a lo suyo. Dio con el televisor, lo puso en marcha y conectó la CNN.

Me entraron ganas de tirar el mando a distancia por la ventana y decirle a aquel crío extraño que se dejase de chorradas, que lo único que yo quería era hablar con mis padres, salir de allí y alejarme de aquella casa lo antes posible. Pero, cuando estaba a punto de convertir en palabras mis pensamientos, las imágenes que mostraba el televisor me dejaron paralizado.

—Mira —dije, sin apartar la vista, sin parpadear—. Las Torres Gemelas, donde trabajan mis padres.

—Y los míos —musitó Blake.

Los primeros segundos seguimos inmóviles, mirando la pantalla, leyendo el texto sobreimpreso, oyendo a la locutora. Pero aquello no era real. No podía ser real. Era imposible que fuese real.

El corazón se me detuvo con las siguientes imágenes. Un avión impactaba contra uno de los rascacielos. Empecé a respirar más aprisa. Todo a mi alrededor se volvió frío, oscuro, tenebroso.

—A las 8.46 de la mañana, el vuelo 11 de American Airlines se estrellaba contra la torre norte del complejo World Trade Center…

—¡No! —exclamé, sin saber de dónde obtuve la voz—. ¡Dios mío! ¿Habéis visto eso…?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, el noticiario mostró un segundo avión impactando contra el otro edificio. La voz de la locutora volvía a describir lo que a mí me parecía algo irreal, imposible, inconcebible.

—Diecisiete minutos después, a las 9.03, la torre sur fue golpeada por el vuelo 175 de United Airlines…

—No puede ser… —musitó Blake.

Yo ya no pude seguir hablando. En realidad, no podía hablar, no podía pensar, no podía respirar. Y todo ello sin saber que lo peor estaba por llegar.

—En una hora y cuarenta y dos minutos, ambas torres se derrumbaban y llevaban al colapso al resto de estructuras del World Trade Center… —continuó el noticiario.

En los siguientes instantes, creí que moriría. El corazón se me rompió de tal forma que sentí el crujido en el pecho, como si una mano hecha de cuchillas oxidadas hubiese penetrado a través de

mis costillas. Porque las dos torres, en una de las cuales trabajaban mis padres, se vinieron abajo, convertidas ambas en una nube inmensa de polvo, escombros y restos inimaginables.

—Papá, mamá —oí murmurar.

Blake se había quedado inmóvil, inerte, congelado. Pero mi cuerpo no reaccionó del mismo modo. Sin poder evitarlo, comencé a llorar. Y continué llorando. Y seguí llorando. Nunca había llorado tanto, ni tan fuerte, ni con una carga tan enorme de miedo y angustia. Mis piernas se negaron a sostener mi peso y caí al suelo de rodillas para continuar aullando de dolor. Mi cuerpo se agitó, convulsionándose en una serie de sollozos desbocados que me hicieron creer que había perdido el control de mi cuerpo.

—¡No, no, no! —grité—. ¡Mamá! ¡Papá!

En el televisor, las imágenes mostraban el caos: personas desesperadas, bomberos y policías entre polvo y escombros, el sonido de las sirenas, el pánico y la desesperación. Pero mi mente no era capaz de asimilar lo que mis ojos veían. Yo solo podía pensar en mis padres, en lo único que tenía en la vida, las personas a las que yo más quería, a quienes había visto esa misma mañana antes de que me dejaran en el instituto y se despidieran de mí. Fui consciente en aquel momento de que, después de ver y escuchar lo que había pasado, ellos debían de estar muertos. Era imposible que se hubiesen salvado. Ya no los vería más, ya no los tendría más, ya no los abrazaría más. Ya no me llevarían más mañanas en coche al instituto, ya no recibiría sus sonrisas ni sus buenos deseos para el día. Ya no haría falta que me quejara porque me pidieran un beso de despedida, porque ya se habían acabado. Para siempre.

—¡Están muertos! —sollocé, desquiciado—. ¡Mis padres están muertos!

—Los míos también —musitó Blake. Creí verlo llorar también, pero en silencio.

—¡Trabajaban en el piso noventa! —grité entre lágrimas—. Debieron de ser de los primeros en morir… —Continué sollozando sin control.

—Los míos trabajaban en la planta ciento uno —murmuró Blake—, casi arriba del todo…

Noah habló en aquel momento. Juro que me había olvidado de él.

—Os lo dije —susurró—. Nuestros padres están muertos; todos.

De repente, una inmensa ira se apoderó de mí y me lancé sobre aquel niño. Lo agarré de la ropa y comencé a zarandearlo. Suena irracional, pero descargué en él toda mi rabia, mi impotencia y mi pena.

—¡¿Y tú cómo lo sabías?! —grité—. ¡¿Cómo coño lo sabías?!

Noah se quedó quieto, sin defenderse, y todavía me cabreó más.

—Déjalo, Reese —me pidió Blake—. Déjalo, tío.

Lo solté, pero empujándolo contra el sofá, preso de la furia.

—¡¿Por qué no nos lo cuenta?! —seguí chillando entre lágrimas—. ¡¿Por qué sigue ahí, sin decir nada, como si no le funcionase el cerebro?!

Mis gritos y mis lamentos cedieron un instante cuando apareció Grant y apagó el televisor.

—Chicos… —barbotó.

—¡Díganos que todo eso es mentira! —lo increpó Blake, que también sollozaba—. ¡Díganos que a nuestros padres no les ha pasado nada!

—Lo siento de veras —suspiró—, pero no os diría la verdad. —Guardó un instante de silencio antes de darnos una breve explicación—. Vuestros padres, al igual que los de los otros chicos que habéis conocido, no tenían familia, por lo que, en sus testamentos, incluyeron la petición de que nuestra entidad se hiciese cargo de vosotros si les pasaba algo a los dos. Somos un centro de acogida con muy pocas plazas y ofrecemos lo más parecido a un hogar que…

—¡Cállese! —bramé—. ¡Cállese de una vez! ¡Quiero volver a mi casa! ¿Me oye? ¡Quiero volver a mi puta casa!

Molly también apareció. La mujer comenzó a llorar cuando se vio inmersa en nuestra tristeza y nuestros llantos. Pude ver de reojo al resto de los menores del centro, que nos observaban desde la barandilla de la escalera. Nos miraban con pena, pero también creí ver en ellos un rastro de impasibilidad. Parecían decir con sus expresiones: «Ahora os toca a vosotros sufrir, colegas».

—Lo siento muchísimo —se lamentó Molly una y otra vez.

No sé cómo terminó aquel día. En realidad, no recuerdo mucho de los siguientes tampoco; diría de varias semanas. Me sumí en una espiral de tristeza y llanto que no era capaz de parar ni de controlar. Me despertaba llorando, comía llorando y me acostaba llorando. Odiaba a Grant y a Molly, odiaba al resto de los integrantes del centro y odiaba al mundo entero. Y ese odio se reflejaba en mí, sobre todo cuando veía en cualquier parte a un niño con sus padres.

¡Yo no quería estar allí! ¡Yo quería volver a mi casa!

¿Puede ser tan grande la tristeza?

Yo mismo pude comprobar que sí, porque es capaz de ahogarte, consumirte, llenarte de dolor. Aunque no a todas las personas les pueda afectar igual. En nuestro caso, los tres nuevos integrantes del centro nos vimos sacudidos por la desgracia de diferentes maneras.

Blake también lloró durante semanas, pero lo hizo de una forma más silenciosa, más íntima. Lo peor para él fueron las pesadillas, puesto que seguíamos durmiendo en la misma habitación y muchas noches me sobresaltaron sus gritos. Como secuela, empezó a padecer acrofobia y a no soportar las alturas y, mucho menos, subirse a un avión.

Yo lloré hasta que creí que sería imposible que mi cuerpo fabricara más lágrimas; hasta que pensé que mis ojos quedarían como dos fundas vacías y secas; hasta creer que en mi vida no tendría cabida el no hacerlo. Al igual que mi otro compañero, comencé a experimentar vértigo en las alturas, por lo que me negué a vivir, incluso de adulto, en un piso alto. Y, por supuesto, tardé mucho en decidirme a volar, y siempre que fuese bajo el efecto de alguna fuerte medicación que me dejase inconsciente para no padecer una crisis de ansiedad.

En cuanto a Noah… nada. Y digo «nada» con todo lo que implica esa palabra, pero solo con respecto a la tragedia. No lloraba, no mostraba tristeza, no hablaba de ello. Blake y yo comentamos muchas veces que nos parecía ver en sus ojos color violeta un destello de culpabilidad y, al mismo tiempo, un aire desafiante. Sin embargo, la mayoría del tiempo lo

descubríamos con la mirada perdida, con expresión inerte, como si pudiese desconectar su cerebro para no sentir nada.

Mi odio por él se fue transformando en una especie de lástima, pero también empezó a asaltarme un profundo instinto de protección ante aquel chico extraño, puesto que, muchas veces, lo sorprendimos mirándonos con algo parecido a una súplica muda, como si nos implorase la absolución por algún pecado imperdonable.

Pobre Noah. Si entonces hubiésemos sabido sus motivos…

Pasado el tiempo, después de compartir funerales, actos y memoriales, de que nuestras vidas se hubiesen visto de pronto tan alteradas, de aprender a vivir sin nuestras familias, de aceptar que lo que venía era lo que tendríamos, descubrimos que nos habíamos convertido en mucho más que amigos. Diría que, desde entonces, estamos tan conectados que sería imposible que un parentesco de sangre nos hiciera sentir más unidos.

Capítulo 43

Nueva York, en la actualidad

GWEN

Tengo la cara anegada en lágrimas. Me veo obligada a coger una servilleta de papel de la mesa para limpiar mis ojos y poder ver. Lo primero que contemplo es el rostro de Reese. Se me parte el corazón al ver sus mejillas mojadas y sus ojos brillantes y húmedos. Todavía siguen rodando las lágrimas hasta su mentón.

Mi reacción inmediata es abrazarlo, con fuerza. Él me responde rodeando también mi cuerpo con sus brazos. Mientras acaricio su suave cabello y su ancha espalda, pienso en el poder sanador de los abrazos, aunque yo me quedase con las ganas de muchos en mi infancia. Tal vez lo sé por eso. Creo que, en ocasiones, nos ocurre que sabemos de la importancia de muchas cosas, precisamente, por lo mucho que las hemos añorado.

Cuando nos separamos, le ofrezco otra servilleta al tiempo que observo de reojo las caras de Grant y Molly, igualmente cubiertas de llanto.

—Se supone que soy el más simpático y divertido de los tres —bromea mientras se enjuga la humedad de su cara—. Y resulta que ya me has visto llorar dos veces.

Mi siguiente movimiento consiste en posar mi mano en su mejilla para hacer que me mire. Dios, qué bonitos son sus ojos, ahora tan brillantes como el oro líquido.

—¿Y te parece algo malo? —le pregunto con suavidad.

—Si fuese algo malo tendría un problema —sonríe—, porque lo hago bastante a menudo.

—No digo que me guste verte llorar. —Me señalo mi cara—. Ya has visto que me contagias enseguida. —Río—. Pero sí me gusta que lo hagas sin reparo, sin prejuicios, simplemente porque estás triste.

Él cierra los ojos, apoya su frente en la mía y acaricia mi pelo.

—Gracias por el abrazo —musita—. Gracias por aparecer en mi vida. Gracias por estar aquí, Gwen.

—No habría, en este momento, otro lugar en el que quisiese estar, Reese.

Las palabras de Molly nos hacen recordar que no estamos solos. Ya noto el calor en mis mejillas.

—A mí también me encanta cómo es Reese —señala la mujer, que todavía tiene los ojos

húmedos.

—Ustedes han tenido algo que ver —afirmo con una sonrisa.

—Hicimos lo que pudimos —comenta Grant al tiempo que rodea a su mujer por los hombros.

—Lo hicisteis bien. —Reese alarga una mano sobre la mesa y presiona las de sus padres de acogida.

—Por cierto —les digo—, deduzco que los padres de Reese visitaron este lugar y decidieron acoger a algún niño. ¿No dijeron a cuál?

—No —suspira Molly—. Beth me comentó que, a pesar de la dificultad de escoger a uno, ya se había enamorado de uno de los pequeños. Pero, al preguntarle, me dijo que, como era algo que todavía debían hablar con Reese, prefería no darnos falsas esperanzas, ni a nosotros ni a la criatura que pensaba acoger. Nunca supimos a quién habrían elegido para compartir un hogar con ellos.

Miro a Reese con tristeza. Podría haber tenido un hermano y seguir formando parte de una bonita familia. Pero un destino despiadado e inmerecido le arrebató todo lo que tenía y lo que podía haber tenido. Le robó su presente y su futuro.

Un poco menos cohibida que antes, abrazo a Reese y le doy un beso en la mejilla.

—Qué bonita pareja hacéis —señala la mujer, que todavía tiene los ojos húmedos—. Sois tan monos…

Los dos nos reímos. Reese toma una de mis manos y coloca un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—Si ellos supieran lo que nos empeñamos en decir lo poco que pegábamos —bromea.

Un recuerdo asalta mi mente en este momento.

—Acabo de acordarme de una cosa —comento—. Una vez dije que, para parecer una pareja de verdad, tendríamos que darnos la mano, colocarme tú un mechón detrás de la oreja y ambos reírnos de alguna anécdota que solo conociéramos tú y yo.

Reese observa nuestras manos unidas y sonríe.

—Pues es lo que estáis haciendo —Molly sonríe—. Porque tenéis toda la pinta de ser una pareja de verdad. ¿Ya estáis viviendo juntos?

—No —responde Reese—. Gwen prefiere seguir como estamos. Así, ella puede estar con sus amigos y centrarse en su nuevo trabajo.

Lo miro y parpadeo, confundida.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Pues… —titubea—, no sé, lo he dado por hecho, supongo. Que yo deseara mantener una relación seria no significa que deba ser tu mismo objetivo.

—¿Por eso no me has planteado nunca la opción de vivir juntos? —me quejo.

—Entiendo que eres muy joven para dar ese paso…

—Me parece genial que pienses tanto en mí y en mi felicidad —bufo—, pero tampoco es necesario que des cosas por sentado en cuanto a mí se refiere, Reese. —Cojo aire—. Sí, me gusta

estar con mis amigos, como a ti te gusta ver a los tuyos. Y, sí, estoy bastante centrada en estar a la altura en mi nuevo trabajo, pero de la misma forma que tú intentas cada día ser mejor ejecutivo en Bell. No sabía que estuviese reñido ser un buen profesional, tener amigos y vivir con tu pareja.

—Ahí lleva razón, Reese —interviene Grant—. Una persona puede tener aspiraciones y sueños y querer compartir su vida con alguien.

—Lo sé, pero…

—Quiero estar contigo, Reese —lo interrumpo—, y no solo los fines de semana o las horas de ocio. Eso es lo fácil. Quiero también levantarme a tu lado, sin importarme que me veas con el pelo enmarañado y legañas en los ojos. Quiero encontrarte en casa cuando llegue irritada y cansada del trabajo, o ser yo la que te reciba cuando llegues preocupado. Quiero quedarme dormida contigo en el sofá, desayunar juntos, compartir ducha y pegarme a ti como una lapa, o, simplemente, saber que estás en otra habitación. Compartir buenos y malos momentos, Reese.

Apenas soy consciente de que Grant y Molly siguen envolviendo bocadillos mientras tratan de no sonreír.

—Yo también deseo lo mismo, Gwen —señala Reese—. Pero pensaba que debía dejarte tiempo y espacio…

—Y te agradezco que no me hayas cogido en volandas como en *Oficial y caballero* para llevarme a tu casa —bromeo—. Pero si probases a preguntármelo…

Reese inspira hondo.

—Gwen, cariño, ¿quieres traerte el resto de tus cosas a mi casa? —me pregunta. Detecto un imperceptible rastro de inseguridad y se me enternece el corazón—. A mí también me gustaría compartir contigo mis risas, mis llantos y mis sueños.

—¿Sabes de alguien que tenga un coche con un maletero grande? —le pregunto con una sonrisa que me sale del alma—. Tengo bastantes libros…

Capítulo 44

GWEN

Solo dos días después de mi conversación con Reese frente a Grant y Molly, me encuentro llenando la última caja con mis cosas. Frente a mí, Ellie se limpia la humedad de sus ojos.

—No estoy triste, te lo prometo. —Sonríe—. Este día tenía que llegar. Además, yo también dejo este piso. —Mira a su alrededor—. No sé si echaré de menos esa mancha de humedad del techo. ¿No crees que se parece al mapa de Virginia?

—Y está a punto de hacerse de su tamaño. —Río—. Entonces, ¿te vas?

—Sí —responde. Detecto un rastro de incomodidad mientras mira a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que no nos oye nadie más—. Voy a pasar a formar parte del equipo de apoyo municipal para centros de mujeres. Haré algo parecido a Kathleen, aunque yo estaré contratada por el ayuntamiento. ¡Voy a trabajar para la Administración pública! —Sonríe con un deje de tristeza—. Al ser funcionaria, puedo acceder a un apartamento bastante barato, en el mismo edificio que Kathleen.

—Seguro que te va a ir bien —la animo, emocionada, con esa clase de emoción que entristece a la vez que te alegra por ver cumplir su sueño a una de las personas que más te importan en el mundo.

—Gracias, Gwen. Y yo me alegro de que seas tan feliz.

Le doy un abrazo.

—Te quiero, Ellie.

—Yo también a ti. —Se aparta de mí y se sorbe la nariz.

—¿Sabes qué va a hacer Justin?

Mi amiga señala hacia la puerta.

—Ahí está. Creo que también se va. Pregúntaselo mientras yo empiezo a empaquetar mis cosas.

Ellie desaparece en su habitación.

—Siento haber decidido marcharme tan de repente —le comento a mi amigo—, pero no sabía que Ellie también se mudaba. Si quieres, puedo quedarme algo más de tiempo, hasta que encuentres con quién compartir el apartamento…

—No, gracias, Ricitos. —Me da un beso en la frente—. Ha ido de un pelo que no haya sido yo el primero en irme. No os comenté nada porque no estaba seguro de que me admitieran, pero he decidido estudiar.

—¿En serio? —le digo con emoción—. ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Para, para. —Ríe—. Solo me he matriculado un semestre en la Universidad de Long Island, por si acaso estudiar no es lo mío. He conseguido una beca, pero, aun así, voy a tener que currar duro para salir adelante.

—No sabía nada —musito—. ¿Y qué vas a estudiar?

—Creo que conozco bien el cuerpo humano con mi experiencia como entrenador personal, y también se me da bastante bien cuidar de las personas.

—Doy fe. —Rio.

—Por eso he elegido Enfermería. No sé si seré capaz, pero…

—Lo lograrás —le aseguro, emocionada, mientras poso ambas manos en sus mejillas—. Si es lo que deseas, tienes todo mi apoyo, mi niño. Aunque sigo un poco descolocada por no haber sabido antes de este deseo tuyo de estudiar.

Suspira y aparta la mirada.

—Creo que fue en un momento muy concreto —me explica con voz queda—. Un día me miré en un espejo y me dije: «Eso es lo que ven de ti, tío. A un tipo guapo, a un tío bueno, pero nada más allá. Como a un bonito envoltorio que no envuelve nada, hueco y vacío por dentro». Lo que viene a ser mucho músculo y poco cerebro.

—Pero ¡¿cómo se te ocurre pensar eso?! —lo reprendo—. ¡Por supuesto que no vemos eso!

—Tú no, pero otras personas sí.

Voy a abrir la boca, pero la cierro de inmediato. Un murmullo de discusiones absurdas y recriminaciones inundan mi mente. Son Justin y Ellie, chocando demasiado, desafiándose demasiado. ¿Podría ser que…?

Me limito a abrazar con fuerza a mi amigo.

—Te digo lo mismo que a Ellie —le susurro al oído—. Quiero que nos sigamos viendo, que me bombardeéis con mensajes de texto y de voz y con fotos. No me abandonéis nunca, por favor…

—Jamás en la vida —me susurra él a mí mientras continúa abrazándome.

* * *

Deposito la última caja con mis pertenencias en el todoterreno y Rachel baja el portón del maletero para cerrarlo.

—¿Ya está todo? —me pregunta la chica de los ojos dorados mientras ambas subimos al coche.

—Sí, ya está —respondo mientras ella arranca el motor y se incorpora al tráfico—. Y gracias de nuevo por ayudarme, Rachel.

—No es nada. —Sonríe—. Además, por una vez, me parece útil tener un coche tan grande. Blake se empeñó en que me lo comprara de este tamaño para ir a la compra. ¿Te parece normal?

—Ríe a carcajadas y yo la acompaño.

—Quiero aprovechar para pedirte perdón, Rachel —le digo mientras conduce—, por haberos engañado, por fingir todo aquel tiempo mientras estuvimos en tu casa…

—No le des mayor importancia. —Me hace un leve gesto con la mano sin dejar de mirar al frente—. Si supieras la cantidad de idioteces que hicimos Blake y yo cuando nos conocimos… —Suspira—. A veces nos resulta demasiado complicado admitir nuestros sentimientos. Yo, por ejemplo, me empeñé en utilizar a Blake solo para el sexo. Suponía que a él no le iría de una amante más en su lista y yo no estaba dispuesta a arriesgar mi corazón. ¿Qué te parece la tontería?

—¿En serio? —Río—. Aunque diría que yo hice algo parecido —añado con una risotada—. También pensé que a Reese, con su experiencia, no le importaría liarse conmigo. Y como a mí ya me apetecía…

Cubro mis mejillas con las manos para amortiguar el calor.

—Tranquila. —Rachel ríe—. Creo que, a partir de ahora, podremos confiar la una en la otra. Podríamos ser amigas. —Titubea un segundo—. Si tú quieres.

—Claro que sí. —Sonrío—. Reese tiene una relación muy especial con Blake y Noah, por lo que me encantaría que nosotras fuésemos amigas.

—Hasta que le llegue el turno a Noah y tengamos que admitir a una más en el club —bromea.

—No parece estar por la labor —le digo con una mueca.

—Ya le llegará su momento —señala Rachel—. Y ahí estaremos nosotros, para ayudarlo si hace falta.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo podemos ayudarlo? No será concertándole citas como a Reese…

—¡No! —Se carcajea—. Eso fue un gran fallo por nuestra parte. Me refiero a esperar el momento en que se enamore de verdad para darle un empujoncito, como hicimos contigo y con Reese.

—¿Cuándo ocurrió eso? —pregunto, perpleja.

—Cuando Abbey se enteró en Bell de que te habías ido a los Hamptons de vacaciones. No imaginas cómo corren las noticias allí.

—Lo he vivido, tranquila. —Pongo los ojos en blanco—. Pero sigo sin entender.

—Pues que Noah tiene allí una propiedad heredada de sus padres. No teníamos más que convencer a Reese de la falta que le hacía un descanso para haceros coincidir en ese lugar.

—¿Vosotros enviasteis a Reese a los Hamptons? —planteo con asombro.

—¡Sí! —Ríe.

—Oh, Dios —musito—. No fue una casualidad…

—¿Cómo dices?

—Nada. —Río—. Cuando se lo cuente a Reese se va a llevar una decepción. Siempre hemos pensado que nuestra historia ha estado llena de casualidades.

—Y lo sigue estando —señala—. Pero no puedes esperar siempre a que sucedan las

casualidades. La mayoría de las veces has de ir a por lo que deseas, luchar por lo que quieres, perseguir lo que amas.

—Hablas con conocimiento de causa…

—En otro momento te contaré toda mi historia, Gwen. Y lo entenderás.

—La mía no se queda atrás —bromeo—. Arrastro también unos cuantos traumas.

Ambas reímos.

—Me alegro de haberte conocido, Gwen —me dice—. Pero, sobre todo, de que te haya conocido Reese.

—Gracias, Rachel. Aunque deberías saber que, al principio, no me caías muy bien.

—¿Por qué? —Ríe.

—Por el miedo que me daba tu novio.

Mi nueva amiga suelta una carcajada.

—Sé que ese es el efecto que produce, pero nada más lejos de la realidad. —Su perfil se suaviza y comienza a hablar con ensoñación—. A mí nunca me impuso Blake, pero reconozco lo arrogante y serio que me pareció al principio. Sin embargo, ahora puedo decir sin ninguna duda que Blake es dulce, romántico, detallista…

El amor con el que habla Rachel impregna hasta la última molécula de aire que llena el habitáculo.

—Y también es un buen padre —musita—, el mejor que podría haber tenido Jeremy después de que Robert…

Por un instante, se ahoga en sus palabras.

—¿Robert era tu marido? —inquiero con cautela.

—Sí —responde con una leve sonrisa.

—Siento haberlo mencionado…

—No, tranquila —contesta, sonriendo todavía—. Soy muy afortunada, Gwen, por haber amado y haber sido amada por dos hombres maravillosos.

—Te entiendo. —Sonrío—. Porque me siento así con Reese, afortunada, de quererlo, de que me quiera.

Solo unos minutos después de nuestras confidencias, Rachel aparca junto a la entrada del que será mi hogar a partir de ahora. Sonrío cuando veo bajar por la escalera a Reese, a Blake, a Noah y a Sara, que se apresuran a coger cajas y bultos para ayudar a instalarme. Incluso Jeremy, el hijo de Rachel y Blake, se encuentra jugando sobre la alfombra del salón, tumbado sobre la mullida superficie mientras hace volar un avión de juguete con sus manos. En cierto momento, Reese se arrodilla junto a él para hacerle cosquillas y ambos acaban tirados por el suelo mientras ríen y ruedan por la alfombra. Una sensación dulce y caliente se expande desde mi pecho hasta el resto de mi cuerpo.

—Al igual que a Blake —me susurra Rachel, que ha aparecido a mi lado—, a Reese también se le dan bien los niños. Parece que eran los chicos más guais del lugar.

—Lo sé —musito con una sonrisa—. Pero no sé si le gustaría tener sus propios hijos en algún momento.

—Pues pregúntaselo —me sugiere—. ¿Y a ti? —añade—. ¿Te gustaría tener hijos algún día?

—Sí —respondo sin dudar—, quiero tenerlos. Por eso tengo que hablar con Reese.

—Seguro que también se te darán genial los críos —me señala, sonriente—. Tienes un corazón tan grande como el de Reese.

—Me conformo con quererlos —murmuro—. Y con hacer que se sientan queridos.

Capítulo 45

GWEN

Acurrucada bajo una manta, en el sofá, no puedo apartar la vista del objeto que tengo delante y que descansa sobre la mesita auxiliar. Es mi ordenador portátil, que permanece cerrado, a la espera de que vuelva a abrirlo para teclear en él mis palabras, mis miedos, mis anhelos.

Sigo mirándolo, concentrada, pensativa, preocupada, en el momento en el que aparece Reese en el salón. Sin salir del cobijo de la manta, me giro hacia él para verlo y empaparme de su bella imagen. Lleva un pantalón gris de algodón y una camiseta blanca que marca sus anchos hombros. Su cabello dorado está algo húmedo, muestra de que acaba de ducharse. Hasta mí llega el olor a jabón, a su champú de cítricos, al aroma masculino de su loción para el afeitado. Se me hace la boca agua.

Dios mío, qué hermosa visión es Reese Dawson.

—Hola —me saluda con su increíble sonrisa mientras coge el mando a distancia de la chimenea y la enciende—. ¿Estás trabajando en algo? —Señala el portátil.

—Ahora mismo, me estoy dando el gustazo de mirarte —le respondo con una sonrisa ensoñadora—. Y te aseguro que me pasaría horas haciéndolo y no me cansaría nunca.

Como ya ha hecho otras veces, Reese eleva una de las comisuras de su boca y baja la vista hacia el suelo, como si se sintiera cohibido ante mis palabras de admiración. Y me encanta ver esa media sonrisa, sus párpados bajados, sus pestañas sobre los pómulos.

—Anda, ven aquí. —Levanto la manta y señalo el hueco a mi lado—. Siéntate conmigo. Quiero decirte algo.

Él hace lo que le pido. Se acomoda en el sofá y yo me siento a horcajadas encima de él.

—¿Qué querías decirme? —me pregunta de una manera íntima y sensual. Sus ojos se han oscurecido, aunque brillan como siempre con su resplandor dorado. Yo también lo miro con una sonrisa perversa.

—Quería comentarte lo poco que te va a durar la camiseta que acabas de ponerte. —Agarro el bajo de la prenda y tiro de ella hacia arriba para sacársela por la cabeza. Él se deja hacer y me sigue observando, cada vez más intensamente.

Aguanto la respiración cuando coloco mis manos sobre sus pectorales y acaricio su tórax, sus hombros, sus brazos. La piel desnuda de Reese emana tanto calor que mi cuerpo se calienta de inmediato, tanto por fuera como por dentro. Me inclino sobre él y hundo el rostro en la curva de

su cuello para besar y lamer su piel desnuda. Percibo su pulso errático bajo mi lengua, y mis sentidos se saturan del tacto, el sabor y el olor de Reese.

—Gwen… —musita al tiempo que coloca sus manos en mis muslos y asciende por mis caderas. Un segundo después me aparta de su cuerpo—. Dios —gime—, no llevas nada debajo de la camiseta…

—No. —Sonrío traviesa y alzo los brazos—. Y ni eso quiero llevar encima.

Reese me saca la prenda y me deja desnuda sobre su regazo. Mi sexo palpita con el roce de la tela de su pantalón.

—Joder —murmura a la vez que posa sus manos sobre mis pechos y comienza a hacer rodar mis pezones entre sus dedos—. Estás tan suave y caliente…

Emito un gemido y rodeo su cuello con ambos brazos para besarlo en la boca. Él sigue acariciando mis puntas, por lo que empiezo a moverme y a frotar mi sexo contra su dureza, sin importarme que pueda dejar sus pantalones manchados con mi humedad.

—Sobre todo lo segundo —gimo.

En respuesta, Reese me toma por la cintura y me eleva para poder tener mis pechos a la altura de su boca. Exhalo un grito ahogado cuando sus labios y su lengua se regodean en ellos, rodeando mis pezones, chupándolos, lamiéndolos. Un instante después, me eleva unos centímetros más para colocar mi vientre frente a su cara. A Reese le encanta lamer el *piercing* de mi ombligo, y yo adoro que lo haga. A continuación, me sujeta por las caderas para alzarme todavía más y tener mi sexo a su alcance. Cuando su lengua recorre mis pliegues íntimos, me veo obligada a sujetarme en su pelo y en el respaldo del sofá.

—Dios, Reese…

Empiezo a conocer mejor mi cuerpo desde que este hombre lo despertó de su letargo. Por eso ahora sé que es mejor que me aparte si no quiero explotar de un momento a otro. Todavía me parece increíble la facilidad con la que alcanzo el clímax cuando Reese me toca.

Cuando vuelvo a su regazo, él mismo alza las caderas para bajarse los pantalones, aferrar su miembro y situarlo en la entrada de mi cuerpo, aunque soy yo quien baja sobre él de golpe, para poder alojarlo totalmente en mi interior.

A partir de ese instante, ambos comenzamos a movernos, con exquisita lentitud al principio, con desesperada rapidez después. Mientras él sigue lamiendo mis pechos, yo echo hacia atrás la cabeza y clavo las uñas en sus hombros, muevo mis caderas en círculos, gimo, grito el nombre de Reese…

Hace tan solo unos meses, comportarme de esta manera tan desinhibida habría sido impensable para mí. Ha sido gracias a Reese, sí, a lo deseada que me ha hecho sentir, a ayudarme a creer que soy bonita y deseable. Pero sé que también he sido yo, después de creer en mí, de olvidarme de mis complejos porque nadie hay perfecto en el mundo. Me he liberado y he decidido vivir cada momento, saborear cada instante, olvidar lo malo porque solo me interesa lo bueno, aunque los feos recuerdos también me hayan ayudado a apreciar los bonitos. Y esta soy

yo ahora, la nueva Gwen, la que ama y es amada, la que disfruta de su cuerpo y del de su amante, la que ha descubierto que sí se merece todo lo bueno que pueda pasarle.

Soy yo la primera que alcanza el orgasmo, por lo que me retuerzo sobre Reese entre gemidos. Él acelera sus acometidas y, tras un último empuje, hunde su rostro en mi cuello y clava los dientes en mi hombro mientras lanza un intenso gemido bronco.

—Así que —me susurra al oído mientras nos mantenemos unidos y abrazados—, ¿esto es lo que querías decirme? Pues me parece que no has hablado mucho.

Libero una carcajada sin dejar de abrazarlo.

—Te prometo que tengo algo que decirte, pero ¿a quién se le ocurre presentarse tan limpito y apetecible?

Su pecho se agita contra el mío por la risa.

—Y ahora, ¿qué? —le digo—. Está genial esto de hacerlo sin condón, pero también me parecía más limpio cuando lo usábamos. Ahora, si me separo de ti, voy a dejar un rastro de gotas por el pasillo.

Reese vuelve a reír y me recoloca unos cuantos rizos que caen por mi frente.

—Siempre he dado por hecho que yo debía ser el gracioso, que siempre tendría que pensar en algo hilarante para hacer reír a las chicas. Nunca pensé que encontraría a la que me haría reír a mí. —Me da un beso en los labios—. Me gusta todo de ti, chica de colores.

—Me encanta lo que me dices y te quiero por ello, Reese, pero, en este momento, se me hace más acuciante saber cómo voy a levantarme de aquí sin manchar mi bonita tapicería y mi carísima alfombra. —Compongo un mohín—. La ventaja de vivir en mi destartalado apartamento era que te importaba un pimiento el suelo ennegrecido y el sofá deshilachado.

—Me gusta que por fin digas «mi» tapicería y «mi» alfombra. —Ríe—. Esta es tu casa, Gwen.

—Lo sé. —Sonrío—. Yo también paso el aspirador por este montón de pelos que tenemos en el suelo. Y contribuyo a la economía doméstica con mi nuevo sueldo de ejecutiva. Todavía no llego a tus desorbitantes cien mil, pero todo se andará.

—Ojalá —me dice antes de besarme en la frente—. Ojalá se cumplan todos tus deseos, Gwen.

—Ya me dijiste eso el día que nos conocimos… Perdona, quiero decir, la primera vez que pude verte la cara.

—¿Y crees que se han cumplido? —me pregunta mientras roza mi pelo con su nariz.

—Sí —río—, y en un tiempo récord. Incluso algunos más de los que yo esperaba. El único que no se ha cumplido es el de levantarme de tu regazo sin manchar la alfombra.

—Aférrate a mi cuello —me pide.

Entre carcajadas, nos acercamos al baño mientras intentamos no despegarnos. Al final, conseguimos llegar a la ducha sin caernos por el camino y nos lavamos el uno al otro entre risas y espuma. Finalmente, nos volvemos a poner una camiseta y regresamos al sofá, bajo la manta, frente a la chimenea de gas.

—Y ahora, después del agradable interludio, ya puedes decirme lo que quieras —me propone sonriente.

Me estiro hasta la mesita de centro, cojo el ordenador y lo coloco sobre el regazo de Reese. Levanto la tapa e introduzco mi contraseña. En la pantalla surge mi correo electrónico.

—¿Por qué tienes tantos borradores? —me pregunta.

—Porque no he enviado ninguno de ellos —le respondo mientras trato de que el fuerte retumbar de mi corazón no me cierre la garganta.

—¿Puedo? —Señala el ratón del teclado.

—Sí —musito. Los nervios me agarrotan el estómago y un frío doloroso se instala en los huesos de mis piernas.

Reese frunce el ceño mientras va abriendo los correos.

—¿Quién es Heather Sharp? ¿Es familiar tuyo?

—Es mi hermana.

—No sabía que tuvieses una hermana. —Me mira, perplejo—. ¿No tienes contacto con ella, al igual que con tus padres? —Vuelve a la lectura de los mensajes—. Le preguntas cómo le va en Londres. ¿Es allí donde vive?

Inspiro con tanta fuerza que los pulmones ya no encuentran más sitio para expandirse.

—Le pregunto cómo le va en Londres porque es allí donde ella quería vivir. Pero no vive en Inglaterra, ni en ninguna parte. Ella… está muerta, Reese. Murió hace diez años.

—Gwen, cariño… —Me coge una mano y se la lleva a los labios—. Pero ¿por qué no me habías contado nada? Yo te he narrado todas mis tragedias, y tú lo has dejado todo dentro de ti…

—Es… complicado.

Ya lo imaginaba. No me pilla de sorpresa. Sabía que las lágrimas iban a aflorar en cuanto supiera que iba a contarlo todo.

Reese deja el portátil sobre la mesa. A continuación, me sienta sobre su regazo y coloca mi cabeza en su pecho. Me envuelve con su cuerpo, apoya su mentón sobre mi pelo y me acaricia los brazos con suavidad. El lento latido de su corazón apacigua el mío, y su calor y su olor familiar templan mi inquietud.

—A tu ritmo, Gwen —me susurra—. Cuando quieras.

—Quiero ahora —murmuro.

—Pues aquí estoy.

Me doy un instante para reordenar mis pensamientos y mis recuerdos.

—En una casita a las afueras de Cleveland, vivíamos felices los Sharp: mi padre, que era químico, mi madre, que era enfermera, mi hermana Heather y yo. Solo me llevaba tres años con ella, pero desde pequeña la admiré muchísimo. Prometo que no era envidia, era admiración. Ella era tan… perfecta, mientras que yo me sentía tan imperfecta…

Me permito un descanso mientras las caricias de Reese me van calmando.

—Heather era preciosa, con el pelo largo, rubio y liso, y los ojos azules. Además, sacaba

buenas notas y practicaba deportes, como el voleibol. Ya había comenzado el instituto y los chicos se peleaban por recibir sus atenciones. Era popular, guapa, lista…

Percibo los labios de Reese en mi pelo.

—Un día, Heather empezó a encontrarse mal. Te resumiré la odisea de médicos y pruebas en decirte que le diagnosticaron leucemia.

Reese deja de acariciar mis brazos, supongo que preso de la consternación. Pero, un instante después, retoma sus caricias para animarme a seguir.

—Recuerdo con mucha tristeza aquellos años —prosigo—. Nuestra vida se limitó a girar alrededor de Heather, en intentar curarla, en hacer lo posible para que estuviese bien, en mimarla. Y te aseguro, Reese, que no pienso en ello con rencor, aunque yo solo fuese una niña de once años a la que nadie tomaba en cuenta. Mi hermana estaba enferma y era lo primordial. Pero, a pesar de todo el esfuerzo de los médicos y de mis padres, que llegaron a hipotecar la casa y sus vidas, mi hermana murió tres años después. Solo tenía diecisiete.

Ahogo un sollozo.

—Lo siento —murmura Reese mientras posa sus labios en mi sien—. Lo siento muchísimo, cariño.

—Compartí con ella muchos instantes durante los últimos meses de su vida —continúo mientras noto las lágrimas en mi garganta—, en los que me contó lo que haría cuando se curase y pudiera terminar el instituto. Quería ir a Inglaterra, estudiar, trabajar y vivir en Londres. Era su sueño y yo me sentí querida solo por el hecho de que ella compartiese sus anhelos conmigo.

Nos permitimos un instante de silencio hasta que reanudo mi relato.

—Todavía se me rompe el corazón cada vez que pienso en el primer día en casa, solos, los tres, sin Heather.

—¿Cómo fue vuestra vida a partir de entonces?

—Horrible —musito—. Mis padres comenzaron a hacerse recriminaciones, a discutir, a gritar, a llorar. Se decían cosas tan horribles que me prometí a mí misma que intentaría por todos los medios no decir palabras malsonantes jamás. O, al menos, lo intentaría.

Reese vuelve a besarme el pelo.

—Mi chica del siglo pasado… —musita.

—De principios del siglo pasado —bromeo.

—¿Se divorciaron? —inquiere Reese.

—Mi padre hizo un día la maleta y se largó —le cuento—. Sin importarle su otra hija para nada. Y mi madre… bueno, no sabría decirte si me ignoraba o me odiaba. A veces se me quedaba mirando durante minutos, hasta que apartaba la vista y me dejaba sola. Estoy completamente segura de que pensaba: «¿Por qué no te has muerto tú?».

—No digas eso, Gwen —me recrimina Reese con suavidad—. No puedes estar segura de algo así…

—En aquella época —añado—, en la que yo tenía catorce años, ya lo estaba pasando mal en

el instituto, al igual que me había pasado en el colegio, con las burlas de mis compañeros. Por eso mi mundo se limitaba a leer y estudiar, puesto que me prometí a mí misma que conseguiría matricularme en una buena universidad y marcharme de mi casa y de aquella maldita ciudad.

—Pero tenías a Justin —susurra Reese.

Sonrío.

—Qué importante fue su amistad para mí —le explico con una sonrisa—. No sé qué habría sido de mí sin él.

—Y un día te marchaste.

—Mi vida se limitaba a estudiar —le explico—, pero obtuve mi recompensa. Me aceptaron en Columbia y, sin más, hice una maleta y me fui de mi casa. Ni siquiera me despedí de mi madre. No creo que la odiara, ni a ella ni a mi padre, pero no sentía nada por ellos. Por eso no me molesté en contarle mis planes a nadie.

Me detengo un momento cuando soy consciente de las lágrimas que empapan mi cara, de los mocos que saturan mi nariz, del tembleque de mi cuerpo.

—Excepto a Justin. —Sonrío al tiempo que me limpio con la camiseta—. Él me estaba esperando en la esquina de mi calle. En su casa no aceptaban su condición sexual y también estaba harto de Cleveland. «Me voy a Nueva York contigo, Ricitos», me dijo cuando lo abracé.

—¿Y no has vuelto a saber de tus padres? —murmura Reese.

—No —respondo.

Reese me sigue acunando contra su cuerpo, abrazando y besando.

—¿Y no has pensado en buscarlos? —insiste Reese—. Tal vez se hayan arrepentido de algunas cosas…

Me aparto de él, me coloco de rodillas en el sofá y lo encaro.

—Mentalízate de algo, Reese —suelto con furia—. No todos los padres quieren a sus hijos. Al menos, no a todos sus hijos. ¿O es que te crees que todos son como los tuyos?

Reese palidece un instante.

—Lo siento, perdona. —Lo abrazo y le doy un beso en la barbilla—. No pretendía ser tan brusca.

—Yo solo quiero decirte —prosigue él— que, quizá, tus recuerdos están distorsionados por todo lo que tu familia y tú sufristeis.

Me enfurece que Reese me diga lo mismo que mi psicólogo, que no ha cesado de recomendarme que cierre ese capítulo, que me quite esa carga de encima. Según el especialista, todos amamos de una forma u otra a nuestros padres, aunque sean malas personas, aunque la realidad es que no es más que una manera de desear que nos quieran.

—No quiero saber nada de ellos, Reese, no insistas —concluyo—. Para mí, la única manera de cerrar ese círculo es tener un día mis propios hijos y amarlos de verdad. Puede que nadie venga a este mundo por propia voluntad, pero lo menos que esperas es encontrar a alguien que te quiera.

—Está bien, no insistiré. —Me da un beso en la frente y termina de limpiar con la manta los restos de llanto de mi cara.

—Tú… ¿quieres tener hijos, Reese?

—¿Ahora? —bromea mientras da un repaso visual a mis piernas desnudas.

—No, tonto. —Sonrío—. Me refiero a dentro de unos años, en algún momento…

La expresión de Reese se vuelve tierna mientras acaricia la línea de mi mandíbula.

—Claro que querré tenerlos, cariño.

—Vale. —Con un suspiro de alivio, lo abrazo, aunque después frunzo el ceño y me aparto de él—. Conmigo, ¿verdad?

Reese emite una carcajada antes de besarme con dulzura.

—Lo quiero todo contigo, cariño.

Un instante después, elimino todos los borradores de mi correo electrónico.

Capítulo 46

GWEN

Una vuelta. Y otra más. Y otra. Llevo tanto rato moviéndome en la cama que no me extraña que las ropas se hayan enredado en mis piernas y haya destapado a Reese.

¡Pero no puedo dormir! ¡Y tampoco puedo dejar de pensar en ello!

—¿Qué ocurre, Gwen? —me pregunta Reese. Tiene los ojos cerrados, pero parece que le he puesto bastante difícil lo de conciliar el sueño.

—Puede que llevaras algo de razón —le confieso—. No estoy segura de que mis recuerdos no estén empañados por la tristeza, la rabia o la indefensión.

—Es normal —musita.

—No te he contado —murmuro— que, a veces, he llegado a odiar a mi hermana, Reese. ¿Se puede ser una persona más horrible?

—Tú no eres horrible, Gwen…

—No, no lo soy —susurro—. Pero el rencor del pasado me ha llevado a pensar cosas así de terribles. Por eso empiezo a dudar de lo que siento…

—Y has pensado en averiguarlo visitando a tus padres —dice, todavía sin abrir los ojos. Su pecho desnudo refulge en mitad de la penumbra, lo mismo que su cabello sobre la blancura de la almohada.

—Sí —musito—. Me gustaría demostrarles que, aunque no me quisieran, yo fui capaz de sobreponerme, vivir y ser feliz. Aunque me dejaran sola. Aunque yo nunca les hubiese importado.

—¿Sabes dónde viven?

—Mi madre sigue viviendo en nuestra casa —respondo—. Pensaba que se la habría quitado el banco, pero parece que consiguió salvarla. Mi padre… no tengo ni idea.

—¿Quieres que te acompañe a ver a tu madre?

—Si no te importa…

—Por supuesto que no…

—¡Perfecto!

Me pongo en pie y busco algo de ropa en nuestro armario.

—Pero ¿qué haces? —Reese se incorpora, soñoliento, sobre la cama—. ¿Te refieres a… ahora?

—¡Claro!

—Son las tres de la mañana…

—Pero hay más de siete horas de viaje en coche de aquí a Cleveland —le explico—. Así que, si queremos ir y volver en el mismo día, hemos de salir ya.

Reese emite un hondo suspiro.

—Vale, dame cinco minutos…

* * *

A las once en punto de la mañana, me encuentro frente a la que fue mi casa hasta los dieciocho años. Tiene un bonito aspecto, tan blanca, tan cuidada. Incluso el primoroso jardín que la rodea está tan hermoso como recuerdo, lleno de flores y de color. Un nudo de tristeza me oprime el pecho, pero se suaviza bastante en cuanto veo a Reese abriéndome la puerta del coche para que salga.

—Gracias por esto —le digo tras besarlo.

—Te quiero, Gwen —me susurra—. Ya sabes que te amo, con todos tus colores, incluidos los oscuros, de tus sombras, de tu pasado. Pero tú estás hecha de colores brillantes, así que, adelante, pinta con ellos el mundo entero. Y, mientras lo hagas, yo estaré a tu lado, siempre, viendo cómo te enfrentas a esas sombras, les plantas cara y las tiñes de color fucsia.

Enlazo mis dedos con los suyos mientras trato de que la emoción no me venza y me den ganas de volver a casa con Reese. Atravesamos la calle, la pequeña verja blanca y nos acercamos a la puerta de entrada. Doy un par de golpes en la madera de color azul, pero no aparece nadie.

—Tal vez ya no viva aquí —musito.

—Probemos en la parte de atrás —me sugiere Reese.

Mientras caminamos a través del sendero empedrado, me aferro con fuerza a la mano de Reese. Me tiemblan las piernas y el corazón me late tan fuerte que siento un dolor lacerante en el centro del pecho.

Cuando accedemos al jardín trasero, dejo de respirar y siento que no puedo moverme. Hay dos personas entre las plantas. En primer lugar, reconozco a mi madre, que está podando las lavandas. La otra persona está regando los rosales… y es mi padre.

Me duele el pecho y no puedo respirar. Son ellos, mis padres, y, de repente, me siento como si volviese a tener once años y mi único anhelo sea que me abracen, que me quieran.

La primera en darse la vuelta es ella, la mujer que me dio la vida y a la que le costó muy poco demostrar su arrepentimiento por habérmela dado. Un golpe de mi corazón contra las costillas. Y otro más. Y otro.

Ella levanta la vista y me ve. Parece perpleja. Yo alzo la barbilla, en espera del golpe final.

—¿Gwen? —musita mi madre. Me desconcierta su tono tan… ¿suave?

De pronto, suelta las tijeras de podar y se abalanza contra mí para estrecharme entre sus brazos.

—Mi niña —solloza, con el rostro enterrado en mi pecho—. Mi niña pequeña, mi cosa bonita, mi Gwen…

Mi padre también suelta la regadera. Su cara es la misma que recuerdo, pero, al igual que mi madre, las arrugas han surcado casi la totalidad de sus facciones. Da dos rápidas zancadas y se suma al abrazo.

—Mi pequeña —solloza mi padre—. Perdónanos, por favor, perdónanos.

—Nos comportamos muy mal contigo —llora mi progenitora—. Pero fue porque estábamos destrozados, Gwen. No supimos asimilar la tragedia. —Me acaricia el pelo con manos temblorosas—. No sabíamos dónde estabas, y eso nos devastaba…

—Estáis… juntos —balbuceo entre lágrimas.

—Fui un miserable al marcharme —señala mi padre—. Y todavía me sentí peor cuando, al volver, supe que te habías ido. No nos merecemos tu perdón, Gwen, pero, si pudieras, al menos, decirnos de vez en cuando que estás bien…

—Por favor —susurra mi madre—. Llevamos seis años sin saber de ti…

Miro de reojo a Reese, que se está limpiando sus propias lágrimas, aunque me está sonriendo, como si con ese gesto me animara a hacer lo que más deseo.

—Os perdono —sollozo de nuevo—. Os perdono…

En cierto momento, me vuelvo hacia Reese y extiendo mi mano. Él se acerca y me besa los nudillos.

—Hola, señor y señora Sharp —los saluda—. Encantado de conocerlos. Me llamo Reese y soy el novio de Gwen.

—Nosotros también estamos encantados —murmura mi madre mientras se limpia las lágrimas con el delantal—. Hemos hecho magdalenas esta misma mañana. ¿Queréis probarlas?

—Nada me gustaría más —responde Reese.

Yo solo puedo sonreír. Huele a dulce y a lavanda, el olor de mis colores favoritos.

Epílogo

Nueva York, en la actualidad

NOAH

—No me hagas esto, Dallas —me quejo—. No puedes dejarme después de tantos años…

—Lo siento, señor Westbrook —se lamenta mi secretaria—, pero ya le he dicho que no puedo seguir más tiempo en Nueva York. Mis padres ya son mayores y quiero estar cerca de ellos, en Nebraska. —Hunde sus hombros—. Lo lamento de veras.

Algo en mi interior me anima a demostrar el cariño que siento por esta mujer. Podría abrazarla, por ejemplo, desearle lo mejor y decirle lo mucho que le debo.

Pero no puedo.

—Tendré que pasar por el proceso de selección de una secretaria que esté a la altura —rezongo.

—Yo me encargaré de eso —interviene Gwen, que está contemplando la escena—. No te preocupes, Noah. Encontraré la secretaria ideal para ti.

—Gracias, Gwen.

Tampoco le ofrezco un gesto de cariño, a pesar de lo mucho que aprecio a la novia de mi amigo. La quiero tanto como a Rachel, pero jamás me oirán decir nada semejante. Y no es porque no quiera. Es porque no puedo.

Una vez llego al edificio del Upper East Side, donde vivo, trago saliva. Tengo que pasar por todo el proceso de dolor que me impongo desde que era un crío de diez años. Me obligo a subir en un ascensor que me llevará hasta la planta veintisiete y, una vez en mi apartamento, me acerco a los ventanales para poder contemplar el cielo, el resto de edificios, el vacío. Las náuseas llegan, lo mismo que los sudores fríos o la palidez en mi rostro.

Tambaleándome y agarrándome a los muebles, consigo llegar al baño. Observo en el espejo mis profundas ojeras y el infierno que se está desatando en mis extraños ojos de color violeta, los que les parecen tan hermosos al resto de los mortales, sobre todo a las mujeres.

Si todos ellos supieran lo que esconden…

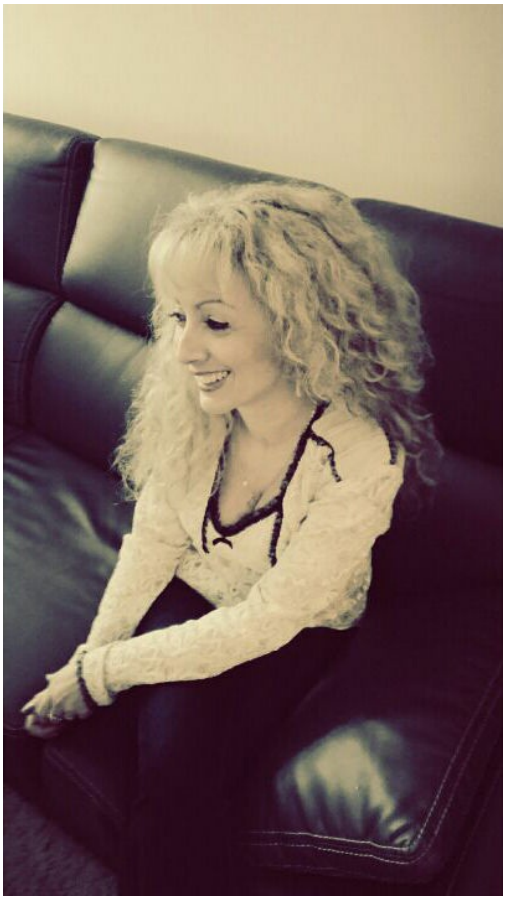
Después de darme una ducha y cambiarme, cojo una cerveza de la nevera y vuelvo a

asomarme a la gran cristalera del salón. Mis amigos imaginan cómo me comporto en la soledad de mi casa, pero nunca han sido testigos, puesto que jamás han pisado este lugar. Ellos admiten que temen las alturas, algo que también me sucede a mí, pero a lo que no pienso poner remedio.

Después de dar el último trago, me desprendo la toalla de la cintura y salgo a la terraza, desnudo. Cierro los ojos y abro los brazos mientras las arcadas me sacuden y las lágrimas bañan mis mejillas. Es dolor, es sufrimiento, es angustia.

Pero me lo merezco.

Biografía



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto con mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace unos años decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa solo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutan con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Facebook: Lina Galán García

Instagram: @linagalangarcia

Banda sonora

Boy's a liar, ℗ 2023 Warner Music UK Limited, interpretada por PinkPantheress.

I'm good (Blue), bajo licencia de Warner Music UK Limited, ℗ 2022 What A DJ Ltd., interpretada David Guetta y Bebe Rexha.

Strangers, ℗ 2023 KGJ Music Ltd., bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Kenya Grace.

Viva la vida, ℗ 2008 Parlophone Records Ltd., una empresa de Warner Music Group, interpretada por Coldplay.

Human, ℗ 2017 UMG Recordings, Inc., interpretada por The Killers.

Resistance, ℗ 2009 Warner Music UK Limited, interpretada por Muse.

Greedy, ℗ 2023 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Tate McRae.

Radio, ℗ 2013 Lana del Rey, bajo licencia exclusiva de Polydor Ltd. (Reino Unido). Bajo licencia exclusiva de Interscope Records en EE. UU., interpretada por Lana del Rey.

Don't stop me now, ℗ 2014 The Killers, Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen.

Where she goes, ℗ 2023 Rimas Entertainment LLC., interpretada por Bad Bunny.

Hechizado. The Bachelors, 2
Lina Galán

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Esencia digital / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lina Galán, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

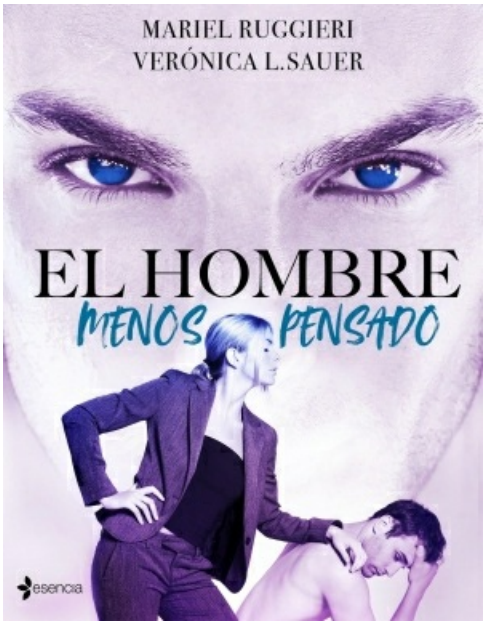
Primera edición (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-08-28708-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


MARIEL RUGGIERI
VERÓNICA L.SAUER
EL HOMBRE
MENOS PENSADO
esencia

El hombre menos pensado

Ruggieri, Mariel

9788408274704

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una novela romántico-erótica, dramática e hilarante a la vez, que nos introduce en la historia de Ana, quien, en plena crisis existencial, se verá inmersa en una serie de acontecimientos que cambiarán su visión del amor, del sexo, y su vida entera.

Ana tiene cuarenta y dos años, está sin pareja y su hijo adolescente se encuentra estudiando fuera del país. Su rol de madre ha cambiado y el trabajo no le proporciona las mismas satisfacciones… Hasta que **Hernán Gelli llega a su vida. El joven contable de veintiocho años despierta en ella deseos inconfesables** y una extraña inquietud. Animada por sus amigas, y con la excusa de recabar información para un artículo, Ana le hace **una propuesta que la lleva a mantener tórridos encuentros** en una habitación temática ambientada como una cárcel en el motel Séptimo Cielo.

Pero cuando ella se marcha a la costa en busca de un poco de paz para escribir el guion de su novela, algo comienza a cambiar. Muy cerca, en una finca llamada El Quinto Infierno, veranea **Martín, el primo de Hernán. Una silla de ruedas no logró que desistiese en su empeño de ser feliz, y tampoco impedirá que Ana se sienta subyugada por su encanto.**

En ese lugar coinciden los tres la última noche del verano, y un cúmulo de acontecimientos imprevistos hará que la culpa se enfrente al amor.

Igual que ocurrió diez años antes, **dos hombres lucharán por el amor de una mujer**.

Pero en esta ocasión la culpa llevará todas las de ganar.

Cómpralo y empieza a leer

Loles López
UN BESO POR ERROR
matchstories

Un beso por error

Lopez, Loles
9788408275107
420 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una adictiva historia repleta de medias verdades, hockey sobre hielo, amistad, risas y amor, mucho amor.

Theo quiere ser jugador profesional de hockey sobre hielo, y para conseguirlo tiene un plan: nada de chicas ni distracciones.

Maxine tiene clara una cosa: jamás se fijaría en un jugador de hockey. ¡Ya tiene bastante con ser la hija del entrenador de los Victoria Grizzlies!

Pero Theo y Max deberán vivir bajo el mismo techo, separados tan solo por una fina pared.

Un trato entre Theo y el padre de Max para alejar a su hija del vecino camorrista de la casa de al lado.

Un pacto entre Theo y Max: ella lo ayudará a mejorar en el hockey y él a conseguir más libertad.

Y Finn, el vecino conflictivo. Finn, el primer amor de Max. Finn, la persona que le complicó la vida.

Una chica perdida desde hace demasiado tiempo.

Dos chicos completamente opuestos y dispuestos a lo que sea.

Un beso que lo puede cambiar todo.

¿Y si el amor no fuese exactamente como tú esperabas?

Cómpralo y empieza a leer

LINA
GALÁN
Lo que un día fuimos
Sí, quiero, 1
esencia

Lo que un día fuimos. Sí, quiero, 1

Galán, Lina
9788408271093
340 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Creemos que la felicidad es tan difícil de conseguir que a veces no la vemos cuando la tenemos al alcance de la mano.

Ona va a casarse, lo tiene muy claro. Puede ser presidenta ejecutiva de una empresa farmacéutica, vivir en un enorme dúplex con piscina y poseer un envidiable vestidor lleno de ropa de marca. Puede ser una mujer libre, independiente y rica, y aparentar que no necesita nada más en su vida.

Pero, en realidad, lo que más anhela es vivir en una casa con jardín, sentarse en el porche junto a su marido y ver corretear a un par de niños.

¿Cuál es el problema? Que ni siquiera tiene novio. Y no lo tiene por culpa de lo que ocurrió hace quince años en una casita de madera en la fiesta de su amiga Aina.

Quince años anhelando un imposible.

Quince años guardándose sus sentimientos.

Quince años viviendo enamorada en secreto de Pol, su mejor amigo.

¿Qué ocurre cuando lo posees todo pero lo que más deseas es lo único que no puedes tener?

Cómpralo y empieza a leer

LOLES LÓPEZ
Cómo no enamorarme de ti
esencia

Cómo no enamorarme de ti

Lopez, Loles
9788408279211
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un enemies to lovers de dos personas rotas, imperfectas, que no buscan enamorarse y que tendrán que aprender a perdonarse a sí mismas antes de ser capaces de amar.

De pequeña, a Penny le encantaba veranear en el camping de la familia de sus mejores amigos: los mellizos Mateo y Nacho. Pero con quince años, sin explicarle la razón, **Mateo decidió romper esa amistad** y, con dieciocho, **tuvo que prometerle a Nacho que nunca más volvería allí...**

Sin embargo, cuatro años después **rompe su promesa y regresa al lugar donde había sido tan feliz**. Todo ha cambiado, Penny también, aunque la aversión que Mateo siente por ella parece intacta.

Una abuela entrometida y un amigo guasón.

Una situación dolorosa.

Un sendero que separa sus bungalows.

Un *enemies to lovers* en el que la tensión será palpable y donde saltarán chispas en cada uno de sus encuentros.

Y muchos secretos que harán que sus caminos se crucen irremediablemente.

¿Y si todo es mucho más complicado de lo que parece?

¿Y si desvelar los secretos provoca que todo se derrumbe?

¿Y si no pueden detener esa atracción?

Cómpralo y empieza a leer

SILVIA GARCÍA RUIZ
Mi misión eres tú
esencia

Mi misión eres tú

García Ruiz, Silvia

9788408273196

310 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ni el tiempo ni la distancia podrán romper un vínculo tan fuerte como el amor.

Danielle Baker ha tenido que representar siempre el papel de digna hija de un político, excepto con Jessie Peterson, un niño revoltoso con el que simplemente se sentía como Danielle. Cansada de vivir rodeada de mentiras, la joven **no dudó en alejarse de su hogar en cuanto pudo, dejándolo todo atrás, incluso a ese hombre que siempre estuvo a su lado protegiéndola**, tanto a ella como a su dulce corazón.

Varios años después, Danielle decide regresar a casa, donde se reencuentra con ese molesto pelirrojo al que no ha podido olvidar.

A pesar de no tener vocación de guardaespaldas, cuando era niño **Jessie Peterson juró cuidar siempre de Danielle Baker, la joven de la que se enamoró perdidamente. Por desgracia, sabía que nunca estaría a su alcance**, y sufrió muchísimo cuando la joven decidió continuar sus estudios lejos de su hogar.

Cuando Danielle regresa a casa, una grave amenaza la acecha, algo para lo que, **tal vez, Jessie no esté preparado**, ni él ni su endurecido corazón, que todavía no ha podido olvidar a la muchacha de la que una vez se enamoró.

Descubre cómo nuestros protagonistas desvelan las verdades y las mentiras que guardan en sus corazones mientras se enfrentan a un peligro que amenaza con separarlos para siempre.

Opiniones de los lectores sobre las novelas de Silvia García Ruiz:

«Una vez más su pluma exquisita nos envuelve y atrapa convirtiéndose en adictiva», Cecilia Pérez (Divinas Lectoras).

«Enganchada a la historia con su escritura tan ágil y fresca», Ani.

«Me encantó, no pare de reír... muchas gracias por alegrarme por momentos con esta gran historia», Macarena.

«Maravilloso, super divertido y muy original . Voy a por el siguiente de esta autora, de la que me declaro fan», Yoanna Baena.

Cómpralo y empieza a leer